

# SIEMPRE JUNTOS



GABY TAYLOR



NAÏEM EDITORES

# **SIEMPRE JUNTOS**

**GABY TAYLOR**



**KAIZEN EDITORES**  
Escribir mejor; publicar mejor

# Índice de contenido

[Capítulo I - El presente](#)

[Capítulo II - El inicio del camino](#)

[Capítulo III - Despertares](#)

[Capítulo IV - Desubrimiento](#)

[Capítulo V - Nuevas amistades](#)

[Capítulo VI - Grandes confesiones](#)

[Capítulo VII - La misión](#)

[Capítulo VIII - Sentimientos encontrados](#)

[Capítulo IX - Compromiso](#)

[Capítulo X - La boda](#)

[Capítulo XI - Los preparativos](#)

[Capítulo XII - La fiesta en la embajada](#)

[Capítulo XIII - El conflicto](#)

[Capítulo XIV - La verdad](#)

[Capítulo XV - El infierno](#)

[Epílogo](#)

## Prólogo

Me había sentado en mi despacho para hacer una limpieza de expedientes y que se los llevaran a la zona de los archivos generales. En uno de los montones volví a encontrar el de mi primer destino. Allí estaba, con la angulosa letra de Ana, encabezado con mi nombre y apellidos: Myriam Toledano Herrero. Lo había salvado alguna que otra vez de que lo bajarán y se quedara durmiendo el sueño de los justos; me gustaba tenerlo a mano y repasar mis orígenes.

Me estaría convirtiendo ya en una veterana que añoraba sus inicios, pero lo que más me tocaba el corazón era recordar cómo conocí en aquellos días a los dos hombres que más influyeron en mi vida y cómo durante meses tuve que mantener un engaño para proteger el trabajo y nuestras vidas.

A cualquier persona que no me conociera a fondo le hubiera parecido extraña mi selección para trabajar en el CNI y las que me conocían podrían pensar que era por mi formación académica, pero no.

También tuve mis dudas y esa cuestión me la aclaró la Directora de Recursos Humanos el mismo día que se formalizó mi pertenencia a la empresa.

Mis estudios influyeron en parte. El ser huérfana era lo que más se ajustaba al perfil requerido. Eso y mi adaptabilidad a las circunstancias y la respuesta ante los imprevistos; el superar golpes en mi vida con una gran fortaleza psicológica y manteniendo una buena estabilidad mental. También el no arrepentirme de mis decisiones, ya que las solía tomar tras un análisis frío y objetivo. No tenía remordimientos de conciencia, no me temblaba el pulso en las resoluciones y era leal.

Todo eso y más, tuve que demostrar en muchas ocasiones, aunque siempre recordaría mi primer destino en el que muchas personas se sorprendieron de mi forma de actuar. Pero casi todo tenía una explicación que solo conocía Ana. Yo era la mejor, me habían preparado para ese trabajo y mi fortaleza me ayudaría a superarlo. Hubo momentos muy críticos, pero valió la pena.

Pero ¿quién era yo?

Solo una chica de poco más de 20 años, huérfana, que se convierte en analista y su vida da un vuelco increíble. Aunque a veces llegué a pensar que todo se pudo ir gestando mucho antes.

Mis tíos vivían en Tetuán por temas de trabajo. Mi padre y su hermano tenían una empresa de exportación e importación, por lo que muchas veces las vacaciones las pasaba allí con ellos aprendiendo el negocio familiar aunque no era mi vocación. Lo que sí aproveché para aprender todo lo que pude sobre la cultura y la lengua árabe en estas visitas, sin saber en esos momentos lo útil que me iban a ser esos conocimientos.

Allí conocí a la familia judía que se convirtió en mi referente con el paso de los años. Habían ido a Tetuán a conocer sus orígenes familiares y, gracias a mis padres, acabamos siendo mis tíos y yo sus guías por la ciudad. Oír sus historias contadas en compañía de un buen té moruno disparó mis inquietudes y el interés por todo aquello que proviniera de Israel, lo que amplió mis conocimientos sobre las comunidades árabes, sus costumbres y comidas.

Con el paso del tiempo, mantuve una fluida relación con mis tíos y con la familia sefardita y realizaba visitas periódicas a Marruecos y a Toledo, donde vivían los amigos de mis padres. Cuando estos fallecieron en un accidente de avión, mis tíos se trasladaron a Cádiz, donde yo vivía y estudiaba. Su idea era no separarme de los amigos y que mi tío sustituyera a mi padre allí en el negocio familiar tras quedarme huérfana.

Mi interés por Oriente Próximo no mermó, casi más bien todo lo contrario, aumentó con los años. Además todo cambió aquel día después de finalizar mi carrera y con mi expediente

académico de novata en la mano. El pararme a mirar aquel tablón de anuncios en los pasillos de la facultad alteró para siempre mi trayectoria vital: solo volvería a Cádiz de visita y casi acabaría siendo forastera en mi propia tierra.

# Capítulo primero

## El presente

El evento se había complicado en cuestión de segundos. Nadie en su sano juicio se habría esperado un ataque terrorista. Suponíamos que era un acto que se desarrollaría con la presentación del producto y una cena. La indagación sobre espionaje industrial solía ser un trabajo discreto; estaba claro que los responsables de la empresa tenían implicaciones en algo más que en investigación y desarrollo.

Todo sucedió muy rápido, pero James, como siempre, estaba allí; apareció de la nada. Me obligó a agacharme para que no fuera objetivo fácil para los asaltantes. El ataque había comenzado un poco antes de la cena de gala, por lo que la ropa que llevaba no era la más adecuada para la huida.

Mis dos jefes, Alfred y Shaira, debieron de ver la oportunidad cuando captaron que el que parecía ser un guardia de seguridad actuaba como mi guardaespaldas. Me imaginaba que, llegado el momento, tendría que explicarles que no era la persona que pensaban, pero en ese preciso instante mi prioridad era mantenerme pegada a la pared, pasar lo más desapercibida posible y tratar de salir por unas puertas batientes que daban a las cocinas.

—Rápido, pasemos por aquí antes de que se den cuenta —dijo James.

Nos escondimos detrás de los fogones buscando la salida hacia los almacenes y los jardines. Cuando miré la cara de mi compañero, atisé un reflejo de disgusto al saber que tendría también que encargarse de dos personas más. Sabía que eso no estaba en sus planes y que dificultaría la huida que tenía organizada. Se dio la vuelta y habló con rapidez.

—Mi trabajo es sacar a Myriam de aquí. Si me seguís y hacéis caso a mis instrucciones, saldemos todos, pero no pienso volverme para rescataros a ninguno de los dos. Dependéis de vosotros mismos. Avanzaremos pegados a la pared exterior de las cocinas, entre los contenedores de basura, iré abriendo paso por si nos encontramos algún problema. Cuando la pared acabe, hay un seto: escondeos detrás de él y seguid caminando agachados durante unos cien metros detrás de mí y de Myriam. Atravesaremos un riachuelo que se encuentra al lado del camino auxiliar que utilizan los proveedores. Como mucho nos llegará el agua a la cintura. Cuando lo atravesemos, encontraremos mi coche. ¿Entendido? —dijo el agente, sin intención de dar más explicaciones.

Todos asentimos en silencio y comenzó la huida. Según nos íbamos alejando, oíamos más amortiguados los disparos y gritos que se estaban sucediendo en el recinto. Los cocineros debieron de huir unos segundos antes que nosotros, ya que en las cocinas no nos encontramos a nadie, pero no tardarían los asaltantes en mirar si había alguien dentro. Era primordial salir de allí.

Llegamos al exterior sin más complicaciones y encontramos el riachuelo. Shaira y yo nos habíamos quitado los zapatos de fiesta al escondernos detrás de los setos. James los guardó en una mochila que llevaba. No quería dejar pistas de quienes habían abandonado el lugar; era probable que lo averiguaran, pero mejor lo más tarde posible. Atravesamos el riachuelo; el agua estaba fría. Con los nervios de la huida apenas si lo noté: James me ayudó a subir a la otra orilla, y Alfred y Shaira lo hicieron también sin complicaciones. Llegando al coche, nos sentamos en silencio.

Mi amigo puso la calefacción del vehículo porque empecé con una tiritera incontrolable. En

cuanto bajara mucho mi adrenalina tendría problemas. James me miró de reojo; sabía lo que me estaba ocurriendo, ya me conocía hacía tiempo.

Tras unos veinte minutos, por carreteras secundarias, llegamos a un cruce donde nos esperaba otro vehículo. Los compañeros de la agencia lo tenían todo coordinado.

—Vamos a cambiar de coche y que se lleven este para despistar, por si nos han visto huir. — James se movió con rapidez y dio órdenes claras.

Hubo un intercambio rápido de palabras entre los conductores mientras se pasaron las llaves para partir luego cada uno por distintos caminos.

Lo siguiente que recuerdo es mirar al espejo retrovisor y ver el rostro de Shaira blanquecino por el miedo mientras su cabeza se apoyaba en el pecho de Alfred, que la rodeaba con sus brazos. Poco a poco, entré en un letargo suave sin poder dominar los temblores.

James condujo el coche durante una hora, desviándose hacia una nueva carretera comarcal para llegar finalmente a una cabaña en un bosque alejado de cualquier núcleo urbano. Shaira y Alfred salieron por su pie. James me cogió en brazos. Usando una tarjeta, abrió la puerta de la cabaña y entraron en tropel. La chimenea estaba encendida, la debió de programar para tener un ambiente cálido a nuestra llegada. James me colocó suavemente en un sofá próximo al calor y se volvió hacia sus acompañantes.

—Arriba hay dos dormitorios, en los armarios encontraréis ropa. En cada dormitorio, un baño. Duchaos. En un rato os espero aquí y os explicaré lo que ha pasado, porque supongo que tendréis interés —comentó James; su cuerpo se mantenía tenso, seguía controlando su entorno como un cazador.

—Creo que sí —dijo Alfred—. Gracias por sacarnos. Acompañaré a Shaira. —Sujetando a la mujer por la cintura, la guio escaleras arriba. James vio por el rabillo del ojo como entraban juntos en la primera habitación que habían encontrado.

Ahora yo era su mayor preocupación. Se dirigió a su habitación en la planta baja para buscar ropa seca y llenar la bañera con agua caliente. Volvió al salón. Con cuidado me fue desnudando, necesitaba hacerme entrar en calor. Cuando estuve sin ropa, me envolvió en una manta que había sacado también del armario y se dirigió conmigo al cuarto de baño. Quitándose la manta, me introdujo despacio en el agua caliente. El choque de mi cuerpo frío con el agua me espabiló levemente. Tras darme un beso en la frente empezó a activarme la circulación con masajes en las piernas y brazos. Poco a poco salí al completo de mi somnolencia.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó con un tono ligeramente preocupado, quitándose la máscara de agente eficiente.

—Como siempre en estos casos: hecha un trapo hasta que mi cuerpo reaccione. Vaya mierda de agente de campo que soy —contesté sonriendo mientras me estiraba un poco dentro de la bañera.

Si bromeaba es que me encontraba mejor. Esperó un poco hasta estar seguro de mi recuperación. Sabía que en cuanto mi cuerpo cogiera un poco de calor volvería a ser la misma.

—Creo que vamos a tener que explicarle a tus compañeros que ha pasado, porque cuando reaccionen se van a hacer muchas preguntas. ¿Confías en ellos? —me preguntó mientras me ayudaba para después sentarse en un taburete próximo, por si necesitaba más ayuda.

No dije nada. Empecé a ducharme bajo su mirada. Le encantaba ver mi cuerpo, no era la jovencita que había conocido hacia años cuando entré a trabajar en La Casa, como llamábamos al servicio de inteligencia, pero eso le daba igual. Seguía amándome de la misma forma desde el día que tuvimos nuestro primer y desafortunado encuentro. Pero eso era una historia que si quería contarle a los compañeros era decisión mía.

Antes de salir al salón a tomarme mi merecido café, mi amigo me rodeó con sus brazos y me



besó con ansia. Su cuerpo se pegó al mío y no hubo duda de que su deseo hacia mí se mantenía. Tras las situaciones de peligro siempre reaccionaba igual, como si hubiera estado a punto de perderme. Sus manos recorrieron mi cuerpo y mi respuesta también fue inmediata, aunque apoyé una mano en su pecho para separarme.

—Sabes que además de estar en pleno trabajo no voy a seguir por ese camino —le dije con una medio sonrisa.

—Tu cuerpo no dice lo mismo, esto solo nos incumbe a nosotros —me contestó sujetando mi barbilla con una mano mientras me volvía a besar.

—Contigo es fácil que mi cuerpo responda, pero ahora no —le contesté más sería cuando dejó mi boca pero sin apartarme de él.

Salimos los dos al salón para tomarnos algo caliente. Mientras lo estábamos preparando, Shaira y Alfred bajaron las escaleras. James les ofreció un café y todos nos sentamos próximos a la chimenea. Mis compañeros nos miraban con una expresión entre sorpresa y expectación.

—Creo que os debo una explicación de todo lo que ha pasado. Primero os presento a James, que es mi compañero de trabajo, aunque de un trabajo que vosotros no conocéis. Y para que entendáis qué pasa, os tengo que poner en antecedentes de lo ocurrido hace unos años. —Y así comencé mi relato.

## Capítulo segundo

### El inicio del camino

Era muy feliz. Había acabado mi carrera de Licenciada en Geografía e Historia, aunque no era de los mejores expedientes de la universidad en esa promoción. Pero era cuestión de tiempo que metiese la cabeza en algún trabajo que me permitiera demostrar mis conocimientos.

Recorriendo los pasillos de la universidad de camino hacia la cafetería, miré de pasada un tablón de ofertas de trabajo de los muchos que había repartidos por todo el centro. Me llamó la atención un anuncio del CNI. Todo el mundo sabía que era el servicio de inteligencia del Estado, al que coloquialmente llaman La Casa. En su anuncio solicitaba personal para trabajar como analistas de conflictos internacionales. Pensé que no era mala idea mandar mi currículum, y dicho y hecho. Aprovechando que mi titulación y expediente estaban fresquitos, lo mandé sin muchas esperanzas de que me llamaran. Con veintitrés años me veía un poco verde para semejante trabajo. Es más, me olvidé durante un tiempo del tema y, gracias a mi director de tesina, estuve trabajando durante unos meses en la clasificación de un archivo privado que estaba manga por hombro. Aunque podía mantenerme un tiempo, gracias al dinero recibido tras el fallecimiento de mis padres, quería disponer de mis propios ingresos.

Habían pasado cuatro meses desde que envié todo lo que solicitaban a recursos humanos, cuando una tarde llamaron a la puerta de mi casa. Al abrirla me encontré a una chica de unos treinta y tantos años, con aspecto de secretaria, con una amplia sonrisa, algo más alta que yo, con el pelo largo rubio y unos ojos azules muy vivos que me inspiraron confianza.

—Hola, buenas tardes, ¿Myriam Toledano Herrero? —preguntó amablemente tendiéndome la mano.

—Sí, dígame —respondí, pensando que sería la típica representante de un seguro.

—Mi nombre es Laura Márquez, soy secretaria del departamento de Recursos Humanos del CNI —respondió mientras continuaba con su firme apretón de mano, que mantuve con sorpresa ante una presentación tan directa.

—Pase, por favor, y siéntese. ¿Quiere un café? —pregunté con amabilidad mientras le franqueaba el paso conteniendo mi nerviosismo.

—No, gracias. Voy a ser breve: recibimos su currículum hace unos meses y, tras un proceso de selección, nos gustaría que se desplazara a Madrid para las siguientes pruebas de admisión. Ha sido seleccionada para el puesto de analista que hemos ofertado para universitarios recién titulados —contestó sin abandonar su amplia sonrisa.

Superada la sorpresa y tras algunas preguntas un poco incoherentes porque no me esperaba esa visita, Laura pasó a contarme los detalles de lo que querían y de por qué me habían seleccionado. Me animaba a que fuera a la capital, entregándome los billetes del tren que me llevaría al día siguiente. Desde luego no me daban mucho tiempo para pensar pero ¿quién dijo miedo? Así, al día siguiente, a primera hora de la mañana y con un breve equipaje y mi ordenador personal, pensando que me iban a echar para atrás en la primera ronda, me dirigí a la tan famosa Casa de la inteligencia española.

Desde luego era como cualquier edificio de oficinas, pero con más medidas de seguridad. En cuanto llegué y dije mi nombre me entregaron una tarjetita que me colgué al cuello, en ella se indicaba quién era y para qué iba. Mi acompañante asignado me guio por los pasillos hasta la

octava planta, haciendo que pasara a un despacho con una mesa ovalada donde me esperaban varias personas. Aunque la única que reconocí fue a mi visitante, que me recibió con una sonrisa, indicando que me sentara para, posteriormente, presentar a todos los asistentes a la entrevista, siendo en total unos diez. Entre ellos destacaba una mujer alta y delgada, de larga melena negra y con ojos vivos del mismo color que su pelo. Ella misma se presentó: Ana Delgada Cohen. Era la directora de Recursos Humanos y en cuanto nos sentamos tomó la palabra.

—Buenos días, Myriam. Creo que estarás un poco sorprendida por este recibimiento. Pero no te asustes, sencillamente cada uno de los que estamos aquí somos especialistas en un campo, hemos estudiado tus antecedentes y queremos conocer de primera mano ciertas cuestiones que vamos a plantear —dijo Ana con parte de mi expediente en la mano—. Por lo que veo, tu familia es de origen sefardita, hablas ladino, castellano, inglés, algo del hebreo y árabe. Además tienes las cualidades de lectura rápida y de memoria fotográfica de textos. Te apasiona la historia de Oriente Próximo y Medio Oriente y eres una voraz lectora de todo lo que cae en tu mano. ¿En qué crees que podrías trabajar aquí? —me preguntó manteniendo su sonrisa mientras revisaba otros papeles que había sobre la mesa.

—Estoy dispuesta a aprender lo que sea necesario y, desde luego, todo lo relacionado con Medio y Próximo Oriente. Es lo que más me gusta por la historia de mi familia —contesté abriendo mi campo de posibilidades.

—Bien, entonces te vamos a dejar a prueba seis meses con sueldo si aceptas la propuesta. Iremos haciendo revisiones mensuales para confirmar que vas cumpliendo los objetivos. Ahora mismo te alojarás en unos pabellones que tenemos especialmente dedicados a personal en prácticas. Puedes avisar perfectamente a tu familia más próxima y decirles que estas aquí, ya que no es un misterio que haya personal que trabaja en el CNI en la administración. No dejamos de ser funcionarios, luego ya los servicios especiales van a parte —dijo esperando mi respuesta.

—Acepto —contesté sin pensarlo mucho. Era una oferta imposible de rechazar; tenía mucho que ganar y poco que perder.

Dicho esto, Ana se levantó y, acercándose, me dio un apretón de manos. Después avisó al acompañante que me había guiado hasta el despacho y le pidió que me ayudara con la documentación que necesitaría para incorporarme al trabajo.

No tenía a mucha familia que informar; desde el fallecimiento de mis padres vivía en un piso próximo a la universidad y a la casa de mis tíos. Era pequeño, pero lo justo que necesitaba, con una magnífica y relajante vista del mar. Vivía sola, aunque siempre tenía amigos que aprovechaban que no compartía piso con nadie para hacer un poco de parada y fonda en mi casa.

Llamé a mis tíos y a alguno de mis amigos para informarles de mi nuevo trabajo, aunque no les di detalles. Solo le dije que era en Madrid durante unos seis meses si todo iba bien y que nos mantendríamos en contacto.

El pabellón donde me colocaron estaba rodeado de jardines. Parecía una residencia de estudiantes. En los apartamentos podías compartir el salón, la cocina y el baño con otros residentes, pues había zonas comunes, pero dentro de cada dormitorio había una pequeña cocina, un aseo con ducha y una habitación con un sofá cama por si venía alguna visita. En las zonas comunes había espacio para las clases especiales, trabajos en grupos y con una amplia variedad de dispositivos informáticos que facilitaban nuestro trabajo.

El tiempo pasó volando y, como no tenía nada ni nadie fuera que tuviera que echar de menos, los estudios me cundieron bastante. Aprendí en esos seis meses mucho más de lo que había aprendido en mis años de estudios universitarios. Manejábamos una información privilegiada de todo lo que ocurría en el mundo que estaba a años luz de todo lo que los comunes mortales

podrían leer en la prensa diaria.

A los seis meses, fui contratada como analista. Aunque en un primer momento mi trabajo se desarrolló en oficinas, mi entrenamiento físico también fue completado. No tenía que trabajar sobre el terreno, pero sí podría ir a países en conflicto para ver in situ y poder sacar conclusiones sobre la situación. También ir como observadora en elecciones que se desarrollaran en los países que tenía asignados o a conferencias internacionales. Mi tapadera podría ser como agregada de una embajada, periodista o miembro de alguna ONG. De eso ya se encargaría mi agente de enlace. De momento todos los novatos que empezamos a trabajar estábamos bajo el mando directo de Ana, la directora de Recursos Humanos.

Manténíamos contacto con miembros de grupos de inteligencia de otros países. Por mis características y entrenamiento, mi relación era con agentes del Mossad israelí y algunos grupos de inteligencia y contrainteligencia de países árabes de alrededor. Amplié mis conocimientos de los idiomas de la zona que tenía asignado mi trabajo, llegando a manejarlos con fluidez. Mi memoria fotográfica y mis conocimientos previos me ayudaron bastante. Muchas veces mi trabajo se limitaba a ir a la embajada española o a la de un país aliado y volcar la información que necesitaran.

Pero todo se complicó en mi primer viaje a Israel. Por motivos técnicos el avión tuvo que hacer un aterrizaje en el Líbano. Aunque mi pasaporte era español y diplomático, el hecho de ir a Israel no inspiraba mucha confianza a los agentes de frontera, aun cuando, en el avión, era la única pasajera con este pasaporte.

Nos apartaron del resto de pasajeros que se encontraban en el aeropuerto. En un primer momento nos organizaron en grupos, alejados de la zona principal del recinto y vigilados por agentes de aduanas. Pasadas unas horas nos montaron en un autobús para llevarnos a un hotel a las afueras de Beirut, pese a nuestras protestas. Antes de que me pudieran dejar incomunicada, y siguiendo el protocolo, di aviso directo a mi directora, pues sabía que no tardarían en quitarnos los móviles o cualquier dispositivo que nos permitiera comunicarnos con el exterior. Sospechaba que nos tendrían retenidos durante algún tiempo. Posiblemente seríamos utilizados como rehenes, pero lo que no entendía muy bien era quién nos mantenía retenidos.

Según pasaban las horas el ambiente se enrareció. Si en un primer momento el contacto era con funcionarios del gobierno, ahora solo estábamos con un grupo de guerrilleros cada vez más nerviosos. Tras separarnos en habitaciones, no volví a ver a mis compañeros en las siguientes horas. No sabía si a ellos los habían liberado o los mantenían, como a mí, retenidos. Por lo menos mi habitación tenía un baño, podía asearme y cubrir mis necesidades básicas a la espera de cómo se desarrollarían los acontecimientos.

Cuando llevaba ya cerca de doce horas desde mi llegada al Líbano, la puerta se abrió y entró un hombre armado con una media sonrisa triunfal. Capté en su mirada que me estaba viendo como un posible trofeo.

—Todavía no te habíamos hecho una visita —dijo mientras hacia un gesto al compañero que entró detrás de él.

El otro hombre cerró la puerta, quedándose apostado apoyado en ella mientras miraba a su compañero, que iba acortando terreno, como calculando sus posibilidades. A cada paso que avanzaba, yo retrocedía, aunque sabía que no era una buena idea que me acorralara contra la pared.

—Cuanto menos te resistas, mejor será para ti; ya sabes cuál va a ser el final. Me gusta mucho ir de caza —añadió, fijando sus ojos en mi cara sin borrar su odiosa sonrisa mientras acariciaba su arma con la que había dejado de apuntarme.

—Soy secretaria de la embajada española en Israel, no creo que sea una buena idea que me tengáis retenida y sufra algún daño —le contesté no muy convencida de que ese argumento sirviera para algo, pero tratando de ganar tiempo.

—Nadie sabe dónde estás y solo eres una pieza reemplazable. Alguna queja y poco más, se olvidarán de ti muy rápido.

Avanzó otro paso. Tenía que buscar la manera de ganar tiempo. Había podido avisar de la situación en la que estaba y dejar mi localización antes de que me quitaran el teléfono. Irían a sacarme de allí como fuera, pero tendrían que organizar la forma y mi único trabajo en ese momento era mantenerme con vida, ganar tiempo y si veía una posibilidad de huir con garantía de éxito, aprovecharlo.

Mi agilidad mental se me había agudizado con la subida de adrenalina e intentaba calcular qué era lo mejor para hacer en ese momento. Tenía a mi favor el factor sorpresa, ellos me verían como una mujer sola e indefensa, pero todo lo contrario. El problema es que, una vez que me encargara de ellos, no sabía qué me iba a encontrar detrás de la puerta.

—Quiero hablar con tu jefe —dije en una actitud de falsa relajación, no quería ponerlo sobre aviso.

—No hay problema. Pero antes me gustaría verte más cerca. No suelo tener todos los días a mujeres que huelan tan bien —dijo, olfateando el ambiente. Pude ver sus dientes que me recordaron a los de un depredador.

El espacio se había vuelto a acortar mientras, con un movimiento, el terrorista se había echado el arma a la espalda. Tras hacer eso sacó un cuchillo con el que empezó a jugar pasándoselo muy despacio de una mano a la otra. No estaba lo suficientemente cerca como para desarmarlo por sorpresa de una patada ni lo bastante lejos como para que me permitiera revolverme y tratar de huir. Tenía muchos muebles de la habitación a mi alrededor que, si bien podrían ayudarme, también podrían impedir mi intento de sorprenderlos.

En ese momento hizo un movimiento con el cuchillo y con el cuerpo a la vez que me cogió por sorpresa y con poco espacio. De un empujón me pegó a la pared, echando todo su peso sobre mí. Traté de separarlo para defenderme, pero el cuchillo en mi cuello me hizo desistir.

—Estate quieta, zorra, o te va a doler mucho más. —Su mirada indicaba todo lo contrario, le divertía mi resistencia.

Con la mano que tenía libre abrió sin contemplaciones mi ropa buscando mis pechos. Su aliento a alcohol y tabaco cerca de mi cara me produjo arcadas de asco. Una de sus piernas se metió entre las mías. Intenté darle un rodillazo, pero debía de estar acostumbrado a abusar de esa forma de las mujeres porque tal como me tenía sujeta me era imposible hacerlo. Luché por darle con la fuerza que me daba el miedo y la rabia. Pero, sin verlo venir, la que recibió el rodillazo fui yo. Y se me cortó la respiración durante unos segundos. Fue un dolor breve pero intenso.

—¡Te lo he dicho, zorra, sé cómo tratar a mujeres como tú! —me gritó al oído.

Tras eso, fue directo a uno de mis pechos, retorciéndomelo. Durante unos segundos pensé que iba a perder el conocimiento, y eso no me lo podía permitir. Noté como sus manos seguían recorriendo mi cuerpo y me preparé para lo que iba a venir después.

En ese momento el hombre de la puerta gritó que el jefe les llamaba. El depredador paró a regañadientes con un gruñido, aunque agarró con fuerza mi pelo sin quitarme el cuchillo del cuello.

—Vaya, nos han interrumpido. Pero puede que luego tengamos otro ratito juntos —dijo bajando la voz, aumentando su tono de amenaza mientras me llevaba hasta la puerta agarrada del pelo.

Hizo un gesto al compañero que, sujetando mis manos, me las inmovilizó delante de mi cuerpo

con una brida.

—Sujetemos a esta gata, que puede sacar las uñas.

Me llevaron por un pasillo vacío hasta una planta superior. Llegué a una habitación que parecía un gran despacho con mullidas alfombras y de amplios ventanales cubiertos con cortinas. Pude captar que en el exterior estaba atardeciendo; pronto sería de noche.

Dentro de la habitación había unas ocho personas, y todas estaban armadas menos dos. Uno de los que parecía no llevar armas estaba de pie y otro, que entendí que era el jefe, sentado en su sillón tras un escritorio. Cuando entramos apartó la mirada de los hombres que tenía delante para dedicar su atención a los que entrábamos. Cuando nos vio su reacción fue violenta.

—¡Te he dicho que no se toca a ninguna mercancía si no es por orden mía! —gritó.

Se levantó bruscamente con una fusta en la mano que había cogido de la mesa en la que estaba sentado y, sin mediar palabra, le cruzó la cara al hombre que me traía cogida por el pelo.

—¡Vete de aquí! Ya hablaremos después tú y yo —le dijo con los ojos cargados de ira.

Cuando se calmó tras salir el terrorista, le hizo un gesto al otro hombre que me había llevado hasta allí y me encontré colgada por la brida a un gancho que sobresalía del techo. Tenía los pies apoyados en el suelo, pero la extensión de mis brazos aumentaba el dolor de los golpes recibidos. Estaba claro que ese despacho era usado para tratos comerciales poco legales.

El jefe se acercó a mí y con la fusta recorrió mi cuello, entre los dos pechos y la piel de mi abdomen hasta la cinturilla de mi falda.

—Tendrás que perdonar a mi sobrino. Está demasiado acostumbrado a mujeres sumisas, pero, cuando tiene oportunidad, le gustan mujeres guerreras como tú; aumenta la excitación del cazador cuando la presa se resiste —dijo con la misma suavidad que usaba con la fusta para recorrer mi piel. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¡Suéltame, cabrón! —le grité.

El hombre miró a la audiencia como queriendo expresar que no sabía qué podría hacer conmigo. Pero, rápidamente, se giró y me golpeó en el estómago con la fusta, esto hizo que me encogiera soltando un grito por el dolor y la sorpresa.

—¡Cállate! Aquí soy yo quien decide qué hacemos contigo y, de momento, estamos discutiendo tu precio.

Discutiendo mi precio ¿con quién?, pensé. En ese momento entendí que el hombre que no iba armado venía a comprarme. Sus ojos se cruzaron con los míos, pero no entendí su mirada. No era la misma que las del resto. Su cuerpo estaba en tensión, los puños y los labios apretados, unas gotas de sudor recorrían su rostro: se le notaba que no estaba cómodo.

Sus rasgos y estatura no eran los propios de los habitantes de la zona, aunque por su poblada barba, sus ropas y el aspecto de haber atravesado todo el desierto pareciera lo contrario. En ese momento supe que lo más probable es que lo hubieran enviado para sacarme de allí y, aunque no fuera así, si al final salía de donde estaba, tendría más posibilidades de huir.

El jefe me rodeó y, tras apartar la fusta de mi cuerpo, con un tirón brusco, arrancó lo que me quedaba de blusa.

—Entonces me dices que vienes en nombre del Cadí de Damasco, como mediador, porque en la embajada de España en Israel la van a echar de menos. Y, como se supone que el Cadí y yo somos aliados, tengo que hacerte caso y este favor —dijo imprimiendo un tono pensativo a sus palabras.

Mientras hablaba seguía acariciando mi piel con la fusta. Yo miraba al otro interlocutor que todavía no había dicho nada y seguía manteniendo los labios apretados y sus ojos clavados en mí. Habló sin apartar su mirada.

—Más o menos. Ese es el resumen de la idea y es la oferta que te hago —dijo el extranjero.

—No sé si me conviene. Mi jefe es muy exigente y si pierdo una buena pieza, seguramente, me lo hará pagar caro, pero tu oferta me tienta. Me gusta jugar.

Se acercó a la mesa donde había estado sentado para coger una copa de vino y darle un sorbo, luego la alzó delante de sus ojos para ver el líquido a trasluz.

—¿Ves? Soy musulmán, pero me gustan las cosas buenas de la vida y nunca pierdo una oportunidad de disfrutarlas para divertirme.

Se me acercó de nuevo tras soltar la copa. Su mirada me avisaba de que lo que estaba pensando no me iba a gustar. Antes de que pudiera reaccionar y prepararme, introdujo su mano por debajo de mi falda agarrando con ella mi sexo. Traté de apretar las piernas mientras me revolví. Él respondió azotándose con la fusta y el dolor atravesó mi pecho. Afloje las piernas y él aprovechó para separar mi ropa interior y sus dedos entraron en mi vagina. Chillé intentando patearlo, pero la posición en la que estaba no me lo permitía.

—¡Déjala! Si dañas la mercancía no valdrá para nada —gritó el extranjero, haciendo un amago de acercarse, pero se detuvo cuando vio que el resto de hombres levantaban sus armas.

—Cierto. Tienes razón. Pero me gusta divertirme, ya te lo he dicho —le contestó mientras me soltaba.

Hizo un gesto a los hombres para que bajaran las armas y se dirigió hacia la mesa. Parecía más calmado.

—Vamos a jugar; hoy me has cogido generoso. Te la podrás llevar sin ningún problema, pero pongo unas condiciones. Nos la vamos a jugar a la carta más alta. Si gano yo, me la follo y, si ganas tú, te la puedes llevar gratis, pero te la tienes que follar antes de que salgas de aquí.

Se me revolvió el estómago con la propuesta. Allí estaban los dos hombres discutiendo un precio en el cual, pasara lo que pasara, yo acabaría perdiendo.

En ese momento la locura cruzó mi mente. Prefería que ganara el extranjero y me sacase de allí fuera el precio que fuera el que yo tuviera que pagar. Sabía que si no aceptaba, sería mi sentencia definitiva como esclava.

El secuestrador se giró lentamente, pensativo, y se acercó a mí, tocándome la cara con la fusta. Me agité.

—Me gusta jugar —dijo mientras se dirigía a la mesa y, una vez allí, sacó una baraja de cartas de su cajón.

Mezcló las cartas e hizo un gesto al extranjero para que se acercara y eligiera una. El árabe había sacado la suya: una dama de tréboles.

—Imagino que el As es la carta más alta —le cuestionó.

Asintió, con una sonrisa siniestra en sus labios, viéndose ya ganador.

El hombre cogió una carta y la miró para, muy despacio, ponerla sobre la mesa. Así oí de sus labios la sentencia: Rey de Diamantes.

La suerte estaba echada. Miré su cara y vi la alarma de sus ojos. El traficante indicó a sus hombres que me bajaran del lugar donde estaba sujeta.

—Esto es lo que hay, o lo tomas o lo dejas... Si es que sí, podrás ponerte en camino con ella en cuanto acabes, si es que no, no la volveréis a ver nunca. Haremos que desaparezca sin dejar el más mínimo rastro —comentó el jefe con una mueca desagradable en el rostro.

El otro hombre agachó la cabeza y abrió las palmas de sus manos con un gesto de derrota.

—Que así sea —contestó.

Traté de pensar en una salida para la situación; pero, antes de que me pudiera defender, me soltaron las bridas y cuatro hombres del grupo me llevaron a otra habitación, tirándome encima de

una cama. Dos de ellos mantuvieron cada uno de mis brazos sobre la cabeza. Intenté revolverme con todas mis fuerzas, pero era imposible. Quería morderles, arañarles, patearles, pero lo único que conseguí entre mis gritos fue que me inmovilizaran con más fuerza. Sabía lo que iba a ocurrir desde el principio. Tenía la esperanza de que me liberasen, pensando que cuanto menos daño me causaran más valiosa sería.

Me subieron la falda que llevaba y los otros dos hombres me abrieron las piernas. Seguí intentando luchar para cerrarlas mientras me retorció. Pude oír como comenzaban sus risas y sus comentarios obscenos.

El extranjero entró en la habitación, se arrodilló delante de mí y, con decisión, arrancó mi ropa interior dejándome vulnerable y a la vista de todos. Mi angustia fue en aumento, aunque sabía que no podía hacer nada: me iba a violar. Traté de gritar, pero uno de los hombres puso su mano en mi boca. La adrenalina hizo que el sudor cayera por mi cuello, pecho y espalda. El pánico empezaba a apoderarse de mí. Tenía que controlarme como me habían enseñado.

Mi cuerpo se puso tenso cuando todo su peso cayó sobre mí. Tenía sus ojos, sus labios, su cara muy cerca. Entre mis lágrimas, mi furia, mi angustia y el pánico escuche en la lejanía su voz. Me estaba hablando. Esto era peor que una pesadilla. Aumenté la tensión cuando noté sus dedos dentro de mi vagina mientras me susurraba al oído que sería rápido. Que si me relajaba me dolería menos. Que era la única forma de salir de allí con vida y que lo perdonara. Me estaba volviendo loca, le estaba oyendo hablar en ¿ladino? No pude pensar más, en ese momento me penetró sin miramientos. Un dolor sordo recorrió mis entrañas. Estaba como loca, tratando de quitármelo de entre mis piernas, luchando y revolviéndome para nada. Una de sus manos tocó mi cuello. Y, a partir de ahí, todo se volvió oscuro.

Desperté en un hospital y al lado de mi cama percibí a alguien a quien identifiqué como una doctora. Mi cerebro quería pensar que solo había tenido un accidente y todo lo que empezaba a recordar era un mal sueño. Pero el dolor que sentía en el cuerpo me obligó a volver a la realidad. Traté de moverme un poco; el dolor aumentó, lo que produjo una mueca en mi cara.

—Tranquila, no te muevas, estarás muy dolorida por la tensión. Soy la doctora Raquel Delgado Cohen, hermana de Ana, tu directora, y de James, quien te ha traído aquí por orden directa de ella. Estás en Tel Aviv, en el hospital Centro Médico Souraski. Soy la directora médica y, además, psiquiatra y psicóloga. Ana pensó que para este momento era lo mejor para ti —dijo la doctora que, ciertamente, se parecía a ella, solo que un poco más baja y corpulenta.

—¿James? —pregunté alarmada—. ¿Quién es? ¿Cómo he llegado aquí?

Raquel acercó una silla y se sentó a mi lado. Hizo una aspiración profunda, comenzando a hablarme con tranquilidad. Noté como sopesaba cada palabra y, pese a su sonrisa, como sus ojos me observaban con gran interés.

—James es uno de los agentes de Mossad asignados en la zona, fue el encargado de sacarte de donde te tenían prisionera. Como sabes, habían realizado un secuestro de pasajeros. Para ellos no eras muy valiosa porque eras mujer, pese a tu pasaporte diplomático. Pero pensaron que era mejor venderte en el mercado de esclavas sexuales. James, usando sus contactos, se presentó en nombre del jeque de Damasco con la idea o de comprarte él o de canjearte. Pero la cosa no salió como esperaba. Las relaciones entre el terrorista que te tuvo prisionera y el de Damasco no estaban en su mejor momento, por lo que pensó que era divertido devolver la mercancía marcada, ya que estaba tan interesado por ti. Así, la única opción que presentó a James fue que si quería sacarte de ahí con vida, tenía que ser según sus condiciones. Y James tuvo que aceptar. Está desde que te trajo paseándose como un león enjaulado por el pasillo. Para ser un agente avezado en su trabajo, y de los mejores, nunca lo he visto tan agitado —dijo la doctora.



—¿Cómo me trajo hasta aquí? —pregunté mientras procesaba lo que me estaba explicando.

—Según me contó, usó sus conocimientos para hacerte perder el sentido, te envolvió en una sábana y en una alfombra para sacarte de Beirut. Te llevó por carreteras y caminos secundarios en su todoterreno. De Beirut a Tel Aviv hay pocas horas, solo que hay que evitar ciertos pasos fronterizos, algo que James conoce, ya que se mueve bien por el desierto. Te inyectó un tranquilizante para que no despertaras por el camino y antibióticos. Además de agente, es médico y sabe cómo evitar complicaciones.

—¿Es posible superar una violación? —le solté mis pensamientos en voz alta a la vez que bajaba la voz al terminar la frase.

—¿Qué ocurrió? ¿cómo te sentiste? —preguntó mientras sujetaba mi mano.

—Pánico, miedo, angustia. Pero no asco. Entre las risas de los otros hombres escuchaba su voz mientras me penetraba, me obligó a mirarlo y ahí entendí que él estaba igual de angustiado, no quería que eso pasara. Me lo dijo, pero también lo vi en sus ojos y fue como una liberación para mí. Ahí creo que fue donde perdí el sentido —le conté, cerrando los ojos a mitad del relato para volver a mirarla cuando hube acabado.

—El cerebro es un órgano muy complicado, se ha protegido entendiendo que era un mal menor. James ha sabido transmitirte. Más o menos me ha contado lo que pasó en ese momento para que hablará contigo. Has sufrido un shock pero posiblemente no un trauma.

Mi cerebro estaba procesando toda la información a gran velocidad, desde luego como ella decía trauma no parecía tener, uno de mis dones era lo del mal menor. Había sido abrumador, terrorífico, pero ahora, cuando sabía toda la verdad, empezaba a comprender los mecanismos de mi entrenamiento, mis cualidades y fortalezas profundas.

—¿Qué hacemos con nuestro amigo? —me preguntó la doctora, en un giro de la conversación tal vez viendo la duda en mi rostro.

—¿Ha estado todo el tiempo aquí mientras estaba inconsciente? —le pregunté a Raquel.

—Sí. Mientras nosotros te hacíamos una exploración, para después limpiarte y ver si tenía alguna herida, él aprovechó para cambiar un poco su aspecto. Creo que quiere que lo conozcas, si al final te decides. Pero como es en realidad y no como tú lo recuerdas. De todos modos desaparecerá de tu vida sin más si así crees conveniente —prosiguió—. Otro punto que quiero aclararte es que, obviamente, no hubo preservativo en la relación. Está limpio de cualquier enfermedad de transmisión sexual, le hicimos los análisis hace unas horas cuando llegó y se ofreció voluntario, aunque según el protocolo lo habríamos hecho igual. Aportó el informe de que tiene hecha una vasectomía hace tiempo. No puedes tener problemas de embarazo —continuó la doctora—. Ahora me voy a retirar, que tengo otros pacientes que atender. ¿Qué quieres que le diga? —me preguntó, haciendo el gesto de irse pero sin llegar a soltar todavía mi mano, como queriendo comprobar cuál era realmente mi estado interior, si estaba tan calmada como aparentaba.

—Déjalo pasar, me voy a hacer la dormida. Tengo que pensar con tranquilidad todo lo que me has contado, quiero enfrentarme a él, pero a mi manera —le contesté.

Raquel sonrió y apretó levemente la mano que me tenía sujeta, se despidió saliendo de la habitación. Me acomodé con cuidado y cerré los ojos relajando mi rostro como si estuviera durmiendo. A los pocos minutos el diálogo que llegaba levemente a mis oídos desde el pasillo finalizó, y supuse que Raquel lo había puesto en antecedentes de nuestra conversación. Sentí como la puerta se abría y cerraba, percibiendo su cercanía a mi cama y, algo que no esperaba, su olor muy próximo a mi rostro. No era un olor que recordara, este era fresco. Lo agradecí. Luego sus labios se posaron suavemente en mi frente y oí su voz con un susurro lo siento. Sí, esa voz la

reconocí con la misma suavidad, haciéndome sentir una nueva punzada en mis entrañas.

El hombre se apartó. Supuse por los sonidos que se había acomodado en el sillón. Posiblemente pensaba relajarse durmiendo. Eso sería bueno, me permitiría observarlo sin que me viera. No quería todavía enfrentarme a sus ojos, para eso no estaba preparada. Esperé un rato hasta que sentí que su respiración era más ligera y regular. Muy despacio empecé a mirar a través de mis pestañas para cerciorarme de que de verdad estaba dormido.

Tenía el pelo castaño oscuro y su piel era blanca, demasiado blanca para ser autóctono de la zona. Además su estatura destacaba entre el resto, eso sí lo podía recordar. Tenía la cara afeitada, no la barba que recordaba ni el aspecto desaliñado; iba perfectamente vestido con una camisa clara de lino remangada y abierta levemente hasta medio pecho que encuadraba su musculatura y con unos pantalones claros. Ropa fresca para el clima. Había apoyado la cabeza en un lateral del sillón con los brazos cruzados sobre el pecho. Al mirarlo fijamente, no me causó ni asco ni miedo. Nada de lo que se supone que deberías sentir cuando tienes delante de ti al hombre que horas antes te ha violado. Mi cabeza seguía sin entender por qué ese hombre no me repugnaba. Aun durmiendo, y sin verle los ojos, tenía un magnetismo que producía dolor en mi cuerpo, en lo más profundo, pero era un dolor que me seducía.

Al final acabé durmiéndome no sé por cuánto tiempo. Cuando desperté estaba desubicada, abrí los ojos con sorpresa y allí estaba él, donde lo dejé al caer rendida, pero estaba despierto. Había cambiado levemente la postura y me miraba en silencio. No sabía qué podría estar pensando, su semblante era serio, sentí como me ruborizaba. Si lo notó, en sus ojos no capté nada. Levemente una sonrisa se dibujó en su cara y oí su voz de nuevo.

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —me preguntó sin moverse del sillón. Su tono era cálido y acogedor.

Durante unos segundos mi garganta se volvió seca como el esparto, me sentía avergonzada como una cría chica delante de ese hombre. Mi cuerpo lo deseaba. ¿Estaba sufriendo un síndrome de Estocolmo? Me moví levemente, traté de guardar mis pensamientos en lo más profundo de mi mente para que en mi rostro no se vislumbrara nada comprometedor. No quería que tuviera una apreciación errónea de mis deseos. De algo que todavía no era capaz de entender.

—Bien, pero me gustaría poder levantarme e ir al baño. Si llamas a una enfermera, te lo agradecería. ¿Podrías traerme un poco de agua? —le dije todo a la vez con cierto nerviosismo, quería romper la magia de su mirada.

Tras levantarse, pulsó el interfono que comunicaba con enfermería, después se acercó a donde estaba el agua, llenándome un vaso. Mientras andaba hacia la mesa pude verlo bien en toda su envergadura. Tenía un cuerpo magnífico, era ancho de espaldas, pero sus movimientos eran ágiles. Dejé de mirarlo mientras se acercaba a la cama, porque si leía bien mis ojos, no creo que entendiera lo que expresaban. Cuando la enfermera entró el hombre discretamente salió de la habitación, la chica fue un poco indiscreta.

—Qué guapo su novio. Debe de quererla mucho, porque desde que llegó no se ha apartado ni de la puerta ni de la habitación. Solo ha salido una vez en dos días para cambiarse de ropa. Ni ha comido. Si acaso ha tomado algún café que la directora le ha traído. Es muy sensible, solo se quedó tranquilo cuando se le informó de que su estado no era tan grave como aparentaba —suspiró la enfermera.

—Sí, muy guapo y romántico —contesté mecánicamente a la enfermera. Su excesiva confianza me alteraba, porque no lograba entender nada; tendría que hablar con Raquel para que resolviera las dudas que me estaban surgiendo—. Me gustaría saber cuándo me dan el alta y si me puedo levantar de la cama y andar. No me encuentro mal. También quiero saber si puedo comer; tengo

hambre.

—Estupendo. Voy a llamar a la directora y traerle la comida. Vuelva a la cama, ya le digo a su novio que pase —contestó la chica tras ayudarme a ir al baño y volverme a colocar en la cama.

—Gracias. —Mientras se iba pensé qué podría pasársele por la cabeza a James cuando la enfermera parlanchina dijera ya puede pasar, su novia está lista. Una leve sonrisa se vislumbró en mi rostro.

James parecía más animado que cuando salió.

—Me ha comentado la enfermera que has pedido comer, eso es buena señal —dijo sin añadir si la enfermera me había calificado como su novia, pero no apostaría en contra.

—Sí, pase lo que pase, a no ser que sea una enfermedad, el cuerpo cuando tiene hambre lo va a pedir igual. Como decía mi abuela: «el muerto al hoyo y el vivo al bollo» —le contesté con un tono animado. No había tensión entre nosotros, pero se notaba que hablaba y se movía con cautela, como si esperara de un momento a otro una mala reacción por mi parte.

En pocos minutos regresó la enfermera con mi bandeja de comida y detrás de ella Raquel.

—Me alegro de que tengas ya hambre. Te dejo comer sola y luego mando a alguien. Me voy a llevar a James a comer algo, si te parece bien, que creo que también lo necesita. Además tengo que hablar con él —comentó la doctora mientras le daba un golpecito en la espalda al hombre, que no parecía muy decidido a abandonar la habitación.

—Vale, pero antes de que te vayas, me gustaría hablar contigo a solas, Raquel, sobre mis planes de futuro —dije sin mirarlo, aunque por el rabillo del ojo vi que su cara se ensombrecía y su cuerpo se tensaba.

—Bien, sin problema. James, sabes dónde está mi despacho, ve para allá y vete sirviendo una copa si te apetece. Luego, durante la comida, ya hablaremos también los dos de tu futuro —añadió mirando al hombre.

Se despidió con un gesto y salió de la habitación. Parecía más nervioso que minutos antes.

—Empieza a comer, Myriam, mientras hablamos —me dijo.

—No tengo prisa y, aunque tengo mucho que consultarte, voy a tratar por lo menos de hacer un resumen. ¿Qué ha decidido Ana sobre mi situación? Quiero darme el alta voluntaria y salir del hospital. No veo un motivo físico para quedarme aquí, aunque no tengo problema para quedarme en Tel Aviv si necesitan algo de mí —contesté de forma atropellada.

—Bien, te has adelantado a los acontecimientos. He hablado con mi hermana y por supuesto estás de baja entre uno y dos meses, y si fuera necesario más, así sería. Por un lado, el alta hospitalaria la puedes tener tal como termines de comer; por otro, el alta psicológica, de momento, no te la vamos a dar, y eso es de mi competencia. La sugerencia que le hice a mi hermana es que, como estás aquí, ofrezco mi casa para que te alojes el tiempo que consideres necesario. La uso poco, ya que paso mucho tiempo en el hospital. Está cerca, a pocos minutos del centro. Puedes disponer de ella con total confianza y si necesitas ayuda psicológica estás cerca de mi consulta. Si no aguantas estar en el país por el recuerdo que te trae, Ana te reclamará para volver a tu casa en el primer avión y allí serás tratada igualmente por los médicos de tu empresa —terminó la psiquiatra.

—Acepto la propuesta, que era muy parecida a la que te iba a comentar. Pero voy a añadir una petición para mi estancia, y espero que tanto tú como Ana estéis de acuerdo —le contesté a la doctora.

—Cuéntame, que me está dando mucha curiosidad —sonrió Raquel.

—Estoy en la tierra de mis antepasados y, aprovechando la estancia aquí, quiero conocer más de su cultura. Soy sefardita, no soy practicante porque mis padres no lo eran, solo quedaron en mi

casa tradiciones que identifiqué con el tiempo con la cultura judía. Me gustaría además que James estuviera cerca, ya que pienso que él también debería de tener un tratamiento. Sospecho que se merece una baja, así podré aprovecharme de él y que me enseñe Israel, porque, aunque no conozco su historia, imagino que es judío. —Sonreí de manera cómplice al finalizar mi conversación.

Empecé a darle un trago al caldo que me habían traído, que olía estupendamente, así como las empanadas de carne. Raquel debió de pensar que estaba loca. La doctora arqueó una ceja y soltó una sonora carcajada.

—Caramba, creo saber por qué mi hermana te seleccionó. Tienes los ovarios cuadrados, como diría ella. Pero considero que no es mala propuesta, si así lo quieres y mi hermano lo acepta. La verdad es que la casa familiar es grande y cada uno tenemos una planta completa en el edificio, ya lo verás. Es la casa en la que vivimos los tres desde que comenzamos nuestros estudios aquí. Haciendo un resumen —Raquel empezó a contarme su historia familiar—, James estudió medicina, es huérfano y mis padres lo acogieron. Era hijo de un amigo de mis padres, médicos también, que fueron asesinados por un grupo terrorista. Pero los detalles ya te los contará él si lo considera oportuno. Siempre hemos usado el término hermanos entre nosotros, y supongo que por esa confianza de la que disfrutamos los tres, Ana lo designó como tu sombra cuando ocurrió todo. Pero, obviamente, ni ella ni nadie sabía cómo se iban a desarrollar los acontecimientos. Come con tranquilidad, que voy a hacer lo mismo con él mientras le comento lo que me has dicho —me contestó la directora.

—No le fuerces, si no quiere, me iré directamente a España. Ya seguiré el tratamiento allí. No quiero que se sienta obligado en ningún sentido —añadí, aunque en mi fuero interno deseaba que aceptara la propuesta.

—No te preocupes, si está en el puesto que está, no es precisamente por ser una persona a la que le fuercen a hacer lo que no quiere. Es más, entiendo su reacción, porque ha sido una de las pocas veces en las que todo se le ha ido de las manos. Lo que iba a ser un rescate o intercambio se complicó más de lo que esperaba. Luego te lo mando para que te acompañe a firmar el alta.

Con esa respuesta, Raquel me dio a entender que lo más seguro sería que mi rescatador aceptara la propuesta. ¿Pensaría que me estaba volviendo loca?, ¿cómo entendería mi explicación de que me pone el hombre que me violó y quiero tenerlo cerca además para que haga de guía turístico? Supongo que no debería de ser tan extraño cuando Raquel aceptó rápidamente mi idea o tal vez el contacto entre las dos hermanas era mucho más directo de lo que yo pensaba. Esta posibilidad me atosigaba. No me podía permitir poner en peligro el trabajo; tendría que confiar en la doctora. Quería saber qué estaba pasando, investigar los orígenes de mis antepasados, aunque esa no fuera toda la verdad, y conocer más a fondo a James, pese a saber que pagaba un alto peaje y que tarde o temprano me traería consecuencias.

Además, como seguía todo según lo planeado, debería de fomentar mi relación con James, pero no estaba en el plan la forma de conocernos. Él me abriría muchas puertas, pero ¿a qué coste? Ana lo había mandado a rescatarme como única solución. A cualquier persona sufrir una violación le causaría un trauma del que podría tardar en salir y a veces no se era tan afortunado. Pero Ana me había avisado de que este podía ser el peor de los escenarios, pura ley de Murphy que se había cumplido a rajatabla. Aun así tendría que salir adelante, pero a un precio muy alto. Sin embargo, yo estaba entrenada para esta situación.

## Capítulo tercero

### Despertares

Después de comer, la enfermera me quitó la vía que llevaba y pude pasear por la habitación hasta la ventana; desde allí se veía una magnífica vista de Tel Aviv. Me preguntaba donde viviría la doctora, ¿sería un apartamento funcional o sería una casa grande?, ¿acabaría arrepintiéndome de mi osadía de tratar de conocer mi pasado y a su hermano? En las dependencias privadas del hospital, donde residía habitualmente la doctora, se estaba desarrollando una conversación que seguía el hilo de mis pensamientos. Tiempo después supe lo que habían hablado.

—¿Esa ha sido la propuesta? ¿lisa y llanamente? —preguntó sorprendido cuando Raquel le espetó lo que le había comentado. Conocía muy bien a su hermano y que la curiosidad le podía. No era un hombre que se echara para atrás frente a un reto o ante una petición de ayuda.

—Tal cual. La chica tiene ovarios para ser no solo agente de análisis, sino también agente de campo. Otra persona se habría vuelto loca. Creo que, como buena analista, ella lo tiene más claro y está más segura de sí misma que tú —le contestó su hermana—. Es más, la propuesta tiene en parte su base científica de terapia. Va a practicar con eso de enfrentarse a sus propios miedos antes de que sus miedos puedan con ella.

—Pero es un poco de locos. Soy la persona que más daño le ha hecho hace horas y ¿quiere conocerme? No sé si sentirme alagado o asustado —dijo James mientras se pasaba la mano por el pelo, como queriendo borrar un recuerdo que le iba a ser imposible olvidar en toda su vida.

—James, reconócelo, en el fondo, si no te llega a halagar, por lo menos te pica la curiosidad. Te conozco. Eres de los que le van los retos complicados y este va a ser, de momento, el más difícil de tu vida. Ella ha tomado una decisión y no la veo del todo descabellada. Va a depender de ti. Tómalo como si fueras su guardaespaldas y guía por Israel, que es lo que quiere. Deja que sea la que te indique el camino. A mí me da buena sensación, aunque quede feo decirlo siendo psiquiatra. No puedo guiarme por las buenas vibraciones, pero tiene algo que rara vez se encuentra de esa forma tan clara en un ser humano. Te voy a dar solo una pista para que no vayas a ciegas: ella lo que ahora se cuestiona es por qué ni te tiene odio ni asco ni miedo. En realidad eso es lo que le asusta y quiere analizar. Te lo he dicho, es una analista pura —Sonrió Raquel terminando su café.

—Bien, pues nada, me arriesgaré. Como tú dices, no suelo echarme para atrás ante un buen reto, creo que se lo debo —contestó pensativo y un poco más calmado tras las palabras de su hermana.

—No lo hagas por compasión. Eso cualquier mujer lo captaría con rapidez y ella creo que antes que ninguna —le riñó levemente la doctora, moviendo su dedo índice de derecha a izquierda.

—No es precisamente compasión lo que siento por ella —le dijo James, removiéndose en su asiento, con lo que la doctora captó su nerviosismo y comprendió la causa.

—Eso lo sé. Pero deja que todo siga su curso. Ya he hablado con nuestra hermana y le he puesto en antecedentes. Por ella no hay problema, por mí no hay problema, pero por ti veo que sí los hay —dijo antes de lanzar una leve carcajada y levantarse del sillón para dar por finalizada la conversación.

—Déjate de bromas, que la cosa es seria. No te voy a decir que estoy asustado, pero hacía

tiempo que no sentía por una mujer lo que estoy experimentando ahora por ella —concluyó, levantándose también.

Cuando James entró en la habitación, me había vestido con un pantalón vaquero, una camiseta y unas zapatillas deportivas blancas. Miraba por la ventana con la frente apoyada en el cristal, pero no estaba viendo nada en realidad. Cuando entró me di la vuelta, recibéndolo con una franca sonrisa. No se la debió de esperar, porque se quedó durante unos segundos parado sin acercarse. Creo que le di la sensación de que regresaba a mi casa de unas vacaciones. Nada que ver con la situación real que estaba viviendo y, menos, con lo que había sufrido hacía tres días. Sentí que mi sonrisa le había descolocado.

—Me gustaría que me explicaras cómo ir a casa de Raquel. Y además necesito recoger mi equipaje.

—Tranquila —me respondió recuperando la compostura y sonriendo también—. He aceptado la propuesta de conocer tu pasado en Israel y seré tu guía gustosamente. Te llevaré a casa de mi hermana. Una vez allí veremos qué podemos hacer con tu equipaje, aunque sospecho que Ana ya habrá pensado en todo eso. Recogeremos tu alta —dijo. Mientras, con un gesto al abrir la puerta me cedió el paso. Al cruzarnos volví a captar el olor que me había resultado tan agradable la primera vez que lo sentí en el hospital.

James recogió su coche del aparcamiento y, tras acomodarme en el asiento junto a él, abrí la ventanilla. La ciudad tenía un olor desconocido que me gustaba. Tel Aviv es una ciudad moderna, multicultural, no muy distinta a una ciudad europea de la costa mediterránea; a fin de cuentas, el Mediterráneo une culturas. Hace mucho tiempo, algún antepasado mío debió de salir de sus costas, voluntaria o involuntariamente, y recalar en la lejana Sefarat. Respiré profundamente, con los ojos cerrados, y sonreí. Pese a todo me sentía viva y el dolor se iba diluyendo, como si lo dejara atrás en la cama del hospital.

—¿Te gusta lo que hueles? —preguntó al parar en un semáforo y mirarme tras girar la cabeza.

—Sí, Tel Aviv es una ciudad con mucha luz y olor a mar. No puedo vivir sin ese olor y la luz del sol —dije, aprovechando que habíamos vuelto a iniciar la marcha.

—Pero ahora vives en Madrid —comentó.

—Así es, pero siempre busco un hueco y hago escapadas a mi ciudad natal: Cádiz, ciudad fenicia, de comerciantes, romana, puerta de América, luz y sal, sol y mar. Está a pocas horas en tren desde Madrid —le contesté.

Tras unos minutos de silencio, James paró el coche delante de una casa de tres plantas, de construcción moderna, en un barrio residencial. Me quedé sorprendida tras verla desde fuera, pensando en mi discreto apartamento en Cádiz con vistas al mar o en el piso de la residencia de trabajadores del CNI en Madrid.

—La primera planta es la de Ana, la de en medio es la de Raquel y la tercera es la que uso cuando estoy aquí, y es la que mejores vistas tiene. Hay zonas comunes arriba del todo y también hay una piscina. Como ya sabes, Ana y Raquel son mis hermanas y Raquel me ha pasado la llave de su casa para que la utilices a tu antojo el tiempo que quieras. Con lo que me has dicho, sé que te va a gustar mucho porque tiene vistas al mar —dijo, mientras aparcaba el coche en la entrada de la casa para franquear la valla que la rodeaba.

Desde fuera se percibía que había sido construido con un concepto abierto, por lo que la luz entraba a raudales por todas partes. Parecía cálida y acogedora gracias al sol, que me daba la sensación de que llegaba a todos los rincones. Nos montamos en el ascensor; la proximidad de su cuerpo en un espacio tan pequeño me resultó agradable. Mi pensamiento se desvió en cuanto salimos al apartamento, lo que había visto desde fuera se confirmó cuando entramos en la que

sería mi casa en las próximas semanas.

Los muebles eran grandes, de colores cálidos que atenuaban la luminosidad del ambiente. Recorrimos el salón, con su cocina integrada. Comprobé que solo había un baño grande junto al único dormitorio de la planta.

Se notaba que allí vivía una persona culta. Miraras donde miraras encontrabas libros. En el suelo los había amontonados con delicadeza, intuí que habían sido puestos ahí porque eran los que de forma habitual la dueña de la casa usaba el poco tiempo que pasaba junto a ellos. No solo eran de medicina, sino de países del mundo, cine, arte, moda. Vi, junto a los libros, discretas obras de arte que decoraban el espacio. Una gran televisión presidía una de las pocas paredes que no era de cristal.

Cuando entré en el dormitorio, vi encima de la cama una maleta. Mi maleta. Una sonrisa de alivio se dibujó en mi rostro. También sobre la cama había un teléfono móvil, no era el mío, pero daba igual, me haría el servicio y, junto a él, mi ordenador. Era de agradecer en muchos momentos la eficacia de La Casa.

—Vamos a subir a la última planta y veras las vistas —dijo con entusiasmo.

Volvimos a coger el ascensor permaneciendo los dos en silencio. Notaba tensión y el calor que irradiaba. Su olor personal me envolvió. El deseo volvió a mi interior al aproximarse al panel de control del ascensor. Más, cuando su mano rozó mi brazo. Un escalofrío se abrió paso por mi columna vertebral. Una sensación que se borró al abrirse las puertas y poner los ojos en la planta superior. Me quedé un poco sobrecogida por el espacio. El impacto fue mayor al ver un pequeño jardín integrado, la piscina y notar el aire cálido del Mediterráneo. Todo junto casi me produjo un mareo. Pese a eso, inspiraba calma y tranquilidad. No parecía que estaba en un edificio próximo al centro de Tel Aviv, la capital cultural y económica de Israel, ciudad bulliciosa de estudiantes, profesionales, música, comercio. Aquí se respiraba paz y sosiego.

—¿Qué te parece? —preguntó, manteniendo el entusiasmo. Parecía decidido a que me encontrara cómoda. Suponía que para él tampoco era fácil.

—Me asusta un poco tanto espacio abierto. En mi ciudad todo está muy recogido, las casas son pequeñas y algunas con buenas vistas, pero no tenemos tanto espacio en el interior. Pese a su tamaño, es cálida y acogedora. Me encanta la luz —contesté con una sonrisa mientras observaba todo lo que había a mi alrededor.

—Estupendo. Te propongo una cosa: baja de nuevo a tu piso, mira en tu maleta, ponte cómoda, te relajas y esta noche sobre las ocho te espero para cenar. Si las vistas son buenas, por la noche son espectaculares de verdad. Yo preparo la cena, no te preocupes —dijo como un buen anfitrión—. Si quieres cualquier cosa, verás que al lado del frigorífico hay un intercomunicador, pulsando el tres puedes hablar conmigo. Has visto que tu maleta está encima de la cama, en el móvil seguro que se han encargado de meter los teléfonos que han pensado que puedes necesitar. También, para cualquier cosa, puedes mandarme un mensaje. ¿Te parece bien? —preguntó con cordialidad. Viendo un par de veces como se había pasado la mano por el pelo, interpreté que no estaba tan relajado como quería aparentar.

—Me parece una estupenda idea. Así charlamos con tranquilidad —le contesté. Me dirigí hacia el ascensor. Cuando me di la vuelta, seguía mirándome con la misma sonrisa que le devolví.

Me apoyé en la pared del ascensor sudando, ni yo misma me entendía. Salí camino de lo que desde ese momento iba a ser mi dormitorio. Cogiendo el teléfono, me puse a repasar la lista de personas que tenía en la agenda. Era idéntica a la de mi teléfono habitual, pero me di cuenta de que tenía añadidos los teléfonos de James y de Raquel. Debían de haber copiado mi tarjeta. No tengo que preguntar cómo, siendo miembro del CNI, todo era posible. Dejé de nuevo el teléfono

sobre la cama para centrarme en mi maleta. Me iba a dirigir hacia el armario que estaba en el dormitorio y en ese momento sonó un whatsapp. Volví sobre mis pasos, era Raquel.

—Hola, buenas tardes. —Su mensaje iluminó la pantalla de mi móvil—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Ahora mismo iba a mirar en tu armario para hacer sitio a mi ropa.

—He pensado en eso. Lo que creas que te puedas poner, pónelo, no te cortes. Creo que tenemos la misma talla y el mismo pie. Hay zapatos y bolsos que me han regalado hace poco y que ni he usado. Aprovecha lo que juzgues conveniente, para mí sería un placer. Últimamente solo me pongo batas de médico y trajes de chaqueta.

—Me da la sensación de que abusaría de tu confianza. Ya el estar en tu casa me intimida un poco.

—Déjate de ser políticamente correcta. Tengo mucho más de lo que necesito. Mi hermano siempre ha sido muy generoso con sus regalos, así como otros amigos que he tenido. Úsalo todo y disfruta del momento. Utiliza también mi armario para meter tus cosas, ya que hay suficiente espacio para las dos.

—Tu hermano me ha invitado a cenar esta noche.

—¿Cómo te lo has tomado?

—Bien. Es como si una parte de todo lo malo se quedara en el hospital. Como si tuviera otro cuerpo y ese no hubiera venido conmigo.

—Pues disfruta del momento, como te he dicho antes. No fuerces nada, pero déjate llevar. Lo que necesites, sea la hora que sea, ponte en contacto conmigo. Aquí estaré para lo que precisés.

—Gracias. Voy a ver si me acomodo, no sé cómo agradecértelo.

—Siendo tú.

Ahí quedó su mensaje. Abrí el armario; la ropa que había era increíble, para todos los momentos del día, para todos los días del año, zapatos y bolsos a juego. El sueño de cualquier mujer ahora mismo estaba al alcance de mi mano. Vacíé mi maleta y coloqué mi ropa, cogí mi neceser; necesitaba darme un buen baño relajante.

Cuando terminé eran ya las siete y tenía que pensar qué ropa me iba a poner. Regresé al armario de Raquel, casi me daba vueltas la cabeza porque no sabía que elegir. Era mi primera cita con James. Pero una cita muy extraña por las circunstancias que habíamos vivido. ¿Qué ropa me pondría? Quería estar atractiva pero discreta, por lo que seguí el consejo de la dueña del armario: voy a ser yo y hacer lo que mi cuerpo me pida. Elegí un vestido de color gris con una decoración de hilos plateados, con escote en pico sujeto a la nuca y que me dejaba la espalda al aire, con vuelo en la falda; y unas sandalias de tiras plateadas. Me alisé mi media melena, me puse un ligero maquillaje, cogí mi móvil y un chal azul por si por la noche refrescaba. De joyas, opté por unos pendientes de oro blanco cuadrados con una circonita en el medio que habían sido el regalo de mis padres cuando aprobé selectividad y un anillo en forma de ese que cubría dos dedos, lo que siempre solía ponerme cuando iba a una fiesta. Cuando faltaban cinco minutos para las ocho, estaba tocando el botón de la cuarta planta del edificio y cogiendo aire. Podría considerarse nuestra primera cita oficial. Cualquier primera cita me pondría nerviosa y en la circunstancia en la que transcurría esta, más todavía. Quería agradecer, conocerlo y que me conociera.

La puerta del ascensor se abrió dando paso directamente al salón de la cuarta planta. En el centro estaba James con dos copas de vino tinto. Noté en su cara, cuando salí del ascensor, sorpresa y satisfacción.

—No sabía qué tipo de vino te gustaría; pero, siendo como eres española, he pensado que un buen tinto para empezar podría ser una buena idea. Aunque en la nevera tengo blanco —dijo, tendiéndome la copa.



Solté el móvil y el chal que llevaba en una silla que estaba al lado del ascensor y me dirigí hacia él para recoger mi copa. Estaba esplendido, con un pantalón de pinzas oscuro, una camisa blanca con un ligero estampado azul y abierta un poco hasta medio pecho. Tenía el pelo peinado hacia atrás, pero algún mechón rebelde merodeaba por su frente e irradiaba una gran seguridad.

—Por Tel Aviv, otra de las perlas del Mediterráneo —dijo alzando la copa y con un gesto me hizo mirar hacia la terraza, donde estaba la piscina. Al fondo se veía toda la ciudad. Aunque no tenía un skyline tan rotundo como Nueva York, su vista no se quedaba atrás. Me dirigí muy despacio hacia el exterior y, ya en la terraza, vi que había una mesa montada para nuestra cena y al lado otra con toda la comida preparada en plan catering; se había esmerado.

—¿Esto lo has montado tú solo? —pregunté asombrada.

—Sí, siempre me ha gustado la cocina y desde que vivo solo aprovecho cuando tengo invitados que sepan apreciarlo —contestó en un tono de orgullo.

Le sonreí levemente cuando terminó su comentario. Encaminé mis pasos hacia la barandilla. Miraras donde miraras había luces que parpadeaban y al fondo se veía el puerto y la playa de Tel Aviv. La terraza rodeaba todo el edificio y la vista era panorámica, con lo que pude disfrutar haciéndome a la idea de dónde estaba. Después cerré los ojos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó James con tono alarmado.

—Tranquilo, no pasa nada. He pasado muchos años queriendo estar en mi tierra, y a veces me emociono en exceso. En los momentos más duros que me toque vivir, no me verás perder la calma, pero verás cómo me entusiasmo en situaciones como esta, que han sido mi sueño durante años. Siempre lo pienso. Hace siglos alguien de mi familia embarcó en un puerto de Israel para aventurarse en un mar que era desconocido y llegó a una tierra donde también abundaba la leche y la miel. Nuestra tierra prometida: Sefarat. Por Sefarat —dije alzando mi copa y bebiendo un trago.

—Por Sefarat —contestó James.

Me di la vuelta y encaminé mis pasos hacia la mesa. Todo estaba colocado con un gusto exquisito.

—Deja que te sirva lo que he preparado. Son comidas típicas de la zona y de las distintas culturas que conviven en el país. Quiero que las pruebes con calma, así sabrás apreciar todos los sabores.

Era un anfitrión perfecto. De todas las comidas que me sirvió tenía una historia, leyenda o anécdota que contar, sobre el origen de los ingredientes, su elaboración o en qué festividades religiosas era un plato principal. Todo estaba organizado como una comida de degustación. Había estado en casa de amigos judíos en España, pero no tenía nada que ver.

Cuando terminamos la cena, le pedí a James un gin-tonic con mucho hielo y corto de ginebra. Nos sentamos en la terraza al lado de la piscina. La noche era como pintada, no corría brisa, pero tampoco hacía humedad.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—Mis abuelos eran judíos de Centroeuropa, de Austria. Huyeron de allí tras el inicio de la II Guerra Mundial y fueron de los primeros judíos que llegaron a Israel antes de que Israel fuera considerado un estado. Mi abuelo era médico y, sabiendo lo que estaba pasando en Alemania, decidió poner a la familia a salvo. Durante años vivieron en un kibutz llamado Shamir que está en los altos del Golán. Todavía existe y, si quieres, podemos ir a visitarlo. Mi padre estudió también medicina. Participó en la creación de la fábrica de lentes bifocales Shamir en los años 70. Con él se inició una incipiente industria dentro del kibutz. Como era médico, su aportación fue fundamental para el inicio de ese proyecto. Era una zona peligrosa. El kibutz está próximo a las fuentes del Golán, único manantial de agua natural y que abastece al río Jordán, un punto

ambicionado por los países del entorno.

Según se desarrollaba la conversación vi como la cara de James se ensombrecía, pero volvió a ser él cuando terminó su relato.

—Y tú, ¿cuánto tienes de judía? —dijo con una sonrisa en ese momento.

—No te rías de mí, que en tu caso lo tienes fácil, sabes tus orígenes —le dije, fingiendo una cara de enfado, aunque un pellizco me encogió el corazón.

Comencé a relatarle un poco mi historia.

—Lo mío es complicado. Me he sentido judía desde casi que tengo uso de razón. Cuando tenía 14 años mis padres trabaron amistad con un matrimonio judío de Toledo y yo con su hijo, se llamaba Asiel Ben Enfazen, mis padres me mandaron allí un verano para conocer la ciudad de las tres culturas. Creo que ese fue mi primer amor platónico. Junto con su familia celebré mi primer Sabbath. Él era un poco más mayor, iba a cumplir los 18 años. Al año siguiente vino voluntario a Israel para cumplir su obligación de ser miembro del ejército. Falleció en una de las intifadas con 24 años. Volví a Toledo cuando sus padres hicieron el funeral, pero está enterrado en Israel. Desde ese día decidí que tenía que conocer el origen y la historia de mi familia. —Guardé silencio, no quería ensombrecer la velada. Pero estaba claro que los dos teníamos un pasado complicado y doloroso.

—Veo que tu vida tampoco ha sido sencilla —retomó la conversación James.

—Bueno, según lo mires. En mi Facebook mi lema es Molly Brown siempre a flote, el título de una película; soy de ver la botella medio llena —le contesté a la vez que repasaba en mi mente los recuerdos de ese verano en Toledo, que no me los va a quitar nadie. El primer beso de una niña de 15 años. Pero no pensaba compartirlo, ese recuerdo era solo mío.

—¿Está enterrado aquí?

—Sí. Él cumplió su deseo: morir por Israel y quedarse en la tierra de los justos —le contesté.

—¿Eres creyente? —dijo James.

—Así es. Pero soy la típica persona que se mueve entre dos aguas. Para los creyentes soy demasiado fría y para los que no lo son, tal vez soy demasiado visceral. Ya te digo que lo mío es muy complicado. No tengo tierra, no tengo patria, solo sé que Hashem es mi padre —guardé de nuevo silencio.

—¿Quieres que mañana vayamos al Nathlat Binyamin Pedestrian Mall? —preguntó James, cambiando bruscamente de tema, lo cual agradecía en mi fuero interno. Eran demasiadas emociones y recuerdos en tan poco tiempo—. Es un mercado callejero que se especializa en todo tipo de artes y artesanías realizadas en todos los rincones de Israel. Comenzó en 1987 con solo un puñado de artistas, y ahora trae a las calles peatonales más de 200 dos veces por semana. Junto con los puestos, vienen miles de compradores: telavivíes y turistas. Seguramente encontraremos algo que te guste y podremos comprarlo directamente del artista. Muchos de ellos usan el mercado como su tienda principal, a menudo trabajando en casa el resto de la semana —terminó la frase sonriendo.

—Debe de ser parecido a los mercados artesanales y medievales que hay en España. Me parece perfecto, es una idea estupenda. A fin de cuentas es lo que quiero: que me enseñes todo lo bonito de Israel.

La velada transcurrió con tranquilidad, hablamos de artesanía, de tradiciones y de lo que me podría enseñar al día siguiente.

—Bueno, me voy a retirar, estoy un poco cansada y mañana quiero estar fresca para la ruta que me has propuesto —dije después de acabar el segundo gin-tonic. La cabeza me estaba dando vueltas y la proximidad del anfitrión, sentado a mi lado contando anécdotas sobre Tel Aviv, se

estaba volviendo peligrosa. Notaba el calor que irradiaba su cuerpo y que el mío empezaba a no ser indiferente a su atractivo masculino. Era mejor una retirada estratégica.

—Muy bien. Mañana a las diez nos vemos de nuevo. Ponte ropa fresca y, sobre todo, zapatos cómodos, porque tenemos mucho que andar —dijo James.

Tras la despedida, bajé a mi apartamento jurando en arameo. Mi frío cerebro se había puesto en mi contra, deseaba su cuerpo encima del mío más de lo que nunca había anhelado. Mi estancia iba a ser muy complicada, pero no iba a renunciar ni a retirarme. Después de desmaquillarme le pedí a mi cerebro que se callara dejándome dormir; parece que me hizo caso y pronto caí rendida.

\* \* \*

Mientras eso ocurría en mi habitación, James intercambiaba mensajes con su hermana. Con unos pensamientos muy cercanos a los míos.

—Hola, buenas noches, hermana, ¿estás por ahí?

—Aquí estoy. ¿Cómo se ha desarrollado la velada?

—Muy bien. Ha habido momentos en los que hemos hablado de nuestro pasado y ha sido más complicado, pero todo ha ido bien. Mañana hemos quedado para ir al mercadillo de Nathlat Binyamin.

—¿Cómo estás?

—A punto de tener que darme una ducha fría. Se ha puesto el traje que te regalé para tu toma de posesión como directora del Hospital y le sentaba como un guante. Estaba preciosa.

—Pues date la ducha fría, porque te queda mucho camino que recorrer y sabes que esto va a ser una carrera de fondo. Ella es de lo que no hay. Descansa.

—Eso haré, hasta mañana.

James decidió, como le había dicho su a hermana, darse una buena ducha. Tenía el cuerpo sensible por el deseo. Myriam no era consciente del poder que tenía sobre él y eso la hacía más deseable. Su olor le volvía loco, sus silencios le gritaban en lo más bajo de sus entrañas. Después de relajarse en la ducha, James se acostó pensando que no dormiría, pero Tel Aviv fue generosa y un reparador sueño llegó a su dolorido cuerpo.

## Capítulo cuarto

### Desubrimiento

Había dormido estupendamente. Eran las ocho de la mañana y tenía hambre. Algo en lo que no pensé la noche anterior: mi desayuno antes de salir para el Mercadillo. De un salto me levanté de la cama para acercarme a la cocina del apartamento, abrí el frigorífico y allí estaba todo lo que se podía necesitar para un buen desayuno. Mi amigo no solo me había preparado la cena, sino todo lo que se le ocurrió que me podía gustar para desayunar estaba a mi alcance. Miré sobre la encimera, una cafetera con cápsulas me estaba esperando, la mañana empezaba bien. Tenía tiempo de sobra, un buen desayuno, una ducha y estaría lista para lo que el día me pudiera deparar.

Siguiendo sus consejos, opté por unos pantalones piratas azules y una camiseta blanca de las que me había traído en el equipaje, junto con unas sandalias planas y cómodas, mi mochila, las gafas de sol y la cámara de fotos; no me iba a perder ni un detalle de todo lo que mi guía me pudiera enseñar. Puntual apreté el botón del ascensor para subir a la planta superior. ¿Cómo sería el apartamento de James? Un hormigueo se me había asentado en el estómago. Pese a todo estaba deseando saber todo de ese hombre. Pero estaba nerviosa, sospechaba que ese iba a ser mi estado natural durante los próximos días.

Cuando se abrió la puerta del ascensor me tomé unos segundos para respirar profundamente. Al salir vi que James estaba de espaldas con una taza en la mano, mirando por la cristalera del salón. El apartamento, como el de Raquel, olía a cuero, madera y libros.

—Hola, buenos días. ¿Has descansado bien? —dijo al darse la vuelta, con una gran sonrisa en su cara.

Se había puesto una ropa similar a la que llevaba en el hospital, pero esta vez era toda de lino y más suelta. El pelo lo tenía todavía mojado de la ducha. Estaba atractivo y deseable.

—¿La verdad? Sí. Me puse el despertador por miedo a quedarme durmiendo algo más de la cuenta —contesté, para después reírme. Me acerqué al ventanal mientras él soltaba la taza en una mesa próxima.

—Bien, pues empecemos nuestra primera incursión en Tel Aviv con mucho sol y luz, como a ti te gusta. No vamos a coger el coche, vamos a aprovecharnos de los transportes públicos, que nos va a resultar mucho mejor para poder verlo todo con tranquilidad.

Salimos a la calle para dirigirnos, cuesta abajo, hacia una plaza donde esperamos durante pocos minutos a que llegara el autobús. Según subimos, cogí mi cámara de fotos. Me gustaba mirar el mundo que se ponía delante de mis ojos a través del objetivo. En uno de los giros, perdí un poco el equilibrio.

—¡Cuidado! —dijo James mientras me sujetaba con su brazo colocándolo suavemente alrededor de mi cintura, eso me permitía estar apoyada en él mientras hacía las fotos que me interesaban—. Que al final vas a acabar en el suelo.

Era la primera vez que estaba tan cerca y tenía contacto voluntario con su cuerpo. Su brazo me sujetaba con firmeza pero me permitía moverme con libertad para apuntar con el objetivo. Su olor me llegaba hasta lo más profundo de mi alma y me turbaba. No quería que el viaje en autobús se acabara. Me sentía tranquila y cómoda. Mientras iba sacando las fotos, me iba contando lo que íbamos viendo o por dónde íbamos pasando. Algunas veces inclinaba la cabeza para detallarme algo de lo que teníamos delante y sus labios estaban muy cerca de mi mejilla. No quería girar la

cabeza porque sabía que, si lo hacía, acabaría perdiéndome en su boca. Notaba el calor de su cuerpo a través de la ropa de ambos. Traté de llevar una conversación coherente, pero tanto mi cuerpo como mi mente estaban en otro sitio.

Después de un recorrido de veinte minutos, llegamos al mercadillo. James me comentó que estaba más cerca de los apartamentos de lo que parecía, pero había aprovechado el autobús circular para que tuviera una visión general del centro antiguo de Tel Aviv y sus alrededores. No sé si esa era su idea o era la de mantener un contacto cercano conmigo, pero yo no me habría bajado nunca del autobús.

Empezamos el recorrido. Era cierto lo que me había contado en la cena. En bastantes de sus puestos estaban los artesanos trabajando y muchos eran artistas locales, pero otros eran extranjeros que se habían afincado en la ciudad buscando su alto nivel cultural. Parecía el mercado artesanal que tan en boga estaban en España en pleno siglo XXI. Todo me llamaba la atención, pero sobre todo un puesto de colgantes. Me gustó uno que era una libélula de metal y con piedras que daban color a sus alas. Lo cogí y lo tuve en la mano, pero lo dejé de nuevo en su sitio. Si compraba todo lo que veía, lo más probable sería que no tuviera sitio en mi mochila; había demasiado por ver. Andamos unos metros hacia otro puesto y, en ese momento, sonó mi móvil, era un mensaje.

—Es tu hermana Raquel, voy a contestarle —le dije.

—Perfecto, quédate aquí, que voy a buscar unos botellines de agua, pues imagino que con el calor que hace lo vamos a necesitar —dijo, encaminándose hacia un bar que había un poco más atrás y que habíamos pasado de largo.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Has descansado?

—Sí, todo bien. Tu hermano es un anfitrión perfecto. Después de la cena que preparó estuvimos charlando un buen rato y he dormido toda la noche del tirón.

—¿Y esa cabecita cómo está?

—Hecha un lío pero tranquila. Con tu hermano estoy muy a gusto. Demasiado, tal vez.

—Es normal. Mi hermano es muy atractivo, no te lo voy a negar, pero tampoco lo analices todo. Como te dije, déjate llevar. Puede que tengas un bajón en algún momento, porque el pasado siempre puede llamar a tu puerta; pero, si te lo ves venir, no dudes en llamarme sea la hora que sea.

—Raquel —le confesé—, deseo a tu hermano.

—Myriam, eres mujer y libre como lo es mi hermano. Vuestro primer encuentro no fue normal. Si tienes deseo de cerrar esa puerta, hazlo. Te garantizo, mi hermano no es una ONG.

—Te dejo, tu hermano se acerca.

—Ok, y tranquila. Ya sabes que hay caminos muy torcidos que se enderezan de formas insospechadas.

Esa frase me recordó a uno de mis libros favoritos: Los renglones torcidos de Dios.

—Toma —James me tendió un botellín de agua—. Creo que lo vamos a necesitar.— La verdad es que la conversación con la doctora me había dejado la boca seca.

Después de tres horas de paseo por el mercadillo y los alrededores, donde también había una multitud de tiendas, mi amigo me llevó a un restaurante en las mismas calles del barrio. Me garantizó que se preparaban los mejores kebabs de Tel Aviv. No sé si sería o no cierto, pero ya necesitaba reponer fuerzas.

—Ahora empiezan las horas de más calor en la ciudad. Si quieres podemos volver a casa, así aprovechamos que tenemos la piscina para descansar y pasar la tarde. Luego ya veremos que hacemos a la noche. Sugeriría una cena en el puerto deportivo —propuso tras pagar la cuenta en el

restaurante.

—Pues no es mala idea. La verdad es que estoy un poco cansada con el calor y tanta gente.

—Pues venga. Ahí tenemos el autobús que nos lleva directos a casa. Esta vez no daremos una vuelta tan grande —dijo, agarrándome de la mano, lo que me obligó a echar una carrera detrás de él.

Cuando llegamos a la puerta, me puso delante pero sin soltarme de su mano. Una vez dentro, con suavidad, me soltó, aunque mantuvo su mano apoyada en mi hombro para guiarme hacia el fondo. Allí nos sentamos los dos juntos. Cogí resuello, pero era más por el contacto que por la carrera que habíamos dado. Me alegraba de poder llevar las gafas de sol puestas. Cuando mi respiración se tranquilizó y estuve segura, me las quité para guardarlas en la mochila. Permanecimos en silencio mientras miraba con mucha atención todo lo que pasaba por la ventana y pronto reconocí el barrio donde estaban los apartamentos. James se levantó y yo hice lo mismo como un autómatas. Al bajar me tropecé con la acera y James, para que no me cayera, me abrazó con fuerza. Noté como su cuerpo tembló al sujetarme.

—¡Ey!, los agentes del CNI no pueden caerse —dijo soltando una carcajada mientras se separaba de mí.

—Te aviso que soy un poco patosa y te recuerdo que no soy agente de campo. Solo soy una humilde funcionaria.

—Menos lobos caperucita —me contestó.

En el ascensor me sentí acalorada; me iba a venir bien el baño.

—Rebusca en el armario de mi hermana si no te has traído ropa de baño, que seguro que ella tiene algo, porque su armario es una tienda de moda. Sube cuando quieras, que arriba estaré yo —me dijo, mientras salía del ascensor parado en la segunda planta.

Cuando las puertas se cerraron, me dirigí al armario del dormitorio. Me había traído un par de bikinis, así como un caftán, todo estaba colocado junto al resto de mi ropa.

Me cambié y no dejé pasar mucho tiempo antes de subir a la piscina, no quería parecer ansiosa, pero mi deseo pudo con mi prudencia.

—Bueno, ¿qué tal la temperatura del agua? —pregunté, mientras dejaba la cámara encima de la tumbona.

—Compruébalo tú misma. Abrí la veda y me he dado el primer baño. ¿Te has puesto crema protectora?

—Sí, por eso he tardado un poco más. Estoy acostumbrada al sol, pero también me quemo con facilidad —contesté, mientras me quitaba el caftán y me dirigía hacia la piscina. Tras la ducha, me encaminé al borde del agua. Noté que tenía sus ojos clavados en mi cuerpo mirando cada detalle. Me agradaba la sensación.

Salté, el agua estaba estupenda y refrescante. Después de sumergirme un par de veces y nadar un poco, me quedé flotando en la superficie. Me estaba mirando directamente, sin ningún reparo y sin ocultarse detrás de las gafas de sol. Podía notar en esa mirada la satisfacción ante lo que estaba viendo, y eso me gustó. No teníamos nada que ocultarnos a estas alturas. Me acerqué y recogí la toalla que me tendió para secarme un poco.

—Tienes el cuerpo más tonificado de lo que yo pensaba para una humilde funcionaria —dijo, sonriendo.

—Bueno, te tengo que confesar que tengo algo más de entrenamiento que el de una humilde funcionaria, como tú dices. Soy más bien una agente de parque más que de campo.

James soltó una sonora carcajada. Con un gesto me indicó que me sentara a su lado.

—Vamos a ver las fotos que has hecho hoy.

Me sequé las manos para coger la cámara. Después me enrollé la toalla en la cintura para sentarme al lado de James. Empecé a pasar las fotos mientras él las miraba por encima de mi hombro e iba haciendo comentarios sobre todo lo que habíamos visto. Durante una media hora comentamos foto tras foto. La verdad es que había hecho muchas, y eso que era mi primer día. Iba a tener que comprarme otra memoria para la cámara o ir descargándolas en mi ordenador.

Estaba a gusto y cómoda, aunque su proximidad me ponía a cien. Cuando de repente noté como aspiraba mi aroma y me besaba en el pelo. Me di la vuelta mirando a sus ojos, donde pude leer que estaba asustado. Había sido un beso espontáneo, sin maldad, y ahora pensaba que mi reacción podría ser negativa. No me pude contener, tenía su rostro muy cerca y su boca estaba ligeramente abierta en un gesto de sorpresa. Me acerqué un poco más y le besé en los labios de forma tímida. Respondió sin reservas, sujetándome levemente por la nuca. El contacto de sus dedos y de su lengua recorriendo con suavidad mi boca, buscando la mía muy despacio, me puso a mil y mi instinto me hizo volverme más exigente. Lo deseaba tanto que mi cerebro se había bloqueado. Lo deseaba tanto que lo atraje hacia mí. Me tumbé en la hamaca dejándome llevar de una forma desconocida.

Con suavidad James se separó para verme los ojos y debió de leer el deseo que me estaba comiendo por dentro.

—¿Estás segura de lo que quieres? —me preguntó.

Asentí sin ser capaz de pronunciar una palabra.

—Esta vez voy a ser yo el que ponga las condiciones. Soy médico y hermano de una de las más reputadas psiquiatras del país. Lo vamos a hacer, pero a mi modo. Quiero que disfrutes del sexo paso a paso, sin prisa, tenemos tiempo; días, semanas, hasta donde quieras llegar. Pero, de momento, el ritmo lo pongo yo. Te deseo tanto o más de lo que me desees a mí, pero no voy a dejar que te tires por el acantilado. ¿Aceptas? —Me miró con el semblante muy serio, volviendo a repetir la pregunta y esta vez esperó a que le respondiera.

—Acepto. —No sabía muy bien en realidad lo que aceptaba, pero me daba igual. Algo me decía que podría lanzarme desde un acantilado y James iba a estar siempre ahí para recogerme.

Me quitó la cámara de las manos, tumbándose a mi lado. Retiró la toalla que tenía enroscada para comenzar a acariciarme por el vientre y la cintura con un dedo, mientras me iba hablando con esa voz que tan bien conocía.

—Mi hermana es especialista, precisamente, en el tema de las conductas sexuales. Si conoces un poco de la historia actual de Israel, sabrás que hoy en día la gente joven se mueve entre los dos extremos: chicos y chicas jóvenes que viven su sexualidad en plenitud y, cuando se casan, ellas se restauran el himen para cumplir la tradición familiar y guardar unas apariencias. Creo que eso es hipocresía. Pero también digo que les quiten lo bailado. Hay otras chicas o parejas que en su primera relación la tienen cuando se casan y es el día de la boda cuando se estrenan. No tienen más experiencia. —Noté un toque amargo en su comentario.

Aunque la voz me resultaba relajante, sus caricias me electrizaban. Era una mezcla de dolor, placer, relax y excitación. Todo a la vez. Debía de tener la adrenalina como nunca. De vez en cuando hacía una parada y entonces su boca entraba en funcionamiento, besándome el cuello, mordisqueando el lóbulo de mi oreja o la curvatura del hombro. Pero de momento no se acercó a mi boca de nuevo. No podía articular palabra. Su voz me hechizaba.

—Esas chicas y chicos que llegan sin excesiva experiencia al matrimonio luego suelen ser los pacientes de mi hermana. Son personas jóvenes, que deberían de vivir su sexualidad en plenitud, pero por una mal entendida religiosidad, desde mi punto de vista, tienen unas expectativas tan altas de su noche de bodas que al final muchos acaban con un trauma por su falta de sensibilidad o

por falta de conocimiento, precisamente, de la sexualidad humana y, en concreto, de la sexualidad de la mujer.

Siguió hablando mientras me acariciaba. Su voz suave era un leve susurro que iba envolviéndome y creando un ambiente que me excitaba.

—Quiero que disfrutes de tu cuerpo. De tu sexualidad totalmente. Sin reparos, sin miedos, sabiéndola controlar. No quiero para ti un aquí te pillo aquí te mato. Eso se deja para parejas que se conocen desde hace mucho tiempo y tienen plena confianza en el plano sexual o para aquellas parejas casuales que te importan muy poco y no deja de ser un desahogo y una liberación de estrés. Como un polvo terapéutico. Pero eso no es lo que pretendo para ti. Quiero que aprendas a dominar el deseo como dominas el miedo y el dolor. No te contengas, pero que el tiempo lo sepas marcar, que seas capaz de ralentizar el deseo y volver a acelerarlo; que seas la dueña de tu cuerpo —diciendo esto, sus labios se aproximaron a mi boca, esta vez fue él quien marcó más el ritmo.

Sus dedos empezaron a moverse por mi nuca y, poco a poco, me fue desatando el lazo del bikini. Según lo hacía dejó de besarme, me miró a los ojos sin retirármelo del todo y comenzó a tocar mi piel por el contorno del escote con sus dedos pero sin introducirlos debajo de la tela. Supongo que no hacía mucha falta saber si me excitaba. Mi cara y mis pezones, debajo de tejido, lo estaban diciendo todo. Volvió a besarme, pero esta vez de mi boca paso al cuello para continuar por el escote. Apartando un poco el bikini, lo que dejó mis pezones al descubierto. Los succionó con suavidad, mordisqueándolos con los labios. Un estremecimiento muy profundo recorrió todo mi cuerpo y tensé un poco la espalda. Un gemido salió de mis labios. No lo vi, pero después supe que James sonrió en ese momento.

Con la otra mano empezó a recorrer el borde de mi ingle. Dejó mis pezones y volvió a besarme en la boca, de forma pausada mientras sus dedos se introducían un poco más buscando mi sexo, traspasando los límites de la tela. Volví a gemir y jadear, mientras que con una de mis manos me agarraba a su espalda como a una tabla de salvación. Fui consciente de que le estaba clavando las uñas, pero no podía contenerme.

Volvió a levantar la cabeza mirándome mientras sus dedos acariciaban mi sexo con suavidad. Sin prisa. Acariciando como podría hacerlo con otra parte del cuerpo. Empecé a mover mi pelvis al ritmo de sus dedos, pidiendo más. Seguía mirándole a los ojos, esos ojos que me cautivaron la primera vez por la sinceridad y el miedo que vi en ellos. Necesitaba desesperadamente tocarlo. Su ritmo aumentó e introdujo un dedo en mi vagina; después otro, más profundamente mientras me acariciaba el clítoris. Empecé a morderme el labio, y una oleada de calor y placer inundó todo mi cuerpo. Noté las contracciones de mi vagina en sus dedos y cómo siguió sin parar con sus movimientos hasta correrme. Cerré los ojos, dejando que mi respiración se normalizara. Se separó un poco y cogió otra toalla que había en su tumbona. Me incorporó y rodeó mi cuerpo con ella para sentarme en sus piernas. Sus brazos me abrazaron durante un tiempo que pareció infinito. Notaba su sexo palpitar debajo de mí, pero no se movió. Se mantuvo quieto, acariciando mi pelo, acunándome despacio.

Salí de mi suave y placentero letargo cuando escuché su voz susurrándome al oído.

—Creo que has disfrutado de este aperitivo —dijo a la vez que con sus labios rozaba mi cuello electrizándome—. ¿Te puedo dejar un momento? me quiero pasar por la ducha, necesito refrescarme —dijo.

Asentí con la cabeza, sin abrir los ojos. Se incorporó y me colocó con suavidad de nuevo en la tumbona, al sol, para que no tuviera frío. Imaginaba lo que iba a hacer, estaba excitado al mil por cien y también necesitaba calmarse. Debí de quedarme adormilada, no sé cuánto tiempo pasó; pero, cuando volví a abrir los ojos, estaba a mi lado con un albornoz puesto y mirándome con



curiosidad.

—¿Cómo estás? —me preguntó mientras me sujetaba la mano, acariciando la parte interna de mi muñeca.

—Muy bien. Muy relajada —le contesté mirándole a los ojos.

Sus dedos siguieron acariciándome mientras me observaba en silencio, aunque sus ojos decían algo que no lograba entender.

—¿Por qué te has ido? —Sabía la respuesta, pero deseaba oírlo de sus labios.

—Porque quería que solo disfrutaras tú con tu cuerpo, no tengo prisa. Hay muchas maneras de calmarme si estoy excitado. Tienes que estar bien preparada y segura de cuándo lo quieres y cómo lo quieres. Esa es ahora es mi prioridad. Es tu cuerpo y mandas en él —me contestó mientras subía el dorso de mi mano a su boca y lo besaba.

—Me voy a dar un baño, por si me quieres acompañar —le dije mirándole mientras me quitaba la toalla. No pensaba ponerme la parte de arriba del bikini, tampoco tenía mucho que ocultarle a estas alturas. Con agilidad, me lancé de cabeza a la piscina. El agua fría me vino estupendamente. Antes de volver a la superficie noté la vibración, había saltado detrás de mí. Nadé hasta el borde de la piscina desde la que se veía parte de la ciudad. Allí estuve un rato, era el atardecer y el sol no calentaba igual. Me estiré como un gato perezoso y me volví a hundir en el agua para salir donde estaba. Él se había colocado a mi lado.

—¿Qué te apetece hacer esta noche?

—¿Tú crees que a tu hermana le gustaría salir, tomar una copa, cenar, ir de baile o a algún chiringuito? —Vi la cara de sorpresa de James.

—¿Qué es un chiringuito? —preguntó soltando una carcajada.

—Es verdad, que eso es típico de mi país y, sobre todo, de mi ciudad. Son bares que están a pie de playa y en los que por la mañana se puede comer y por la noche se transforman en locales de copas, con música y ambiente variado.

—Pues deja que le haga una llamada a mi hermana para ver su disponibilidad y te cuento. Aunque parezca muy seria, si no tiene ningún compromiso, suele apuntarse a un bombardeo, y hace tiempo que no salimos juntos, puede ser una buena oportunidad.

—Estupendo entonces. Si quieres, a las nueve nos vemos en tu apartamento. Noto el atardecer y tengo frío; me gustaría una ducha de agua caliente.

Me giré y, al salir de la piscina, recogí una toalla para lanzársela, ahora que también estaba fuera, y otra para mí con la que me sequé un poco el pelo. Después recogí la parte de arriba de mi bikini y mi caftán, colgándome la cámara al hombro. James se secó y, juntos, nos acercamos al ascensor.

—Te confirmo si mi hermana viene o no, que me da que sí —contestó.

Mientras entrábamos en el ascensor, justo antes de que las puertas se abrieran en su planta, James se acercó y, agarrándome por la cintura, sus labios buscaron los míos. Fue un beso rápido. Cuando se separó el brillo de sus ojos acompañaba a la sonrisa de su rostro.

—Tómalo como un incentivo. —Salió del ascensor.

Cuando llegué a mi habitación me senté en la cama para tomar resuello. No estaba nerviosa. Me encontraba a gusto. Podría decir que feliz, y decidí no pensar más, dirigiéndome a la ducha. Esta noche usaría un traje mío. Al acompañarnos la doctora no me parecía correcto ponerme algo de ella.

James llamó a su hermana directamente, no quería usar los mensajes esta vez.

—Hola, hermano, ¿qué tal? —preguntó la doctora.

—Tengo una proposición y algo que contarte. La proposición es si quieres venir esta noche de

marcha con nosotros. Te agradecería que vinieras con pareja.

—Perfecto. Tampoco quiero ir como la tercera persona en discordia, así que llamaré a uno de mis muchos admiradores —soltó una risita.

—El plan sería cena, copa, algo de marcha, hasta que el cuerpo nos aguante.

—Por lo que intuyo parece que de momento la cosa con Myriam va bien. Cuéntame, así sé qué me puedo encontrar esta noche.

James le hizo un resumen de lo ocurrido ese día. Pero, sobre todo, se centró más en explicar la actitud de Myriam, que señales emitía, lo que él sentía; porque el proceso era muy similar para ambos. Trató de explicárselo todo con mucho detalle.

—¿Serás capaz de dominarte? Sabes perfectamente que podrá tener un retroceso si hay un reproche o un mal gesto a la primera de cambio —le dijo su hermana.

—Lo sé. Además, lo espero. Lo raro sería lo contrario. Pero creo que le debo el ser su Pigmalión.

—Estas muy enganchado, y lo sabes. Desde el primer momento te descuadró del todo y eso a ti es lo que más te pone, hermanito —le contesto, acompañando el final de la frase con una risa maléfica.

—No te lo voy a negar. Estoy muy impresionado por ella, es una mujer muy especial. Sabe jugar con sus armas, pero ni siquiera se da cuenta de que las tiene —le contestó con una voz más seria.

—Ándate con ojo, porque por lo que me ha contado Ana, y tengo su expediente sobre la mesa, está entrenada para matar. Si la cogieron como la cogieron y actuó luego como actuó es porque es la analista pura que te he comentado anteriormente. Ana le iba a ofrecer un puesto de agente de campo precisamente a la vuelta de este viaje. Pese a todo, no descarta lo de volver a ofrecerle el trabajo a su vuelta. No tiene prisa, y quiere ver cómo evoluciona el tema. Los servicios que ha prestado el tiempo que lleva trabajando en el CNI han sido muy valiosos y está muy reconocida su labor. No es una funcionaria cualquiera de mesa de oficina —la doctora recalcó esta última frase.

—Ok, lo tendré en cuenta y, cuando puedas, me pasas el expediente. A las nueve nos vemos por aquí.

—Perfecto, te lo mando a tu correo, va encriptado.

Tras colgar el teléfono, se dirigió a su ordenador, y allí estaba el documento. Lo descargó y, echándole un ojo por encima, ya comprendió que su hermana tenía razón: no era una analista cualquiera. Era fría como el acero y en sus análisis no pestañeaba a la hora de dar soluciones claras, concisas y drásticas. Le faltaba mucho por conocer de esta nueva Myriam que, en apariencia, no tenía nada que ver con lo que estaba leyendo en el informe. Destruyó el documento descargado y mantuvo el encriptado. Más tarde lo leería con más detenimiento. Era hora de prepararse para la noche.

Elegí de entre la ropa que tenía en el armario de Raquel un traje negro ajustado como un guante, tan ajustado que de ropa interior solo llevaba un tanga. El tejido era grueso y elástico. Realzaba a la perfección el contorno de mi cuerpo, marcando mis caderas y mis pechos. Me encantaba el resultado final. Al vestido le acompañaban unas sandalias, pero sin mucho tacón, ya que no sabía realmente a dónde iríamos, mi chal, un bolso y mi móvil. Poco más tendría que llevar. Antes de entrar en la ducha, había recibido el mensaje de mi amigo para avisarme de que la doctora vendría a la cita. Me alegré.

A las nueve estaba entrando en el salón del piso de James. Allí me encontré con la doctora y otro hombre de unos cuarenta años, pelo canoso, gafas, pero aspecto juvenil.

—Te presento al doctor David Seigel —dijo la doctora a la vez que el doctor me tendía la

mano.

—Encantado de conocerla —dijo en un castellano perfecto, aunque con acento que identifiqué de un país de Europa del Este.

—Ella es Myriam Toledano —añadió la doctora.

—El gusto es mío —le respondí con una amplia sonrisa, y me alegré de que fuéramos cuatro.

—Tel Aviv de noche nos espera —dijo James, haciendo un gesto de cedernos el paso camino del ascensor.

Nos montamos en el coche y James y Raquel, como buenos anfitriones, llevaron el peso de la conversación. La cena se desarrolló como le había sugerido a James, en el La la Land, un restaurante con zona de copas a pie de playa. Realmente era lo más parecido a los chiringuitos de mi ciudad. Se lo agradecí mucho mentalmente a James, y todos pasamos una cena muy divertida. David, que era un estupendo conversador, habló de la cultura de Israel, de su variedad e hizo sugerencias sobre lo que podríamos visitar, a lo que James asintió, aunque supongo que ya lo tenía más que planificado.

—Entonces, ¿qué sabes de tu familia? —me preguntó David en uno de los giros de la conversación.

—La verdad es que poco: los apellidos y algunas costumbres familiares. Gracias a mis padres tuve una relación con una familia judía en Toledo hace muchos años. Aunque mis padres no eran practicantes, querían que conociera un poco esa realidad, pero en la zona donde vivo no hay sinagogas; las más próximas están en Málaga o en Gibraltar. Siempre he tratado de ponerme en contacto con personas que fueran sefardíes, pero estamos muy disgregados y nunca he llegado a dar el paso completo. Fui bautizada y criada en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana, pero siempre me he sentido un bicho raro, que me falta algo, sigo en proceso de búsqueda. Me gustaría, ya que estoy aquí, poder asistir a algún Sabbat. —Terminé con una sonrisa, no quería monopolizar las conversaciones de la noche con mis preocupaciones.

—Eso puede ser sencillo, déjame que lo piense —intervino James, pero no añadió más detalles.

Después de la cena nos tomamos unos buenos copazos y nos animamos a bailar en la pista. Fue un ambiente muy distendido, tanto Raquel como David hacían una pareja estupenda.

Tras un rato de baile, me acerqué a la orilla del mar y, como llevaba los zapatos en la mano, aproveché para meter los pies en el agua. Estaba caliente, nada que ver con el frío Atlántico que bañaba a la ciudad de Cádiz. Estaba mirando al horizonte. Se veían, sobre todo, luces de barcos que se dirigían al puerto de Haifa o a cualquiera de las muchas rutas que atravesaban el Mediterráneo. Me relajaba esa vista.

Estaba distraída con mis pensamientos cuando noté como se acercaba mi agente favorito también con los zapatos en la mano y los pantalones remangados.

—No está nada fría.

—Para nada, eso estaba pensando. Ni por asomo tiene que ver con el Atlántico que baña mi ciudad —le contesté.

—¿Qué tal te lo estás pasando?

—Muy bien. David y tu hermana son muy agradables para una reunión de amigos, tienen unas conversaciones muy amenas.

—Ah y, ¿yo no? —respondió James con una sonrisa de oreja a oreja.

—A ti ya te doy por supuesto que eres un estupendo anfitrión —contesté mientras le empujaba, lo que lo desequilibró un poco.

—Vale, me pondré una carita sonriente de buena conducta en la nevera —contestó manteniendo

la sonrisa.

Seguimos un rato remojándonos los pies y con conversaciones triviales, mientras dejamos a David y Raquel de charla. Con el tiempo supe que nosotros éramos el centro de su conversación.

—¿Cómo la ves? —le preguntó la doctora a su amigo, tras darle un sorbo a su copa con rostro pensativo.

—Si no conociera su expediente médico pensaría que es una persona que no ha sufrido ningún trauma. Y te digo que es posible. Las reacciones que puede tener nuestro cerebro siempre son un misterio, por mucho que lo estudiemos. Tienes experiencia en estos temas y has visto expedientes de personas que han sufrido estrés postraumático tras atentados, prisioneros de guerra, personas que estuvieron en los campos de concentración... Son casos muy complicados y algunas respuestas a lo largo del tiempo nos han asombrado. Desde el que se ha suicidado, al que se ha convertido en un ángel vengador. Personas que han rehecho sus vidas sin secuelas y los hemos estudiado a fondo. Hay quien dormía normalmente, no tenía más fobias o aprensiones de las que podrían tener otras personas que no pasaron por ninguna de esas situaciones —le contestó David.

—Por eso me gusta su caso; es próximo y en plena evolución, pero me da un poco de miedo por mi hermano —siguió Raquel.

—Los dos se han visto envueltos en una situación inesperada que ninguno buscó. Los dos lo deben de pasar juntos, si así lo desean, con todas las consecuencias. Han tomado la decisión de forma libre y no lo veo tan extraño ni imposible de superar. Has tratado a víctimas del terrorismo que han perdonado a quien asesinó a sus familiares e, incluso, han mantenido una relación sana, tiempo después, hablando del tema con total normalidad. Hay muchos factores: el cerebro, la empatía, el control personal, la generosidad, el deseo de pasar página pero cerrando el libro al final... Nosotros solo podemos observarlos y ayudarles si así lo requieren, pero sabes que son dos adultos. No hay más —le dijo David.

Raquel vio acercarse a James y Myriam y, haciéndole un gesto a David, cambiaron de tercio.

—Le he dicho a David que me gustaría retirarme. Mañana tenemos una reunión importante en el hospital, así que, si te parece, me llevo tu coche; el mío está aparcado en casa, podéis volver en taxi —dijo la psiquiatra con una sonrisa cautivadora hacia su hermano.

—Ay, hermana, tú lo que quieres es conducir mi coche y no sabes cómo pedírmelo —le dijo James con una cara muy seria.

—Exacto. Todavía no me lo has dejado desde que te lo compraste —contestó la doctora con la misma cara seria. Todos soltaron una carcajada a la vez.

Tras despedirnos, James propuso que fuéramos andando un rato y si nos cansábamos, pediríamos un taxi.

Íbamos tranquilamente de charla cuando oí detrás de mí a alguien que me llamaba en plan oye morenaza, ¿quieres nueva compañía? Capté la tensión en mi acompañante, pero no le dió mucho tiempo a más. Una mano se apoyó en mi hombro para hacerme girar o detenerme. Antes de que mi amigo se moviera, le cogí por la palma de la mano, apreté, le giré la muñeca y le retorcí el brazo hasta tener su cara próxima a mi rodilla, golpeándole con ella para dejarlo tirado en el suelo. Ni me inmuté. Solo me giré para ver la cara de James, que me miraba con sorpresa y una sonrisa. En ese momento, por la alarma de la gente que paseaba por allí, se acercaron dos militares. Automáticamente levanté los brazos como me habían enseñado en el entrenamiento, él hizo lo mismo, pero llevaba en una de sus manos la cartera.

—Soy el mayor James Roshman, del Instituto de Inteligencia, no ha pasado nada, solo un chico que molestaba a la señora, pero ha tenido pocas oportunidades —dijo a la vez que entregó su identificación a los militares.

—Bien, señor. No creo que haya problemas, es uno de los habituales de las comisarias por robo de bolsos a turistas y molestias en el paseo marítimo. ¿Van a poner alguna denuncia? —dijeron los dos hombres cuadrándose levemente y levantando al asaltante.

James me miró y le hice un gesto negativo con la cabeza, muy discreto.

—No. Creo que con la que se ha llevado se lo pensará antes de intentarlo de nuevo. Si lo vuelven a detener por lo mismo, no duden en llamarme —le dijo James a los militares, que se retiraron llevando a rastras al individuo.

—Mejor será que cojamos un taxi, ha sido un final de noche un poco movido —dijo levantando la mano para parar uno.

Me agarró por el antebrazo mientras me observaba según me introducía en el taxi, sentándose a mi lado tras entrar por la otra puerta. No parecía tener muy claro cuál iba a ser mi reacción.

Había actuado de forma automática, sin pensármelo sin miedo. Pero ahora tenía una sensación muy desagradable y no era por sentirme vulnerable, sino porque la actitud del ladrón había revuelto los recuerdos de mi secuestro en Beirut y allí no pude zafarme de mis agresores.

Llegamos en silencio al edificio de apartamentos. Mientras él pagaba me bajé tranquilamente del taxi, pero eso solo en apariencia, aunque por dentro el nudo en el estómago estaba aumentado. Sospechaba lo que me estaba pasando. Intuía que no iba a poder dominarlo como otras veces. Respiré profundamente al entrar en el ascensor; cuando la puerta se cerró, me apoyé en la pared y rompí a llorar.

Se lo debió de estar esperando, porque no me dijo nada, sencillamente me abrazó y dejó que me desahogara. Mi cuerpo se estaba poniendo blando, lo notaba en las piernas y él debió de percibirlo, porque, tal como se abrieron las puertas, me cogió en brazos. En un principio no sabía en qué planta habíamos parado, después supe que era en su apartamento.

## Capítulo quinto

### Nuevas amistades

Seguía en un punto muy próximo al histerismo. Era como cuando abres una botella que has agitado: hasta que no sale todo el líquido con el gas, no para. Sin soltarme se sentó en el sofá. Con una manta que había en el lado me arropó. Seguí llorando acurrucada en su pecho. Me acariciaba el pelo. De vez en cuando, me besaba la cabeza y cuando mi llantina subía de tono me abrazaba con más fuerza, pero no decía nada.

Debí de quedarme dormida en un punto que no recuerdo. Cuando me desperté ya era de día y estaba en el mismo sofá envuelta en una manta y con un cojín como almohada. A mis pies, estaban mi bolso y el chal, y en el suelo los zapatos bien colocados. Me giré con cuidado. James estaba en el ventanal sujetando una taza. Le veía la cara de medio lado, estaba serio, se masajeaba la sien y se tocaba el pelo en un movimiento nervioso. Volví a colocarme como estaba, tarde o temprano tendría que despertar para enfrentarme a la realidad. Fingí que me despertaba en ese momento, estirándome con los ojos cerrados y oí como se acercaba.

—¿Quieres una taza de café? —me preguntó.

—Te lo agradecería en el alma —le contesté mientras me incorporaba en el sofá.

Se acercó a la cocina y, tras prepararla, me tendió la taza con el café que cogí con las dos manos dando un sorbo que me reconfortó.

—Siento la noche que te he dado —le dije sin mirarlo en un tono de disculpa.

—Tranquila, era de esperar. La gota que colmó tu vaso fue ayer, mejor antes que más tarde. Si te ha servido, bienvenido sea. Eso sí, que quede claro que estás bien entrenada —dijo con una sonrisa.

—Actué por instinto de supervivencia. —Noté que una sombra pasó por su cara, pero en ese momento no supe interpretarla.

—Tal vez sería bueno que hablaras con mi hermana de lo que ha pasado. Tengo un plan para esta mañana si te apetece: ir a comprar ropa para ti. Supongo que, aunque tienes el armario de mi hermana a tu disposición, te apetece tener tu propia ropa. Si quieres hablo con ella para que pases un rato por la tarde, porque sé que por la mañana tenía una reunión importante —me propuso.

—Perfecto, pero antes también quiero ponerme en contacto con Ana. Quisiera pedirle que solucione mi entrada ilegal en el país —le contesté.

—¿Y el motivo? —preguntó sorprendido.

—Te recuerdo que mi entrada no ha sido muy ortodoxa. No sé en calidad de qué estoy en Israel. Soy un agente de una agencia de espionaje extranjera, no tengo visado real de turista, no tengo ganas de explicarle a todo el servicio de inteligencia israelí el porqué estoy aquí ni las circunstancias de mi entrada en el país. Me enteré anoche de quién eres realmente, aunque ya sabía que eras agente, pero no tu rango ni tu escalafón en el ejército. No quiero salir en las noticias por haber creado un conflicto internacional. No es esta zona del mundo el mejor lugar para permitirse esos lujos, ya lo sabes —le contesté muy seria—. Quiero que Ana me tenga aquí con una función específica. —Terminé la conversación con un sorbo de café.

Durante unos segundos se mantuvo en silencio, supongo que calibrando el alcance de mis palabras.

—Perfecto. Habla con Ana, ella te informará y nos mantendrá a nosotros informados —dijo, sin añadir nada más.

—Bien. Voy a ducharme. En una hora estaré aquí para ese plan propuesto y que me encanta —le contesté con una sonrisa, quería quitar la leve tensión que se había producido.

—Perfecto, voy a hacer lo mismo que tú, todavía tengo arena en los pies —contestó James con otra sonrisa. Su rostro también se había relajado y no estaban tan tenso como minutos antes.

Bajé a mi apartamento y llamé a Ana.

—Hola, buenos días. ¿Qué tal estás?

—Bien, pero ayer tuve un incidente que quería comentarte —le conté a Ana lo que había pasado en el paseo marítimo esa noche—. Después de enterarme del rango que tiene tu hermano en el ejército, y con mi entrada ilegal en el país, he pensado que lo mejor sería que me dieseis un motivo real para estar aquí y no dar lugar a un conflicto diplomático. Me gustaría estar como agente analista. No me hagas una tapadera. Prefiero estar en el país como lo que soy, así me resultará más fácil moverme sin problemas.

Hubo unos segundos de silencio por parte de Ana, sabía que estaba pensando la solución.

—Tienes razón. Es algo en lo que había estado pensando, debemos de tener conexión mental. Ayer estuve moviendo los hilos para solucionar el tema. Te voy a nombrar agregada de la embajada de España como observadora del conflicto entre Palestina e Israel. Es comprometido, pero como España, técnicamente, es neutral, aunque eso ya sabes que es algo relativo, es un cargo creíble dentro de tu rango en el CNI. De todos modos, ten en cuenta las sospechas que manejamos. En la embajada hay alguien que está aprovechando su trabajo para filtrar datos. Se está pasando información relacionada con la frontera del Líbano y Siria. Incluso nuestro topo habla, no solo de armas, sino de tráfico de personas. En dos horas pásate por la embajada. Te mando la ubicación, es en The Tower Rehov, Daniel Frish 3, planta 18, en el mismo Tel Aviv. El embajador es amigo mío, no tengo que darle muchas explicaciones sobre tu entrada en el país, no vas a tener problemas. Te dejo, que tengo una reunión y quiero antes tener listo todo lo tuyo —se despidió.

Cuando acabé la conversación con Ana, me dirigí a la ducha. No me había molestado el saber que su hermano era miembro del ejército, era algo que debería de haber supuesto, pero era otro motivo para tener bien atados todos los cabos. Ni quería comprometer a los dos países ni quería comprometerlo a él. Cuando bajé, ya estaba esperándome.

—Dentro de una hora me tengo que pasar por la embajada de España, tu hermana ya tiene solucionado el asunto —le conté sin darle más detalles.

—Está muy cerca de la zona donde pensaba llevarte a hacer las compras —dijo James, cogiendo las llaves del coche.

En poco tiempo llegamos a la dirección. Aprovechamos antes de la cita para comprar alguna cosa que necesitaba, o que pensaba que me iba a venir bien durante mi estancia en el país. Al llegar a la embajada, avisé de mi cita con el embajador. Esperamos unos minutos en la antesala de su despacho. Al poco salió directamente el embajador a recibirnos. Se notaba que debería de tener mucha relación con mi directora por la facilidad para buscar un hueco y recibirnos.

—Buenos días, pasen por favor —dijo el embajador. Me extrañó que no estuviera el secretario con él, sospechaba que, al ser un asunto ligeramente extraoficial, no quería tener muchos testigos.

El embajador me tendió la mano y antes de que pudiera decir nada, me sorprendió con sus conocimientos.

—Bienvenida a Israel, su directora me ha hablado muy bien de usted poniéndome en antecedentes de su necesidad de estar en el país de una forma oficial —dijo sonriendo.

No tuve necesidad de presentarle a mi amigo.

—Buenos días, Mayor Rochman. Me alegro de que tenga amistad con la señora Myriam Toledano. Sabe lo que aprecio a sus hermanas y, si la directora me pide un favor, estoy encantado de poder ser de ayuda. Y más siendo para una labor oficial que facilite el buen entendimiento entre España e Israel. Viendo el curriculum de nuestra agregada a la embajada como observadora del conflicto entre Israel y Palestina, entiendo que la confianza que le otorgan es plenamente merecida —dijo en embajador, que, tras saludar a James con un apretón de manos, se dirigió a su mesa para recoger unos papeles.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted sobre esa apreciación de la trayectoria laboral de Myriam —le contestó James.

—Aquí tiene su nuevo pasaporte diplomático, así como las acreditaciones necesarias para moverse por el país —dijo dándome la documentación—. Ya tiene regularizada su entrada por la aduana del aeropuerto de Tel Aviv hace unos días. No dudo de que hará buen uso de esta documentación el tiempo que le sea necesario. Para cualquier problema póngase en contacto con nosotros, directamente o a través de la directora. No tengo ni que decirle que es bienvenida y que disfrute de su estancia el tiempo que considere oportuno. Su permiso en cuanto al tiempo de estancia en el país es ilimitado. Ahora mismo es un diplomático más de esta embajada, no depende del gobierno israelí, sino del español. —Y, tendiéndonos la mano, dio por terminada la reunión.

Salimos de la embajada y seguimos con las compras. Comimos en uno de los muchos lugares que ofrecían comida local. Optamos por algo rápido: humus con una variante de la cocina israelí, que es añadirle huevo, una ensalada y dos sabih, que era un bocadillo de pan de pita relleno de berenjena, tomate, aceitunas y huevo. James debió de enviarle a su hermana algún mensaje, porque a lo largo de la comida me avisó para una cita esa misma tarde.

—Raquel me ha enviado un mensaje hace poco para quedar a las cuatro en el hospital —le dije mientras tomábamos un café turco, que tanto me gustaban, después de la comida.

—Sí, le pregunté si tenía hueco. Cuando acabemos vamos para allá. Te espero, ya que tengo que hacer unas cosas y te recojo cuando acabes. Tengo una sorpresa para ti esta noche —me dijo, brillándole los ojos.

—¿Y no me la vas a contar? —le pregunté.

—No. Todavía no, porque tengo cabos que atar y no quiero asegurarte nada hasta que no lo tenga confirmado —me dijo.

Cuando terminamos el café me acercó al hospital. Avisé en recepción de mi presencia y me indicaron el camino para llegar al despacho de la psiquiatra, que me estaba esperando.

—Hola, buenas tardes, Myriam, ¿qué tal te lo has pasado? Siéntate —me indicó, tras el saludo, un sillón junto a una mesa en un lateral de su despacho que debía de utilizar para las visitas menos formales.

—Estupendamente. He estado en la embajada española, porque estuve hablando con tu hermana de que debía de regularizarse de alguna forma mi entrada en el país y mi estancia durante el tiempo que esté aquí. Además no quería causar problemas a tu hermano, sobre todo sabiendo el rango que ocupa dentro del ejército de Israel. Como le dije a él, no quería tener que dar explicaciones a nadie de las causas y forma por la que tuve que entrar en el país ni crear algún conflicto diplomático por eso mismo —contesté con una leve carcajada.

—Ha sido una buena idea. Imagino que la directora te habrá preparado una buena tapadera —me dijo Raquel.

—Eso en parte fue lo primero que le comenté. Quería algo que me permitiera estar incluso por tiempo ilimitado para hacer algún servicio relacionado con mi trabajo. Ahora soy agregada a la



embajada como observadora del conflicto palestino-israelí. Tengo mi pasaporte sellado con la entrada por el aeropuerto Ben Gurión y si, por casualidad, a alguien le interesa la explicación de mi ingreso en este hospital tengo un parte médico de una estupenda gastroenteritis de origen desconocido. Le echaremos la culpa a la comida del avión, que me sentó mal —le conté con una media sonrisa.

—Perfecto, queda todo atado y tu expediente médico será modificado también por si acaso. El auténtico lo guardaré en lugar seguro. ¿Qué te ocurrió la otra noche cuando salimos? Me comentó mi hermano que habíais tenido un incidente, pero no me ha dado detalles. —Cambió de forma radical de tema, aunque no me cogió por sorpresa, ya que era una costumbre que mantenía con James.

Le expliqué con detalle lo ocurrido la noche anterior y cómo había sentido como si un poso se me hubiera revuelto en el interior.

—Normal. ¿Qué pensaste en ese momento? —me preguntó.

—Fue una mezcla extraña: el alivio de saber que puedo reaccionar mecánicamente como me han enseñado en el entrenamiento; la angustia de que podría haber puesto a tu hermano en un compromiso si la cosa se hubiera complicado; la rabia de no haber podido reaccionar igual cuando me secuestraron y la vulnerabilidad. Fue una mezcla de sensaciones —le contesté.

—Todavía no has reaccionado del secuestro y, aunque lo tienes asimilado, eso no quita para que te cause angustia. En cuanto al resto de sensaciones, es lógico. Rápidamente pensaste en las consecuencias que podría traerte si se hubiera complicado todo y la policía hubiera decidido que fueras a declarar. James habría tenido que mover hilos y al final la historia podría haber salido a la luz, y no era lo más adecuado. ¿Qué tal va tu relación personal? —Esa pregunta me causó sorpresa, no esperaba que fuera tan directa.

—Poco a poco. Tampoco quiero parecer una perra salida, con perdón por la expresión. Me asusta un poco que, pese a que fue el hombre que me violó, no lo veo como tal. Es como si lo hubiera separado y fueran dos hombres distintos. Me da miedo que algún día se lo pueda echar en cara y le haga daño. Creo que eso también es algo que se me removió la otra noche y, aunque no lo he querido pensar, sé que está ahí —le contesté con la misma sinceridad.

—Eso lo tiene en cuenta, por eso prefiere darte espacio y tiempo, aunque no me lo ha dicho porque no lo hemos hablado en profundidad. Pero sé que se siente igual y su miedo es precisamente el mismo: que un día le puedas pedir cuentas y en ese momento habrá un choque entre los dos. Según vuestra reacción y cómo lo gestionéis, vuestra relación, sea la que sea, podrá coger uno u otro camino.

—Lo sé. Por eso quiero, sobre todo, afianzar la confianza y la amistad antes de nada. Aunque mi cuerpo me pide más y, la verdad, tengo que controlarlo, debo de mandar sobre mi deseo.

Hice una pausa sonriendo y pregunté:

—¿Diagnóstico?

—Me pides mucho. —Sonrió Raquel—. Pero te informo, para tu tranquilidad, que está todo dentro de lo normal. Hablas del tema con naturalidad, aunque todavía no lo habéis hablado los dos. No estaría mal que te enfrentaras a esa situación, cuanto antes, mejor; él también te lo va a agradecer. Si te parece bien, lo dejamos así, a no ser que tengas algo que añadir. ¿Tenéis planes para hoy?, ¿te ha contado algo James? —me preguntó misteriosamente con una sonrisa.

—Algo tiene, pero me comentó que tenía cabos que atar —le contesté, levantándome a la vez que ella para despedirme.

Tras salir del despacho, le mandé un mensaje a mi amigo avisándole de que había acabado para saber dónde estaba. Me contestó que me esperaba en la puerta del hospital en el coche.

—¿Qué tal la visita? —me preguntó con un tono de prudencia.

—Me ha comentado que está todo dentro de lo normal. Son pasos que tendré que ir superando. ¿Al final te ha salido bien la organización de lo que habías pensado para esta noche? —Cambie de tema. Sabía que teníamos que hablar, pero no era el momento; quería pensar cómo lo haría, aunque me estaba haciendo a la idea de la forma de enfrentarme al asunto.

—La sorpresa está lista. Iremos a casa de unos amigos a cenar. Quiero que los conozcas. El hijo es uno de mis mejores amigos, Ari Ben, es la familia Toledano, así que lo mismo tenéis antepasados comunes, nunca se sabe. El padre y la madre son Yosef y Sigal. Él es rabino y profesor, igual que su esposa. Tienen una hija que se llama Jana, te pongo así en antecedente. Está recién casada con Noam, que es perito agrónomo y trabaja en un kibutz, donde habitualmente viven. Ari, mi amigo e hijo mayor, es ingeniero y militar. Nos conocimos de pequeños e hicimos el servicio militar juntos, y hemos mantenido la amistad hasta la actualidad —me contó James mientras conducía camino de nuestro apartamento.

—Vaya, si vamos a ir a casa de un rabino, tendrás que orientarme sobre qué ropa me pongo. No sé las costumbres, aunque me imagino que igual que si fuera a casa de mi párroco a cenar —le contesté, aunque mi última frase fue más bien una reflexión en voz alta.

—Pues sí, más o menos. Tampoco suelo ir a casa de párrocos a cenar —contestó James, riéndose.

—No te burles, que no tengo ni idea. En mi vida social no solía ir a la casa parroquial a cenar, por favor —le dije en un tono de falso enfado, lo que hizo que su risa se transformara en carcajada.

Me encantaba cuando estaba así, aparentemente despreocupado, como un amigo que lo único que intenta es pasárselo muy bien con la amiga a la que ha invitado unos días a su casa.

Cuando llegamos entramos en el apartamento y nos pusimos a vaciar las bolsas de la compra. Me gustó un caftán con unos pantalones, pero no sabía si me podría poner pantalones para ese tipo de cenas. Sabía que había grupos de judíos ultraortodoxos donde las mujeres no solían llevarlos, aunque sospechaba que no iba a ser ese tipo de rabino.

—Te puedes poner el caftán con los pantalones, lo que no sería adecuado es un traje con tirantes o con mucho escote —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento. La verdad es que lo compré, lo hice pensando en la cena de esa noche y sospecho que a mi amigo le gustó la idea. Yo sería analista, pero él como organizador de planes no era nada malo.

—Te dejo, que tengo que arreglarme. A las ocho te recojo. —Acercándose con mucha suavidad me beso en los labios. Pero no fue el beso breve de la última vez. Sus manos recorrieron mi nuca y mi espalda. Me agarré a su cintura y me dejé llevar, besándolo con la misma intensidad. Su lengua hizo que todo mi cuerpo respondiera, pero estaba dispuesta a mantener el deseo a raya. Se separó y me miró a los ojos, algo debió de ver que sonrió y, agarrando mi barbilla, me beso ya con rapidez y, guiñando el ojo, se dirigió al ascensor para desaparecer en su interior.

Me fui a la ducha y me preparé, me sentía expectante. ¿Qué clase de cena me tendría preparada?

Me recogió puntual y, por su cara de agrado, entendí que le gustaba como me quedaba el conjunto. Había cogido un fular, el caftán era de un color marrón café con bordados en las mangas que me llegaban un poco más arriba de las muñecas; el pantalón era beige y el fular daba un tono de color, era marrón más claro y azul turquesa.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a casa de los amigos. Trate de sacarle información sobre la cena, pero no soltó prenda, solo que la casa a la que nos dirigíamos era una edificación en el casco antiguo del puerto de Jaffa. Tel Aviv lo había absorbido como un barrio más. Dejamos

el coche y andamos durante unos minutos por unas calles estrechas. Como estaba atardeciendo pude ver con detalle que eran unos edificios antiguos de piedra que imaginaba con mucha historia; me recordaba a la ciudad de Cáceres, de donde era parte de mi familia.

Nos paramos delante de portón grande de madera con un arco de medio punto. Llamó al timbre y, tras un breve espacio de tiempo, la puerta se abrió, recibiéndonos una chica morena, de larga melena, ojos grandes y negros, que le plantó dos besos a James en las mejillas, aunque se cortó un poco al verme. Le sonreí.

—Jana, esta es Myriam —me presentó. La chica me tendió la mano acompañada de una agradable sonrisa—. Pasad. La familia os espera —dijo, abriéndonos paso a través de un patio con un pozo en el centro y múltiples plantas que hacían de ese espacio un oasis. Una galería lo rodeaba, me imaginaba que por el día debía de dar bastante luz y frescor a la casa. Subimos unas escaleras y llegamos a lo que sería la vivienda, allí estaba la familia esperándonos; Jana se encargó de las presentaciones. Pasamos al salón y comprendí lo que había organizado James. Era viernes al anochecer; era una cena de Sabbat. Me emocioné, pero me mantuve discreta. Creo que la noche iba a ser larga y llena de emociones.

Me senté en el asiento que me indicó Yosef, entre Jana y James. El rabino presidía la mesa, al lado contrario estaba su mujer y, enfrente de mí, Ari y Noam. Cuando estuvimos todos sentados, me di cuenta de que sobre mi plato había una especie de guion con las oraciones y bendiciones para la cena, y estaban en ladino. Sigal se levantó para acercarse a la mesa donde había colocadas dos velas.

—Me gustaría que me ayudaras al encendido de las velas —me dijo la anfitriona.

Me levanté para acercarme a ella. Me dio unas monedas.

—Antes que nada ejerzamos la caridad del Sabbat —dijo, echando unas monedas que tenía en una hucha que estaba al lado de las velas.

Luego me tendió el fuego e hizo un gesto para que encendiera la primera. Ella encendió la segunda, e imité todos sus movimientos. Agitó las manos con las palmas abiertas sobre las velas y se tapó los ojos con ellas.

—Y, ahora, un momento de oración con nuestras más íntimas peticiones —dijo Sigal, empezando a recitar al poco una oración de bendición que entendí perfectamente. Al acabar la bendición, nos sentamos a la mesa para empezar la cena. Cada vez que había una bendición especial me guiaba por mi hojita. La cena del Sabbat tiene mucho de ceremonia, pero también de reunión familiar para contarse todo aquello que se ha hecho durante la semana.

—Y, ¿qué tal tu estancia en nuestro país? —preguntó Yosef.

—De momento no nos hemos movido de Tel Aviv, pero lo que he visto me ha gustado mucho. Siempre me había llamado el conocer Israel y saber más de sus costumbres —contesté mientras iba comiendo.

—Ya he visto que compartimos el mismo apellido familiar, algo muy común entre los judíos sefardíes, muchos de los cuales, para disimular su origen, al convertirse a cristianos, usaron los apellidos de su oficio o lugar de residencia. ¿Sabes algo de tu familia? —me preguntó el rabino.

—Nada. Mis padres eran cristianos, aunque mantenían contacto con judíos practicantes, como unos amigos de Toledo a los que visité hace muchos años y con los que perdí el contacto. Era un matrimonio con dos hijos, el hijo mayor vino a servir al ejército judío y a estudiar a Israel. Falleció en la primera intifada y, a partir de ahí, ya no volví a saber de ellos. La hermana era un poco más mayor y recuerdo que se llamaba Adifa Enfazen, no se más de ella. Ahora calculo que tendría unos cuarenta años. Es cierto que me ha llamado la atención que compartamos el apellido.

—Cambié de conversación para terminar de hablar.

—Nos gusta mucho recibirte y que nos cuentes cosas de ti, es una novedad muy agradable — dijo Sigal, captando mi intención de ser prudente.

La noche transcurrió entre bendiciones y conversaciones muy variadas sobre lo que cada uno de los miembros de la familia hacía. Me interesé por la vida en los kibutz. Me contaron que el primer kibutz nació en 1909 y se llamaba Degania y que el primer niño que nació allí fue Moshé Dayán.

—¿Entonces has venido solo a hacer turismo? —preguntó Ari, que se había pasado buena parte de la noche sin intervenir en las conversaciones pero sí que estaba escuchando atentamente.

—Estoy en la embajada española como agregada para realizar un informe sobre la situación de los campos de refugiados palestinos. Y de paso haré un poco de turismo por Israel, creo que tendré tiempo para todo —le contesté un poco sorprendida por su repentino interés y por su fugaz sonrisa.

—Es bueno aprovechar el trabajo y descubrir las cosas que te atraen de la vida. ¿Qué es lo primero que te gustaría conocer?

—La verdad es que todavía no he hecho la lista, pero no tengo interés por el Israel religioso-católico, que me da la sensación, con todo el respeto, de que es un poco parque temático.

Ari rio abiertamente ante mi sorpresa y sentí que me ruborizaba.

—Tranquila, te entiendo. Quieres conocer ese Israel que se sale de las habituales rutas y guías turísticas —me dijo sonriendo.

—Exacto. Comprendo la gran carga religiosa que tiene el país, pero prefiero estar en contacto con la gente real, no ir de un lado a otro para ir sumando fotos de «yo estuve aquí». Eso no me apetece. Me quiero integrar un poco más en lo que el turista no ve —le contesté.

Ari mantuvo su sonrisa y, en sus ojos, noté de forma muy clara un punto de interés que no había percibido al principio cuando iniciamos la conversación.

Cuando la velada llegó a su fin, nos despedimos. La familia me invitó a volver cuando quisiera. Me sentía como en paz. Por una vez en mucho tiempo me había encontrado en un lugar en el que no me sentía extraña.

Llegamos a casa. James me ofreció una copa antes de retirarnos. Acepté y, mientras él las servía, me quitó el caftán. Debajo llevaba una camiseta de tirantes; la noche era cálida. James se acercó tendiéndome la copa. Me senté en el sofá, encogiendo las piernas bajo mi cuerpo, y él se sentó al lado contrario de donde las había colocado.

—Espero que te haya gustado la sorpresa que te he preparado. Cuando lo comentaste la otra noche, me puse en contacto con mis amigos y les pareció estupendo que vinieras, sabiendo además que, de una forma u otra, en algún punto, habéis sido parientes —dijo él.

—Me ha parecido una noche fantástica, de esas que no olvidaré en la vida. Me he sentido en familia, algo que hacía mucho tiempo que no me pasaba —le contesté.

Dio un sorbo para después poner la copa encima de la mesa que teníamos delante. Con suavidad empezó a acariciarme el brazo para subir hasta el hombro. Cuando llegó a la unión con el cuello acercó sus labios para dejar caer un beso con delicadeza. Sujetó mi copa dejándola al lado de la suya. Me elevó la barbilla y, tras mirarme durante unos breves segundos a los ojos, volvió a besarme mientras me iba acariciado. Lo dejé hacer, respondiéndole con delicadeza a sus besos. Poco a poco fue introduciendo su lengua en mi boca, buscando la mía. Empecé a reaccionar como tan bien conocía. Mi cuerpo se pegó al suyo y noté su calor a través de la camisa que tenía ligeramente abierta. Posé mi mano sobre su pecho mientras me recreaba en sus besos y la subí hacia su cuello para, con caricias, atraerlo más hacia mí. Había ido cambiando de postura poco a poco y casi tenía su cuerpo sobre el mío.

Sus manos recorrían mi espalda mientras me besaba. En un momento agarró uno de mis pechos y lo estrujó con delicadeza. Una corriente de deseo nació más fuerte en mi interior. Se separó un poco y miró mi cara. Se levantó con su mano extendida y, agarrando la mía, me hizo un gesto para que lo siguiera.

Entramos en su dormitorio. Se quedó parado en el centro. Imaginé que no quería ser el que diera el siguiente paso. Con tranquilidad le fui quitando todos los botones de la camisa que, deslizándose por sus brazos, cayó al suelo. Me quité los zapatos y me quedé mirando su pecho, admirando su cuerpo. Con un dedo le fui marcando, muy despacio, todos los músculos de su abdomen. Miré su cara. Se estaba divirtiendo, pero también pude ver deseo en sus ojos. Seguí el contorno de su cuerpo con los dedos, apoyando las palmas de mis manos en su espalda. James soltó un suspiro que casi identifiqué como un gemido. Volví a ponerme delante y, dándole la mano, me dirigí andando hacia atrás para sentarme en la cama. Se había quedado en la misma posición, mirándome. Intenté demostrar una tranquilidad que no tenía. No podía dudar de su deseo, pero estaba esperando mi reacción.

Me mantuve sentada sobre la cama, aunque, para calentar un poco más el ambiente, me pasé la lengua por mis dedos e introduje mi mano en el sujetador para acariciarme la aureola y el pezón. Tal como lo hice subió la temperatura de mi cuerpo, porque me estaba imaginando su polla dentro de mi sexo. Los dos pezones respondieron rápidamente, algo que debió de ver perfectamente a través del fino tejido de algodón de la camiseta, porque no pudo evitar el gesto de abrir un poco los labios y tomar aire. Eso me confirmaba que iba por buen camino.

Seguí jugando con mi pezón oculto bajo mi sujetador mientras lo miraba y decidí apostar un poquito más fuerte. Abrí mis piernas. Saque la mano del sujetador para ir bajándola por la camiseta hasta llegar a mi entrepierna y coger mi sexo con la mano para luego cerrar las piernas dejando mi mano dentro. Me pasé la lengua por mis labios muy despacio sin dejar de mirarlo. Empezó a acariciarse. Le indiqué con un gesto que se acercara para desnudarlo poco a poco, disfrutando de la visión de su cuerpo preparado para mí.

Cogí con una mano su polla, mirándolo con cara pícaro. Por su expresión de sorpresa no se lo esperaba. Sabía muy bien lo que le gustaba a los hombres y una buena mamada estaba en la lista de preferencias.

Empecé a acariciarla con delicadeza para después pasarle mi lengua por la punta del glande e introducirla muy despacio en mi boca. Ahí oí por primera vez como gemía, mi idea le satisfacía. Él me iba a guiar. Era sencillo seguir las señales de su excitación por el movimiento de sus caderas. Fui aumentando el ritmo de presión y succión, jugando con mi lengua cuando la sacaba de mi boca, acariciando sus testículos con mi mano libre. Notaba las palpitations de su sexo en mi boca, que iban al mismo ritmo que mi deseo.

Tras un rato jugando, me apartó con delicadeza para levantarme, besando mi boca profundamente. Después empezó a quitarme el pantalón, apartándolo con el pie a un lado. Me volvió a sentar en la cama y se arrodilló delante de mí para separarme las piernas mientras me miraba, supongo que esperando algún signo de resistencia por mi parte, pero lo dejé hacer. Muy despacio empezó a acariciarme los muslos y a besarlos, acercándose poco a poco a mis ingles. Cuando llegó a mis bragas, su boca empezó a mordisquearlas con suavidad. Mi sexo empezó a reaccionar ante la sugerente invitación. Apoyé las manos en su cabeza animándolo a seguir. Con sus dedos apartó un poco mis bragas húmedas. Su lengua caliente recorriendo mi sexo con intensidad y su boca succionando rítmicamente aceleró la respuesta. Las palpitations iban al mismo ritmo que él me estaba marcando. Mientras se recreaba, yo trataba de disfrutar, pero sin dejar de controlar la necesidad imperiosa de que me penetrara, tal como mi cuerpo me pedía.

Quería disfrutar plenamente hasta el final. Cerré los ojos y gemí mientras abría más las piernas.

Cuando estaba a punto me cortó el ritmo. Se incorporó para quitarme la camiseta y el sujetador. Cogió los pechos con sus manos para jugar con su boca y sus dientes en mis pezones. Sentí placer y dolor. Esos estímulos juntos era lo que más me excitaba, estaba tan sensible que en el primer mordisco me encogí. Me miró, pero le sonreí, animándolo para que siguiera. Apreté mis manos en sus hombros y todo mi cuerpo tembló cuando volvió a mordirme. A cada mordisco un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Me faltaba hasta la respiración y comencé a jadear. Se apartó un poco para que me tumbara en la cama. Me quitó las bragas y volvió a pasar la lengua por mi hinchado sexo, lo que hizo que me retorciera un poco, agarrando con fuerza las sabanas y levantando las caderas. Paró para deslizarse sobre mí hasta llegar a mi boca. Cuando me besó, noté el sabor salado de mi sexo. Apoyó el peso de su cuerpo sobre el mío. La base de su pene quedó encima de mi clítoris y comenzó a empujar suavemente aunque sin penetrarme. No podía aguantar más y enrosqué mis piernas alrededor de su cintura.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? —me preguntó sin poder contener el deseo en su voz.

—Sí —le respondí, y lo besé con ansia. Solo deseaba en ese momento que estuviera dentro de mí.

Con mucho cuidado fue deslizando su pene hasta la entrada de mi vagina, que palpitaba de deseo. Con facilidad lo fue introduciendo. No lo pude evitar y empujé con fuerza. Noté un leve dolor, pero me daba igual, quería tenerlo dentro desesperadamente. Empezó a marcar el ritmo de su empuje y le seguí con mis caderas, haciendo que cada vez fuera más rápido e intenso. Noté como su espalda se arqueaba. Supe que estaba a punto de eyacular. Le seguí, agarrándome con fuerza a su espalda, corriéndonos los dos a la vez. Cuando acabamos nos quedamos quietos. Me relajé bajando las piernas de su cintura, tratando de acompañar mi respiración, pero manteniéndolo abrazado sin separarme, con su cabeza apoyada en mi pecho.

Pasado un rato, se apartó y nos tapamos, poniéndose a mi lado.

—¿Cómo estás? —me preguntó, jugueteando con mi pelo.

—Relajada después de disfrutar a fondo —le contesté, estirándome como una gata mientras sonreía—. Y tú, ¿qué tal?

—Sorprendido, pero muy satisfecho. Para que te voy a mentir, no me imaginaba que tenías esas habilidades.

Solté una carcajada y le pellizqué la nariz.

—Que sea joven no significa que no sepa qué es lo que le gusta a los hombres —sonreí pícaramente.

—Creo que nos vendría bien descansar. Hoy es un día de relax, es Sabbath y muchos lugares están cerrados. Si quieres nos quedamos en casa para aprovechar la piscina y charlamos. Pongo la comida y la mano de obra —me dijo, abrazándose.

Me acurruqué quedándome dormida con facilidad. Al despertar él seguía dormido. Con cuidado me separé de él y me deslicé fuera de la cama. Debió de notarlo en sueños y sonrió, pero no se despertó. Busqué mis bragas y, aprovechando su camisa que estaba en el suelo, me la puse; me llegaba a media pierna. Me acerqué a la cocina con ganas de prepararme un buen café. Pensé que podía buscar un libro y sentarme relajada con mi bebida disfrutando del silencio de la mañana.

Me quería distraer, pero mi cabeza volvía a lo que había ocurrido esa noche. Si James estaba sorprendido, a mí me había causado un gran alivio haber podido tener sexo sin que ninguna imagen de nuestra primera relación enturbiara la noche. Estaba claro que el relax de la cena con la

familia y la copa tranquila cuando llegamos a casa hizo que llegar a ese punto fuera mucho más fácil y placentero.

Me acerqué al ventanal; es cierto que el día parecía como un domingo en España. Se notaba mucho menos tráfico y ajetreo en la ciudad. No me di cuenta de cuando salió del dormitorio ni cuánto tiempo me estuvo observando mientras estaba apoyada en el ventanal. Supe que estaba allí cuando oí su voz.

—Te sienta muy bien mi camisa —dijo sonriendo.

—¿Quieres un café? —le pregunté mientras me reía de su ocurrencia.

Asintió y me dirigí hacia la cocina. Estábamos los dos descalzos. El suelo del apartamento era de una cálida madera. Se había puesto un pantalón deportivo largo y una camiseta, jugaba con ventaja al estar en su casa. Le tendí la taza de café; pero, antes de que pudiera cogerla, me puse de puntillas y le besé, me devolvió el beso con ganas, agarrándose con un brazo por la cintura.

—Buenos días —le dije cuando nos separamos.

—Buenos días. Imagino que has descansado, aunque has madrugado más que yo.

—Me desperté y me dieron ganas de estar tranquilamente sentada, tomándome un café. Luego me he asomado al ventanal para ver que la ciudad es igual de tranquila que un domingo por la mañana en mi país. Faltan los churros.

—¿Churros? —preguntó, levantando una ceja.

Solté una carcajada y le expliqué qué eran los churros, además lo busqué en Google y le mostré una foto.

—Aquí creo que lo más parecido son las donas y son redondas, pero son fritas como tus churros —me explicó.

Tras un rato de charla, riéndonos sobre las formas diferentes que tenemos de empezar el día en España, nos dio hambre, por lo que decidimos preparar un buen desayuno.

—Creo que voy a bajar a ducharme y dentro de un rato vuelvo —dije al terminar.

—Sí, haré lo mismo. Cuando quieras subes, que por aquí estaré.

Cogí mi ropa y me encaminé al ascensor. Cuando llegué a mi apartamento puse en marcha mi ordenador, colocando en la mesa la documentación que me había pasado el embajador y que no había mirado con detenimiento. Si Ana había decidido esa cobertura para mi estancia en Israel, debía de ser por un motivo justificado, y seguro que tenía algún tipo de instrucciones en mi bandeja de correos.

Me dirigí al cuarto de baño, abrí el grifo de la ducha y me desnudé. Me encantaba el olor a sexo y el aroma de su camisa me traía recuerdos muy agradables de su cuerpo. Aparté esos pensamientos y me di una buena ducha.

Tras finalizar me senté a ver la documentación. Iba a ser agregada a la embajada como comentó el embajador, con un suplemento de mi sueldo nada despreciable por desplazamiento al extranjero. Al abrir mi ordenador me encontré varios e-mail de mi directora, explicándome las funciones que tendría a partir de ahora. De momento, y hasta nuevo aviso, estaba de vacaciones. Pero aprovechando mi status me animaba a ir conociendo a fondo el país con la excusa del turismo. Siendo nuevo miembro de la embajada y al no haber estado nunca en Israel, me recomendaba que le fuera enviando mis impresiones y mis análisis de cómo veía la situación.

Le remití una serie de dudas que tenía y el ok en el resto de labores encomendadas. Y tras encriptar de nuevo la información, guardé mis papeles para dirigirme a la planta de arriba. Cuando llegué, ya estaba duchado y arreglado. Esperaba tranquilamente sentado en la mesa del salón que hacía las veces de despacho con su ordenador y una taza de café.

—Ya estoy aquí —le saludé cuando salí del ascensor.

—¿Qué te apetece que hagamos hoy en nuestro encierro voluntario de Sabbat? —dijo con picardía cuando levantó la cara.

—Estoy abierta a propuestas, no sé qué se hace en un típico Sabbat —le contesté.

—Teniendo en cuenta que es un día dedicado a la oración, no se hace ningún trabajo físico, y, en todo caso, se estudia la Torá. Creo que con la actividad física que realizamos anoche, nos hemos saltado las normas. Tampoco podría cocinar para ti, la comida debería de estar toda preparada desde ayer, a lo largo del día la mantendríamos caliente, de una u otra forma, y comeríamos así hasta la puesta del sol —me contestó.

—Pues en este caso, ante mi falta de conocimiento, te dejo que sigas ejerciendo de perfecto anfitrión —le dije.

—De momento vamos a hacer una incursión en la cocina y a ver qué preparamos de comida —dijo mientras me agarraba de la mano.

Me nombró su pinche. Empezó a sacar verduras y carne del frigorífico, mientras me iba diciendo cuál era la receta que quería elaborar. Iba a ser comida de la zona, no exclusivamente israelí. Empezaríamos con unos falafeles (albóndigas de garbanzos y especias) y selak (rollitos de acelgas rellenos de arroz, tomate, garbanzos y especias) y un plato fuerte: un cuscús de pollo, ya que le había dicho que no era muy amigo del cordero. Para el postre, el baklava.

Nos pasamos buena parte de la mañana en la cocina, con unas buenas copas de vino de acompañamiento. De vez en cuando James me daba a probar lo que estaba preparando, me hacía oler especias, sujetaba la comida con los dedos y me la llevaba a la boca. Tenía su punto de sensualidad al hacerlo; cuando me acercaba la comida, yo la cogía directamente con los labios de sus dedos para luego chuparlos de forma provocativa, sus ojos chispeaban tras mi gesto. Otras veces, tras probar algo y alabar el sabor, me besaba y me sonreía. Daba gusto ser su ayudante en cocina.

Dejó algunas cosas preparadas para la noche, como las bourekas de patatas, un tabulé y unos corazones de alcachofas rellenos de carne. Me encantaba como me indicaba la forma en que tenía que ir cortando la verdura, porque a veces se inclinaba, aprovechando para mordisquearme ligeramente el cuello o pegar su cuerpo caliente al mío. Con la cocina me manejaba bien, pero esos gestos mientras me miraba por encima del hombro para ver cómo iba mi labor eran un buen incentivo. Notar el aroma y la calidez de su cuerpo detrás de mí hacía más picante al trabajo.

Estuvimos charlando un poco de su infancia, con sus padres en el kibutz, que visitaríamos en cuanto encontrara un hueco en nuestra agenda. Hablamos de la mía al sur de España; de lo que habíamos estudiado, lo que habíamos conocido por nuestros viajes. Me dio algún detalle de cómo entró en el ejército y de ahí a los servicios de inteligencia. Disfrutamos de la piscina, el día fue relajado y de descanso.

A la hora de la cena, nos cambiamos de ropa y mientras colocábamos lo que íbamos a comer, le llegó un mensaje a su móvil.

—Vaya, creo que has caído muy bien a la familia Toledano —dijo con una media sonrisa tras leerlo.

—¿Por? —pregunté, sin saber muy bien a qué se refería.

—Ari me ha comentado que si nos apetecería ir el lunes a visitar Masada, que tiene una sorpresa para nosotros —me contestó.

—Tú dirás. Es amigo tuyo. A mí me resultó muy agradable, así como toda la familia —le dije, aunque una alarma saltó, pero preferí callarme.

Cuando algo pasaba por mi cabeza, sin explicación lógica, era por algo. Lo cierto es que no me pareció extraño su interés por mí, ya que durante mi visita capté como según pasaba la noche



prestaba más atención a mis respuestas y comentarios.

—Si quieres... Pensaba llevarte igualmente, pero imagino cuál es su sorpresa, eso sí, aprovecharemos para hacer noche en el kibutz de Ein Gedi —me comentó mientras le contestaba a Ari.

—Y ¿cómo sería la jugada? —le pregunté, haciéndome a la idea de visitar Masada.

—Pues hay varias opciones. La zona es muy calurosa, pero la idea que tenía es la de pasar una noche y parte del día en el kibutz, y que lo conozcas, pues es un jardín botánico en el parque nacional del mismo nombre que está a un kilómetro de un oasis. La palabra Ein significa manantial. Pensaba luego, antes del amanecer, acercarnos a Masada, que está a unos diecisiete kilómetros de donde nos alojaremos y subir en el funicular. La idea de Ari es subir andando, tardaremos aproximadamente una hora o algo más, depende de tu forma física. Lo haríamos durante la puesta de sol, pasaríamos la noche arriba en vivac y veríamos el amanecer. La visita la haríamos a primera hora de la mañana, antes de que se llene de turistas. Luego bajaríamos en el funicular o andando, que ya sería media hora. Podemos subir por el camino de la serpiente, que es la senda natural y luego bajar por la rampa que construyeron los romanos para asaltar la fortaleza. Tomamos algo por allí abajo y nos acercamos al Mar Muerto, que también está cerca.

—Me parece estupendo. Me tienes que decir cómo me tengo que equipar, pues conozco de oídas la zona y creo que no puedo ir en plan turista con chanclas —le dije entre risas y bastante emocionada con la idea.

—Vamos a bajar mañana a primera hora al apartamento de mis hermanas, que, si no es una, la otra tendrá ropa adecuada para la subida. Solemos hacer esa ruta alguna vez en la vida y a Ana siempre le ha gustado eso de hacer marchas y acampadas —me dijo mientras nos sentábamos a la mesa para empezar la cena. Después de cenar seguimos con la charla tomando una copa en la piscina.

—Le has caído muy bien a Ari. Tal vez demasiado bien —me dijo soltando una carcajada.

—No era tampoco mi intención —le contesté con discreción. Pero notaba con claridad que mi compañero estaba al cabo de la calle de lo que presentía y, posiblemente, de lo que se me pasó por mi cabeza.

—Lo sé, pero me ha preguntado, con la confianza que le precia, el tipo de relación que tenemos los dos, porque no quería ser imprudente y, sobre todo, sin hablar antes conmigo del tema —comentó mientras me acariciaba el cuello y el hombro.

En ese momento di un ligero respingo que percibió perfectamente, ya que se separó de mí para mirarme a la cara con una sonrisa, pero no dijo nada.

—¿Qué le has contestado? —le pregunté, frunciendo un poco el ceño.

—Que eras mi amiga y la invitada de mi hermana y mía. Que en todo caso ese tema tendría que hablarlo contigo —me contestó con la misma luminosidad pícaro en los ojos que ya le había visto otras veces cuando la situación le parecía divertida.

—Vaya, o sea que la pelota está en mi tejado —dije, analizando rápidamente las consecuencias que esta situación podría traer.

—La verdad que no me parecía adecuado ni contarle como nos conocimos ni nada de la situación actual. Por un lado y por otro. Estoy muy a gusto contigo, gratamente sorprendido, no soy indiferente a tus encantos en ningún sentido, pero no dejo de reconocer que no quiero que sufras una especie de Síndrome de Estocolmo que te impida conocer a otros hombres. No puedes centrarte solo en mí, tienes que conocer otras opciones. Una cosa es el sexo, otra enamorarte y otra una obsesión. Eso último no lo voy a permitir. No somos una pareja típica, si es que eso existe, pero tengo pasado y experiencia, por lo tanto se valorar lo que tengo y lo que puedo perder.

En cambio tú no has tenido la opción de conocer el mercado. Tienes que conocer, saber elegir, valorar y tomar decisiones. Sería muy egoísta por mi parte no cederte el paso si así lo quieres — me contestó, cogiéndome de la barbilla y dándome un suave y cálido beso que puso en funcionamiento todas mis hormonas, aunque mi cerebro estaba a la vez en otro sitio.

Metí mis dedos entre su pelo y le atraje un poco más hacia mí. El soltó la copa y siguió el ritmo que le iba marcando. Quería olvidar la imagen que se me había cruzado por la mente cuando James me había hablado de sus intenciones. No deseaba pensar en ese momento, lo que deseaba era otra cosa.

James tocó mis pechos a través de mi vestido. Mis pezones respondieron rápidamente a su contacto. La tarde había sido muy sensual y cargada de erotismo en la cocina y lo uno me hacía ir hacia lo otro con facilidad. Su boca recorría mi cuello y mi hombro con habilidad. Recreándose en la curva, pasaba a mordisquear mi lóbulo, para luego lamirme el cuello. Paró y me miró a los ojos, supongo que tenía poco que preguntarme. Me cogió de la mano y me puso de pie y, con decisión, me fue bajando la cremallera, dejándome solo con las bragas que llevaba, lo que aprovechó para disfrutar más a fondo de mis pechos, mordisqueando y succionando con sus labios mis pezones. Su cuerpo se pegó al mío y noté, por su erección, que también estaba excitado. Me dio la vuelta, con lo que tuvo campo de acción sobre mis pechos. Poco a poco una de sus manos fue bajando hacia mis bragas, introduciendo los dedos en ellas, buscando mi vagina, que los recibió con bastante humedad. Mientras sus caderas se movían, su pene rozaba con fuerza a través de su ropa la parte alta de mi culo, tenía una mezcla de cosquillas y excitación que casi me hacía retorcerme.

Eché mi cabeza hacia atrás, apoyándome en su pecho. Mientras, él aumentaba el movimiento de sus dedos en mi interior y tocaba mis pezones con insistentes pellizcos. El dolor también puede ser placer. Debió de notar como aumentaba las contracciones de mi vagina y de mi clítoris, porque sacó la mano y me dio la vuelta, chupándose los dedos que habían estado en mi interior con agrado mientras sonreía.

Se separó un poco de mí para desnudarse. Con lentitud se acercó de nuevo y se arrodilló, quitándome las bragas mientras me lamía con suavidad la entrada de mi sexo. Introdujo su lengua en la búsqueda de mi clítoris, que estaba muy cerca de su punto máximo. El placer que me estaba proporcionando casi me mareaba. Sujeté su cabeza, abriendo un poco más las piernas, mientras él ponía las manos en mi culo para que no perdiera el equilibrio. Fueron unos segundos que no quería que finalizaran, pero sabía que, si no paraba ahí, acabaría corriéndome sin remedio por mucho que estuviera intentando aguantarme. Mis gemidos y la presión que hacía sobre su cabeza con los movimientos de mis caderas, pidiendo más, se lo hicieron comprender. Antes de que llegara al orgasmo se levantó, cogiéndome de la mano para indicarme que le siguiera por la escalera de la piscina. Al llegar junto a él se acercó a una de las paredes y, apoyando su espalda, me cogió para animarme a que enroscara mis piernas en su cintura. Sabía lo que quería e iba a hacer. Lo estaba deseando. Sin más introdujo con fuerza su pene, que se amoldó perfectamente a mi interior caliente y húmedo. Al llegar hasta el fondo mi espalda se tensó hacia atrás, inundándome una oleada de placer increíble. Apreté mis rodillas a sus costados y, cogiéndome de la cintura mientras apoyaba mis manos en sus hombros, comenzó a subir y bajar, penetrándome con intensidad mientras su boca buscaba la mía. A cada golpe se producía un latido en mi interior, hasta que a la cuarta acometida no pude controlar. Aumentó el ritmo hasta que, segundos después, mientras seguía con mi orgasmo, iniciaba el suyo. Cuando terminó seguía apretando los muslos a su alrededor sin deseos de separarme. Me tenía firmemente sujeta y, durante unos minutos, no dijimos nada. Sus manos dejaron mis caderas, me apartó el pelo y, poniéndolas a cada lado de mi

cara, se quedó fijamente mirando mi expresión, buscando algo en mis ojos. Me besó y su voz me devolvió a la realidad.

—Creo que deberíamos de salir del agua, porque si no nos vamos a hidratar como garbanzos para el humus —diciendo esto me levantó despacio y su cuerpo salió del mío. Apoyé mis pies en el fondo para dirigirme a la escalerilla y salir.

—¿Qué te apetece hacer? —me preguntó mientras me pasaba la toalla.

—La verdad es que estoy muy a gusto y seguiría un rato como estaba hace unos minutos, pero también me apetece descansar. Creo que mañana y pasado van a ser días intensos. Me gustaría quedarme a dormir aquí contigo —le contesté con una sonrisa.

—Vas a tener que subir ropa a mi apartamento —dijo, soltando una carcajada mientras hacía un gesto hacia el ascensor.

—Creo que, quitando unas bragas, en tu apartamento necesito poca ropa. No puedo dormir si no llevo bragas, una costumbre un poco idiota; si soy consciente, no puedo. Aunque todo puede tener una primera vez —le contesté mientras me reía.

Esa noche volví a dormir con él, aunque, antes de hacerlo del todo, la imagen de Ari se asentó de nuevo en mi cabeza; un escalofrío me recorrió. James debió de notar mi temblor y, achacándolo al frío, me arrimó más a su cuerpo mientras me abrazaba, el sueño me rindió a los pocos minutos.

## Capítulo sexto

### Grandes confesiones

A la mañana siguiente, me desperecé al mismo tiempo que olía a café recién hecho. Abrí un ojo y comprobé que su camisa estaba colocada en una silla al lado de la cama. Me deslicé fuera y me la puse, mi sino iba a ser reutilizar las camisas de James.

Cuando salí del dormitorio, él estaba en la terraza con el ordenador, el móvil, el café y un buen desayuno. Al verlo me entró hambre, por lo que decidí hacer una incursión en la cocina antes de acercarme. Allí tenía de todo, opté por una buena rebanada de pan con aceite y tomate, y mi café manchado de siempre. No me gustaba el exceso de café. Pensé que algún día tendría que conseguir cecina para James que, aunque no era muy practicante, no tenía jamón ibérico en su casa. Hablaría con Ana. Me acerqué por detrás con mi desayuno para besarle en el cuello, cogiéndolo por sorpresa. Se giró para besarme y mi desayuno se tambaleó de forma peligrosa en mis manos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté mientras me sentaba a su lado para dar buena cuenta del desayuno. Esta vida me daba hambre. Debería de pensar en hacer ejercicio de nuevo, porque mi rendimiento en el trabajo podría depender de mi buena forma física.

—Organizar y atar cabos para la visita de Masada. He tenido que pedir un permiso especial para ti, porque la subida que vamos a hacer es fuera del horario habitual. Pero, gracias a los contactos, tampoco ha sido complicado. Todos sabemos perfectamente para qué estás aquí: eres una agregada de la embajada y observadora. Aunque no estás oficialmente de trabajo, si que estás tomándole el pulso al país en tu primera visita. Ahora, cuando termines el desayuno, vamos a bajar al apartamento de mi hermana, que ya he hablado con ella a primera hora. Me ha comentado que todo lo que puedas necesitar lo tiene y me ha dicho dónde —me contestó mientras tecleaba su ordenador.

Dicho y hecho. Tal como finalizamos el desayuno, bajé a mi apartamento para ponerme una ropa adecuada tras una agradable ducha. Cuando entré en el apartamento de Ana, estaba James con un montón de cosas encima de la cama de mi jefa. Pude ver pantalones tipo camuflaje, camisetas, calcetines, botas de montaña y ropa de abrigo.

—Pruébate todo. Si te está bien, solo tienes que añadir ropa fresca, ropa interior, tu neceser de aseo personal y un bañador. Tengo la idea de acercarnos al Mar Muerto, que está cerca, si no acabamos muy cansados de la ruta —me dijo.

Me probé lo que vi que me podía ser útil y pasamos la mañana tranquilamente después de tenerlo todo preparado. Por la tarde bajamos al garaje del edificio. Allí James me enseñó su todoterreno. Había pensado que un coche normal no era lo más propio para ir por esa zona, pero estaba claro que James sabía lo que hacía. Era un todoterreno Wrangler Rubicón, de color negro, una máquina de hacer kilómetros por carreteras y montes.

Salimos de Tel Aviv en dirección al Kibutz de Eim Geli. James me aconsejó que me pusiera cómoda porque eran unos 143 kilómetros, por lo que serían unas dos horas de viaje. Haríamos la ruta de un tirón, enfilando la carretera que tenía bastante tráfico.

—Me he tomado la libertad, ya que compartimos cama, de reservar una habitación. Si no estás de acuerdo, cuando lleguemos, la puedo cambiar —dijo mientras conducía, esbozando una leve sonrisa como suponiendo la respuesta.

—No. Por mí sin problema. A estas alturas, lo de la intimidad no creo necesitarlo, y menos en este viaje —le contesté. Pensé que este viaje podía ser un buen momento para que tuviéramos una conversación de asuntos pendientes.

Llegamos un poco antes de la cena. Tras el registro en la recepción nos dirigimos al restaurante. Me quedó claro que no era la primera vez que James iba; el recepcionista nos informó de que nos esperaban en el restaurante y nadie le tuvo que indicar cuál era el camino. Cuando entramos, nos recibió el jefe de sala, que saludó muy afectuosamente a mi amigo. James me presentó como una amiga deseosa de disfrutar de Israel, sus parajes y la buena comida. El hombre sonrió y nos indicó una mesa con vista a los jardines del kibutz.

—Cuando nos hemos acercado al recinto, he visto que es bastante grande —le comenté mientras iba eligiendo en mi carta e indicando al camarero lo que me apetecía. No quería cenar muy fuerte, pero sí que me apetecía un buen vino, como le sugerí a mi amigo.

—En efecto, el kibutz se abastece del agua de un oasis que está próximo, que le permite tener un magnífico jardín botánico que mañana veremos. La idea que se me ocurre es que, cuando cenemos, y después de la copa, nos vayamos a descansar o, si quieres, podemos tomar la copa en la habitación, que tiene unas buenas vistas —dijo, guiñándome el ojo—. Mañana nos levantamos temprano y visitamos el kibutz, aprovechamos la piscina del complejo y ya descansamos después de comer. Por la tarde saldremos camino de Masada. ¿Te parece bien? —me preguntó.

—La verdad es que suena bien. No me apetece pensar, y prefiero dejarme llevar. A fin de cuentas, no creo que encuentre mejor guía —le contesté, devolviéndole el guiño.

Disfrutamos de una estupenda cena y optamos por tomar la copa en la terraza de la habitación, que tenía una vista con encanto y relajante. Me contó un poco la historia de los kibutz y de este en particular, que databa de los años cincuenta. No le quise preguntar más sobre su amigo cuando se refirió a él de pasada al hablar de su familia, ya que su cuñado trabajaba en uno. También me contó cómo había otros amigos que siempre habían vivido en este tipo de asentamiento, pero no ahondé con más preguntas.

Decidimos acostarnos temprano para madrugar y así ver con la fresca el jardín botánico. Me sorprendió mucho que en una zona tan árida como los alrededores hubiera semejante variedad de plantas. Después de la visita, nos fuimos a la piscina del kibutz y allí aprovechamos para refrescarnos. Por la tarde, después de comer, descansaríamos un poco y nos prepararíamos para la aventura de esa noche. Estaba nerviosa, no sabía bien si por ir a Masada o por encontrarme de nuevo con Ari.

Me sorprendió ver a James con su uniforme del ejército.

—Vaya, ¿vamos de marcha militar? —le pregunté.

—Algo por el estilo, ya lo verás. La zona a la que vamos, aunque es turística, está próxima a la frontera con Jordania. Además, vamos a una ceremonia que creo que te va a gustar. A la hora que subimos solo podemos hacerlo los militares o personal autorizado. Toma tu identificación. —Me tendió una tarjeta para colgarme al cuello y una gorra donde se me identificaba como personal militar visitante. Cada vez estaba más intrigada, aunque este mundo castrense no me era desconocido.

Subimos al jeep y, en poco tiempo, estábamos al pie de la fortaleza. Mi sorpresa iba en aumento. Todavía no se había puesto el sol y había un gran grupo de militares preparándose para una marcha. Me estaba haciendo una idea de a qué íbamos. Aparcamos en una zona junto a varios vehículos militares. Vi que Ari se acercaba a nosotros con una mochila y una amplia sonrisa. Estrechó la mano de su amigo y me la tendió a mí. Me quedé un poco cortada. Me imponía su presencia, pero sonreí a la vez que se la apretaba.

—¿Le has contado algo? —le preguntó mientras me miraba.

—No, nada. Preferí que la sorpresa fuera toda tuya —le contesto. Parecía que los dos estaban de acuerdo en algo que yo desconocía.

—He pensado que te gustaría primero subir a Masada andando. Creo que no es una ruta complicada y el peso que tengas que llevar va a ser más ligero que el del resto de los compañeros. Si necesitas ayuda, no hay problema —me empezó a contar.

Ari también llevaba su uniforme militar con una boina verde, como la de James. Deduje que eran de infantería.

—Tú cuenta, que yo me adapto —le dije a Ari bajo la mirada atenta de James.

—Pues tendrás que llevar esta mochila con tu saco de dormir y material de supervivencia para pasar la noche. La he optimizado en cuanto al peso. —Dejó la mochila a mis pies—. La ventaja es que no vas a cargar con el material que tienen que llevar los reclutas, que suben esta noche. Además estás exenta de llevar armas —dijo sonriéndome y miró a James—. ¿Te has traído tu equipo? —le preguntó.

—Ni lo dudes. Me encanta recordar los viejos tiempos. —Volvió a acercarse a su coche y de allí sacó una mochila y mi chaqueta polar—. En cuanto se ponga el sol, pónstela. La temperatura que hace arriba de día no tiene nada que ver con la que hace aquí abajo y, de noche, también varía mucho.

—James, tengo que darte algo —dijo Ari antes de entrar en una de las tiendas que había montadas. Al salir le hizo entrega de un subfusil—. No es el tuyo, pero, como tienes que llevar una, he cogido esta del armero.

Me llamó la atención la cantidad de mujeres que había en el grupo de reclutas. Ya le preguntaría el motivo a mis compañeros.

—Ahora irás delante de mí y detrás de la persona que te toque. Subiremos por un camino en el que iremos en fila india. Si tienes algún problema, me lo dices y ralentizamos el paso; podemos subir más despacio —me dijo el Mayor James, que en ese momento era mi superior.

Pensé antes muerta que sencilla, e iba a tratar de dejar el pabellón del entrenamiento español muy alto. Me coloqué la mochila sobre el forro polar y la ajusté para equilibrar bien el peso. Ya estaba lista para iniciar la marcha.

Miré la cima, que empezaba a estar envuelta en el sol rojizo del anochecer. Cuando James me lo indicó, me puse en la fila que avanzaba por el sinuoso camino, y comprendí por qué le llamaban de la serpiente. En cuanto me aclimaté un poco al cambio de luz, me pude permitir el lujo de no preocuparme por mirar al suelo. Al otear el horizonte, vi el paisaje. Se podía observar perfectamente como el sol se ocultaba detrás del Mar Muerto y se encendían las luces de las poblaciones de los alrededores.

Debimos de tardar una hora en subir, pero no se me hizo largo. No estaba en mala forma pese a los días que llevaba de relax; siempre se ha dicho: el que tuvo retuvo. Cuando llegamos a la cima era totalmente de noche, quitando la luz de la luna y el reflejo del agua del Mar Muerto poco más se veía. Se notaba que todos estaban bien preparados, ya que, según el grupo de militares llegaba, fueron montando puntos de luz y empezaron a preparar el rancho de los kits de supervivencia.

Me senté al lado de James. Abrí mi mochila. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, no era la primera vez que hacía vivaqueo. Tras pasar un rato de tertulia y canciones, los grupos se fueron separando, buscando sitios donde mantener una charla más relajada. Eso me dio la oportunidad para hacerle unas preguntas.

—Me ha llamado la atención la cantidad de mujeres que hay en la unidad —comenté mientras nos tomábamos una taza de café.

—Karakal fue el primer batallón mixto que se creó. Mañana prestarán su juramento y cambiarán su boina lisa por otra con la insignia del batallón. Lo haremos un poco después del amanecer para bajar antes de que empiecen a subir los turistas. Aunque seguramente nos cruzaremos con alguno que sea madrugador —me contó.

—La noche está preciosa. —Oímos la voz de Ari que, apareciendo con su taza de café, se sentó a nuestro lado—. ¿Qué tal la subida?

—La verdad es que pensaba que me costaría más trabajo. El camino tiene fama, pero me he sentido muy bien y estoy deseando ver el amanecer desde aquí arriba.

—Es uno de los sitios más simbólicos para nosotros, mañana lo verás en el juramento. ¿En vuestro país tenéis sitios similares? —preguntó Ari.

—Bueno, como se oye por ahí, Spain is different. No se va a Numancia, que sería lo lógico, ya que es como vuestro Masada. No sé si conocéis la historia, pero algo habréis oído. La misma ocupación romana; el mismo deseo de libertad, pero en las tierras de Soria; murieron todos y de ahí nos quedó lo de la defensa numantina. Sería también un buen sitio para un juramento militar, pero cada país tiene sus costumbres —le conté a mis amigos.

—Interesante eso de Numancia. Algo había oído de esa defensa contra los romanos. Me voy a tener que emparar más de la historia de España, a fin de cuentas algún antepasado mío debió de estar por allí —dijo Ari.

—Hay varios cuerpos militares curiosos, como la Legión y los Regulares, que son fuerzas de choque. Sus desfiles tienen fama, sobre todo uno de ellos con un Cristo, que llaman de la Buena Muerte, en Málaga y en Ronda y que lo hace la Legión. Un día, si tenemos tiempo, podemos verlo. Son cosas curiosas. Su himno se titula Soy el novio de la muerte —comenté, cambiando un poco de tema. Juraría que James se sonrió. Debió de notar mi excesivo interés por seguir hablando de temas militares.

—Pues sí, sería interesante. España es bastante desconocida para mí y no me importaría conocerla más a fondo —retomó Ari el tema con un tono al que podría darle otro significado. No le pude ver los ojos, pero sentí un hormigueo en mi estómago.

La charla volvió al tema militar gracias a James y, tras un rato comentando un poco la historia de Masada, Ari se levantó para volver con su grupo.

—Creo que sería una buena idea que nos fuéramos todos a descansar. Mañana nos despertaremos antes de amanecer, y no sé qué tal se te da dormir al raso. A mí no me cuesta trabajo porque lo hago a menudo, pero desconozco si en tu trabajo sueles hacer cosas así —dijo Ari. Por su tono capté interés por mi respuesta.

—Es buena idea. De todos modos otro día también te puedo contar en qué ha consistido mi entrenamiento hasta hace menos de un mes. Pero eso en otro momento. Tienes razón, es buena hora para retirarse —dije, levantándome con un tono un poco cortante.

Tras este leve intercambio de palabras, nos despedimos de Ari.

—Parece divertirse el tema —le recliné a James en el mismo tono algo seco cuando nuestro amigo se alejó lo suficiente.

—Tendrás que disculparme. Conozco a Ari hace mucho tiempo. Y, sí, me resulta divertido cuando lo veo actuar como el pavo real extendiendo la cola. Perdónalo si actúa un poco de forma protectora. Ha tenido que hacer muchas veces de guardaespaldas de personal de ONG y sé que no le hace ninguna gracia. No es porque seas mujer, es por su sentido de la responsabilidad.

—Vale, lo entiendo. Procuraré no despeñarme y, tranquilo, no soy sonámbula —contesté en un tono más conciliador.

Buscamos un sitio resguardado del viento, que parecía que esa noche nos quería acompañar.

Preparé mi saco de dormir y el aislante. Aprovechamos un repecho de la antigua muralla que rodeaba la fortaleza y, mientras lo montábamos, James, sin querer, tocó una de mis manos.

—Estás helada —me dijo, cogiendo las dos manos a la vez.

—Sí, es un pequeño problema que tengo: no genero mucho calor. Tengo un tratamiento experimental desde hace unos meses, un implante en el interior del brazo izquierdo que durante un año va soltando la dosis que tengo pautada —dije mientras hice que su mano pasara por el interior de mi brazo, donde se podía percibir lo que parecía una leve cicatriz un poco abultada.

—Si te parece, eso tiene fácil solución. Los sacos de dormir se pueden unir formando uno solo, no tienes por qué pasar frío. —Dicho y hecho. James unió los dos sacos de dormir y, después de meternos en ellos, me puse de medio lado, como solía dormir, y él se puso detrás de mí para abrazarme. Al poco tiempo debí de quedarme dormida, pues lo siguiente que oí fueron los toques de diana. La ceremonia de juramento iba a empezar.

En seguida me di cuenta de que el militar al mando era Ari. Tras el juramento cada soldado intercambiaba la boina verde que portaba por otras de igual color pero con la insignia del cuerpo al que pertenecía. A eso se añadía un Tanaj o biblia hebrea, el Corán o el Nuevo Testamento, según la religión de cada recluta. Me dio por pensar qué harían si el recluta era agnóstico o ateo, pero lo dejé para otro momento. Después de la ceremonia, que finalizó con el himno de Israel, pude dar una vuelta por Masada. Vi lo que fue la maravillosa fortaleza-palacio de Herodes, que nunca llegó a usar, las tumbas de los que resistieron; los lugares donde vivieron; la cisterna del agua. Pensé que tendría que volver. Cuando nos avisaron, recogimos todo lo que habíamos subido e iniciamos el viaje de vuelta. Las vistas del Mar Muerto eran espectaculares en la bajada; un espejo en medio del desierto. Esta vez tardarnos solo media hora en bajar hasta el pie de Masada.

Mientras estábamos colocando las cosas dentro del jeep, Ari se acercó a nosotros para despedirse.

—Espero que te haya gustado la visita —me dijo, sonriendo de oreja a oreja. Me encantaban sus ojos. Eran entre verdes y marrón claro, algo que podía apreciar ahora mejor gracias a la luz del sol y su piel morena. Pero no sabía si ese color de piel era solo la cara, curtida por los aires del desierto, o si todo su cuerpo era del mismo tono. Mejor no pensarlo, porque seguramente acabaría roja como un tomate e iba a ser difícil de explicar.

—Me ha encantado y no descarto, si tengo tiempo, volver a Masada, pero ya como una turista más. Aun así, no me importaría volver a subir andando —le contesté un poco azorada, como temiendo que supiera lo que se me había pasado por la cabeza.

—Si me lo permites, me gustaría tener tu teléfono, así podemos quedar y me cuentas cosas sobre España o, si lo prefieres, te puedo servir de guía y relevo un poco a nuestro amigo en su misión de anfitrión. Siempre que tú quieras —dijo sin soltarme la mano mientras se despedía.

Estaba claro que iba directo al grano. Tenía interés en que quedáramos y a mí me pasaba igual. Tenía algo que me impulsaba a conocerlo, parecía una persona discreta y clara. Comprendí por qué eran amigos.

—Sí, sin problema. Ahora te lo paso. —Le hice una llamada perdida al número que me dijo y lo registré. Me sentí como la típica niña adolescente a la que el chico guapo del instituto le pide el teléfono para quedar. Me hizo sentir como una verdadera idiota. No quería mirar la cara de James, porque sospeché que me iba a leer como un libro abierto.

—Es una buena idea, Ari. Por lo que han comentado mis mandos, seguramente la semana que viene tenga algunos asuntos que arreglar de mi trabajo y tendré que dejar a Myriam sola. Así podría aprovechar para ver otras cosas de Israel contigo y tener otro punto de vista diferente al mío —dijo James.



Noté en el tono de su voz que le divertía la situación, pero yo no la veía igual de graciosa. No sé si interpretaría mi mirada, pero, literalmente, se estaba quitando del medio y quería saber por qué.

Después del intercambio de teléfonos, y tras varias frases de despedida, nos montamos en el jeep y me mantuve en silencio durante un buen rato.

—No sé por qué te parece la situación tan graciosa —le solté sin pensarlo mucho.

—Vaya, veo que lo has notado —dijo con una carcajada.

—Pues sí. Solo en el tono de tu voz se notaba que te estaba divirtiendo bastante —le volví a repetir lo mismo que horas antes, esperando una respuesta.

Su mano se deslizó hasta mi pierna y la apretó.

—Sé que te va a sonar raro, pero ya te lo he dicho. Debes de conocer a otras personas distintas a mí, a otros hombres y mujeres. Sé a qué me arriesgo, que puedo ganar y que puedo perder, pero no sería justo tenerte en una jaula de oro o exigirte un compromiso de fidelidad. Ni si quiera te lo puedo insinuar. Estamos cómodos los dos juntos, pero sé realista, solo me has conocido a mí. Nos lo pasamos bien, pero no tengo ningún derecho sobre ti. No soy precisamente un judío a la vieja usanza. Conozco lo que hay en el mundo. Solo te pido que seas consecuente con tus actos y no te hagas daño ni dañes a nadie. Puedo soportar más de lo que crees y, como te digo, tengo claro en lo que me meto y me arriesgo —me dijo ya más serio y sin apartar la mano de mi pierna.

Mi cara debió de ser de absoluta sorpresa. No lo pude disimular, algo de luz empezó a iluminar mi cerebro, pero recuperé la compostura.

—Me da miedo. En ese aspecto no me conozco —dije bajando un poco la voz

—Pues por eso quiero que juegues. No puedo aprisionarte, pero estaré siempre ahí, no lo dudes, para lo bueno y para lo malo.

—Es como si me lanzaras al abismo —le contesté.

—Mejor di que te lanzo al mundo, Myriam. Te lo he dicho: no te puedo meter en una jaula solo para mí por mucho que me apetezca.

Se hizo el silencio entre nosotros y cada uno se quedó con sus pensamientos. Nos dirigimos hacia el Mar Muerto. Fue un recorrido corto; en seguida llegamos a una de las zonas de aparcamientos y buscamos dónde cambiarnos de ropa. El ambiente cuando llegamos me recordó a esos días en mi tierra que todo huele a yodo y a sal, pero mucho más intenso.

El mar parecía tener una película de aceite que lo cubría, debido a lo calmado que estaba. James me avisó de que procurara que no me entrara ninguna gota de agua en los ojos, había demasiada sal. Pude comprobar que se cumplía lo que había visto muchas veces en reportajes, que se flota quieras o no quieras e, incluso, la anécdota de que puedes leer el periódico.

Cuando salí del agua mi piel estaba como si me hubiera hecho un peeling. Me dirigí a la ducha para quitarme la sal y tumbarme un rato en mi hamaca, con una camisola hasta media pierna. El sol y la sal no era lo más adecuado para mi piel. Pese a estar acostumbrada al sol de Andalucía, podría acabar como un cangrejo.

Se sentó a mi lado, tendiéndome una cerveza fresca que agradecí, ya que tenía sabor a sal en la boca.

—Estás muy silenciosa —me dijo.

—No es para menos, la verdad. Sigo dándole vueltas a lo que me has dicho. Sé que tienes razón, pero no tengo claro si estoy preparada para esto —le contesté con tono neutro dando un sorbo.

—Nadie está preparado para superar una situación como la viviste en Beirut.

—Vale. Hasta ahí llego. Pero tampoco creo que sea muy adecuado que le diga a tu amigo que

me violaste —le dije.

Tengo que reconocer que cuando lo solté, al instante, pensé que debería de haberme metido la lengua en la parte más oscura de mi cuerpo. Su cara se oscureció y se quedó mirando hacia la línea del mar. Mis palabras le habían hecho daño.

—Lo siento. He sido demasiado brusca. Tampoco pienses que es algo que tenga en mente las veinticuatro horas del día. Es más, no es que lo haya olvidado, pero no me afecta de una manera especial. Bueno, no sé cómo explicártelo —le dije, incorporándome un poco en la hamaca para sentarme frente a él nerviosa por el inoportuno comentario.

—Eso es algo que no he olvidado. Tal vez hasta lo tenga más en mente que tú. —En su voz se notaba la tensión por la que estaba pasando en ese momento—. Pero es algo que, si llega el momento, que llegará, tú tendrás que explicárselo a Ari. Si necesita alguna aclaración, no tendré el más mínimo problema en hablarlo con él. Tampoco Ari y yo somos amigos de hace dos días. Nos conocemos bastante bien y hemos pasado muchas cosas juntos, y dudo que venga a pedirme explicaciones de la forma que piensas. No vamos a dejar de ser amigos por ti ni creo que me mande a los padrinos para que nos batamos en duelo —dijo, mirándome con una media sonrisa que indicaba que los segundos de tensión ya habían pasado o, por lo menos, así lo interpreté.

—Vale, he metido la pata. Ha sido un comentario inoportuno. Lo siento. El tema de las amistades del tipo que tienes con Ari no está en mi lista de experiencias —le mentí.

—Si te sirve, para mí también es una situación nueva. Si crees que debes de hablar con Raquel, puede que no sea mala idea, pero no lo interpretes como que quiero cortar la conversación. Todo lo que sientas puedes decírmelo, no me lo voy a tomar mal. Debes de sacarlo fuera, ya te lo he dicho: pase lo que pase, voy a estar aquí. Imagino que conociendo como conozco a mi amigo Ari, le has causado muy buena impresión. No es de los que se impresiona con facilidad. Eso mismo me pasó a mí. Tú no te ves como nosotros te vemos. —Se acercó y me besó como sabía hacerlo, consiguiendo que se me erizaran los pelos de la nuca.

—Agradezco el piropo, pero no me apetece nada tener que estar a dos bandas —le dije.

—No te engañes. Si no te apeteciera, no estarías dándole vueltas aquí a la cabeza, Myriam —dijo, soltando una carcajada—. Eres un ser humano y a todos los seres humanos normales nos gusta que nos halaguen y admiren. Nuestro ego es nuestro ego.

—Eres de lo que no hay —le dije, riéndome también.

—Venga. Suéltalo ya, vas a reventar. Hazte a la idea de que soy tu amigo o tu amiga de toda la vida y que entre nosotros no hay sexo. Una lástima, por cierto, si eso hubiera pasado —añadió con jocosidad.

—Vale, vale. —Inspiré profundamente y solté el aire—. Es cierto que desde que me dijiste, antes de venir a Masada, que Ari se había interesado por conocerme y te había preguntado cuál era nuestra relación, empecé a darle vueltas a la cabeza. Por supuesto eso me halagó, para qué mentir, no soy indiferente a sus encantos, pero sabía que, si lo conocía mejor, lo más probable fuese que una cosa llevara a la otra. A no ser que ahora me digas que tu amigo es homosexual y que su interés por conocer España es real. —Le solté todo seguido, casi sin respirar y, aunque quise que fuera como un comentario trivial, sospecho que James notó mi nerviosismo.

—No. Te garantizo que Ari ha tenido mujeres, y las tiene, a las que se les caen las bragas por él. Y sabe disfrutar de esas oportunidades, pero siempre lo lleva más discretamente de lo que lo he llevado yo. Tuvo un periodo en su vida en el que su éxito entre las mujeres era muy conocido. Pero los detalles se los dejo a él.

—¿A qué te refieres? —pregunté sin entender muy bien lo que quería decir.

Su familia es algo tradicional, lo que a mí no me ocurre, porque no tengo a mis padres. En

Israel hay varias costumbres y hay muchas culturas dentro de nuestro estado. Supongo que igual que en España. Israel, pese a la gran carga religiosa, es un país liberal, y nuestros jóvenes disfrutan de sus parejas y del sexo como en tu país. La gente joven se conoce y se relaciona como en el resto del mundo, pero luego mantienen las tradiciones familiares. Al menos en apariencia. Sé que eso es hipocresía, pero ciertos valores familiares se mantienen pese a todo. Los padres lo saben, pero callan. No se hace mal a nadie, siempre y cuando sea algo consentido entre la pareja. El día de mañana, si tengo la opción de casarme, no tengo problema por el pasado que tenga mi nueva mujer. No puedo exigir que sea casta, pura y virginal, como tampoco lo soy yo. Creo que eso es un error. Somos adultos. Lo que cada uno haga respetando a su pareja, y de mutuo acuerdo, es perfectamente aceptable. —Se acercó, sujetando mis manos entre las suyas.

—Pero me resulta —hice una pausa— extraño que pueda estar con un hombre y a la vez desear a otro —lo dije poniendo voz a mis pensamientos, a la vez que me ruborizaba.

—No, Myriam. Tienes que separar amar del deseo sexual. No es lo mismo comer la comida de todos los días, que ir un día a una cena de gala. Te hablo ahora como amigo, olvídate de que somos amantes —me contestó sin soltar mis manos.

—Eso no me vale ahora mismo, creo —le dije, mirándole a la cara—. No es que esté enamorada de ti, pero tengo claro que no es solo sexo.

—Eso también lo tengo claro. Si no, ahora mismo no tendríamos esta conversación. Si te quedas más tranquila, a mí me ocurre igual. Para mí tampoco es solo sexo ni tampoco estoy contigo por arreglar el error. Estoy porque me gustas, me intrigas y mi cuerpo también pide más del tuyo, pero también quiero ser tu amigo hasta donde tú quieras. Quiero conocerte en el amplio sentido de la palabra, no solo en el bíblico —dijo, sonriendo mientras apretaba mis manos. Con suavidad, empezó a acariciar la piel de mis brazos, llegando hasta mis hombros. Se acercó para besarme. Su lengua hizo de las suyas. Mi cuerpo reaccionó con interés, pero muy despacio me aparté de él para verle los ojos.

—¿Cómo te sentirías si compartiera mi cuerpo con otro hombre y encima fuese tu mejor amigo? —le pregunté. No podía quedarme con esa cuestión dentro de mí o me volvería loca.

Tomó aire, mirándome a los ojos mientras me sujetaba los hombros y me acariciaba los brazos. Un escalofrío recorrió mi columna, no sé si de miedo, placer o de ambas cosas a la vez.

—Myriam, tal vez pienses que soy demasiado moderno, pero también te tendría que contarte mi pasado, y creo que no tardaré mucho en hacerlo. Soy muy liberal mientras que no estoy comprometido. Aunque, si llega el momento, no tengo ningún problema con el pasado sexual de mis parejas. Tampoco es que en el pasado haya ido todos los días a clubs liberales, que supongo que sabes cuáles son, o haya sido muy promiscuo. —Asentí con un leve movimiento de cabeza, pero no dije nada; se me estaba quedando la boca seca—. Para mí, el compromiso puede ser para casarse o, sencillamente, para vivir juntos y tener un proyecto en común a largo plazo. Mientras disfruto de la vida pero, eso sí, marcando unos límites de forma consensuada con mi pareja y siendo discretos. Tampoco soy un adicto al sexo, aunque desde luego no me reprimo. Ya te lo dije, tiene que gobernar la mente al deseo, no al revés, y eso tú, ahora, lo estás aprendiendo. Te lo digo claramente para que no quede ninguna duda, aunque esta noche quiero hablar contigo más a fondo. No tengo el más mínimo problema si te acuestas con Ari y disfrutáis los dos. Te garantizo que ahora mismo, hoy por hoy, no tengo ningún interés en estar con otra mujer más que contigo y, desde que lo estoy, no he tenido relaciones con nadie más. Si surgiera algo, me lo pensaría con mucha calma. Tendría que ser algo más que sexo para que tuviera que hablarlo contigo. —Terminó la conversación soltándose de los hombros y pellizcando mi nariz.

En el fondo tenía toda la razón o, por lo menos, si no la tenía, era la opción que había decidido

tomar. Desde luego para mí era la más fácil. Me daba carta blanca, pero no era lo mismo un desconocido que su mejor amigo. Eso tenía una explicación y sospechaba que esa misma noche me iba a acabar enterando.

James sugirió que sería buena idea ir a comer a un lugar fresco, porque el calor empezaba a apretar. Para eso eligió un restaurante no muy lejos de donde estábamos en el Hotel David en Ein Bokek. La zona parecía la Costa Azul francesa, pero con más sal, y su elección de dónde comer fue fantástica, como siempre.

Además de buen amante, era un estupendo anfitrión. Me contó la singularidad de la zona, con las minas de azufre próximas, que en la actualidad se usaban para tratamientos medicinales; al igual que los barros y sales del Mar Muerto, que, desde la antigüedad, se usaban para ungüentos y perfumes. Había bastante gente disfrutando, algo normal dado el número de balnearios, hoteles, spas y clínicas de diversos tratamientos.

Me predispuse a pasármelo bien, olvidando la conversación que íbamos a tener. Cuando terminamos de comer, nos dimos una vuelta, hicimos algunas fotos y compras. Me gustaba mucho por cómo me había quedado la piel y quería llevarme alguno de los productos.

Bien entrada la tarde, decidimos volver a Tel Aviv. Estaba cansada con tanto ajeteo; por la noche en Masada y la tarde en el Mar Muerto. Me apetecía llegar a casa y darme un baño en la piscina. No tenía ni ganas de cenar. Habíamos comido bien y también habíamos comprado algunas cosas en puestos locales que nos sirvieron de merienda-cena. Lo que quería era tomarme tranquilamente una copa en la terraza. Como llevaba el bikini puesto, al llegar solo soltamos lo que llevábamos y nos dirigimos a la piscina. Era con lo que estaba soñando en ese momento.

En cuanto llegamos, me quité la camisola que llevaba, sentándome al borde del agua junto a las escalerillas. Se acercó con dos gin-tonics con mucho hielo, como a mí me gustaba, colocándose a mi lado. Di un sorbo antes de soltar el vaso. Me apetecía darme un baño y, sin prisas, me dejé flotar en el agua con los brazos abiertos; no era tan sencillo como en el Mar Muerto.

Una de las veces que abrí los ojos vi a James que me observaba. No pude identificar realmente en qué pensaba. Estaba serio, pero no lo vi tenso. Suponía que estaba sopesando cómo iniciar el tema que teníamos pendiente. Iba a ponérselo fácil, pensé que se lo merecía. Salí de la piscina y, tras ponerme el albornoz, me senté a su lado mientras me pasaba mi copa.

—Cuéntame algo de tu pasado —le dije, animándole a hablar. No quería alargar más el mal rato para ninguno de los dos.

—A los dieciocho años entré en el ejército para hacer el servicio militar obligatorio. Me gustó y continué la carrera militar, alternando mis estudios de medicina. Retomé mi amistad con Ari allí. Aunque él estudió ingeniería, estábamos en la misma unidad y disfrutábamos los fines de semana yéndonos de juerga. El juramento en Masada también lo hicimos juntos. Al terminar, pasé al servicio de inteligencia y él se convirtió en nuestro colaborador cuando era necesario. Pero su trabajo es más seguridad interior y fronteriza. De todos modos, esos detalles ya te los puede contar él. Teníamos veintidós años y ganas de comernos el mundo. Yo había hecho mis primeras incursiones sexuales y decidí llevar a mi amigo Ari a una nueva experiencia: los clubs liberales. No te cuento detalles, eso lo dejamos para otro momento. Allí conocimos a Laila y, también sin detalles, una cosa llevó a la otra, pero tranquila, no hicimos tríos. Ella se movía con gran facilidad entre uno y otro. Si te digo la verdad, a los tres nos parecía estupendo. Éramos jóvenes y tampoco teníamos un proyecto de futuro más que servir en el ejército, sacar nuestras carreras y pasarlo bien —James hizo una pausa, como reorganizando sus pensamientos.

Respeté su silencio. Imaginaba que lo que tenía que contar le iba a ser difícil. Sospechaba que era de esas personas a las que les resultaba complicado abrirse a los demás para contar su vida.

—Estuvimos así unos tres años —continuó—, pero Laila pertenecía a una familia tradicional judía, mucho más que la de Ari. Los tres sabíamos que cuando ella acabase la carrera se pondría a trabajar y se casaría. Cuando ese momento llegó, sus padres le tenían más o menos concertado un matrimonio. Según la tradición más rancia del judaísmo, nos casamos para tener judiitos. —Me dio la sensación de que ese comentario lo había hecho con un tinte entre irónico y amargo.

—¿Cómo es posible que en Israel se mezclen clubs liberales y matrimonios concertados? —le cuestioné con sorpresa.

—No se mezclan. Conviven como el agua y el aceite. Laila siguió un proceso para restaurar su himen y así recuperó su virginidad —hizo una mueca sarcástica—. Se despidió de nosotros y empezaron los preparativos de la boda. Conocimos a su marido, presentados como dos amigos más dentro de su vida. Dudo que su marido sepa su pasado. Por eso ni Ari ni yo hemos entrado en esa dinámica de matrimonios concertados. No queremos ese tipo de mujer o, por lo menos, yo no la quiero. Tampoco es un tema que hayamos hablado en profundidad, pero ninguno de los dos nos hemos comprometido en algo más serio, hasta el momento. —Ahí se quedó de nuevo callado y me pareció que quiso añadir algo, pero se limitó a coger su vaso y volver a tomar otro trago.

—Pero vamos a ver, creo que eso se nota. Una mujer con experiencia y una mujer virgen no tienen nada que ver —le respondí, pero en realidad estaba dándole vueltas a mi cabeza. Me causaba sorpresa la historia. No es que me asustara para nada a estas alturas de la vida, pero me veía incluida en una de relación que no estaba muy segura de querer iniciar, aunque me atraía—. ¿Cómo lo lleva Laila? —pregunté, más intrigada por ella—. ¿Y su marido lo aceptó?

—Pues no lo sé. —Sonrió al decir eso—. Tampoco he hablado con Laila ni con su marido del tema. Lo mismo me equivoco y ella sí ha hablado con él. Está claro que no le ha contado toda la historia, ya que sigo teniendo contacto con los dos por medio del cuñado de Ari, Noam. Es el marido de su hermana Jana y trabaja con el marido de Laila en el mismo kibutz. Mi relación con ella ahora mismo es de amistad. —Se detuvo pensativo antes de continuar—. Lo mismo a Ari se le ocurre la misma idea sobre nuestra relación. Creo que en muchas cosas los dos somos hermanos separados al nacer, incluso ahora, con lo que está pasando, estoy más que convencido.

—Pero ¿se puede ser feliz con un matrimonio concertado? —pregunté.

No me importaba la respuesta, pero necesitaba tiempo para asimilar lo que James me había contado. Además, una parte de mi cerebro no dejaba de pensar si lo que me estaba proponiendo era una forma de revivir su pasado con Ari y Laila.

—Sabía que si te contaba la historia de Laila ibas a tener una idea preconcebida, por eso me gustaría que la conocieras. En ella se mezcla la modernidad y la tradición. Sus padres no son tontos, sabían perfectamente a qué se arriesgaban y tampoco eran ultraortodoxos. Más bien aceptó el trato porque los respetaba mucho y entendía que querían lo mejor para ella. De todos modos, te aviso: el matrimonio concertado tiene unos pasos. Si no hubiera querido, no hubieran podido obligarla. Se hace un cortejo a la vieja usanza, exactamente igual que se podría haber hecho si se hubieran conocido en una discoteca o en la universidad. Te garantizo que ahora es feliz en el kibutz con sus dos hijos, desarrollando su carrera de agrónoma, y el marido, aunque un poco tradicional, es una buena persona —dijo James.

La verdad es que me resultaba todo extraño, pero a la vez parecía muy lógico. Una mezcla, como decía James, de modernidad y tradición, pero cada una con una frontera bien clara.

—Pues sí, me gustaría conocerla —le dije, pero antes de seguir, noté que nuestros móviles habían vibrado. Miré la cara de James, porque no esperaba ningún mensaje. Me resultaba extraño que a esas horas me enviara alguno Ana o Raquel, pero es que además había sonado a la vez. Me levanté para ir a mirar.

—Acércame el mío, que me da que hemos recibido el mismo mensaje —dijo, soltando una risita.

Cogí los teléfonos y le pasé el suyo. En efecto, tenía razón. Ari había creado un grupo llamado «agentes por el mundo» y estábamos los tres. Empecé a leer en silencio, sorprendida pero intrigada.

—Hola, buenas noches, chicos. Me he permitido la licencia de hacer este chat. He pensado que si tenemos que coordinarnos para conocer las tradiciones y costumbres de España y compartir las de Israel, tenemos que planificarlo los tres a la vez.

—Perfecto. Me parece una buena idea —le conteste antes de que James escribiera nada.

—Por mí sin problema. Nos ahorramos líos de teléfonos —respondió James.

—Ok. Os dejo. Imagino que estaréis cansados de la visita de ayer y hoy. Ya me contaréis.

Me quedé pensativa con el móvil en la mano de pie al lado de la piscina. Estaba claro que todo era una excusa para que quedáramos. Mi amigo se levantó para acercarse.

—¿Qué piensas? —Me levantó la barbilla y me rodeó con los brazos.

Estuve unos segundos en silencio, observándolo. Su mirada era limpia, como siempre, con su toque de picardía, como su sonrisa.

—Que estamos en un punto sin retorno —le contesté.

Él me abrazó y pegó su boca a mi pelo, acunándome levemente. Apoyé la cabeza en su pecho.

—Sé perfectamente que esto va a salir bien. No te lo puedo explicar ahora, pero saldrá. Has sido capaz de superar algo mucho más difícil normalizando una relación con alguien que te forzó.

—Me puse tensa—. Shhh, tranquila —siseó—. Vas a ser tú la que mandes, y es lo normal. Puedes hacer lo que quieras con los dos, seremos nosotros los que pondremos límites, como los puedes poner tú. Somos adultos. Disfruta. Aprende y no pierdas esta oportunidad porque pienses que nos puedes hacer daño. No es así. Es más, casi me alegro de que sea Ari. Es mi amigo y te va a respetar igual que yo. —Me apretó más fuerte entre sus brazos.

Me separé un poco para ponerme de puntillas y besarlo. Sus manos se enroscaron en mi nuca. Agarré su cintura. Iba a iniciarme en un mundo totalmente desconocido. Por un lado tenía miedo, pero por otro la excitación me embargaba. El albornoz cayó a mis pies y me cogió en brazos, llevándome hacia el ascensor para bajar a su apartamento. Me acurruqué en sus brazos. Llegamos al salón y me dejó en el suelo. Empezó a besarme de forma insistente, dejándose llevar. Le respondí con la misma intensidad. Sus manos recorrían mi espalda. Quitó los enganches del bikini dejando mis pechos al aire; los empezó a lamer y morder con ansia. Se había quitado el albornoz, que él también llevaba puesto, y el bañador. Su excitación era más que evidente. Agarró una de mis manos sin ser brusco, pero con un punto canalla, acercándome al respaldo del sofá en el que apoyé mis manos. Mientras, bajó la braga del bikini, apartándola con el pie. Abrió mis piernas mientras se ponía de rodillas y, desde atrás, empezó a introducir su lengua alrededor de mi culo, jugueteando con mi clítoris. Al rato, se levantó y, con sus dedos, siguió el juego en mi vagina. Mis gemidos le indicaban que iba por buen camino. No tenía que preguntarme si me estaba o no gustando; sabía que, si algo no me gustaba, iba a parar. Pero en este momento no tenía ni el más mínimo interés en que dejara lo que había empezado.

Comenzó a jugar con la punta de su polla por mis nalgas; por mi culo, por mi vulva. Mientras, con sus manos acariciaba mis pechos. Oí su voz al lado de mi cuello.

—¿Quieres que acabe aquí o seguimos en la cama? —dijo mientras me mordisqueaba la oreja. Notaba la humedad y palpitación de todo mi sexo.

—Acaba aquí. No creo que pueda llegar a la cama —le dije, apretando con fuerza el respaldo del sofá entre mis manos.

Noté como me penetraba con fuerza hasta lo más profundo de mi cuerpo. Estaba tan húmeda y caliente que se deslizó con facilidad. Me tenía sujeta por la cintura con una mano mientras que con los dedos de la otra estimulaba mi clítoris. Empujaba con firmeza e intensidad, acelerando el ritmo. Llegué al clímax, aunque no quería correrme aún. La dureza con la que me penetraba hacía imposible que mi cuerpo no estallara para recibirlo. Cuando noté el calor de su semen, mi cuerpo tembló. No podía contenerme más y empecé a correrme. Grité. Deseaba que esa sensación de unión no hubiera desaparecido con tanta rapidez. En el momento en que me separa de él surgirían las dudas, pero sus gemidos, sus caricias, la sensibilidad que manifestaba me desarmaba. Mis piernas me flojearon, él lo notó. Me sujetó por la cintura y, tras unos segundos en los que nos recompusimos un poco, salió de mí. Cogiendo su albornoz me lo puso por encima para acogerme de nuevo en sus brazos y llevarme hasta la cama, acostándose junto a mí.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Me estiré y me di la vuelta. Con la poca luz que entraba del exterior podía ver un poco su rostro. Metí las manos debajo de la sábana. Le agarre con una mano la polla que seguía caliente y todavía palpitaba.

—Estoy empezando a preocuparme —dije con voz fingiendo seriedad—. ¿Podría volverme ninfómana? —terminé con una voz ligeramente infantil.

Empezó a reírse a carcajadas.

—No creo. Pero si noto el más mínimo indicio, te avisaré. Aunque puede que tarde un poco. Me pones muy caliente. —Y me besó.

—Me gustaría que me enseñaras todo lo que sabes y todo lo que conoces —le dije con un acento lujurioso y sin dejar de jugar.

—¿Estás segura? —me contestó mientras también empezaba a jugar con mis pezones.

—No. Eso te lo dice la parte lógica de mi cabeza, pero la pervertida y lujuriosa está ganando por goleada.

—Puede que te asuste. Además tendría que poner normas y condiciones —me contestó más serio, aunque por las palpitaciones de lo que tenía en mi mano sospechaba que le estaba costando concentrarse. No tenía toda la sangre en el cerebro.

—¿Qué condiciones y qué normas? —le pregunté.

—La más importante de todas: cuando haga algo que te asuste o «no te guste», me lo dices y pararé —me dijo mientras introducía de nuevo sus dedos en mi vagina, que seguía húmeda y caliente empezando a palpar. Pero esta vez mi cerebro lo iba a contener, me interesaba más la conversación en este momento.

—Tengo alguna idea de que tras el sexo vainilla hay vida. Sé lo que es el bondage, los clubs liberales y de intercambio de parejas. Sé lo que es el sado, las dominatrix, las sumisas y sumisos y que dentro del sexo no hay nada pervertido o malo siempre que sea consentido entre adultos —le contesté.

—Hasta ahí bien. Pero también hay personas adictas al sexo que empezaron como un juego y acabaron en el diván de mi hermana. No conozco casos con nombres y apellidos por secreto profesional, pero sí me ha comentado casos de enganches bastante graves. Tampoco quería que eso te sucediera a ti —siguió hablando mientras jugueteaba él también.

—Creo que no llegaré hasta ese extremo. Sé que puedes ser un buen maestro y ni soy sumisa ni soy dominatrix, aunque me gusta jugar y quiero saber hasta dónde puedo llegar. Pienso que no es la única cosa que acabaré teniendo en mente. Me puedes ayudar a no traspasar los límites razonables. Sé que por mucho que pueda animarme o cogerle gusto, vas a darme el toque. Eres la persona con la que más confianza tengo en este momento —le dije esbozando una leve sonrisa.

—La única que conoces por ahora. Mira que en la variedad está el gusto —me contestó, pellizcándome la nariz como tenía costumbre.

Apoyé la cabeza en su pecho mientras hacía dibujos con mis dedos. Seguí escuchando su voz.

—Una de las reglas de oro es que no hagas nada para complacer a nadie como forma habitual, a no ser que esa sea una opción que tú quieras. Pero no te veo tampoco de sumisa. Creo que el tiempo te irá poniendo todo en su lugar.

—Me ha picado la curiosidad lo de los clubs liberales —dije tímidamente sin levantar la cabeza pero con voz traviesa.

—Pues sin problema, pero tendré que tocar algunos contactos. Hace mucho que no voy a ese tipo de clubs, aunque después de lo de Laila alguna vez he aparecido por allí —me contestó sonriendo.

—Otra cosa que he pensado, y sé que te va a parecer bastante rara la pregunta: ¿el interés de Ari por conocerme es casual? —le pregunté sin querer desarrollar del todo lo que se me había pasado por la cabeza. Me daba apuro que creyera que desconfiaba de los intereses de su amigo e, incluso, de los suyos.

Hubo unos segundos de silencio, como si estuviera procesando la pregunta. Me incorporé sobre un codo para verle la cara.

—No, tranquila. Esto no es una competición entre amigos a ver si nos llevamos a la misma a la cama ni vamos a comentar la jugada. El tema de Laila fue una casualidad. Ella mandaba en la relación. No nos sentamos Ari y yo para hablar cómo nos iba ni nada por el estilo, si es por ahí por dónde va la pregunta. Es más, como te dije, cuando Ari me preguntó qué tipo de relación manteníamos, no le di detalles. Pero Ari no es tonto en ningún sentido, si no hubiera querido que se pusiera en contacto contigo, con un comentario todo estaría claro, pero no hizo falta. Sabe perfectamente que estamos juntos, pero entendió que tenía el camino libre; que dependía de ti y, de hecho, es así. Ari llegará contigo hasta donde tú quieras —me contestó.

Bajé la cabeza, pues tenía bastantes dudas. Me sujetó la barbilla mirándome a los ojos mientras me hablaba.

—Está bien que me preguntes. Tienes derecho. No estamos hablando de una situación típica, he visto mucho a estas alturas, pero para ti todo es nuevo. Eres analista y sé que tu cabeza está tanteando todas las posibilidades, pero te aviso de que alguna se te quedará en el tintero. Tampoco lo puedes controlar todo. Los análisis políticos no son lo mismo que analizar sentimientos y situaciones. Te ha pasado cuando has tenido que analizar personas. Siempre te pueden sorprender. De hecho te estás sorprendiendo a ti misma —me contestó mientras me acariciaba la cara y pasaba sus dedos por mis labios.

Un hormigueo recorrió, en ese momento, todo mi cuerpo.

—Ese es uno de mis defectos: la deformación profesional me hace pensar demasiado. —Una tormenta comenzaba a desarrollarse en mi cabeza.

—No te preocupes. Si veo que piensas demasiado, te corto el pensamiento —me dijo mientras me besaba y volvía a jugar con sus dedos dentro de mi vagina. Mi cuerpo volvió a ponerse en modo excitación, pero no le iba a dejar. Me separé de él con suavidad cuando terminó de besarme.

—Pues esta vez mi cerebro va a mandar. Creo que sería buena idea que descansáramos, porque hemos tenido un par de días muy intensos —le dije riéndome.

—Perfecto. Mañana seguimos hablando si quieres. Tenemos tiempo de sobra para todo —me dijo, sacando sus dedos de mi interior, que chupó goloso—. Aunque tengo que reconocer que lo mismo soy yo el que tengo que empezar a pensar menos con la polla. —Soltó una carcajada.



—Ni se te ocurra. —Le acompañé en su risa.

En pocos minutos, después de colocarme para dormir y dejar que mi cuerpo se calmara, caí en un profundo sueño. Estaba satisfecha con las respuestas que me había dado.

## Capítulo séptimo

### La misión

A la mañana siguiente yo fui la que se levantó temprano. Me preparé el café y me senté en la terraza. Vi que tenía un mensaje en el móvil, se me encogió un poco el estómago, pero no, era de Ana. Me remitía a una documentación que me había mandado al email sobre un trabajo que tenía que hacer aprovechando mi estancia en Israel. A fin de cuentas tenía que justificar mi estancia, mi sueldo y la acreditación que tenía. Subiría a casa en un momento para bajar el ordenador; no quería usar el de James, no estaba permitido ese tipo de trasvases de documentación por muy aliados que fuéramos. Aprovechando que él estaba durmiendo bajé a mi apartamento y recogí lo que necesitaba. Cuando subí, James se estaba estirando, cual largo era, en medio del salón.

—Buenos días. Pensaba que habías huido de mí —dijo, acercándose y dándome un beso y un achuchón camino de la cocina—. Y, ¿eso? —me preguntó, señalando lo que traía.

—Trabajo. Ya sabes. Mensaje de Ana con instrucciones. Ahora lo veré mientras desayuno. — Mientras James se servía el café, me puse a ver cuál era el trabajo que me tocaba hacer.

—¿En qué nueva misión vas a estar? —dijo James.

—Pues, por lo que he leído, tengo que darme una vuelta por los asentamientos judíos, analizar la situación de esos asentamientos y el problema fronterizo —contesté.

—Es una zona conflictiva y caliente que hoy está tranquila y mañana está al rojo vivo. Sé que vas a pensar que lo hago a posta, pero la persona que te puede acompañar es precisamente Ari. A no ser, claro, que tengas algún inconveniente. Si tienes que ir a una zona problemática, mejor con él; vas a estar en buenas manos —contestó, pasándose los dedos por el pelo. Me había dado cuenta de que era un gesto habitual cuando estaba nervioso.

—No, no pienso que sea una conspiración. Entiendo que, si lo dices, es con conocimiento de causa. Lo que necesito es organizar el protocolo para que todo esté dentro del marco de la legalidad. No es una visita turística cualquiera.

—Por supuesto. Será todo por los cauces oficiales. De la parte de Ari me encargo yo; tú habla con Ana y le comentas el asunto como creas conveniente. Ella se encargará, como agente de enlace, de todo el trámite por medio de la embajada.

Le envié a Ana un mensaje cifrado tratando el asunto. Ella conocía también a Ari y me contestó al poco que a lo largo de la mañana me llegaría un mensajero de la embajada con todo lo que pudiera necesitar en mi valija diplomática. En efecto, a las cuatro horas de haber enviado el mensaje, llamaron a la puerta del apartamento. Un miembro de la embajada me entregó un maletín. Cuando se fue, lo coloqué encima de la mesa del salón para abrirlo. Me sorprendió que llevara contraseña y que el agregado de la embajada lo hubiera traído sujeto a su muñeca con unas esposas. Suponía lo que me iba a encontrar dentro. Por la contraseña no había problema, sabía cuál era, y si Ana no me había indicado nada en mi correo, es que era la misma de la última vez.

Al abrir el maletín, encontré el dossier sobre lo que sería mi trabajo, las credenciales, mi licencia de armas internacional acreditada por la embajada, mi arma y mi graduación militar. En la documentación pude leer nuevos detalles de la investigación. En la frontera se estaban usando los campamentos de refugiados para el tráfico de armas. Y se confirmaba por la declaración de un testigo protegido el asunto de la trata de personas.

No le había dicho que era militar, exactamente teniente de infantería. Mi preparación en su

inicio fue dirigida más para trabajo de oficina que de campo, pero Ana, conociendo mis cualidades y previendo mi futuro, había insistido mucho en esa preparación militar que realizaré como reservista. Al principio no me hizo ninguna gracia, pero tenía que reconocer que, si iba a ser un agente de campo, no podía descuidar esa formación. Fue un periodo de mi vida muy intenso. Durante los meses siguientes de instrucción estreché mis vínculos con Manolo, el legionario malagueño, que me abrió la puerta del ejército al hablarme del reservismo. Era una historia que, sospechaba, hoy tendría que contar a mis amigos, pero tampoco era el momento de profundizar mucho. James no se acercó, por prudencia, cuando estaba viendo la documentación, aunque supuse que no se le pasó por alto cuando dejé la pistola encima de la mesa. Una vez que hube revisado la documentación, mientras tomaba mi segundo café, lo guardé todo en el maletín, cerré y me acerqué a mi anfitrión, que estaba en la terraza mirando hacia el exterior.

—He recibido un mensaje de Ari, comentándome si había algún inconveniente para venir a comer hoy y así organizamos algunos detalles de trabajo.

—Por mí sin problema. Debería de hablar con los dos y, si lo hago a la vez, ahorramos tiempo —le contesté.

Seguimos comentando cosas triviales durante un rato y, antes de que llegara Ari, me dirigí a mi apartamento, retirando del de James cualquier cosa que fuera mía. No quería que Ari pensara que estaba viviendo con su amigo. James dijo que se encargaría de la comida mientras me duchaba y arreglaba.

Me puse ropa cómoda: un pantalón ancho de lino marrón, la camisola de lino azul abierta por delante que no fuera ajustada al cuerpo y una camiseta debajo, por si tenía calor y quería quitarme la camisola, procurando que fuera lo menos sexi posible. Volví a subir al apartamento donde nos reuniríamos con mi maletín a cuestas y los nervios tocándome el estómago.

Cuando entré en el apartamento de James, ya estaba allí Ari. Los dos hombres charlaban animadamente con unas copas de vino en la mano. Ari se acercó para saludarme y, usando el protocolo español, me plantó dos besos que me hicieron mucha gracia por su espontaneidad. Mientras el dueño del apartamento se dirigió a la cocina para servirme una copa de vino, yo me dirigí a la mesa del salón, volviendo a abrir el maletín de marras. Me senté, esperando que Ari y James se acercaran, mientras di un sorbo a mi copa de vino que mi amigo ya había colocado a mi lado.

—Os voy a hacer un resumen de las cosas que no sabéis, porque no venían a cuento que os las contara hasta este momento. Después de acabar mi carrera me presenté como voluntaria a una oferta de trabajo en el CNI, incorporándome, poco tiempo después del curso de formación, al trabajo asignado. Ana, la directora de recursos humanos, debió de ver en mí un potencial desconocido, porque al mes de estar allí me ofreció la oportunidad de ingresar también en el ejército a través del nuevo sistema del reservismo. De primeras lo rechacé, pues no me veía cualificada, pero Ana es bastante insistente cuando ve cualidades en su personal. La piedra de toque llegó en el momento de las pruebas físicas, pero tuve la suerte de tener como amigo a un legionario del Tercio en Málaga, que gustoso me machacó viva para las pruebas. Las aprobé sin ninguna dificultad. Aquí os paso mi expediente militar, sobre todo para que no tengáis ninguno de los dos dudas sobre mi cualificación a la hora de presentarme a una misión. Como mi viaje a Israel fue algo imprevisto —ahí hice una pausa, pero me recompuse rápidamente—, no se consideró necesario que aportara esa información al recoger mi acreditación en la embajada española. Órdenes son órdenes —dije, mirando a James al mismo tiempo que le pasaba mi expediente militar. Eran copias que le había pedido a Ana, puesto que ambos hombres debían de saber con quién iban a trabajar en realidad. Me levanté de la mesa y me dirigí con mi copa de

vino a la terraza para dejarles que lo leyeran sin prisas, sospechaba que se iban a sorprender bastante.

—Vaya —dijo James al rato—, ahora comprendo por qué actuaste así el día del incidente.

—¿Incidente? —pregunto Ari.

Miré a James y le hice un gesto afirmativo para que se lo contara, con brevedad le hizo referencia al intento de asalto en el paseo marítimo.

—Está claro que no eres una mera analista de oficina —dijo Ari, en un tono que capté que estaba sacando conclusiones.

—En efecto. Y así podría haberse quedado, si no hubieran surgido ciertos problemas por los que me encuentro ahora en Israel. Ya una vez que estuve dentro, Ana me acreditó en la embajada como observadora. Pero, sabiendo ahora que puedo ser útil, quiere que tanto vosotros como la embajada tengan claro mi rango y mi cualificación para asegurar a unos y otros que estoy perfectamente preparada para lo que me ha encomendado. De hecho, ha incluido en mi valija diplomática mi licencia de armas internacional, avalada por la agencia y la embajada. Supongo que habrá dado parte al ministerio de asuntos exteriores de vuestro país y, junto con ello, un informe con el nivel de preparación militar que tengo —contesté, mirando a los dos seriamente.

Se hizo un silencio entre los dos hombres.

—Perfecto, así me quedo más tranquilo. Cuando me comentó por encima James el asunto me quedé un poco pillado. No es que dudara de tu formación como analista, pero no es lo mismo llevar a un miembro de una ONG —dijo con una media sonrisa— que llevar a un militar acostumbrado a estar en zonas de peligro. Ya he estado de niñera de algún observador de ONG y, la verdad, no me hace ninguna gracia —finalizó Ari, ampliando su sonrisa.

—Por supuesto, conozco casos. Además, aquí había un componente mucho más complejo y es el lazo de amistad que nos une —eso lo dejé caer así de medio lado—. Ese componente en este tipo de trabajos es peligroso, porque, como bien dices, el papel de poli de guardería no es nada aconsejable en estas misiones. Cada miembro de la misión debe de saber cuidarse por sí mismo. Comprenderás que no haya podido hablar antes de este tema, aunque somos dos países aliados, no estaba autorizada hasta este momento para hacerlo —dije mirando a James, que sonrió.

—Creo que me caes cada día mejor precisamente por eso. Sabes separar unas cosas de las otras —dijo él.

Pensé en ese momento que Ari estaba haciéndose su propia componenda mental con las palabras de James. Sospechaba que no tardaría en tener que darle unas explicaciones más detalladas sobre cómo había llegado a Israel. Y no me hacía ninguna gracia, pero, desde luego, no podía dejar que nuestra posible amistad empezara antes sin que tuviera toda la información. Mi estómago volvió a encogerse, pero aparté ese pensamiento de mi cabeza. No era el momento.

Después de aclarar algunas dudas, organizar el plan de trabajo y algún detalle más pasamos a comer tranquilamente en la terraza.

—Me tienes que contar un poco más de tu amigo Manolo, el legionario —dijo Ari.

Solté una carcajada a la vez que veía la imagen de mi amigo.

—Siento no tener una fotografía de él. Aunque creo que, con un poco de suerte, en su perfil de Facebook tiene fotos con la que nos podemos hacer una idea —les contesté—. Manolo es como una tanqueta de asalto, es corpulento y me saca una cabeza. Es algo más alto que vosotros. Teniendo en cuenta que es español de los de pura cepa, que diríamos allí, es un poco superior a la media. Además del entrenamiento propio de los cuerpos de la Legión, que tiene su miga, él se entrena todos los años para una carrera que se llama La 101 y se hace por la sierra de Cádiz en Ronda. 101 kilómetros en menos de veinticuatro horas. Muchos no van ni a ganar, se conforman

con participar y llegar a la meta. Una carrera que conmemora una marcha de una distancia, igualmente endiablada, que tuvo que hacer la Legión al poco tiempo de comenzar su existencia, en 1921 durante la Guerra del Rif en Marruecos. El lema de la Marcha es Jamás un legionario dirá que está cansado hasta caer reventado. Será el cuerpo más veloz y resistente. Cumplirá su deber. Obedecerá hasta morir. Eso os dará una idea de cómo es mi amigo Manolo y que además fue mi maestro de entrenamiento. Puedo garantizar que mi sargento de instrucción no hubiera podido con él. Me estuvo machacando y, al llegar la hora del examen, me pareció hasta sencillo —terminé la historia.

Sonreí mentalmente pensando las horas de masajes, dolores, lesiones y estrés que me supuso el entrenamiento del examen. Ahora también recuerdo la fiesta de celebración con él y otros compañeros cuando me dieron la nota. Soy su niña. Pero esos detalles preferí guardármelos para mí en este momento.

—Caramba. Había oído hablar de la Legión Española y de la Legión extranjera, pero no tenía ni idea de sus ideales —dijo Ari.

—Se cuentan chistes entre el gremio de que cuando los marines se lanzan de un helicóptero, lo hacen con cuerdas. Y en cambio los legionarios se tiran a pelo, sin cuerdas y en marcha. Son burros como ellos solos, pero si tienes un amigo legionario, tienes un «novio de la muerte» para toda tu vida. Si en un sitio gritas «¡a mí la Legión!» los tienes a todos ahí y no hay preguntas. Tienen sus cosas negativas, como cualquier fuerza de choque del ejército. Si sueltas al perro, debes de saber cómo pararlo. Pero bueno, eso ya es otro tema. Están un poco locos, aunque si tengo que entrar en la boca del lobo, quiero entrar con un legionario —les dije a los dos.

—Está claro que no eres una doncella en apuros —dijo Ari.

—Esa es la idea que quería quitaros de la cabeza, por si casualmente lo habíais pensado. Me puedo cuidar perfectamente, como un miembro más de un grupo de asalto —les contesté a los dos, poniéndome de nuevo seria.

Ari levantó la copa.

—Por los agentes de campo.

Brindamos.

Después de la comida, tuvimos una sobremesa de charla y anécdotas sobre nuestros trabajos hasta donde podíamos contar. Ari se despidió, quedando en avisarnos para finales de la semana o principios de la siguiente, según viera que zonas podían ser visitadas minimizando riesgos.

Cuando nos quedamos solos seguimos de charla.

—Caramba, otra vez me has vuelto a sorprender —dijo él.

—No podía dar más explicaciones. Tengo órdenes y sabes cómo son las cosas en los servicios de inteligencia —le contesté en un tono parecido a una disculpa porque no sabía si su comentario era un reproche o era algo trivial—. De todos modos me imagino que tampoco tú lo has contado todo. No por nada, sino porque consideras que no es conveniente —lo dije con una gran sonrisa en mis labios.

Creo que di en la diana, porque no dijo nada durante unos segundos, se limitó a mirarme y le sostuve la mirada.

—Te voy a comentar un punto que puede que no tengas claro —dije tomando aire para continuar—. El día que desviaron mi avión y acabé en el Líbano, tenía órdenes, y eran parecidas a la de la Legión: «Cumplirá su deber. Obedecerá hasta morir». No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir, pero lo que tenía como seguro era que no iba a decir cuál era mi misión ni quién era realmente. Mi tapadera era la de una secretaria que iba a la embajada y poco más. En otro momento, posiblemente, habría muerto, pero a alguno me hubiera llevado por delante. El hecho de

que aparecieras rompió todos los esquemas. Ni se me pasó por la cabeza cuál iba a ser la exigencia para liberarme. Cuando capté lo que iba a pasar, comprendí que, dentro de lo malo, podría sobrevivir; pero, en cuestión de segundos, vi todas las consecuencias del problema: no sabía quién eras, tú no sabías a quién estabas sacando de allí y, encima, no iba a ser plato de gusto para ninguno de los dos. Me he visto entre la espada y la pared hasta que Ana me ha dado carta blanca para explicarte. Me impactó el tema, no te lo voy a negar, pero no tanto como tú piensas. Te puedo garantizar que no me habría quedado en Israel ni un minuto más, y Ana me habría sacado de aquí —le dije, lo que no le dije fue que estaba más preparada y en sobre aviso de lo que ellos creían.

Me levanté de la silla con la copa en la mano, acercándome a la barandilla de la terraza a la que me sujeté con la otra mano para calmar los nervios y la rabia que en ese momento se me habían acumulado por los recuerdos que volvían. Bebí la copa de un trago y la dejé en el pretil sin molestarme en mirar qué estaba haciendo James. No es que estuviera molesta, pero no quería que pensarán que no era capaz de cuidarme sola.

Estaba con mis pensamientos cuando James se puso a mi lado. Me sujetó por la cintura para besarme en el cuello. Mi cabeza seguía dando vueltas, aunque no me inmuté. Demasiada información en pocos días y creo que esa iba a ser la tónica general. Me di la vuelta para mirarlo. Se apartó un poco para verme la cara, traté de que no se traslucieran mis pensamientos.

—No te preocupes, entiendo tu situación. Pero no me negarás que voy de sorpresa en sorpresa contigo. No es que pensara que fueras una damita en apuros, eso lo tengo claro desde el momento en que te miré a los ojos por primera vez, aunque tampoco esperaba tener el listón tan alto.

—Por lo menos ya sabemos todos quiénes somos y cuál es nuestro trabajo. Puedes estar tranquilo cuando me mueva con Ari. No lo tienes que poner en el compromiso de que sea mi guardaespaldas. No es lo mismo decir «esta es Myriam, miembro de una ONG en misión de observadora internacional» que «es la teniente Myriam Toledano, del cuerpo de infantería, agregada a la embajada con la misión de analizar la situación» —dije sonriendo.

—No. La verdad que me pone más cuando me dices que eres teniente —dijo, soltando una carcajada y zarandeándome un poco.

## Capítulo octavo

### Sentimientos encontrados

Durante los dos días siguientes, nos dedicamos a visitar los alrededores de Tel Aviv; así conocí más a fondo las playas y el interior. Fuimos al sendero nacional de Israel, aunque solo vimos el tramo más próximo a la capital desde los montes de Shayarot. Era un país con muchos contrastes. No habíamos vuelto a sacar a colación el tema del trabajo, nos habíamos limitado a divertirnos.

Una de las tardes visité a Raquel. Le conté, más o menos, cómo iban mis progresos. Me tranquilizó bastante los resultados de los test y pruebas que me hizo. No le dio importancia a los arranques de rabia que había tenido a veces. Consideraba que lo contrario hubiera sido contraproducente. Veía normal que no me hiciera gracia hablar del tema, pero cuando llegaba el momento tampoco lo ocultaba. Me dio el alta sin problemas, aunque me recomendó que si tenía la más mínima recaída o duda, no dejara de llamarla.

Mientras comíamos, James me presentó una propuesta.

—El otro día tenías mucha curiosidad con los clubs liberales. Me he puesto en contacto con un amigo que lleva uno en la ciudad y que es de confianza. Si te animas, vamos esta noche después de cenar a tomar una copa allí —me dijo mientras comíamos en un restaurante en Neve Tzedek, uno de los barrios bohemios de Tel Aviv.

—Cuéntame de qué va el tema. Tengo una vaga idea, pero lo justo, para que te voy a mentir —contesté sonriendo.

—A esos clubs la gente va a mirar y a que los miren. Cada uno pone las reglas de lo que quiere o no quiere hacer. Van parejas y personas solas. Hay intercambios de parejas, tríos, grupos, eso va en el gusto de cada persona. Solo entran socios o invitados muy especiales —dijo James.

—¿Y tú?, ¿en qué categoría entras? —le pregunté sin doble sentido. En ese momento era más curiosidad que morbo.

—En otro momento de mi vida era socio, aunque lo dejé hace un tiempo, pero sigo manteniendo contacto con socios, amigos e, incluso, con el gestor de uno de los clubs. Con lo cual entraría en la categoría de invitado especial y acompañante —me dijo.

—¿En qué consistiría nuestra visita? —pregunté.

—Podemos ir tranquilamente a ver, sin más complicaciones, para que conozcas el club y el ambiente. El gestor nos lo puede enseñar, aclarar todas tus dudas y, si no te interesa, nos tomamos una copa y nos vamos. Allí no hay ninguna obligación por parte de los clientes —me aclaró James.

—Entonces quiero que me dejes antes en uno de esos centros comerciales donde haya de todo, desde centro de estética a tiendas de ropa. Después me encargaré de volver a casa por mi cuenta. Sobre las ocho cenamos y después de arreglarnos vamos al club —le dije cuando habíamos acabado de comer.

—Perfecto, sin problema. Tengo claro que te puedo dejar sola por Tel Aviv. Aun así, para cualquier cosa, me llamas —me dijo sonriendo.

Me dejó en el centro comercial Azrieli, donde había todo tipo de marcas nacionales e internacionales. Allí sabía que iba a encontrar todo lo que necesitaba. En cuatro horas estaba lista, con las compras que quería y a las ocho entraba en el edificio, después de que un taxi me dejará en la puerta. Dejé todas las bolsas en mi apartamento y subí al de mi guía para esta nueva aventura. Había preparado una cena ligera de las que nosotros llamamos de picoteo.

—¿Nerviosa? —me preguntó.

—No. Si es como dices, no tengo por qué preocuparme. Si no me gusta, lo dejamos pasar y listo, lo mismo no es mi momento —le dije, quitando hierro al asunto. Pero sí, estaba nerviosa.

Cuando acabamos la cena fui a cambiarme de ropa para ponerme lo que me había comprado. Estuve dudosa entre una cosa u otra. Nunca había ido a un club así y me hice una composición del lugar; iría como si fuera a un pub normal. Al final opté por unos buenos taconazos azul petróleo y plata a juego con un vestido de inspiración oriental con la espalda descubierta que dejaba claro que llevaba poca ropa interior. Calculé que no debía llevar muchas joyas encima y que con mis propios encantos tenía bastante. Me habían esculpido las uñas de los pies y las manos en plata y añadí a eso un peeling corporal, así como una buena depilación; el cuerpo me lo estaba pidiendo. Cogí la chaqueta a juego con el traje porque no quería lucir de inicio toda la piel que se veía sin ella. Vestidos así había llevado en otros momentos; no era algo que me intimidara. Me moví por el salón de mi apartamento con el conjunto completo para comprobar su comodidad. Cuando estuve segura, subí al ascensor para buscar a mi acompañante.

Al entrar me sorprendí. Estaba en medio del salón ajustándose el reloj en la muñeca. Era el macho alfa de los sueños de muchas, incluido el mío: la camisa blanca abierta a medio pecho, el pantalón de vestir azul oscuro y una americana de las que llamaríamos casual y que casi podría decir que iba a juego con mi vestido. Irradiaba control. Estaba claro que me había puesto el traje propio para la situación. Levantó los ojos y, cuando me miró, vi su satisfacción. Por lo menos en la primera impresión había acertado, pero también capté una mirada de deseo que podría decir que era bastante felina.

—Vaya. Sospecho que solo con que te pasees por el club muchos y muchas van a sufrir taquicardia —dijo, acercándose y acariciando mi cuello hasta el borde del vestido, que por delante no tenía nada que ver a lo que me cubría la chaqueta. En los laterales de la falda había unas cremalleras que me permitían tener más o menos abertura lateral, de momento estaban cerradas.

Cogimos su coche. Normalmente estos sitios, como me contó, tienen aparcamientos privados que te permiten entrar y salir sin ser visto. Al cabo de un rato, llegamos a una zona residencial y de ocio en las afueras de la ciudad. Entramos en el aparcamiento de un edificio y, tras aparcar, nos dirigimos a un ascensor. Me fijé en que utilizó una tarjeta negra para entrar, sin ninguna identificación. Llegamos a un gran hall, donde llamó a una puerta. Allí nos recibió una chica con una amplia sonrisa y un espectacular traje de fiesta. Tras el saludo miró el registro, James le indicó los nombres con los que nos habíamos registrado. Ella tocó un timbre y nos sugirió que si queríamos dejar algo en depósito, en la misma barra, se encargarían de todo. Al momento la puerta de cristalera se abrió y un hombre elegante, delgado y de la estatura de James nos saludó con una amplia sonrisa, estrechándonos la mano.

—James, querido. Dichosos los ojos que te ven. Hace años que no te pasabas por aquí y estás igual. Te echábamos de menos. —Por el saludo imaginé que era el manager del club.

—Gracias, Andrew. Te presento a mi amiga Myriam. Tenía curiosidad por conocer un club liberal como el tuyo, ya que nunca ha ido a ninguno —le contestó.

—Pues creo que has venido al sitio indicado —hizo una pausa y me sonrió— y con la persona



indicada. Pasad a la barra y os iré dando unas explicaciones, aunque, como no ha cambiado mucho el lugar desde que nuestro amigo venía, imagino que si tienes después alguna duda, él también podrá informarte, pero de todos modos para eso estoy aquí. —Toda la explicación la hizo con una acogedora sonrisa y los modos de ese amigo de toda la vida que vuelve a recibirte en su casa después de haber pasado mucho tiempo.

En el interior pude ver que había ya varios grupos de hombres y mujeres. Unos sentados en la barra, otros charlando en grupos, algunos en sofás y alrededor de mesas redondas con copas; había una luz tenue, pero si te acostumbrabas, se veía perfectamente lo que estaba ocurriendo en el local. Nos sentamos en la barra, frente a la que había un espejo que la recorría de lado a lado. Quedándome allí podría ver lo que pasaba a mi espalda.

Andrew puso encima de la mesa un grupo de pulseras de colores que se veían en la oscuridad. Nos fue explicando: blanca si solo íbamos a mirar y a que nos miraran; roja si, además de mirar, participamos y dejamos que otras personas participen en nuestros juegos y negra cuando aceptamos cualquier propuesta.

Me quedé con la pulsera blanca sobre la barra y James hizo lo mismo. El manager nos explicó los tipos de salas que podríamos encontrar. Podríamos entrar en casi todas, pero en algunas, para entrar, había que hacerlo desnudo y solo usando la pulsera roja o negra; pero, de todos modos, podríamos disfrutarlo mirando desde fuera. Antes de seguir con su trabajo, le indicó al barman que nos sirviera una copa por cuenta de la casa, por los viejos tiempos. Mientras la copa llegaba, James me colocó mi pulsera y yo hice lo mismo con la suya.

Nos quedamos solos. Al principio me sentí un poco azorada. La verdad, no sabía muy bien qué hacer, pero James llevó el peso de la conversación como si estuviéramos en un bar de copas. Habrían pasado unos quince minutos, cuando observé que una pareja se acercaba a nosotros. Llevaban la pulsera roja, pero por la sonrisa que puso mi amigo, supuse que también los conocía.

—Bueno, bueno, bueno, mi amigo James ¿y? —dijo el hombre, extendiendo su mano amigablemente mientras me sonreía.

—Myriam, una amiga. Estos son Samuel y Julia, amigos desde hace años —dijo al presentarlos.

—Encantada de conoceros —les dije mientras me daba un buen apretón de manos con el hombre y dos besos con la mujer.

—Nos agrada verte por aquí con gente nueva. Es muy enriquecedor tener diferentes conversaciones. A veces los que venimos nos conocemos de mucho tiempo y no hay sorpresas. Siempre contamos los mismos chistes —dijo Julia. Por su entonación comprendí que había captado que era novata y trataba de hacerme la situación agradable, lo cual agradecí en mi fuero interior.

Tomaron una copa con nosotros. Me presentó como la agregada a la embajada que era, tampoco allí había que inventarse nada. Ese rato fue relajante y me hizo integrarme mejor en el ambiente. Me di cuenta de que el tener la pulsera blanca puesta era como llevar un semáforo. Si alguien se acercaba a nosotros, era porque lo reconocían los amigos y venían a saludarlo. Todos ellos confirmaron que hacía mucho tiempo que no era asiduo al local.

Iba por mi segundo cóctel, que era suave. Allí no había bebidas alcohólicas fuertes, había que estar bien despejado para saber a lo que se iba. Había que disfrutar del ambiente.

James se fue acercando y empezó a susurrarme al oído mientras su mano se deslizaba por debajo de mi falda, animándome a que nos diéramos una vuelta por el local. Con las dos copas y el ambiente relajado, no me resultó violento ir solo a mirar. Lo que me susurraba junto con sus sutiles caricias hizo que mi cuerpo empezara a reaccionar al sensual ambiente. Me gustaba lo que

estaba viendo, pero iba a controlarme lo máximo posible. Me asustaba un poco que pudiera pasar poco menos que de ser una chica virginal a una devoradora de hombres; temía que la situación me estuviera superando. Menos el cuarto oscuro, al que no accedimos, el resto de ambientes se podían visitar a través de grandes ventanales que permitían ver lo que estaba ocurriendo dentro. En algunos, tanto los de fuera como los de dentro, nos podíamos observar. En otros, solo nosotros, los que estábamos fuera, veíamos la acción que ocurría dentro.

Había habitaciones temáticas para todos los gustos: un departamento de un tren, una oficina, un ascensor donde las puertas se podían abrir en cualquier momento si quien estaba en el interior no lo bloqueaba... Cualquier sitio que la imaginación pudiera pensar seguramente estaba allí representado. En la parte baja del local se encontraba un sótano. Allí el espacio era más para sexo duro. Una ambientación en una parte más gótica y en otra tipo mazmorras. El local tenía piscina, jacuzzi y saunas para todos los gustos. Nunca pensé que un club de ese tipo fuera tan grande. Aunque la mayoría íbamos vestidos, muchos aprovechaban los cómodos sofás que había repartidos para ir calentando motores.

Nos acercamos a uno de los ventanales y allí vi a la pareja de amigos de James, Samuel y Julia. Con ellos había otra pareja más joven que parecía encantada de satisfacer indistintamente sus deseos y estuve un buen rato mirando lo bien que se lo pasaban. Una de las veces, al mirar Julia hacia arriba, debió de verme y sonrió. Llamó a la chica y le indicó lo que quería al oído. Julia estaba sentada en un amplio sofá vestida con un liguero, tacones y una cinta al cuello, de donde pendían dos cadenas que finalizaban en dos pezoneras que, mínimamente, tapaban esa parte de su anatomía.

La chica se le acercó. Ella abrió las piernas mientras que con una fusta que tenía en la mano le indicaba que se arrodillara y le chupara el coño. La chica comenzó a hacerlo. Samuel se acercó y ella, con una gran sonrisa, dejó la fusta y acercó la polla del hombre a su boca. Empezó a chuparla como si fuera un helado, pero no apartaba la vista de nosotros. Nos estaba dedicando su placer para que también fuera el nuestro. Un escalofrío agradable recorrió mi espalda. Llegó hasta mi clítoris, que empezó a latir y ponerse húmedo, como mi vagina. James debió de notar mi excitación solo por el cambio que hice en mi respiración, pero no dijo nada. Se colocó detrás, cubriéndome con su cuerpo, preservando un poco nuestra intimidad y empezó a besarme el cuello. Una de sus manos accedió por la parte de atrás del escote a mi pecho. Tenía el pezón duro. La otra mano subió muy despacio una de las cremalleras de la falda. Comenzó a recorrer mi muslo hacia la ingle; pronto descubrió que de ropa interior llevaba la mínima expresión. Sus dedos accedieron con facilidad a mi sexo húmedo y caliente, donde empezó a moverlos con habilidad a un ritmo suave, al mismo ritmo que mis caderas. Su cuerpo se pegó a mi espalda, no había ninguna duda de que estaba también excitado. Le agarré las caderas y empecé a frotarme sin dejar de mirar a Julia. Ella se había puesto cómoda en el sofá. Su marido se la estaba follando mientras ella le comía el coño a la chica que los acompañaba. La pareja de la chica también la penetró. Su gemido lo percibí como si fuera mío, los cuatro estaban interactuando y me sentía allí con ellos.

James sacó despacio sus manos de debajo de mi ropa para darme la vuelta. Levantó mi cara.

—¿Quieres aquí y ahora? —me preguntó después de besarme con ansia, apretando su cuerpo contra el mío, agarrando mi culo.

—No. Esta primera vez prefiero un lugar más íntimo —le contesté, separándome un poco para mirarlo.

—Eso puedo solucionarlo. —Me agarró por la cintura y, tras subir unas escaleras, llegamos a una puerta. La abrió con la tarjeta que llevaba y, cuando entramos, vi que era una especie de despacho con una mesa, sillón, sofá y una gran pared de cristal al fondo.

Entré en la habitación hasta el centro y la observé de un vistazo. Tenía un olor agradable que no me esperaba. Me acerqué a la pared de cristal oscura. James debió de tocar algo, porque el cristal se volvió traslúcido. Podía ver lo que ocurría un poco más abajo. Allí estaban Samuel, Julia y sus acompañantes donde los habíamos dejado.

—Creo que te ha gustado interactuar con ellos. Se puede hacer de una forma más privada. Ahora tu puedes verlos, pero ellos a nosotros no, aunque puedo cambiar el tono del cristal para que lo hagan si así lo deseas —me dijo, situándose detrás mientras observaba lo que ocurría fuera.

Sus manos empezaron a acariciar mis brazos, luego siguió por mi cuello y los hombros. Le gustaba mordirme con delicadeza la unión entre el cuello y mi hombro mientras acariciaba otra parte de mi piel que estuviera a su alcance. Tocara donde tocara, sus dedos causaban el mismo efecto de excitación y deseo.

Cogió mis manos y las apoyó en el cristal. Me las sujetó sobre su superficie al colocarlas sobre mi cabeza y su suave voz me excitó más.

—Es el momento de cachearte en profundidad —me dijo mientras sus manos bajaron muy despacio a lo largo de mis brazos hasta quedarse sobre mis pechos—. ¿Quieres en privado? ¿o en público para Samuel y Julia? —me susurró al oído.

—¿Solo nos verán ellos? —pregunté.

—Solo ellos y hasta dónde tú quieras. Puedo poner el cristal opaco cuando no desees que nos vean.

Asentí.

—Quiero que me lo digas. Quiero oírte como lo dices —volví a oír la voz de James.

—Deseo que nos vean Samuel y Julia —le dije.

No noté un cambio aparente en el cristal, pero debieron ser las luces, porque unos segundos después vi como captaba de nuevo la atención de Julia. Me sonrió abiertamente mientras la chica le hacía una profunda y lenta felación a su marido y ella aprovechaba para animarla con una paleta de madera, azotándola en el culo.

A partir de ese momento, no había nadie más que nosotros cuatro: Julia, Samuel, James y yo separados por un cristal con una gran intimidad. Ni si quiera me preocupaba quiénes eran la otra pareja. No existían.

James desabrochó el enganche del cuello del vestido y, al aflojar las cremalleras, este cayó al suelo; lo recogió para dejarlo en una silla.

Sus manos empezaron a recorrer mis piernas con lentitud, obligándome a mantenerlas abiertas. Empezó bajando desde la cintura para luego subir por la parte de dentro de mis piernas, lentamente llegó a la altura de mi sexo. Capté la sorpresa al percatarse del tipo de ropa interior que llevaba: unas bragas mínimas pero con aberturas muy oportunas para poder tener sexo sin necesidad de quitarlas. Había estado jugando con sus dedos, pero no se había dado cuenta hasta ese momento.

Pegó su cuerpo al mío y volví a notar su erección. Sus manos seguían la exploración, lentamente, hasta alcanzar de nuevo mis pechos desnudos. Sus dedos pellizcaron con insistencia mis pezones. Grité por la sorpresa, pero me pegué más a su cuerpo. Me excitaban sus dedos, sentir su ropa en mi piel desnuda, ver a Julia y Samuel que nos miraban de vez en cuando; todos mis sentidos estaban a flor de piel.

Sus dedos eran hábiles como su boca. Sabía qué hacer y decir para llevarme un paso más allá cada vez que estábamos juntos. Me dejaba asomarme al borde del acantilado, pero siempre me sentía segura.

Me dio la vuelta para que lo mirara y aprovechó para besarme con pasión. Era como si fuera el oxígeno que le daba vida. Noté un ligero punto de desesperación. Sus labios siguieron por mi cuerpo, haciendo que mi mente se centrara en lo que más deseaba, que formara un todo conmigo.

Le quité la chaqueta y comencé a desabrocharle la camisa, pero no me dejó seguir más adelante.

—Ven. Todavía queda algo para jugar. —Me separó un poco del cristal.

Acercó a la ventana el ancho y cómodo sillón de cuero que había en la habitación. Me cogió de la mano. Me sentó en sus rodillas mirando al cristal.

—Mira a Julia y Samuel lo bien que se lo pasan y cómo te ofrecen su placer. Disfruta con ellos, déjate llevar, abre tus piernas y muéstrales también tu placer —dijo mientras sus labios abrasaban mi piel.

Julia y Samuel jugueteaban animándome. Comencé a masturbarme para ellos, para mí, para James. Nunca había hecho nada parecido. Eran dos extraños para mí, pero no me importaba en absoluto. Tenía el control de la situación.

Notaba palpar el sexo de James bajo mi cuerpo. Solo quería estimular mis sentidos para que llegara al orgasmo. Una oleada de placer me subió por todo el cuerpo. Mi espalda se arqueó y comencé a jadear. Quise cerrar las piernas, pero James no me dejó.

—No las cierres. Sigue así, muestra todo tu placer. Descubre como el deseo llega hasta cada rincón de tu cuerpo —me dijo, abrazándome. Mi cuerpo se agitaba mientras el orgasmo me atravesaba cada poro.

—¿Quieres seguir jugando aquí? —me preguntó al finalizar y tras girar mi cuerpo para ponerme de lado y mirarme a la cara.

Negué con la cabeza. Todavía mi pulso estaba agitado. En cuanto me calmé, miré a James y le sonreí, besándole y mordisqueando sus labios muy despacio.

—Si no quieres que continuemos aquí, no sigas por ese camino, ya me va a costar mucho trabajo controlarme. Quiero que te relajes, porque imagino que habrá sido una experiencia agradable, pero intensa —me dijo al separar su boca de la mía.

Sonreí de nuevo, pero no dije nada. Era cierto que necesitaba su cuerpo unido al mío. No me había quedado totalmente satisfecha. Me levanté para vestirme. Cuando estuve lista, le tendí mi mano arrimándome. Noté que se mantenía muy caliente, más de lo habitual.

Salimos del local y recogimos el coche para dirigirnos a casa. Me había quitado los zapatos, mientras estuviera en el coche no los necesitaba. James estaba centrado en la conducción, controlando su excitación.

Puse mi mano en su pierna. Sus músculos estaban más tensos de lo habitual. Subí mi mano hacia su entrepierna. Cuando le toqué se retorció levemente en el asiento y contuvo un poco la respiración. Paramos en un semáforo y me miró con esa sonrisa pícaro que ya le conocía.

—Sube las cremalleras y la falda, me gustaría verte con más detalle mientras conduzco. — Colocó el espejo retrovisor del interior del coche enfocado hacia mi ropa interior. Echó mi asiento algo más hacia atrás para verme y que estuviera protegida por las lunas tintadas.

Aprovechando una nueva parada se giró para verme bien. Una media sonrisa se dibujó en su cara. Luego se pasó la lengua por los labios. Imagino que pensando en lo que haría si no estuviera sujeto con el cinturón de seguridad y en plena calle.

No tardamos en llegar. Ya parados y dentro del garaje, me miró mientras me quitaba el cinturón de seguridad. Sin decir nada, me acerqué para cambiar de posición hasta colocarme encima de él, mirándole a la cara. Las cremalleras de la falda estaban abiertas, con lo que no me resultó difícil ponerme cómoda sobre él. James tenía una idea bastante clara de cómo deshacerse de parte de mi

ropa. Me desabrochó el enganche que tenía en el cuello, dejando caer hacia adelante la tela, con lo que mis pechos quedaron libres para que los pudiera mordisquear y lamer a su gusto. Teníamos bastante espacio, porque, en cuanto vio mi maniobra, deslizó el asiento hacia atrás para que no me molestara el volante. Con una mano sujetó mi espalda mientras disfrutaba de mis pezones; la otra buscó la humedad de mi sexo, aumentando, si era posible, mi excitación. Lo separé un poco de mi cuerpo. Busqué su polla caliente, no me costó sacarla. Estaba preparada hacía rato para jugar conmigo.

Me incorporé un poco, metiéndomela con gran facilidad en la vagina. Puse mis manos en sus hombros. Me acomodé sobre él. Cuando entró hasta el fondo tensé mi espalda, notándome totalmente llena. James soltó una exclamación de satisfacción. No me moví. Lo miré a la cara y vi cómo me deseaba. Empecé a moverme de arriba hacia abajo, apretando un poco los músculos de mis piernas y contrayendo la vagina a la vez. Él volvió a sujetar mi culo, marcando el ritmo que había comenzado. Sus susurros en mi oído, sus manos cálidas, los gemidos ampliaban mi deseo nuevamente. Todo era como una caja de resonancia. Mi cuerpo lo deseaba desde que salimos del club de nuevo.

—Me gusta cómo reacciona tu cuerpo solo con tocarlo. Lo que más me gusta es como eso me excita. No tienes ni idea del poder que tienes sobre mí ni de la capacidad de quitarme el aliento —me dijo con la voz ronca.

Sabía que no iba a poder aguantar mucho más. Los dos veníamos calientes desde el club. El seguir en el coche me había excitado recordando lo que había visto en el local y lo uno nos llevó a la otro. Aumentó el ritmo al sujetarme de las caderas con fuerza. No me iba a dar tregua. Necesitaba correrse, y yo iba a ir con él. No tardaríamos mucho en hacerlo. En cuanto noté que sus músculos se tensaban me dejé llevar. Me sujeté con fuerza en sus hombros. Traté de controlar los temblores que la excitación y el orgasmo me estaban produciendo.

Cuando acabamos, mi cabeza reposó en su hombro mientras acompañábamos la respiración. Tras unos minutos me separé de él, después recoqué mi ropa y me pasé a mi asiento para salir del coche.

Subimos en el ascensor hasta su apartamento. En el corto trayecto, James se había parado más de una vez para besarme de forma cálida, sin prisa, recreándose en mi boca y yo recreándome en la suya. Cuando entré en su apartamento me volví a quitar los zapatos, dejando el bolso y la chaqueta en el sofá. Me cogió de la mano, en silencio, y nos dirigimos hacia su dormitorio, pero pasamos de largo de la cama y entramos en el baño. Abrió el grifo de la ducha y empezó a desnudarse para después hacerlo conmigo. Entramos en la ducha. Agradecí el agua caliente bajando por mi cuerpo. Cogió un poco de jabón, dejándolo en su mano, y empezó a frotarme todo el cuerpo con suavidad. Pese a que en otro momento podría haber sido un principio muy erótico, me dio la sensación de que lo estaba haciendo como la forma más natural del mundo para que me relajara.

Cuando finalizó hice lo mismo con él. Me gusta quedarme antes de salir unos minutos con los ojos cerrados, dejando que el agua baje por todo mi cuerpo, y ese día lo disfruté más al tener su cuerpo apoyado sobre el mío y sus brazos rodeándome la cintura. Tuve un sentimiento de intimidad casi más grande que el que habíamos tenido un rato antes.

—Ha sido todo muy agradable —le dije mientras salía de la ducha.

—Me alegro. Para mí también. Es una buena hora para irnos a dormir, y mañana será otro día.

James se acercó y me abrazó para besarme. Estaba tan relajada y cansada que casi me dejé llevar a la cama. Me senté envuelta en mi toalla, James abrió su armario y de allí sacó una camiseta y mi ropa interior; había más ropa mía en su apartamento que en el de su hermana.

Mientras me puse la ropa él también se preparó para dormir. En cuanto nos colocamos caímos los dos rendidos, había sido un día muy intenso.

Nos despertamos casi a la vez y estaba claro que el cuerpo nos pedía café.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —me preguntó.

—Necesitaría ir a un gimnasio para desentumecer algunos de los músculos que últimamente no estoy usando —dije con una leve risa.

—Pues mira, eso me da una idea. Podemos ir a mi cuartel. Ponte ropa deportiva, que te voy a enseñar cómo nos las gastamos aquí con los entrenamientos. En cuanto estés lista, baja.

Tras subirnos al todoterreno, salimos de la ciudad y, en poco más de media hora, estábamos en un acuartelamiento militar. James entregó nuestras credenciales para dirigirnos al interior del recinto. Aparcamos cerca de una gran nave, era un gimnasio donde un grupo de miliares estaban realizando sus entrenamientos. Mi amigo me presentó a algunos compañeros, explicando que era una teniente de infantería, agregada a la embajada y que quería conocer los entrenamientos de los cuerpos especiales.

—Aquí enseñamos un tipo de lucha cuerpo a cuerpo que es propia de Israel: el Krav Magá. No es una lucha de competición es un método de defensa para quitarte a tu enemigo de encima como sea, por lo que todo vale, incluido mordiscos, aunque no hace falta dejarse la dentadura —dijo riéndose mientras nos parábamos para ver a un grupo realizando los ejercicios de la disciplina. Llevábamos un buen rato viéndolos cuando se nos acercó uno de los instructores que me fue presentado como Calev.

—¿Se anima a participar, teniente? —me preguntó. Miré a James, que hizo un gesto afirmativo.

Calenté un poco los músculos y me preparé para la paliza que se me venía encima. No era la típica defensa a la que estaba acostumbrada. Después de un par de veces en las que caí con facilidad al suelo, empecé a pensar como un legionario. Me iba a guiar por lo que me había enseñado Manolo. En las siguientes ocasiones, le costó más trabajo al instructor pillarme con las defensas bajas. Y en los dos últimos intentos, le puse en más de un apuro y no le fue tan sencillo derribarme. Tras varios combates, acabamos riéndonos mientras me tendía la mano para levantarme del suelo.

—Bien, bien. No luchas como nosotros, pero tampoco es fácil pillarte. Quien te enseñó sabía lo que hacía —me dijo Calev—. Creo que con unas clases intensivas te ponemos al día en nuestro tipo de lucha. El Mayor puede enseñarte, también está muy cualificado, como cualquier oficial del ejército israelí —terminó de decir para después despedirse de nosotros y seguir su instrucción con los cadetes.

Aprovechamos para probar las distintas máquinas del recinto y poner un poco al día los músculos. Seguro que acabaría con agujetas, pero había valido la pena, no estaba en mala forma. Me iba a venir bien cuando quedara con Ari para la visita a la frontera. Tras pasar la mañana, y acabar con una buena ducha, nos fuimos a comer a la cantina, donde nos sentamos con sus compañeros y hablamos del entrenamiento y de su vida militar.

Mientras volvíamos, recibí un mensaje de Ari; se iba a pasar por la tarde para organizar la fecha de la visita a las zonas fronterizas. Al poco de llegar nosotros, Ari se presentó en el apartamento.

—¿Qué tal el día? —nos preguntó.

—Entretenido. Hemos estado en el gimnasio de la base. Myriam ha conocido nuestra defensa personal. ¿Queréis algo de beber?

—Pues te agradezco si tienes una cerveza. Vengo con la boca seca, hace calor, aunque no debería de hacer tanto en esta época del año —contestó Ari.

—Lo mismo, aunque ¿qué tipo de cervezas tienes?, pero que sea la más rubia posible. No me gusta la cerveza fuerte —le contesté.

James nos acercó las dos bebidas y comenzamos la organización del trabajo.

—He calculado que estaremos unos quince días fuera, porque tengo el siguiente plan. A ver que os parece. Primero, ir a Jerusalén para que conozcas un poco las culturas que hay allí; mezclarnos con la población, ya que, conociendo Jerusalén, se puede entender la situación del país y el conflicto con Palestina. Tengo una sorpresa, también, guardada para la visita, pero me la reservo. Si la cuento, deja de ser sorpresa. Te la contaré a ti para ver qué te parece —dijo Ari, guiñándole un ojo a su amigo.

Estuvimos un buen rato planificando todas las líneas de trabajo y quedamos en tenerlo todo listo para el día siguiente, que Ari me recogería. Iríamos de turistas, pero en algunas zonas intentaríamos pasar desapercibidos como si fuéramos autóctonos, sobre todo cuando visitáramos las zonas palestinas y los campamentos.

—Me da que mis rasgos no son muy creíbles para decir que soy árabe —le dije a Ari.

—La tapadera que te tengo es más o menos la que en realidad usas, con la diferencia de que eres española y cuando te convenga eres musulmana y cuando no, judía. Hablando el árabe y el hebreo no hay ningún problema. A mis amigos no hay que darles muchas explicaciones y al resto ninguna. He pensado que nos alojemos directamente en el kibutz Ramat Rajel; está cerca de Jerusalén y es un lugar turístico y tranquilo. Siendo licenciada en Historia tampoco es raro que vayas de visita por las excavaciones arqueológicas que se llevan desarrollando allí hace tiempo y que puedes tener interés en conocer —dijo mi nuevo compañero de viaje.

—Me parece perfecto el plan. Desde allí estáis próximos a las zonas que queréis visitar —comentó James.

Después de ultimar detalles y quedar para el día siguiente, Ari se despidió de nosotros. Me senté en el sofá con las piernas encogidas y la cerveza entre ellas.

—¿Nerviosa? —me preguntó, sentándose en un sillón frente a mí.

—Sí, para que te lo voy a negar, estoy nerviosa por todo: por la responsabilidad del trabajo, que voy en plan turista pero no lo soy, por la zona que voy a visitar y no sé, por no saber si desempeñaré bien el papel. —Y ahí guardé silencio.

—Por ir con Ari —me dijo con una media sonrisa, pero cambiando de tema—. El kibutz donde vais a alojarnos es en el que vive y trabaja Laila. Te va a resultar muy agradable. Tiene unas vistas estupendas y está bien comunicado con todas las zonas que queréis visitar de Jerusalén este y oeste. El asentamiento está en el sur de la ciudad; estáis a una hora desde aquí. Hay un espacio que es para los residentes e invitados y otro que es hotelero. La mayoría de los kibutz se han reciclado de autosuficientes a turísticos.

Supuse que iríamos a conocer a Laila. Agradecí que me avisara y no me encontrara con ella de sopetón, aunque imaginaba que antes de llegar allí Ari me avisaría.

—Como en España, que tenemos casas de turismo rural. Casas antiguas, a las que les dan ese ambiente rústico y se alquilan para sacan partido de ellas —le conté.

—Seguro que te va a gustar. No te cuento detalles porque esos se los dejo a Ari, ahora le toca a él hacer de guía turístico. Venga, que te oriento un poco de lo que tienes que llevar para estos días, así se te pasan los nervios —dijo James, levantándose. Pero antes de bajar a mi apartamento, se acercó a una estantería y recogió algo que me entregó.

—Llévala contigo y ábrela cuando me eches de menos. —Me dio una cajita. La cogí sorprendida. Algo sonaba dentro, pero no podía imaginarme lo que podía ser. Cuando volví a mi apartamento, la guardé en el bolso que iba a llevarme.

A la mañana siguiente, Ari vino a recogerme sobre las once. La idea era llegar al kibutz al mediodía. Estábamos esperando en la puerta cuando llegó; colocamos las cosas en el coche. Me encontraba un poco violenta con su presencia, pero James actuó con total naturalidad, agarrándome por la cintura para plantarme un cálido beso que, desde luego, no dejaba duda de su intención. Antes de separarnos me susurró al oído disfruta, que siempre estaré aquí. Cuando le miré a los ojos, noté mucha calma, aunque en su rostro había seriedad. Me monté en el coche y partimos en dirección a Jerusalén.

Durante el camino dejé que Ari me contara detalles y, de vez en cuando, le iba preguntado dudas que tenía sobre dónde íbamos a ir o lo que íbamos a hacer. Pero mi cabeza estaba en otro sitio. Pensaba en el embolado en que me iba a meter, como dirían en mi tierra. Pero a la vez estaba deseosa de saber hasta dónde podía llegar, demostrando que estaba capacitada para mi trabajo.

Me había sorprendido el beso de mi amigo, que dejara tan clara sus intenciones. No voy a decir que fue una declaración de guerra, pero desde luego lo entendí como un marcaje de territorio. Ahora, la pelota estaba en mi tejado, para variar. El tema no salió a colación, pero dudo que Ari no hubiera captado el mensaje.

Durante el viaje, mi nuevo guía me resumió un poco la historia del kibutz donde nos alojaríamos. Se dividía en dos partes: una totalmente turística y la otra que era de los residentes. Ambas zonas estaban totalmente separadas una de la otra, pero con la posibilidad de utilizar las áreas comunes. Por lo que me contaba, era un sitio con mucha demanda por su proximidad a la capital.

Cuando llegamos pasamos de largo la entrada principal y entramos por la zona de residentes. Conocía teóricamente el funcionamiento de los kibutz, pero siempre había tenido ganas de conocer uno personalmente. Aunque el de Eim Geli me pareció un sitio maravilloso, no llegué a conocer cómo era su verdadera organización y solo conocí su faceta turística.

Nos adentramos en el kibutz para aparcar delante de un pareado de edificaciones. En el centro había una rotonda con un gran olivo, alrededor había varios bungalós para visitantes y las zonas comunes un poco más alejadas. Me indicó uno de los unifamiliares después de sacar las maletas del coche. Lo seguí con mi maleta. Estaba claro que solía venir mucho, porque el bungaló no era una habitación de un hotel, era un pequeño apartamento personalizado, con dos dormitorios y dos baños, por lo que me comentó, un salón con cocina americana y un porche, que daba a un jardín interior. Al fondo se veía Jerusalén.

Cuando entré, no me fijé en nada de lo que había dicho. Avancé hacia el ventanal del salón, que se veía nada más entrar. Era de día y la cúpula de la Mezquita de la Roca brillaba en el horizonte por el reflejo del sol. Algo se me encogió en el corazón y me apretó el estómago. Debí de estar así varios minutos, pero no me dijo nada. Cuando volví a la realidad, él estaba apoyado en la barra de la cocina sonriendo.

—Sabía que tendrías un síndrome de Jerusalén con estas vistas —dijo, soltando una carcajada.

—La verdad es que tienes razón. Es para tenerlo. —Le sonreí mientras volví la mirada al horizonte.

—Pues, si te parece, dejamos aquí todo. Hay dos habitaciones, cada una con su baño, te dejo la que suelen utilizar mi familia o amigos. Creo que ahí estarás cómoda —me dijo, mostrándomela.

El bungaló era como un contenedor de barco. Entrabas directamente a un salón diáfano con cocina americana en la que destacaba un ventanal con magníficas vistas. A la derecha se encontraba uno de los dormitorios con baño y a la izquierda el otro dormitorio. Había una galería y en la parte trasera un porche, que permitía disfrutar de las vistas sentados en lo que parecían



unas cómodas sillas junto a una mesa; un sitio perfecto para pasar largas veladas.

—Espera. Me voy a poner una ropa más adecuada —dije, entrando con mi maleta en la habitación. Saqué un pantalón largo de lino fresquito, mi caftán hasta debajo de la rodilla y un pañuelo al cuello, junto con una mochila donde llevaba mi documentación. Sabía que en algunos sitios donde íbamos a entrar llevar esa ropa me iba a facilitar mucho las cosas, sobre todo si no quería parecer turista. Cuando salí, vi la cara de satisfacción de Ari. Había entendido que no iba a tener que dar muchas explicaciones sobre quién era.

—¿Por dónde quieres empezar? —me preguntó mientras me sujetaba una mano y me hacía girar sobre mí misma, observando los detalles de mi atuendo.

—No quiero empezar por el Jerusalén cristiano. Quiero visitar el Jerusalén que le enseñarías a cualquier amigo o amiga que viniera de otro país y no conociera la ciudad. Eso sí, me gustaría empezar, si es posible, por el Muro de las Lamentaciones.

—Sin problema. Iremos primero al Kotel. Desde allí daremos una vuelta sin rumbo fijo por el barrio viejo de Jerusalén e improvisaremos; es la ventaja de no necesitar guía. Comeremos en Jerusalén y, a la tarde, cuando volvamos, Laila nos ha invitado a cenar para que conozcamos a su familia y a algunos miembros del kibutz —dijo, sonriendo.

Volvimos a coger el coche que dejamos relativamente cerca de la puerta de Jaffa. Es una de las entradas directas al casco viejo a través del mercado y a la explanada de las Mezquitas. Estábamos justo al lado del acceso al Muro de las Lamentaciones.

—Te voy a llevar primero a la zona que normalmente todo el mundo conoce, donde se ve el trozo del lienzo del muro. Allí nos tendremos que separar, porque hay una zona para hombres y otra para mujeres, supongo que sabes lo que tienes que hacer. Luego te llevaré a la zona mixta, donde está el espacio más cercano a lo que sería el recinto del antiguo Templo. Hay unos túneles que van por debajo de los edificios de la plaza y que nos permiten ver partes ocultas del Muro. — Me iba contando según nos acercábamos al control de seguridad, tras pasar por la puerta de la muralla.

Enseñó su credencial y habló con los militares que estaban en el control. Estos asintieron con la cabeza y le pasaron otra credencial para mí. De forma mecánica me la colgué al cuello. Desde que entramos en la gran explanada, con el muro al fondo, me sentí con una paz y tranquilidad difícil de explicar. Sí era verdad lo que me habían dicho: es un punto de unión de creencias que genera una fuerza que no es sencillo de entender.

Aunque ya lo había sentido las veces que había ido a otros lugares santos como Lourdes o Fátima. Siempre he sido un poco reacia a ese tipo de creencias, pero sí es cierto que la sensación era común. El tiempo pareció detenerse. Sabía lo que tenía que hacer, pero me tomé mi tiempo. Aprovechando un espacio libre me acerqué al muro y puse la palma de la mano sobre él, apoyando mi frente, y dejé que mi pensamiento se fundiera con el frío de la piedra. Tras un tiempo, me repuse y, cogiendo el trozo de papel que tenía escrito desde el momento que me confirmó que iríamos al Kotel, lo introduje en una de las grietas del muro. Puse una vez más la frente en la pared y, tras separarme de ella, busqué a mi amigo.

Juntos nos dirigimos a los túneles que permiten la visita en una zona más amplia del muro. Desde uno de ellos, me comentó que era la zona más cercana en la que nos podíamos poner de donde en su día estuvo construido el Templo; a menos de 90 metros ahora estaba situada la Mezquita de la Roca. Cerrando los ojos y dejándome llevar por las imágenes que conocía, me pude hacer a la idea de cómo debía haber sido.

Después de realizar todo el recorrido, caminamos sin rumbo fijo por las calles del barrio viejo. El ambiente era extraño: turistas de todas las nacionalidades posibles, residentes, hábitos

de todos los colores; la mezcla de sonidos, lenguas y olores era tan abrumadora que llegó un momento que me empecé a agobiar. Demasiada gente en tan poco espacio, muchas tiendas y olores, todo muy abigarrado. Ari debió de notarlo y decidió detenerse en una tiendecilla a comprar unas bebidas y algo para comer. Me agarró de la cintura y me guió hacia el exterior de la muralla del barrio viejo, donde nos sentamos en el césped del primer jardín que encontramos. Era muy normal ver a la gente que se sienta con tranquilidad a comer en los parques, y no solo turistas, también residentes. Después de acallar un poco el estómago, me tumbé en el césped usando la mochila como almohada, cerrando los ojos. Tras unos minutos de total relax, noté como sus dedos apartaban un mechón de pelo de mi frente y abrí los ojos.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Un poco aturdida. Son demasiadas emociones en poco tiempo y mucha historia en un espacio tan limitado. —Sonreí, aunque a la vez respiré profundamente, tanto por lo que había disfrutado en Jerusalén como por tener sus ojos tan cerca. Unos ojos en los que quería perderme. Daba la sensación de ser muy vital, resolutivo, menos serio que James, más informal; me sentí atraída por un hombre así.

—Si te parece, damos una vuelta. Hay un tranvía que recorre los lugares más destacados de la ciudad, podemos utilizarlo y así nos bajamos en aquellos sitios que te llamen la atención. Vamos a pasar por un puente que simboliza el arpa del rey David y que fue diseñado por Calatrava. Cuando nos cansemos de la visita nos volvemos al kibutz —dijo, levantándose y tendiéndome la mano para que lo acompañara. Me resultaba agradable su contacto y su trato.

Durante el camino me contó anécdotas sobre la historia de la ciudad. También ahí era como su amigo, un ameno guía turístico.

Llegamos al kibutz. Tras cambiarme de ropa me senté un rato en el porche viendo la caída de la tarde. Él llegó poco después, ofreciéndome una cerveza para después apoyarse en la barandilla.

—¿Cuál es el plan de esta noche? —le pregunté con un poco de aprensión. Conocer a Laila era tener delante de mí el pasado de los dos amigos, y una cosa era conocer ese pasado y otra tenerlo frente por frente cenando con él.

—Al ser un kibutz hacemos mucha vida comunal. Iremos al comedor, donde nos encontraremos todos. En la actualidad no es como antiguamente, es algo voluntario. Siguiendo las costumbres de los fundadores del kibutz, el trabajo sigue siendo comunal. Nos relacionamos y conocemos todos; pero, por suerte, cuando vengo aquí a descansar de mi trabajo, no tengo obligación de tener que tratar con los otros miembros de la comunidad —me contó.

—Entonces, ¿cuál es tu aporte a la comunidad? —le pregunté.

—Vaya, veo que tienes conocimiento de cómo funciona un kibutz. En mi caso, la responsabilidad que tengo es la seguridad. Estamos muy cerca de la zona de influencia musulmana y, aunque no es como en los orígenes, cuando el kibutz fue atacado varias veces, nunca hay que bajar la guardia —me contestó, dando un trago a su cerveza.

—Ponme un poco al día de lo que me voy a encontrar y quién soy yo para ellos —le comenté.

—Hazte a la idea de una reunión de amigos. Estarán Laila y su marido, Zac, y, con ellos, otros miembros de la comunidad. Eres una amiga de Ana que viene de España, licenciada en Historia, interesada en nuestra cultura y, a partir de ahí, no creo que te pregunten más. Si acaso Laila, pero ella es de confianza, casi podríamos decir que de la familia, además, mi hermana se lleva muy bien con ella. Si quieres saber algo, te lo va a preguntar directamente, ya tú le cuentas lo que consideres oportuno —me contestó sin dar más detalles.

Llegada la hora de la cena, nos acercamos al edificio donde estaba el comedor comunal. Según me comentó Ari, era utilizado por los que de forma permanente residían allí; casi cuatrocientas

personas entre niños, militares y civiles. Por eso cenaban por turnos.

Cuando entramos desde una mesa le hicieron un gesto a mi acompañante y nos dirigimos hacia allí. En la mesa estaban sentadas dos parejas. Ari me presentó a Laila y a su marido, Zac, y a Denisse y Mark. Mantuvimos una amena charla, aunque, terminada la cena, Denisse y Mark se disculparon y nos quedamos los cuatro. Entonces Ari propuso que nos fuéramos a tomar una copa a su casa. Allí nos sentamos en el porche y estuvimos un buen rato. En un momento dado, me separé del grupo para buscar una mejor vista desde donde ver el Jerusalén iluminado y en la que destacaba la explanada de las Mezquitas por su iluminación. Sin darme cuenta, Laila se había puesto a mi lado.

—Parece que le has caído muy bien a James y a Ari —me dijo sin anestesia.

—Sí. James y yo nos conocimos en unas circunstancias muy peculiares. Y a Ari me lo presentó James. Debido a los motivos que me han traído a Israel, James pensó que su amigo me podría ayudar en mi trabajo —le contesté sin darle muchos más detalles, no sabía qué terreno pisaba. No quería parecer desagradable o cortante, pero no dejaba de estar trabajando para la embajada en una misión oficial.

—Para que James haga algo así, las circunstancias han debido de ser peculiares. Suele ser bastante discreto con su vida y sus amistades últimamente, y me ha extrañado como en tan poco tiempo habéis conectado —contestó brevemente y percibí un ligero tono a la defensiva.

Se notaba que era una situación de tira y afloja en la que las dos estábamos tratando de saber qué información tenía una de la otra. En ese momento pensé que sería bueno tener una amiga.

—No quiero que me interpretes mal. No lo digo en sentido negativo, es más, me alegro por ellos. De lo que no estoy tan segura es si sabes dónde te metes —fue directamente al grano.

—¿Qué quieres saber? —le dije sin dar más rodeos, pensé que era bueno cambiar de táctica y dar el primer paso.

—Lo que me quieras contar, o puedas. Pero conozco bien a James y sé que le has impresionado y, creo, que a Ari igual. Parece que se está repitiendo una historia de hace años —dijo Laila en un tono agradable pero cauto.

—Conozco la historia. James me la contó y no era mi idea repetir nada, pero parece que a veces hay tendencia a volver sobre lo mismo —le contesté, aunque tenía una idea bastante clara de lo que no quería repetir de esa historia.

—Me sorprende mucho que el James de los últimos tiempos haya sido tan abierto contando su pasado. —No noté doble intención en su comentario, sino verdadera sorpresa.

—No era mi idea ir contando a todo el mundo la circunstancia en la que nos conocimos; pero, visto lo visto, parece que voy a tener que vender entradas —contesté con un gesto de rendición y dándole un ligero toque de humor.

Sin más preámbulos, le conté a Laila mi encuentro con James, cómo fue mi llegada al país y por qué estaba allí. Sabía que podía estar equivocada, pero al fin y al cabo mi visita era oficial, por lo que no tendría que tener problema. Mi sensación de estar jugándomela era más pensando en James y en Ari. Cuando terminé de contarle, di un trago a mi gin-tonic y me quedé en silencio, mirando Jerusalén a la espera de su reacción. Más sincera no podría haber sido.

—Entiendo muchas cosas. Nuestro amigo me dio alguna pincelada, ya que imaginaba que Ari te traería aquí de visita. En cuanto supo que su plan era que conocieras Jerusalén, la visita era obligada. Aquí los dos tienen casa. Son miembros del kibutz y es un lugar privilegiado y estratégico. Supongo que conociendo mi curiosidad innata, prefirió ponerme sobre aviso. Pero no acababa de encajar ese interés por su parte pues, desde hace unos años, de su vida privada me cuenta poco y le quita importancia a su trabajo. Llegué a creer que se estaba haciendo monje, me

había extrañado todo un poco —dijo ella con una expresión más relajada en su rostro.

—Pues ya sabes la historia: estoy entre James y Ari, sin comerlo ni beberlo, pero voy a dejar que todo siga su curso. —Esperé su reacción.

—Pues hazlo, no pienses en nada más —me contestó—. Si conoces bien la historia, y creo que no se guardó nada, ellos van a buscarte, pero serás tú la que tengas que tomar la decisión. Ellos nunca van a dejar de ser amigos ni se van a ofender ni les vas a hacer daño. Solo te pido que no les mientas nunca y que tampoco te engañes a ti misma. Creo que tienes las ideas claras y sabrás escoger lo mejor. Ya hablaremos. —Terminó alzando el vaso y sonriendo abiertamente, parecía satisfecha con lo que había oído.

—Que así sea —le contesté sonriendo y brindando con ella. Justo en ese momento Zac y Ari salieron al porche.

—Me alegro de que estéis disfrutando de la velada —dijo Ari.

—Sí. Myriam es muy agradable. Hemos intercambiado buena información. —Le guiñó el ojo al amigo y yo me encogí de hombros a la vez que esbozaba una sonrisa.

Cuando se fue la pareja de amigos, me quedé pensativa en el porche, apoyada en la barandilla, mirando a la ciudad totalmente iluminada. Ari se acercó poniéndose a mi lado.

—¿Preocupada por algo? —rompió el silencio.

—Demasiadas novedades en poco tiempo, muchas personas nuevas que empiezo a apreciar, un trabajo pendiente en un terreno que desconozco, un pasado que llama a mi puerta... lo último ha sonado a título de película. —Terminé con una carcajada para quitarle importancia a la conversación. No quería más preguntas esa noche y prefería guardarme los pensamientos para mí misma.

Se dio la vuelta para sujetarme la barbilla y mirarme a los ojos. Algo debió de ver en ellos porque no dudó y, con mucha suavidad, me besó. No me cogió por sorpresa, la verdad es que lo estaba deseando, pero fue algo totalmente distinto a lo que me había pasado con su amigo. Me acojoné sabiendo cómo podría acabar la historia. Volvió a separarse para mirarme y sonrió. Esta vez su beso fue menos suave. Sus brazos me rodearon. Le respondí con la misma pasión. En mi interior empezó a removerse un deseo que otras veces había obviado cuando habíamos estado cerca. Quise controlar mis ganas de lanzarme a su boca. James y Ari eran dos hombres distintos o, por lo menos, eso quería creer en mi fuero interno. No deseaba pasar de uno a otro como si se tratara del Juego de la Oca, no quería terminar en el pozo ni volver atrás.

—Me gustaste desde el primer día que te vi —me susurró al oído sin dejar de abrazarme.

—James me dijo que le había caído muy bien a tu familia —le comenté, separándome un poco para poner mis manos en su pecho, pero no me apetecía que dejara de abrazarme, quería mirarle a la cara. Irradiaba un aura que me hacía sentir muy segura. Sus ojos verdes expresaban total sinceridad; eran como un libro abierto—. Sé que le preguntaste también por mí y mis intereses hacia él. —No sabía cómo decirle que, a fin de cuentas, Ari había preguntado a James si había algún compromiso entre nosotros. Quedó claro con lo que le dijo su amigo, que tenía campo abierto y que todo dependía de mí, aunque aquel beso de despedida en la puerta de los apartamentos me lo había tomado como un aviso a navegantes y ya no tenía tan claro lo que pensaba James.

Sonrió y volvió a besarme. Su lengua buscó la mía. Traté de controlar mi deseo porque lo hacía con mucha delicadeza. Sus manos estaban en mi cintura y empezó a buscar mi piel por debajo de la camiseta. Su suavidad aumentaba los latidos de mis entrañas, pidiendo más. Me separé en el momento que dejó de besarme y, con la excusa de beber un trago, cambié de posición. Captó mis dudas y sus manos se apartaron de mi cuerpo lentamente.

Me acerqué a una silla y me senté. Me temblaban las piernas y pensé que no sería capaz de mantenerme en pie.

—Mañana visitaremos todo el kibutz. Creo que te va a encantar. —Se había sentado a mi lado y me hablaba con voz serena—. Iremos a la zona de la excavación, a los huertos y te contaré un poco de la historia. Y pasado mañana haremos la primera visita a la frontera y a los asentamientos.

Agradecía este cambio de actitud. Me habría acostado con él sin pesar si hubiera insistido. Durante los siguientes días, debía de tener todos mis sentidos alerta. No era una excursión. Seguimos un rato conversando y, cuando acabamos las copas, nos despedimos. Estaba a punto de dormirme cuando recibí un mensaje de James.

—¿Qué tal tu primer día?

—Había demasiada gente en Jerusalén. Por la tarde ya nos quedamos en el kibutz, cenamos con gente que tú conoces y hemos estado de conversación con Laila.

—¿Qué te ha parecido?, ¿te ha sometido al tercer grado?

—Pues sí, no ha podido sustraerse, le causaba demasiada curiosidad una persona que iba con tantas referencias de amigos suyos. Tampoco tengo nada que ocultar o de qué avergonzarme.

—Pues no, para nada. ¿Ya habéis organizado el plan de visita a los asentamientos?

—Sí, dentro de dos días, mañana estaré de visita en el kibutz.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me sentí como una niña incapaz de decidir qué chico elegiría para el baile de graduación.

## Capítulo noveno

### Compromiso

Al día siguiente la visita por el kibutz fue completa. No pensaba que las instalaciones fueran tan grandes ni todo lo que gestionaban. Lo más moderno era el complejo hotelero, el geriátrico para personas mayores, el centro médico y todo lo relacionado con la arqueología de la zona. También tenían cultivos ecológicos. Realmente era una pequeña gran ciudad.

Decidimos cenar solos. Cuando terminamos, nos dirigimos al bungaló, donde me explicó el plan para el día siguiente. Visitaríamos distintos asentamientos en el Jerusalén oriental y algunos próximos a la Franja de Gaza. En un primer momento, iríamos en un vehículo blindado de vigilancia de la frontera para luego cambiarlo por otro más ligero que pasara desapercibido. Esa noche nos fuimos a descansar pronto, nos iríamos a primera hora de la mañana.

Tras levantarnos nos dirigimos a uno de los puestos militares donde ya nos estaban esperando. La mañana fue tranquila. Visitamos varios asentamientos donde escuchamos la realidad del día a día, que fui anotando para tener una idea que desarrollar en el informe que le pasaría a mis superiores. Esa noche dormimos en uno de los asentamientos próximo a la frontera con Gaza. Al día siguiente, pasaríamos el puesto fronterizo a pie para visitar a un amigo druso que nos acogería; así conoceríamos también la realidad desde el otro lado de la frontera. Ari se limitaba a contarme lo que veíamos sin opinar, dejando que hiciera preguntas y sacara mis propias conclusiones.

—¿Qué documentación tengo que llevar para entrar hoy en Gaza? —le pregunté.

—La de observadora analista española. Es la más segura y la más creíble. De todos modos, nos vamos a mover con mi amigo Faruk. Nos alojaremos en su casa y visitaremos el pueblo, mezclándonos con la gente para pasar desapercibidos, aunque no van a tardar mucho en enterarse de que estamos allí. Por suerte para ti, España es un país de simpatizantes de la causa palestina — me contestó.

Con la información que tenía, me preparé para la visita. Pasamos la frontera sin problemas, había mucha gente que la atravesaba a diario, sobre todo cisjordanos que trabajaban en el territorio israelí. Al otro lado, nos esperaba el amigo de Ari, que tras las presentaciones nos guio por el pueblo. Pude hablar con los profesores del centro escolar y con los profesionales del centro de salud, conociendo de primera mano sus dificultades. Tras pasar todo el día en la visita, por la tarde fuimos alojados por la familia de Faruk, que organizó una gran cena a la que invitaron a varios amigos. Ellos nos contaron todas sus dificultades y problemas que sufrían. Tras la partida de los invitados, Faruk nos indicó dónde dormiríamos esa noche. Se disculpó porque tuviéramos que compartir habitación, pero, por seguridad, era lo mejor.

Al día siguiente nos dirigimos a otro de los pueblos que íbamos a visitar. La situación fue bastante más tensa y tuvimos que estar bajo vigilancia de militares palestinos. Nos registraron todo el material que llevábamos y temimos que nuestra tapadera con el druso hubiera fallado. No nos dejaron hablar a solas con los heridos de uno de los hospitales y siempre estuvimos acompañados de hombres armados que se podían identificar como pertenecientes a una facción armada del gobierno palestino. No eran militares de un ejército regular porque eran incluso más peligrosos si se ponían nerviosos.

—Por favor, dejen que los observadores puedan realizar su trabajo —dijo una de las veces el

chofer que nos había asignado Faruk.

La situación se hacía cada vez más compleja. Al caer la noche optamos por volver a casa de Faruk. Ari decidió conducir y dejamos al chofer en su pueblo, pero la cosa se complicó a mitad de camino. De la nada salieron varios hombres armados y nos dieron el alto. No se identificaron.

—¡Alto!, ¡bajad del coche! —nos gritaron mientras apuntaban con las armas parados en mitad del camino.

Descendimos del todoterreno con las manos en alto mientras nos encañonaban con sus armas. Sabía que íbamos a tener problemas. Aquel no era un control normal de carretera, tenían toda la pinta de que habían sido enviados a por nosotros.

—Mira lo que tenemos aquí, una mujer hermosa y que se va a venir con nosotros —dijo uno de los hombres, acercándose mientras me encañonaba con el arma.

Lancé una mirada rápida a Ari. No sabía si me entendería, pero contaba con su buena preparación militar. Eran tres contra dos, tampoco era muy desigualado el enfrentamiento. El que parecía el jefe se aproximó. Me mantuve con los brazos en alto, relajada pero expectante. Hizo el amago de tocar mi cara y, desafortunadamente para él, bajó el fusil con el que me encañonaba, dándome la posibilidad de que fuera lo último que viera; un buen toque con la palma de la mano abierta en el puente de la nariz y, cuando se agachó, patada en la cabeza. Dormiría horas. No le iba a dejar más opciones, era su vida o la mía. Ya me había pasado y no se volvería a repetir la historia. Ari aprovechó también el momento sorpresa y neutralizó a los otros dos militares.

—¿Qué hacemos con el coche? —le pregunté.

—Lo dejaremos aquí para que lo recoja Faruk o el otro chofer. Si lo dejamos en su casa, podemos comprometerlo. Cuanto menos se sepa de lo que ha pasado aquí, mejor para él y su familia. La frontera no está lejos, pero a estas horas está parcialmente cerrada. Nos van a interrogar por aparecer andando por el desierto. Mañana por la mañana, pasaremos tranquilamente andando como cuando entramos. Podemos pasar la noche en alguna de las cuevas más próximas a la frontera. Borraremos nuestro rastro, aunque desaparecerá por si solo en pocas horas —dijo, recogiendo aquellas cosas que nos podían ser útiles para nuestra marcha.

—¿Cómo explicaremos esto? —comenté, mirando a los militares inconscientes.

—Ellos mismos tendrían mucho que explicar por asaltar en el camino a dos observadores de buena voluntad. Y, si se lo queremos complicar más, podemos apelar a un conflicto diplomático. Y, ahora mismo, a ningún mando le interesan más problemas. Demasiado caliente está la zona como para avivarlo con el asalto a una mujer occidental. Disimularán diciendo que se encontraron el jeep en medio del desierto sin gasolina y nosotros alegaremos eso mismo para decir que entramos andando por la frontera. Ya trataremos de averiguar quiénes son en realidad y qué querían —comentó mi amigo mientras iniciábamos la marcha camino de las cuevas.

No faltaba mucho, pero a pie supondría, mínimo, una hora. Ya era el atardecer y no hacía mucho calor, pero el terreno era abrupto. Divisamos la valla fronteriza y, aprovechando unos refugios naturales en la pared de roca, nos dispusimos a pasar la noche. A esas horas bajaba mucho la temperatura, pero habíamos cogido del jeep lo que íbamos a necesitar. Desde donde nos colocamos, podíamos ver las luces del pueblo más próximo al otro lado de la frontera. En pocas horas estaríamos allí a salvo.

No es que me preocupara mucho pasar la noche en una cueva, si no fuera por la circunstancia. Me recordaba lo bien que me había sentido en la subida a Masada; la sensación era la misma, como si todo el mundo que estaba a mis pies fuera mío. Pero no me apetecía tener que dar explicaciones a la embajada.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó Ari.

—Bien, no te preocupes. Suelo actuar en piloto automático gracias al entrenamiento. —Lo cierto es que, cuando me tocó, lo primero que se me pasó por la cabeza fue matarlo, pero preferí controlarme; un muerto genera más problemas y no estábamos en Beirut.

—Al menos, con los kits de supervivencia podemos reponer fuerzas. No es muy romántico, pero las vistas son buenas.

—¿Habrá que hacer guardia?

—Podemos descansar tranquilos, no creo que se hayan enterado de lo que ha pasado. Además, pensarán que hemos atravesado la frontera.

Fueron pocas horas de sueño porque al amanecer emprendimos la bajada. Llegamos justo cuando la frontera fue abierta, si no ocurría nada extraño, entraríamos sin problema. Y así fue, nuestros papeles de entrada estaban en regla, por lo tanto, la salida fue rápida. Estaba claro que los que nos habían detenido la tarde anterior no habían dado el aviso. Cuando estuvimos en la zona israelí, Ari hizo un par de llamadas. Al poco tiempo teníamos a nuestra disposición un nuevo transporte para dirigirnos al kibutz.

—¿Qué piensas? —me preguntó Ari mientras me pasaba los dedos por mi mejilla.

—Estaba calibrando un poco lo que ha ocurrido sin saber muy bien si ha sido casualidad o si iban a por nosotros. —Terminé la frase mirándole.

—Eso será algo que averiguaremos tal vez más adelante, ahora no me preocuparía mucho. He puesto sobre aviso a algunos de nuestros amigos, a uno y otro lado de la frontera. En este momento lo más importante es una buena ducha, un brunch, piscina y relax. Para terminar el día con una buena cena y descansar en una cama en el kibutz. —Sonrió mientras volvió a apoyar su mano en el cambio de marchas.

Asentí, porque el plan me parecía estupendo, estaba deseando llegar al bungalow, después de la ajetreada noche anterior necesitaba al de calma. En cuanto entramos, solté todo en medio del salón. Me dirigí a la cocina y cogí una cerveza de la nevera. La abrí y le di un buen trago. Lo miré por si quería otra, asintió. Tras pasársela me asomé a la terraza sin decir una palabra. Una ligera brisa movía el ambiente, que estaba un poco bochornoso. Estaba apoyada en la valla de la terraza cuando Ari se acercó y me agarró, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, que era cálido. Apoyé la cabeza en su pecho mientras le daba un trago a la cerveza. Todavía estábamos llenos de polvo, pero quería tomarme la cerveza con tranquilidad.

—¿Cenamos aquí o nos acercamos para comer con la gente del kibutz? —me preguntó sin apartarse, con un tono tentador, tan suave que hizo que se me alterara levemente la respiración por la mezcla explosiva del contacto íntimo y su voz.

—La verdad es que estoy cansada y no tengo ganas de hablar con nadie ahora mismo. Tengo que ordenar un poco las ideas y darme un buen baño —le contesté, finalizando mi cerveza.

Me di la vuelta para separarme, pero me agarró de la mano, atrayéndome de nuevo. Mi cuerpo chocó suavemente con el suyo. Me levantó la barbilla con la mano que tenía libre. Sus ojos chispeaban, su boca tenía una media sonrisa. Muy despacio se acercó a mi rostro para besarme con suavidad. Sin prisa. Esperando mi reacción. Me soltó la mano. Sus brazos rodearon mi cuerpo mientras me besaba. Me dejé llevar; era tan agradable la sensación que me dejé llevar con total confianza. Sus labios se separaron de los míos, pero mantuvo su rostro cerca.

—Me gustaría conocerte más a fondo —me dijo sin separarse, en un tono en el que no cabía ninguna duda sobre lo que quería decir.

—Hay algunas cosas de mí que no conoces y lo mismo no te gustan cuando las conozcas. —No pude evitar soltarlo así de sopetón. No quería que pasara nada sin poner todas las cartas sobre la mesa.



—Imagino que lo mismo ocurrirá conmigo, pero me gustan los riesgos —contestó.

Se volvió a inclinar un poco para besarme de nuevo. Esta vez lo hizo con total confianza. Su lengua comenzó a recorrer el interior de mi boca buscando la mía y un escalofrío me recorrió la espalda. Un excitante calor subía por mi interior. Todo mi cuerpo se puso tenso de deseo, pero no quería en ese momento llegar a más, aunque tampoco quería ser brusca separándome de él. Cuando dejó de besarme me acurruqué en su pecho. Agradecí el abrazo, pero necesitaba irme a la ducha y recomponer mi cabeza. Le miré y, sonriendo, me aparté un poco de él.

—Deja que me duche, que creo que tengo arena hasta debajo de las uñas. Necesito que mi piel vuelva a su color. —Dándole un beso rápido, me deshice de su abrazo.

—Venga. Tómame tu tiempo y, cuando haya acabado de quitarme el polvo del desierto —me dijo antes de pasarse la lengua por los labios, saboreando el beso en un gesto que me pareció muy sensual—, prepararé una reconfortante cena.

—La verdad es que te lo agradezco. No tengo ganas de salir a cenar, pero tengo bastante hambre —le conteste, guiñándole un ojo.

No mentía y me tomé mi tiempo, pero más por calmar mi pulso interno que por la necesidad de darme una buena ducha, eso lo podía hacer en cinco minutos. Llegué a pensar que o lograba calmarme o tendría que acabar masturbándome para terminar de relajarme. Todo mi interior estaba húmedo y caliente solo por pensar en él. Pero, también, pensaba en James, aunque quería evitar esos deseos. Y no porque me sintiera culpable, me lo había dejado claro: *carpe diem*. No, no había traición posible. Pero yo necesitaba saber si echaba de menos a James realmente; si sería capaz de tener sexo con Ari como una forma de calmar mis instintos primarios o si, verdaderamente, deseaba a los dos.

Uno me gustaba porque era mi Pígalión. Lo había analizado por activa y por pasiva y sabía que no estaba con él porque me salvara la vida. Pero James se había mantenido distante y había levantado una barrera que no me había dejado traspasar hasta el mismo momento de la despedida; ese en el que había marcado el territorio, algo que no esperaba ni por asomo. Hasta ese momento, quise entender que mi amigo vivía solo el aquí y ahora; ni pasado, ni futuro. Alguna pista de ese pasado había percibido y explicaba su forma de ser. Los dos se parecían, pero Ari era más accesible, lo notaba cercano. No sabía cómo explicarlo, pero notaba que buscaba en mí algo más que James, y eso aumentaba mi curiosidad hacia él.

A la mierda, pensé, empezando a secarme con rapidez. En ese momento recordé que no había mirado dentro de la caja que me dio James antes de despedirnos. Me acerqué al bolso que llevaba ese día y la busqué.

En cuanto la abrí me llevé una sorpresa: era el colgante en forma de libélula que había visto en el mercado de Tel Aviv y que no me había comprado. Debió de ir a por él con la excusa de comprar las botellas de agua. Un pellizco me atenazó el estómago. Lo volví a guardar en su caja en el fondo del bolso. Lo último que necesitaba en ese momento era tener a dos enamorados y enamorarme de los dos. Nunca había estado en un triángulo como el que se estaba formando y me daba miedo como pudiera acabar. Que James me mostrara su afecto solo acentuaba ese miedo y, a la vez, acrecentaba mi deseo de adentrarme en ese mundo hasta ahora desconocido.

Estaba pensando qué ropa ponerme para la cena, quería algo cómodo. Recordé que en el armario había colocado un traje estilo ibicenco, de los que siempre me habían gustado. Tenía toda la parte de arriba bordada, era largo, hasta el suelo, de tirantes finos y de algodón que remarcaba mi suave color moreno. Unas sandalias bajas completaron el atuendo junto con unos pendientes. No necesitaba maquillaje, ese color moreno era el mejor adorno para mi piel.

Salí de la habitación, sorprendiéndome al encontrar la terraza iluminada con unos hachones de

velas que daban calidez y una mesa con dos sillas bajas, de esas del tipo de tijera que siempre he pensado que usaban los directores de cine y los exploradores en los safaris. En la mesa, estaba servida una cena que aspiraba a ser todo un éxito.

Mirando al horizonte noté su presencia, pero, antes de darme la vuelta, sus labios se posaron en mi hombro desnudo. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo a la vez que el calor subía por mis entrañas. Estaba jugando fuerte, pero me gustaba. Se giró y me tendió la mano mientras me sonreía, acompañándome a la mesa.

—Espero que te guste la cena. He improvisado un poco —dijo, soltando una leve risa—. Aunque creo que se me da bien eso de la improvisación. Es más, a veces, me resulta muy necesario no tener la vida tan planificada.

—Después de la ducha tengo bastante hambre. Las emociones no me quitan el hambre, precisamente —le contesté mientras me sentaba, tratando de calmarme.

La cena se desarrolló entre anécdotas e historias. Me había tomado alguna que otra copa de vino y me encontraba a gusto y relajada. Se acercó un poco más, empezando a jugar con mi mano para seguir con suaves caricias en el brazo y en la muñeca. Sus dedos fueron subiendo a mi cuello. Acarició mi nuca y me atrajo hacia él. Solo podía ver sus ojos y, antes de que me pudiera plantear otra cosa, sus labios estaban besando los míos. Su lengua buscaba con ansia la mía. Sus besos siguieron, tras separarse de mis labios, recorriendo mi cuello y mi hombro. Paró para mirarme. No hizo falta que dijera nada. Sabía lo que me estaba pidiendo cuando se levantó y volvió a tenderme su mano. Y acepté. Mientras me besaba de nuevo y acariciaba mi espalda, nos encaminamos hacia su dormitorio.

En un lado de la habitación había un sofá en forma de ese de cuero y madera. Nos acercamos hasta él y, mirándome a los ojos, me bajó los tirantes del vestido que cayó al suelo. Con un gesto me indicó que me sentara en el sillón. Se arrodilló delante de mí, y, muy despacio, me quitó las bragas. Todo mi cuerpo latía ante la expectativa. Separó mis piernas, cerré los ojos; su boca se introdujo en mi sexo. Me agarré a sus hombros y eché la cabeza hacia atrás. Su lengua empezó casi con timidez, esperando mi reacción. Enseguida comprendió que me iba a dejar hacer sin ningún problema. Intercalaba leves mordiscos con un buen manejo de la lengua en mi coño, jugando hasta que solté mi primer gemido. Se levantó y se quitó la ropa que llevaba. Él también estaba igual de excitado. Se acercó para preguntarme directamente:

—¿Confías en mí?

—Sí —le contesté.

Se acercó a un armario y, de allí, sacó un largo cordón de seda con dos anillas a cada lado que me mostró. Comprobé que estaban forradas de terciopelo.

—Siempre me han gustado los juguetes sexuales. Con estas argollas voy a sujetar tus manos, pero puedes salir de ellas con facilidad. No son esposas y no se ajustan —me dijo, enseñándomelas.

Me indicó que me apoyara en el respaldo del sillón y extendiera mis brazos hacia adelante. Cuando estaban mis manos dentro de cada argolla pasó el cordón de seda por la parte de abajo del sillón, con lo que mi vientre quedó apoyado en el respaldo y mi cuerpo inclinado. Se colocó detrás para acariciar mi espalda con leves círculos. Su cuerpo acabó pegado al mío, comenzando a jugar con su polla.

—Si te sientes incómoda me lo dices y paro. No quiero hacer nada que te pueda incomodar —dijo, apartándose un poco mientras sus manos iban recorriendo mi culo y la parte interna de mis muslos con la misma ligereza que si lo hiciera con una pluma.

Una subida de placer llenó cada recoveco de mi cuerpo. Todo él comenzó a palpar. No podía

moverme ni ver lo que Ari hacía, pero notaba su presencia. Su aroma y sus caricias aumentaban mi excitación y el deseo de que me penetrara, pero se lo estaba tomando con calma. Sus manos siguieron subiendo por las piernas hasta rozar mi sexo, con lo que di un leve respingo y se me cortó la respiración. Jadeé para recuperarla. Siguió de nuevo por el culo y la espalda. Sus manos llegaron a mi nuca y mis hombros. Su cuerpo caliente y duro se apoyó sobre el mío, aproximando su boca a mi cuello, besándolo y mordisqueándolo. Luego oí su voz.

—¿Te gusta?, ¿quieres que siga?

—Sí —le dije entre un gemido de placer. Quería que siguiera porque cada punto de piel que me tocaba suponía una agonía, deseaba que me follara, pero seguía pensando en James.

Abrió un poco más mis piernas y, con decisión, introdujo toda su polla con fuerza. Volví a gemir. Le pedí que me penetrara con más intensidad. Lo deseaba con toda el alma. No quería correrme todavía, aunque no sabía si podría controlarme. En una de las embestidas, me acarició de nuevo el clítoris y el placer me subió en oleadas desde los pies hasta las orejas. Mi cuerpo convulsionó al ritmo de sus caricias, acompañado de mis gemidos. Traté de regularizar mi respiración. Su cuerpo se mantuvo dentro de mí un rato. Me había corrido, pero Ari no. Esta era mi oportunidad: ahora era yo quién quería jugar.

—¿Confías en mí? —le pregunté.

—Sí —me contestó.

—Pues déjame a mí ahora —le dije de forma misteriosa al separarme.

Me solté de las argollas. Había visto que el cordón de seda se podía hacer más corto. Le hice un gesto para que se sentara en el sillón. Su mirada tenía una mezcla de sorpresa y curiosidad. Me contoneé sensualmente alrededor del sillón. No me perdía vista. Sujeté sus manos con las argollas, dejando sus brazos inmovilizados sobre su cabeza, así no podía tocarme. Una leve sonrisa se marcó en sus labios, pero no dijo nada, solo se pasó sensualmente la lengua por los labios, como saboreándome, algo que solía hacer cuando se excitaba. El brillo de sus ojos daba pistas de lo que pensaba.

Su polla seguía dura. Me coloqué de rodillas a su lado y, muy despacio, la introduje en mi boca hasta el fondo. Esta vez fue él el que gimió desde lo más profundo de su garganta. Dio un leve respingo. Aumenté la intensidad de la mamada, intercalando caricias con la lengua a la vez que jugueteaba con los testículos.

Una de las veces lo miré. Estaba con los ojos cerrados. No había duda, lo estaba disfrutando. Pero ahora llegaba el plato fuerte. Le di una última succión más intensa y me levanté. Abrió los ojos que estaban velados de deseo. Me pasé la lengua por los labios como una niña golosa que se ha comido algo que le había gustado mucho. Me acerqué besándolo y, aunque quiso más, me aparté traviesa. Ahora mandaba yo.

—Te gusta jugar —me dijo, tratando de controlar su respiración.

—Ni te lo imaginas —le contesté.

Me acerqué para subir a horcajadas sobre su vientre. Mis pechos le rozaron la cara. Con habilidad atrapó uno de mis pezones y succionó y mordisqueó con pasión.

Le ofrecí mis tetas para que jugara con su boca. Cuando lo tuve donde quería, me levanté un poco y me introduje toda su polla hasta el fondo. Volví a acercarme hacia su cara, sujetándome en sus brazos. Enlacé mis manos con las suyas, que se mantenían sobre su cabeza. Mi lengua disfrutó de su boca mientras me movía sobre su miembro. Lo cabalgué con más ritmo mientras aumentaban sus gemidos. En un momento dado, y sin darme cuenta, se había soltado de las argollas para sujetar mi culo.

—Te gusta metértela bien profunda y notar cómo te llena —me dijo mientras me la clavaba con

intensidad.

Su pasión me desbordaba. Sentía una nueva oleada de placer que me subía por todo mi interior y esta vez tampoco lo pude detener. Las contracciones de mi vagina en su polla aumentaban a la vez que su ritmo y llegué al orgasmo; él se dejó llevar, alcanzando el suyo.

Cuando acabé, me derrumbé sobre él. Apoyé mi cabeza sobre su hombro. Él me abrazó, besándome en el cuello. Todavía no nos habíamos separado.

Habíamos empezado a excitarnos desde mucho antes. Ahora sé que el juego de la seducción se puso en marcha durante la cena en casa de sus padres y este era el resultado de algo que se había gestado desde días atrás.

—Eres una tigresa. Me gustabas antes, pero no esperaba estas otras habilidades —me susurró sensualmente al oído—, me has sorprendido muy gratamente.

Me separé, recogiendo una manta que había al lado del sillón, envolviéndome con ella. Ya tenía frío como siempre. Me acosté en la cama. No tenía ganas de buscar mi ropa interior ni de ir a buscar algo que ponerme a mi habitación. Ari se colocó a mi lado.

—¿Cómo estás? —me preguntó, acariciándome.

—Muy a gusto, pero con sueño. Necesito dormir. Mañana tengo que hablar contigo: hay cosas importantes que quiero que sepas antes de seguir adelante —le dije, acurrucándome para aprovechar el calor de su cuerpo.

Me sentía muy rara. Por un lado una parte de mí disfrutaba con esa nueva faceta personal, esa mezcla entre señora y puta me seducía, porque era algo que estaba en mi mano decidir. Pero, por otro lado, el pellizco en el estómago no se me pasaba. Me negaba a ser una nueva Laila. ¿Era tan sencillo pasar de un hombre a otro como si fueran desechables? Parecía que ellos estaban de acuerdo, pero eso me causaba indiferencia. Sería con mi conciencia con la que tendría que vivir, no con la de mis amigos. Mi intuición me avisaba de que no iba a ser tan sencillo como ellos se lo planteaban. Solo el tiempo pondría cada cosa en su lugar.

Antes de quedarme totalmente dormida, oí su voz.

—Me enamoré de ti al poco de verte y, según te he ido tratando, estoy más convencido. Ahora estoy seguro de no equivocarme. Ojalá algún día sientas lo mismo por mí —me dijo.

Mi corazón dio un vuelco. Lo último que noté fue como besaba mi cabeza.

A la mañana siguiente, cuando desperté, fui a buscar un café. Tenía mucho en lo que pensar. Me había metido hasta el fondo en esta relación y era hora de contarle cómo conocí a James. Además ya se lo había contado a Laila y no deseaba que él se enterara por terceros. Pero no tenía ni la más mínima idea de cómo se lo iba a tomar. Eran amigos, pero no quería una competición basada en esa amistad. Después de ver el regalo del colgante, no tenía dudas de que a James le atraía, pero él nunca me lo había dicho abiertamente como lo había hecho Ari. La sinceridad de este me daba miedo. Una cosa era el juego sexual entre adultos y otra muy diferente cuando el juego era con los sentimientos.

Me senté en la terraza. Hacía poco que había amanecido y la mañana aún era fresca. Había aprovechado la incursión en la cocina para ir a mi habitación y buscarme algo de ropa cómoda. Ahora, con los pies en alto sobre la barandilla, empecé a darle vueltas a la conversación que debíamos de tener. No sabía muy bien por dónde empezar a contarle mi historia. Estaba nerviosa, no podía estarme quieta. Me levanté para asomarme a ver el jardín y, ensimismada en mis pensamientos, no oí como se acercaba. Me asusté cuando sus brazos me rodearon, pero fue cuestión de segundos cuando, al escuchar su voz, me rendí de nuevo y, más aún, al notar su erección.

—Cuéntame qué te ocurre. Aunque, si no te importa, primero voy a prepararme un café.

—Prepárame otro. Necesito caféina.

Debió de percibir mi nerviosismo.

—Creo que mejor prepararé algo de desayuno.

Me alegré de que tuviera un motivo para alejarse un poco de mi cuerpo. Había preparado un desayuno con huevos revueltos, tostadas, café y frutas, y, mientras desayunábamos, le conté la forma en que su amigo James y yo nos habíamos conocido. Le expliqué que nuestra reacción no había sido la que cabía esperar después de un suceso así, las charlas que había tenido con Raquel y cómo, pese a nuestro inicio, pasamos de ser amigos a ser amantes. Imaginaba que no le iba a hacer gracia, porque, si yo no entendía muy bien que estaba pasando, no podía pretender que él lo entendiera. Cuando acabé me quedé en silencio, esperando que lo entendiera.

—¿Por qué estás tan agobiada? —me preguntó, simplemente.

—Me encuentro rara en esta relación a tres bandas. Me dejo llevar por un lado, pero ni a uno ni a otro le quiero hacer daño. Cuando os tengo cerca es como si nada me importara y fuerais mi droga, pero tampoco tengo remordimientos —dije, bajando la voz.

Ari soltó una leve risa que me sorprendió.

—Perdona —dijo cuando vio mi gesto de enfado por su reacción—. Me vas a entender cuando te lo explique. Te has adentrado en un mundo de mentalidades complejas, ya lo sabes, tú misma participas de ellas: somos militares actuando en misiones en las que nos jugamos la vida, es lo que tenemos que vivir e intentamos no dañar a los que queremos. Somos adultos Myriam—dijo sonriéndome con esa franqueza que me hacía pensar que todo era tan sencillo como lo contaba.

—Pero, ¿y los sentimientos? —pregunté tímidamente.

—Los sentimientos están ahí—se puso serio—. Lo que te he dicho es la verdad. Me gustaste desde el primer momento que te vi. Aunque sabía que entre James y tú había algo más que amistad. Tras hablar con él, me dejó claro que nada va a depender de nosotros: solo de ti. Eso es lo único que afirmó con rotundidad. Lo conozco. Se que respetará tu decisión, sea la que sea, al igual que yo. No sé lo que va a pasar mañana pero, hoy, ahora mismo, querría que estés en mi vida —terminó la frase mirándome a los ojos.

Se hizo el silencio entre los dos. Mucho más cuando me cogió de las manos pero, lo que vino después, no me lo podía imaginar:

—¿Quieres compartir tu vida conmigo?

De repente, mi boca se secó y las imágenes de lo que había pasado con James atravesaron mi mente como un relámpago.

—No te sientas presionada, ni obligada a nada —me dijo besándome suavemente primero una palma de la mano y luego la otra. No lograba que se me soltara el nudo de la garganta.

—Me gustaría hablar con James. No es que le deba una explicación pero me sentiría mejor. Y sí, quiero estar contigo. Aunque no sepa cuánto tiempo ni que pasará mañana.

—Ahora mismo, para mí es suficiente. Solo quería tener claro y darte la seguridad, de que no había sido un polvo de una noche. Quiero que sepas cuáles son mis intenciones —guardó silencio por un instante—. Y, por cierto cambiando de tema: hoy visitaremos Cisjordania —dijo cortando la conversación—, prepáralo todo porque vamos a estar fuera unos días.

—Sí. He recibido un correo con el plan de visitas: iremos a un hospital y a dos campamentos —contesté bebiéndome de un trago lo que me quedaba de café, dejando atrás mis emociones.

Durante los dos días siguientes estuvimos visitando varios campamentos de refugiados. Hablamos con los voluntarios y completé el informe que debía mandar a la embajada. Cada día me sentía más implicada en la búsqueda de una solución para todas aquellas personas que, en el fondo, solo querían volver a sus casas y a sus tierras.

La zona de Cisjordania era más tranquila que la de la franja de Gaza, pero las necesidades de la gente eran las mismas. Pronto se volvió a correr la voz de que la observadora española estaba allí y muchas personas vinieron a expresarme sus quejas y peticiones. Cada noche pasaba el informe a la embajada.

Seguía inquieta queriendo hablar con James o con Raquel. Sabía lo que me dirían, pero necesitaba conversar con alguno de ellos, así que me decidí a enviar un mensaje a James:

—Toc, toc, ¿estás ahí? —Le mandé un mensaje a James.

—Sí, ¿cómo estáis?

—Hasta arriba de trabajo, pero más tranquila porque esta zona no parece tan conflictiva, aunque hay mucho que desarrollar en los informes.

—¿Cómo estás?

—Me gustaría hablar contigo personalmente.

—¿Has recibido el correo con la invitación a la embajada?

—Lo he recibido, pero no lo he abierto todavía.

—Pues dentro de unos días nos vemos. Allí podrás hablar conmigo de forma relajada. Ahora es mejor que te dediques a tu trabajo y que no te preocupes por nada. Sabes que te apoyo en tus decisiones. Te dejo, ando con mucho trabajo.

—Ok. Nos vemos.

Me imaginé que los dos amigos habrían hablado, seguramente no con todo lujo de detalles, pero sí lo justo para que James supiera qué encontrarse a mi vuelta.

Después de una semana terminamos la visita a la zona y envié los últimos informes a la embajada. Al subir al todoterreno que nos llevaba de vuelta, me esperaba una sorpresa.

—Quiero llevarte a nuestra Venecia de Oriente. Estamos muy cerca y creo que es el momento —me dijo mientras enfilaba la carretera.

—¿Vuestra Venecia? —Me quedé un poco sorprendida.

—Ya lo entenderás. —Y no añadió más.

Después de un corto viaje y de entrar en Jordania, llegamos a una zona turística de aparcamientos donde dejamos el coche. Ari se acercó a uno de los mercaderes que estaban por allí y, al poco, volvió con un par de caballos ensillados.

—Supongo que sabes montar. Si no es así, lo puedo cambiar por un par de dromedarios o, incluso, uno solo, ya que nos puede llevar juntos.

—No, déjate. Me monté hace años en un dromedario y he montado en caballos. No me hacen gracia ninguno de los dos, pero si tengo que elegir, lo tengo claro: prefiero un caballo, me fio más de poder controlarlo.

Ari me pasó las riendas de mi montura. Guardamos lo que consideró que podríamos necesitar en las mochilas que llevábamos, como algo ropa fresca y también de abrigo, por lo que supuse que, a dónde íbamos, pasaríamos la noche.

Nos encaminamos hacia unas montañas que estaban próximas. Cuando llegamos a la entrada de la garganta ya sabía dónde estaba: en Petra.

—¿Por qué le has llamado Venecia? No será por el agua que hay —le dije, riéndome del comentario.

—Suele ser un viaje muy habitual de luna de miel por la zona, como Venecia para los europeos, Las Vegas o las cataratas del Niágara para los de EEUU y Canadá. ¡Vamos! Que si no lo conoces te va a impresionar. —Picando espuelas, nos dirigimos hacia el estrecho paso de entrada.

Sabía lo que íbamos a ver. Cuando nos adentramos en el desfiladero del Siq, de poco más de un kilómetro, Ari redujo la marcha y se mantuvo en silencio. Era el atardecer, por lo que el sol

iluminaba las piedras en tonalidades rojizas. Había pocos turistas, ya que estos solían llegar a primera hora de la mañana con el fresco para volver a sus hoteles cuando el día era más caluroso. Cada recodo en el camino era más sorprendente que el anterior. Al girar en la última curva nos salió al encuentro El Tesoro o Jazne. Paré el caballo a la altura de Ari para disfrutar del monumento. La emoción me subió por la garganta y casi se me entrecortó la respiración. Algo parecido a lo que me ocurrió al ver la Alhambra desde el mirador de San Nicolás en el Albaicín. Allí se ve el palacio musulmán, con Sierra Nevada de telón de fondo. Dicen que las comparaciones son odiosas, pero el color rojizo del Jazne me recordó el monumento nazarí.

Me quedé varios minutos mirando hasta que la voz de mi acompañante me sacó del ensueño.

—¿Qué piensas? —me preguntó.

—Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre. Cuenta la leyenda que esa fue la frase que la madre de Boabdil, último rey de Granada, le dijo a su hijo antes de partir al exilio, quizás en una de las últimas miradas que echaría a la Alhambra, esa que perdió a manos de los Reyes Católicos en 1492, el mismo año que fueron expulsados los judíos de Sefarat. El color rojizo me lo ha devuelto a la memoria —le contesté, saliendo de mi sueño y azuzando un poco al caballo para que reanudara la marcha al paso—. Y, ¿a dónde vamos? —le pregunté, guiñando un ojo.

—Bonita historia. Cada vez me dan más ganas de conocer España —dijo con solemnidad.

Emprendimos de nuevo la marcha y mientras me fue contando la historia del lugar al que estábamos a punto de llegar.

—Tengo un grupo de amigos que viven en Petra. Son mercaderes y vigilantes beduinos y dan cobijo también a los arqueólogos y conservadores del complejo. Sígueme. —Dirigió su montura a un camino lateral.

A los quince minutos llegamos a un campamento de tiendas, donde fuimos recibidos con grandes saludos. Estaba claro que conocían a Ari. Cuando entregamos los animales para que les dieran de beber, comer y que descansasen, nos ofrecieron un buen té de bienvenida. Ya el sol estaba detrás de las montañas y el campamento solo estaba iluminado por las hogueras que se repartían entre las tiendas.

Tras una agradable charla en la que les hable de España, de mis viajes y mis estudios, nos indicaron cuál era nuestra tienda. Era una zona dedicada a invitados, incluso, teníamos el privilegio de disfrutar de unos, muy oportunos, aseos. Tras ponerme cómoda con un caftán que me protegía del frescor nocturno, salí al exterior, donde me encontré a mi amigo. Estaba sentado junto a la puerta de la tienda, sosteniendo dos copas de vino y, a su lado, había una bandeja con empanadas de carne y cuscús, entre otras viandas.

—¿Esto es habitual o es una de tus improvisaciones? —le pregunté, riéndome ante el despliegue para la vista y el olfato y que aumentaba el hambre que tenía.

—Un poco de todo. Alojarse aquí es algo que no todo el mundo puede hacer, esto no es un alojamiento turístico. Lo más improvisado es el vino que he traído, pero la comida es la típica de la zona —dijo Ari, levantando su copa y ofreciéndome otra a mí.

Cenamos mientras, al fondo, oíamos a los beduinos cantar alrededor de sus fogatas. Era noche cerrada y el cielo estaba cubierto de estrellas. En ese momento comprendí que lo hubiera llamado la Venecia de Oriente. Creo que así me gustaba más Petra. En aquel rincón y a esa hora sin turistas mantenía el encanto de las novelas de viajes del siglo XIX, y entendí que fuera un lugar privilegiado para los enamorados. Yo mismo sentía que cenaba con Lawrence de Arabia.

—Creo que está la noche para dormir al raso, viendo el cielo —dije, poniéndole voz a mi pensamiento.

—No te engañes, deben todavía bajar más la temperatura, pero podemos sacar mantas y probarlo si quieres —dijo Ari.

Antes de que pudiera responder, había entrado en la jaima, sacado mantas y cojines que colocamos sobre la alfombra apartando lo que había sobre ella. Nos tumbamos bocarriba, mirando el cielo. Ari me fue nombrando las estrellas que conocía, añadiendo algunas historias sobre Petra y los beduinos. Poco a poco, abrazada a él, me fue entrando un dulce sopor arrullada por su voz.

Me desperté en cuanto comenzaron las luces del alba. Me llegó el aroma de un buen café turco calentándose en un infiernillo. Parecía que estuviera viviendo uno de los cuentos de Las mil y una noches. Los beduinos nos trajeron una bandeja de dulces árabes, dátiles, pan de pita, queso de leche de camella y cabra, por lo que completamos un buen desayuno. Nos quedaba por delante una larga ruta a pie para ver todo lo que Petra nos podía ofrecer.



## Capítulo décimo

### La boda

Visitamos la Jazne, ahora iluminada por los primeros rayos de sol, el monasterio, el teatro y paseamos por los alrededores. Ari lo había preparado todo para hacer la visita en varios días y poder verlo todo con tranquilidad. A comer íbamos al Qosr al-Bent, donde estaban los tres únicos restaurantes de la zona, y, al atardecer, volvíamos con los beduinos. Al tercer día, mientras comíamos y tras haber visto la calle de las columnas, las tumbas reales, la calle de las Fachadas y subir al altar de los sacrificios, Ari me animó a participar en una ceremonia beduina.

—Tengo una sorpresa para ti. Mohamed, el jefe del campamento, quiere, en agradecimiento a los dos, invitarnos a una boda beduina —dijo con una sonrisa pícara.

—¿Agradecimiento? Y, ¿quiénes son los novios? —pregunté.

—Le he hecho algunos favores en estos últimos años, y los novios seremos nosotros. Le he dicho primero que no, pero ha insistido porque me conoce desde hace años y es la primera vez que me ve así: verdaderamente enamorado —dijo, espaciando las últimas palabras.

Por su color de piel no podría decir que se había sonrojado, pero en el tono de voz le noté la turbación. Me dio la sensación de que lo había dicho de una forma espontánea, casi sin pensarlo. Obvié preguntarle si la apreciación de su amigo podría considerarse como real. Prefería dejar el tema aparcado, por el momento.

—¿A cuántas mujeres has traído aquí para pueda hacer una comparativa? —le pregunté con una sonrisa para quitarle importancia al comentario del jefe del campamento, pero tampoco era la pregunta más adecuada.

—La verdad es que tú eres la primera. Es cierto que a Petra vengo cada vez que puedo para ver a Mohamed y a su familia. Todo empezó hace años y por trabajo. Pero, con el paso del tiempo, he acabado viniendo por cariño. Cada vez que paso por el desierto del Negev, me encuentro a algún familiar de Mohamed que me acoge como si fuera uno más de familia. Con respecto al tema de la boda, te puedo decir que dura siete días, pero él solo nos va a preparar dos, eso si te apetece.

—Me ha gustado la idea. Me interesan las tradiciones, pero me tienes que contar más, piensa que no tengo mucho conocimiento sobre las costumbres beduinas. Lo que más conozco es la cultura bereber de Marruecos, pero tampoco mucho —contesté.

—He ido a alguna ceremonia, aunque, como comprenderás, nunca he sido el novio —dijo riendo—. Por lo que Mohamed me ha contado, si aceptas, esta noche nos separarán. Me iré con los hombres, donde me explicarán el ceremonial y para tener una especie de despedida de soltero. A ti te visitarán las mujeres —concluyó—. La boda empezará antes de la puesta del sol.

—¿Hablan algún dialecto? —dije un poco sorprendida.

—Sí, el najdi badawi, pero también hablan árabe e inglés. Muchas de las mujeres de la familia de Mohamed trabajan para el gobierno jordano como guías turísticas en la zona, aunque intentan mantener sus tradiciones—dijo Ari.

—Dile a tu amigo Mohamed, ya que estamos aquí, que acepto la propuesta de la boda —dije riéndome.

Cuando llegamos de la visita nos estaba esperando Mohamed. Supuse que Ari se había puesto en contacto con él y le había dado el visto bueno. También estaba su mujer Feila y, cuando nos

despedimos, me fui con ella a mi jaima.

Allí estaban Azira y Zahira junto a otras mujeres, como había dicho Ari. La mayoría de ellas trabajaban en el mismo Petra, en los restaurantes y en los hoteles que había fuera, o vendiendo en los puestos para turistas.

Cuando entré en mi jaima, quedé sorprendida. Había bandejas con comida, té, perfumes, maquillajes, aceites aromáticos, ropa, joyas... el verdadero sueño de Las mil y una noches; un ambiente embriagador que hizo que me dejara llevar, algo que por lo visto era mi sino. Por suerte, todas hablábamos inglés y no había problema a la hora de comunicarnos.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté, dando una vuelta para ver todas las maravillas acumuladas, oliendo los perfumes y tocando las telas. Era un zoco en miniatura.

—Nada. Eres la novia. Solo disfruta y dejar que aumentemos tu hermosura —dijo Azira.

Nos sentamos alrededor de las bandejas de las que nos servimos el té y la comida mientras hablábamos de la ceremonia. Me contaron sus bodas y me mostraron algunos trajes y joyas para que pudiera elegir lo que más me gustaba. La novia aquí también iba vestida de blanco, pero nada que ver con las novias europeas. Lo que más divertía es que en occidente creemos que en oriente el tema del sexo es tabú. Nada más lejos de la realidad. Lo que ocurre es que todo queda en casa y entre las mujeres. Recordé la ropa que vendían en el gran bazar de Estambul para la noche de bodas y, como, en aquel momento, pensé que no había nada más sexi ni erótico. Lo que habían traído para mi noche de bodas no se quedaba atrás.

Tras una cena muy agradable, se fueron todas salvo Zahira para que descansara. Ella se quedó conmigo para despertarme y guardar mi honra, ya que, según la tradición, algún rival del novio podría querer secuestrarme. Igualmente, varios hombres acompañarían esa noche a Ari. En un principio no podía dormir, ya que estaba realmente excitada por lo ocurrido ese día y por lo que ocurriría al siguiente.

—Zahira, ¿y todo esto quién lo paga?

—Tranquila. La comida, la bebida y los perfumes van por cuenta de la casa. Ari siempre ha sido de gran ayuda para nuestro pueblo. La ropa interior es un regalo de tu pretendiente y el resto de la ropa es alquilada. No te preocupes por el gasto.

—Me encantaría regalarle algo al novio.

—Eso lo podemos solucionar. En la boda, tradicionalmente, se hacen intercambios de regalos, así que seguro que encontramos algo que te guste para él. De todas formas creo que el mejor regalo será vuestra entrega mutua.

—Es una ceremonia simbólica —afirmé, intentando autoengañarme de la verdad que tenía el rito.

—¿Estás segura? A nivel legal sí, pero, a nivel de sentimientos, no estoy tan segura, sobre todo porque conozco a Ari de hace años y podía haber elegido a muchas mujeres, pero te ha elegido a ti —me dijo con una gran sonrisa sin doblez.

Ahí cortó el comentario. Parecía que para ella éramos muy transparentes. No quería aceptar la realidad, pero ciertos sentimientos que afloraban no tenían nada que ver con los que sentía por James. Era como un paso más allá.

A la mañana, cuando mi compañera de jaima me llamó, ya hacía un rato que me había despertado. Cuando viajo me gusta integrarme con las personas de los lugares que visito. En cualquier fiesta, trato de pasar desapercibida para disfrutar a fondo. No ser una turista más. Así puedo conocer mejor las tradiciones y a la gente que me rodea. Tampoco les extrañaría a quienes me conocen. Aunque algo me decía que aquella vez no sería un simple disfraz para pasar desapercibida.

Compartimos un buen té, acompañado de dulces, para iniciar la mañana con fuerza. Al poco, entraron a tropel un grupo de mujeres riéndose. Llevaban una gran tina que llenaron de agua caliente y en la que echaron esencias de algunos de los botecitos que había por allí repartidos.

Me desnudé, metiéndome en la tina para que las mujeres empezaran a pulirme la piel. Les hizo gracia la depilación casi integral que me había hecho en Tel Aviv, pero no porque ellas no la usaran, sino porque les hizo mucha ilusión comprobar que no estábamos muy alejadas, pese a ser de otras culturas, en lo que se refería a nuestros gustos estéticos.

Después del baño y del aceite hidratante, pasaron a la henna. Decoraron con dibujos geométricos y florales que traen buenos augurios mis muñecas, mi espalda y la aureola de mis pezones. Después comenzaron con mis pies; no me gusta que me los toquen, por lo que fue la peor parte, aunque valió la pena. Tras eso me pintaron las uñas y finalizaron con el maquillaje para centrarse en mi pelo. Tampoco podían hacer mucho, tenía una melena cortita a la altura de la nuca, hasta que empezaron a colocarme extensiones. Me lo dejaron con una mezcla entre recogido y suelto, cayendo por la espalda unos mechones en los que me engarzaron adornos de piedras a juego con los pendientes. Para ser blanca de piel y occidental, sacaron partido a la vena oriental que pudiera esconder, agrandando mis ojos con el kohl.

Cuando llegó la hora de vestirme elegí uno de los trajes blancos que era como una túnica pero de dos piezas, con falda y corsé. Tenía un escote de pico que dejaba ligeramente al descubierto mis hombros, compuesto de varias capas de tela suave que acentuaban el movimiento. Estaba bordado todo en blanco y plata por los bordes del escote y la cintura. Le acompañaba por encima una especie de abrigo o chilaba, también bordada, con mangas anchas y capucha. La botonadura eran perlas, dejando ver un poco el escote del traje, no se cerraba hasta arriba. Todo el conjunto iba rematado con un velo que acrecentaba el misterio y tapaba toda mi cara menos los ojos. Entre los beduinos era un adorno para las bodas, porque en su vida habitual no se cubrían el rostro, a no ser que hicieran una ruta por el desierto, ya que entonces era muy útil. Iba calzada con unas sandalias blancas que permitían ver la decoración de henna. No me puse anillos, pulseras ni collar. Con toda la decoración, el bordado del traje, los adornos del pelo y los pendientes ya era bastante.

Cuando salí de la jaima me esperaba un beduino que iba a conducir al dromedario que me trasladaría hasta el lugar de la ceremonia. El día había pasado volando y se acercaba el atardecer. Me ayudaron a subir al animal, que estaba enjaezado de fiesta con muchos borlones de colores colgando de una silla que era especial para la ocasión. Me permitía, pese al traje que llevaba, ir cómoda. El hombre me avisó para que me echara hacia atrás. Los dromedarios siempre se levantaban con los cuartos traseros primero, al contrario que los caballos, yo ya estaba sobre aviso, porque me había montado varias veces en estos animales. El recorrido era corto. Fuimos a paso lento, e iba rodeado de las mujeres. A los lados del camino, nos encontramos a otros miembros de la comunidad emitiendo gritos y bailando.

Llegamos al lugar de la celebración, donde me esperaba Ari con Mohamed, que haría de maestro de ceremonias. El dromedario se paró. Al bajarme, Feila y Azira me acompañaron hasta juntarnos los dos delante de Mohamed. Ari me miró con sorpresa, aunque después interpreté en sus ojos un destello de lujuria. Sus labios se abrieron para tomar aire. Era su gesto habitual cuando se excitaba. Fue un momento fugaz. Solo pude sentirme halagada. Me sentí como si de verdad fuera la novia. Se acercó y me retiró la capucha, después de quitarme el velo, que entregó a una de las mujeres.

—Estás más hermosa y deseable que nunca, si eso es posible —dijo, entornando los ojos, diciéndolo muy próximo a mí para que solo yo lo oyera.

Ante ese comentario, solo pude sonreír halagada. Las mariposas empezaron a revolotear en mi estómago como si de verdad fuera una novia. El deseo de que llegara la noche de bodas empezó a subirme como un hormigueo por mis piernas hasta alojarse en mi vientre, haciendo palpitar mi sexo.

Mohamed comenzó la ceremonia. No entendí palabras del beduino. No las entendí, porque seguía el rito en su dialecto, pero Feila fue traduciendo. Dio la bienvenida a todos, nos deseó larga felicidad y prosperidad, bendiciendo todas nuestras acciones y decisiones, deseando que nuestra vida fuera extensa y luminosa, como las estrellas que cubrían el cielo. Hizo algunos comentarios que, por las risitas que oí de algunas de las mujeres, entendí sin traducción.

Antes de que los invitados empezaran a darnos los regalos, Zahira trajo una caja que abrió delante de nosotros. En su interior había dos pulseras de plata de nudos africanos que había elegido, esa noche, como regalo para nosotros. La más grande se la puse a Ari, él cogió la otra para colocarla en mi muñeca. Me atrajo y me besó. Mohamed sonrió y levantando los brazos todos los presentes reiniciaron los gritos y bailes.

Al sentarnos comenzó el desfile de invitados, agasajándonos con sus regalos. Muchos eran simbólicos, no me iba a llevar una cabra o un dromedario, pero otros sí eran para nosotros. Ya me lo había dicho Azira: la gente respetaba y quería mucho a Ari porque había conseguido, con sus influencias y su preparación como ingeniero, mejorar las condiciones de los pueblos de la zona, sobre todo gracias a los pozos de agua y al acceso a la electricidad que permitió mejorar los cultivos. Me hubiera gustado hablar con Feila o sus hijas para que me dieran más detalles. Sospechaba que mucho del tiempo libre de Ari lo dedicaba trabajar por su cuenta ayudando a la gente. No solo de Petra, sino también por los contactos que había visto que tenía con los refugiados palestinos, aunque eso sería algo que tendría que averiguar en otro momento.

—¿Qué tal estás? —me preguntó, cogiéndome la mano y besando la palma.

—Como en un sueño. ¿Esta boda se sigue haciendo de la misma forma? —le pregunté.

—Sí. Lo que ocurre es que para que la boda sea legal, hoy en día, ellos la firman en el registro civil. Incluso podría venir un representante del gobierno al acto. Es como los que se casan en Bali o en Las Vegas: si firman los papeles y los entregan en el registro o en la embajada, casados quedan. Hasta hace unos años, no registraban los matrimonios, pero el gobierno de Jordania, poco a poco, los fue convenciendo de la necesidad, así tienen facilidades en el trabajo, en ayudas o en los estudios de los hijos. Aunque, por supuesto, sigan casándose de la forma tradicional, también hay parejas que optan por una de estilo occidental, celebrándolas en hoteles. Pero entre la familia de Mohamed, se guardan mucho las tradiciones.

Disfrutamos de una estupenda cena con platos típicos, y para beber nos dieron una especie de hidromiel que, si bien tenía alcohol, era muy suave. Según la tradición era afrodisiaca, aunque a estas alturas de la fiesta no me hacía mucha falta nada afrodisiaco. El mismo ambiente favorecía que todo fuera sensual y Ari se encargaba de aumentar esa sensación acariciándome discretamente en el cuello o en los brazos cuando me ofrecía comida. Sus gestos y su mirada lo decían todo. Su deseo me llegaba a oleadas, golpeando mi cuerpo y aumentando mi excitación. No quería que la fiesta acabara, pero estaba deseado quedarme a solas con él.

Bien entrada la noche, la fiesta fue decayendo. Los invitados se fueron alejando cada uno a su jaima con sus familias y su música. Ari me tendió la mano.

—¿Quieres ir en tu montura o paseamos hasta nuestros aposentos? —me preguntó.

—Prefiero andar, así me despejo un poco de tanta comida y bebida —le contesté.

Me echó por los hombros la chilaba, porque ya la noche refrescaba un poco. Me agarró la mano para acariciarme con el pulgar la muñeca mientras caminábamos. Poco a poco, nos fuimos

despidiendo de los invitados que estaban todavía en la puerta de sus tiendas.

Cuando llegamos a la nuestra, apartó el paño que hacía de puerta. Todo estaba recogido y las mujeres habían colocado todas las cosas de la jaima para nuestra noche de bodas. Sobre las alfombras dejaron cojines, la cama donde había dormido estaba llena de pétalos de flores. En las mesas bajas encontramos bandejas con comida, en otras, recipientes con agua perfumada y, junto a ellos, velas que alumbraban con una tenue luz. Habían creado ambiente exótico e incitante. El gran espejo que habían traído para vestirme también estaba allí, reflejando la cama.

Ari me colocó delante. Vi nuestra imagen reflejada y me pareció magnífica: él iba de blanco, con una larga túnica abierta por delante que dejaba ver los pantalones anchos y una camisa de tejido fresco y ligero. Parecíamos dos príncipes sacados de un cuento. Al vernos sentí que el tiempo se había detenido siglos atrás, cuando la ciudad nabatea estaba en su máximo esplendor dentro de las rutas caravaneras.

Me quitó la chilaba para apartarla a un lado. Se mantuvo detrás mirando mi reflejo en el espejo. Sus labios comenzaron a recorrer mi cuello mientras me acariciaba los brazos. Guiándose por la imagen, empezó a desabrocharme los botones que tenía el corpiño del vestido por delante. Cuando acabó una de sus manos la introdujo lentamente por mi escote abierto hasta alcanzar uno de mis pezones, que casi al instante reaccionó bajo sus caricias, endureciéndose. No hacía falta mucho para aumentar el nivel de deseo. Mi cuerpo se aproximó instintivamente al suyo. Su erección se hizo notar, dura y latente en la parte baja de mi espalda.

—Eres como una droga. Aunque desde que te vi quise apartarme, para no inmiscuirme en tu vida, no he podido sacarte de mi cabeza. Había algo que me empujaba a conocerte y a desearte. Esa inocencia que te hace inconsciente del potencial que tienes. Quieres pasar desapercibida y por eso mismo me atraes más —dijo, susurrándome al oído mientras acariciaba mi piel desnuda. Sus dedos eran fuego que aumentaban mis sensaciones de placer y deseo.

Se quitó la túnica y la camisa, para después deslizar mi corpiño hacia abajo. Al quedar sujeto a mi cintura, se mostró el conjunto de ropa interior que había elegido. Me rodeó con sus brazos y su mano siguió jugando con mis pechos mientras con la otra empezó a acariciarme el vientre. Aprovechó la holgura de la falda en la cintura para seguir bajando hasta mi pubis, donde una leve tira de encaje separaba sus dedos de mi sexo. Con su boca y lengua siguió besando mi cuello, hombros y el lóbulo de la oreja, susurrándome todo lo que sentía. Me confesó que ninguna mujer le había dejado tan dolorido por el deseo como cuando su mente me recordaba.

La mano que acariciaba mi vientre empezó a jugar con la leve tira de mi ropa interior. Con cada roce de sus dedos le pedía también más, implorando en mi mente que los introdujera y encontrara la humedad de mi sexo.

Cuando por fin sus dedos entraron, mi cuerpo se tensó, esperando el placer que me transmitía y todo mi ser respondió con ansias. Quería más.

—Tranquila. Queda mucha noche por delante. Esto es solo el aperitivo —dijo él al notar mi codicia y deseo.

Sus dedos se movían ágiles entre mi vagina y el clítoris, acelerando y pausando el ritmo. Mientras lo hacía disfrutaba de mi imagen en el espejo.

—No cierres los ojos. Me gusta ver tu mirada de cómo disfrutas con mis manos.

Al ver mi reflejo en el espejo, me sorprendí al encontrar a una Myriam diferente. No era la chica que siempre pensé que era. La lógica y el análisis habían dado paso a la lujuria y al deseo. En otro momento, me hubiera dado vergüenza de mí misma, pero, con Ari, podía dejarme llevar hasta donde quisiera. Es más, deseaba que me llevara lejos, muy lejos.

Sus dedos salieron de mi sexo, pero siguieron acariciando mi vientre hasta que mi respiración

volvió a regularizarse un poco. Hizo que la falda cayera a mis pies, dejándome con la minúscula ropa interior de encaje.

—Tienes un cuerpo precioso —dijo, admirándolo.

Decidí tomar la iniciativa. Me di la vuelta y le quité la ropa que todavía tenía puesta. Acaricié su pecho y comencé a besarlo a la vez que le agarraba su polla en erección. Mi mano fría le hizo dar un leve respingo. Lo fui acariciando poco a poco, aumentando el ritmo del movimiento. Su cuerpo se fue tensando y sus manos me estrujaron los pechos, acariciando mis pezones, que volvieron a reaccionar ante sus caricias.

Me arrodillé e introduje muy despacio su polla caliente en mi boca. Lo saboreé con cara de satisfacción. La imagen que me devolvió el espejo era muy sensual y erótica, y eso también excitaba bastante. Sus manos tocaban mi cabeza y mis hombros, animándome para que aumentara el ritmo a la vez que movía sus caderas.

Durante un rato, estuve relamiéndome de gusto hasta que Ari, con un gesto, hizo que parara para ponerme en pie. Su lengua exploró mi boca hasta empezar a jugar con la mía. Sus manos agarraron mi culo y todo mi cuerpo quedó pegado al suyo.

—Ven, vamos a jugar un poco.

Me indicó que me pusiera cómoda sobre la cama, boca abajo. Colocó mi cabeza sobre un cojín y, con suavidad, extendió mis brazos a lo largo de la cama,

Se separó de mí. No vi lo que hacía hasta que no se acercó de nuevo. Entonces comprobé que llevaba en sus manos un pañuelo de seda.

—Vamos a aumentar algunos de tus otros sentidos para que disfrutes —me dijo al taparme los ojos con el pañuelo.

Lo oí moverse de nuevo por la jaima. Cuando volvió, un agradable olor a flores invadió todo el espacio. Sus manos acariciaron mi espalda, sentándose a horcajadas sobre mí pero sin apoyar todo su peso. De repente, algo cálido, seguramente un aceite aromático, empezó a caer sobre mi piel. Comenzó a darme un masaje desde la nuca hasta mi cintura con fuerza pero con una gran carga erótica. En algún movimiento se inclinó tanto sobre mí que notaba el calor de su cuerpo sobre el mío. Pero no llegaba a rozarme, y eso aumentaba mi anhelo de tenerlo dentro de mí. Cuando llevaba un rato, cambió de posición, poniéndose a mi lado para continuar con mi culo y piernas. Masajeó mis pies y, pese a reaccionar en el primer momento con un gesto de sorpresa, Ari me tranquilizó con su voz.

—Shhh. Déjate hacer. —Acarició mis pantorrillas ante mi reacción al acercarse a mis pies.

—No soporto que me los toquen —dije.

—Date la vuelta. Dentro de un rato, pedirás que te toque algo más que los pies —contestó con una suave carcajada.

Me di la vuelta. Nuevamente colocó mis brazos extendidos sobre mi cabeza. Cuando lo hizo, sus labios se posaron sobre los míos y me besó con insistencia y profundidad. Con una mano sujetaba mis muñecas y con la otra trazaba círculos resbaladizos por el aceite que tenía en sus manos. Sus dedos resbalaban por mi torso, dedicando un poco más de tiempo a mis pechos y pezones.

Cuando comencé a arquear la espalda, Ari se apartó. Comenzó a jugar con mis tobillos, masajeándolos. Continuó con mis pies. Primero besó el empeine, después con su lengua se acercó a mis dedos. Muy despacio fue chupando y mordisqueándolos de uno en uno. Al principio me puse tensa, pero lo controlé y dejé que mis otros sentidos ganaran la partida. Ari ayudó, porque mientras jugueteaba con mis dedos, una de sus manos subió lentamente por la parte interna de mis piernas. En cada subida y bajada había un flujo y reflujo de placer, como cuando las olas llegan a

la playa.

En algunas de las subidas, rozaba como sin querer mi sexo. No sabía cuándo lo haría, lo esperaba con ansia y, cuando lo hacía, la suave llegada de la ola a la playa se convertía en un furioso oleaje. Al mantener mis ojos tapados, mis otros sentidos habían aumentado, sobre todo el sexto: mi piel.

Tras un rato de masajes me encontraba en una mezcla de relajación y excitación muy sensual por todo el cuerpo.

—Espero que estés relajada. Aunque no creo que te llegues a dormir, noto tu piel muy caliente. —Sus labios se posaron por mi cuello y en el nacimiento de mis pechos. Mis pezones se mantenían duros desde la primera vez que los tocó para desvestirme.

Su mano siguió haciendo círculos en mi vientre sin que su boca dejara de jugar con mis pechos. Sin prisas, fue bajando hasta dejar el ombligo atrás. Paró un segundo para de nuevo volver con caricias al pubis. Me abrió con delicadeza las piernas. Su boca comenzó a mordisquear mi zona depilada mientras acariciaba la parte interna de mis muslos. Jadeé. Cada vez dejaba menos pausa, con lo que estaba continuamente sintiendo placer, pero como la rompiente en un acantilado.

Su boca se acercó a mi sexo e introdujo la lengua. Mis caderas saltaron como un resorte para recibirlo con ansia.

—Quieta. Vamos a empezar, poco a poco, el plato fuerte. Hasta ahora solo hemos estado con los aperitivos. —Volví a oír su cálida voz cuando su mano se apoyó en mi bajo vientre para que no me moviera.

Busqué su cuerpo para acariciarlo, pero terminé agarrando el cojín que tenía cerca con fuerza y mantuve mis manos unidas sobre mi cabeza.

—Deja tus manos quietas ahí o si no tendré que atarte —me dijo sensualmente. Volví a jadear solo con pensarlo.

Noté como cambiaba de posición. Se colocó entre mis piernas para acceder más profundamente con su lengua y tener todo mi sexo a su disposición y darme así el máximo placer.

El no verlo pero sentirlo hacía que mi cuerpo palpitará al ritmo del movimiento de su lengua. Paró. Noté como volvía a moverse.

—Estás muy sabrosa, da gusto comerte. Me podría pasar horas contigo y creo que nunca llegaría a cansarme. —Tras decir esto, su lengua buscó la mía.

Pude comprobar lo que decía. La mezcla de mis fluidos y el aroma de aceite de flores con su saliva debían de considerarse la puerta hacia la lascivia. Hasta que no dejó de besarme, no pude hablar, aunque hacía rato que estaba más pendiente de otros sentidos que de hablar.

—Necesito que estés dentro de mí, sentirte dentro —le dije, atrayendo su cuerpo hacia el mío.

—¿Estás segura? —No le veía la cara, pero por su voz imaginaba que estaba conteniendo el deseo de dejarse ir, igual que yo. Llevaba un rato que si veía que mi excitación iba a más, cambiaba el ritmo para que no me corriera.

Hizo que me girara tirando de mis caderas, por lo que quedé de rodilla sobre la mullida alfombra con mi cuerpo apoyado en la cama. Me quitó el pañuelo de los ojos y pude ver nuestra imagen en el espejo. Sentí puro deseo. La humedad de mi sexo bajaba entre mis piernas. Tenía los labios rojos e hinchados por sus besos; la piel, brillante por el aceite y el sudor. El anhelo de que me follara rezumaba por cada poro de mi piel.

Se colocó detrás de mí sujetando mi culo. Apoyó su polla en la entrada húmeda de mi vagina. Di un respingo y moví mis caderas hacia atrás, deseando que entrara, que me hiciera suya y que él fuera mío.

Entró de un solo movimiento hasta el fondo. No ahogué el gemido. Salió de lo más profundo de

mi garganta. Lo deseaba tanto que no podía pensar en otra cosa. Aumenté el ritmo de mis movimientos y él sus empujes. Con sus dedos incrementó tanto mi ansia por correrme, que me mordí el labio casi sin darme cuenta. Mi espalda se amoldó a su cuerpo. No pude controlar los impulsos y él lo notó. Empujó más fuerte. Noté las pulsaciones de su polla en mi interior y como se fue. La calidez invadió hasta lo más hondo de mi sexo, haciendo que me fuese poco después que él.

Su orgasmo recorrió todas las fibras de mi cuerpo a la vez que el mío. Quedó relajado sobre mi espalda, pero apoyado para no agobiarme con su peso. Extendió los brazos para unir sus manos con las mías, acariciándolas. Todas las imágenes que había visto reflejadas en el espejo estaban ahora en mi mente: su cara de deseo y de lujuria, pero también de total entrega. Así había conseguido aumentar mi confianza en él hasta entregarme sin reservas ni dudas.

Nos mantuvimos unos minutos en silencio hasta que finalmente nos separamos. Al hacerlo, me di la vuelta y me subí a la cama. Sus dedos pasaron por mis labios una vez más.

—Te has mordido —me dijo tras besarme con suavidad.

—No me he dado ni cuenta —le contesté sonriendo, pero recordaba exactamente en qué momento me había pasado.

—¿Quieres algo de comer para recuperar fuerzas? —me preguntó con una ligera sonrisa.

Lo besé y también sonreí.

—Creo que optaré mejor por descansar. A no ser que tengas otra idea.

—No me tientes. Como tener, tengo varias que te gustarían. —Rozó uno de mis pechos y pegó su erección a mi cadera—. Pienso que nos hemos ganado un descanso —terminó diciendo mientras me abrazaba.

Me acomodé a su cuerpo y, a los pocos minutos, estaba tan relajada que terminé durmiéndome.

Cuando desperté, hacía rato que debía de haber amanecido. Ari estaba a mi lado, rodeándome la cintura. Me giré despacio para mirarlo y él se movió dormido hasta ponerse boca arriba. Eso me permitió apoyarme en un codo y mirarlo con detalle: su rostro relajado, la anchura de sus hombros, su vientre plano, el surco que le recorría desde la cintura a la ingle y que tanto me gustaba admirar en los cuerpos de los hombres. No sé si a lo largo del sueño llegó a estar en reposo, pero, ahora, pese a estar dormido, mantenía una destacada erección. La verdad es que estaba bien dotado.

Con cuidado me coloqué casi encima de él cual larga era. Se despertó y durante unos segundos me miró sorprendido. Inmediatamente, me puso las manos en el culo y sonrió. Su miembro estaba entre él y mi bajo vientre.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —le contesté con una sonrisa pícaro.

—Esta es una buena forma de despertarse —respondió —: Aunque no me mires así que me enamoras el alma, me enamoraré de ti y no habrá quién me detenga.

Mientras me acariciaba fue buscando mi boca. No tardó en ponerme a tono y lo uno llevó a lo otro. Esta vez fue rápido. Más bien un aquí te pillo, aquí te mato, aunque fue una forma más que agradable de iniciar el día.

Decidimos hacer un té en el infiernillo que había en la jaima y tomamos los dátiles, pan de pita y dulces. Aprovechando los servicios que había al lado de la jaima, nos aseamos un poco, pero estaba deseando llegar a casa para darme una buena ducha.

Cuando salimos, Mohamed, su esposa y sus hijas estaban esperando para despedirnos. Nos trajeron las monturas y salimos de Petra. Ya era hora de volver a casa, pues en nada tendría la recepción en la embajada. Debía de leer el correo para preparármela, hablar con Ana y saber de



James. Y volver a ver al Mayor me ponía muy nerviosa. No sabía cómo sería nuestro primer encuentro después de mi boda con Ari.

Había sido mi Pigmalión. Aunque siempre me sentía segura, la relación que estos días había empezado con Ari era totalmente distinta. A James le gustaba, no había duda, pero no me necesitaba. Si estaba en su vida, lo disfrutaba, pero ¿y si no estaba? Siempre me decía que él iba a estar ahí, pero ¿en calidad de qué? En esos momentos era cuando odiaba ser analista.

## Capítulo undécimo

### Los preparativos

En el viaje de vuelta, aproveché para preguntarle cómo había empezado su relación con Mohamed y los beduinos. Ari comenzó contándome que había sido más bien por casualidad. Por sus conocimientos de ingeniería, ayudó al montaje de canalizaciones, de pozos y aconsejó sobre cómo optimizar los cultivos, mejorando sus condiciones de vida. Como contrapartida, la familia de Mohamed era un buen apoyo cuando había que moverse por el desierto del Neguev. Como los drusos, los beduinos eran aliados naturales de los israelíes.

Cuando llegamos a Tel Aviv, nos dirigimos directamente a mi apartamento.

—Me ha gustado mucho la pulsera —dijo, mirándola en mi muñeca y acariciando levemente la que él llevaba.

—Se llama pulsera de nudo africano —le contesté sonriendo—, en cuanto la vi me gustó para ti. Una manera de recordar lo bien que hemos estado en Petra.

Ari se acercó, cogiéndome de la barbilla para que lo mirara.

—Hay otras cosas que me recuerdan lo bien que hemos estado —dijo, besándome con suavidad como con miedo de abrir de nuevo la herida.

Le agarré por la nuca y mi beso hizo que su boca reaccionara más duramente. Quería un poco de ese dolor de recuerdo.

—No me hagas eso, que me dejas sin armas y rindo la plaza —me dijo, sonriendo. Se separó un poco de mí y noté su respiración más agitada.

—¿No has tenido bastante? —le dije, provocándole.

—Sabes que no. Podría pasarme horas mirándote, oyendo tu voz, oliendo tu piel, analizando cada gesto, grabando en mi retina tu imagen y, sobre todo —hizo una pausa, volviéndose a acercarse hasta tener sus ojos y su boca muy cerca—, follándote hasta que me suplicas que te dejara. — Cuando dijo esto su mano empezó a subir por mi pierna hasta llegar a mi ingle, donde paró.

El calor subió por todo mi cuerpo como un latigazo.

—Por eso prefiero dejarlo aquí. Creo que, de momento, tenemos que darnos un respiro. —Me dio un beso rápido justo antes de salir del coche y recoger mi equipaje.

Sabía jugar fuerte. Más de lo que pensaba. Me había quedado igual de ansiosa que él.

Subí a mi piso y toqué el interfono del piso de James, pero no me llegó respuesta. Por un lado me alegré de que no estuviera, porque no estaba preparada para hablar con él; pero, por otro, quería poder hacerlo pronto. Sabía que cuanto más tardara, más podría enrarecerse el ambiente entre nosotros. Los días con Ari me habían permitido aclarar bastante cómo me iba a plantear la relación, y después de conocer la historia de Laila tenía más claro qué camino iba a tomar y qué era lo más adecuado para los tres. Sé que Ari lo vería bien así, pero ¿pensaría igual James? Decidí no insistir en la búsqueda de mi vecino.

Dejé el equipaje en el salón. Me dirigí directamente a darme una buena ducha. Me miré al espejo el cuerpo decorado con la henna. Era magnífico. Sabía que tardaría un tiempo en desaparecer e iba a aprovechar para lucirlo en cuanto tuviera ocasión.

Tras la ducha abrí mi ordenador buscando el correo donde estaba la invitación al evento de la embajada. No era en la embajada en sí, sino en un hotel de la ciudad. Junto a la invitación había

un correo adjunto de Ana donde me explicaba el fin del acto. Solía ser para recaudar fondos para organizaciones humanitarias que trabajaban para los campos de refugiados. La asistencia presuponía un donativo que la agencia se encargaría de cubrir.

También solía haber subastas de algunas obras de arte o de algún producto acorde al evento. La agencia me recomendaba que actuara en la subasta con sentido común. Se serviría un coctel con aperitivos. Daba orientaciones sobre la ropa que llevar, lo que agradecí mucho. Cuando acabé de leerlo todo y tomar notas, le mandé un mensaje a James:

—Hola, ya he llegado. —No sabía si podría estar ocupado. No tardó nada en llegarme su respuesta.

—Hola, estoy trabajando. ¿Bien? ¿Leíste el correo?

—Sí, todo bien y sí, he leído el correo. Mañana me dedicaré a buscar todo lo que necesite. ¿Nos vemos antes?

—He hablado con Ari. Los dos vamos a la fiesta, pero tengo un compromiso ineludible y tendré que acompañar a una mujer al evento, y ya que él también está invitado, puede recogerte.

—En realidad, puedo ir sola perfectamente. No creo que me coman —dije medio en tono de enfado y medio en broma.

—Imagino. Es más, lo tengo claro. Pero dudo de que mi amigo pueda ir solo al evento sin que se lo coman a él, ya verás por qué. Es él el que necesita protección ante tanta loba.

Capté el tono jocoso del comentario al responderme.

—Vaya. Pensaba que era un evento benéfico.

—Sí. Pero este año la recaudación de fondos va a causar furor gracias a la subasta. Puede que hasta incluso tú quieras participar —dijo misteriosamente.

—Vale, estupendo. Me fio de ti plenamente.

—Hazme un favor, ponte espectacular. Es más, mañana por la mañana se pondrán en contacto unos amigos míos contigo. Ellos están acostumbrados a vestir a las asistentes de este tipo de eventos. Te ayudarán con todo lo que necesites. No escatimes, hazme caso ahí también.

—Ok.

—Aprovecha la piscina si quieres. Ya nos vemos en la embajada.

Me extrañó mucho el comentario sobre el tipo de fiesta, tal y como lo comentaba Ana en el correo, parecía una más de las fiestas a las que había asistido. Sin embargo, de la forma en que James lo contó, parecía que iba a una zona de guerra.

Al día siguiente, cuando estaba desayunando, recibí un mensaje:

—Buenos días. ¿Señora Toledano? Somos Alex integral. James se puso en contacto con nuestro equipo para ayudarlo en su primer evento en la embajada —soltó todo seguido.

—Sí. —Me sorprendí ante tanto ímpetu por parte de mi interlocutor.

—Bien, bien. Dentro de un rato, si le parece oportuno, nos pasamos por su apartamento y le mostramos nuestro trabajo.

—Perfecto. ¿Sabe dónde estoy alojada? —le pregunté.

—Sí. He trabajado varias veces para Raquel. En dos horas nos vemos allí.

No pude remediarlo. No estaba acostumbrada a este tipo de servicios y le mandé un mensaje a Raquel.

—Hola, buenos días. Acabo de sentirme bastante sorprendida ante la llamada de Alex integral —le escribí.

—Lo entiendo. Prepárate para Alex y su equipo. Ya verás por qué se llama integral. Deja que te aconsejen aunque tú tengas la última palabra.

—Eso me ha dicho tu hermano, además de añadir que no escatime. No imaginaba que un coctel

en la embajada fuera tan complicado.

—Es que este no es un coctel cualquiera de la embajada, es el coctel benéfico más conocido de Tel Aviv. Lo podrás comprobar tú misma cuando lo sufras —le noté un toque irónico.

—Me estás dando un poco de miedo. No sé si estaré preparada para esta importante misión —le respondí entrecomillando como ella algunas palabras para darle el mismo tono irónico.

—Tranquila, solo necesitas un poco de orientación. Siendo como eres, seguro que lo vas a disfrutar. ¿Con quién vas?

—Con Ari. James alega acompañamiento ineludible.

—El pobre. Dudo que lo pase tan bien como tú, a saber con qué arpa le tocará actuar de canguro o, lo mismo, se lo pasa genial. Mi hermano es imprevisible con sus planes B. Que te mande a Alex me hace sospechar que vas a disfrutar de su plan B. Te dejo, yo también iré, ya nos vemos.

—Ya nos vemos —terminé.

No sabía si alegrarme por la ayuda de Alex o sentir preocupación por el posible plan B de James. No es que estuviera celosa ni que tuviera miedo ante lo que me pudiera encontrar, pero lo desconocido siempre me daba dolor de estómago.

Puntual como anunció, a las dos horas llamaron a mi puerta. Cuando se abrió el ascensor, me encontré con Alex y todo su equipo.

—Buenos días —dijo, tendiéndome su mano.

Era un hombre de unos 60 años indefinidos, alto, delgado, elegante. Su pelo era blanco, peinado hacia atrás, su piel morena-bronceada; de aspecto decidido y, viendo al equipo que le acompañaba, con grandes dotes de organización.

—James me llamó para aconsejarme para la fiesta de mañana, aunque tengo unas estupendas referencias de su buen gusto innato. Nuestro trabajo incluye ropa, complementos, tratamiento de la piel, manos y pies, junto con peluquería y joyas.

—Estupendo. Me pongo en sus manos —dije, alagada por el cumplido, aunque suponía que se diría a todas las mujeres.

—Permíteme que te tutee, ya que tenemos que tener un alto grado de complicidad. Veo que estás decorada con henna, ¿qué hacemos con ella?, ¿lo borramos?, ¿la resaltamos entera? o ¿solo algunas zonas? Lo mismo digo de las extensiones. Son buenas y se puede sacar buen partido de ellas —dijo, tocándome el pelo. Por su trabajo sabía de un vistazo qué le sentaba bien a cada clienta y qué podía necesitar.

—Me dejo aconsejar. No sé a lo que me voy a enfrentar mañana —le contesté —, pero sí me gustaría mantener algo de la decoración de henna que me trae buenos recuerdos.

—Manos a la obra. Tenemos trabajo por delante —dijo, dando un par de palmadas hacia el equipo que le acompañaba y que se había quedado quietos detrás del estilista a la espera de órdenes. Fue el único gesto que necesitó para que se pusieran en marcha.

Comenzaron colocando por el apartamento todo lo que iban a necesitar para su trabajo. De las cajas sacaron varios vestidos, zapatos y bolsos a juego para cada modelo.

—Primero elegirás el traje que más te guste y, a partir de ahí, desarrollaremos todo el trabajo —dijo Alex, acercándose a cada traje, detallando sus virtudes y sus inconvenientes a la hora de elegirlo.

Me probé los cinco modelos que había traído. Me sorprendió al probarme el primero que la talla era la mía y que serían pocos los ajustes que tendría que hacerme.

—Querida, James tiene un estupendo ojo clínico. Tal y como te describió me ha sido fácil elegir —añadió Alex, con un tono de orgullo y una gran sonrisa.

Opté por un traje vaporoso y primaveral, con estampaciones florales verdes, amarillas, beige y blancas. El asesor me comentó que el coctel se desarrollaría, como siempre, en un jardín interior de un hotel de moda de Tel Aviv. El traje era largo, tenía un poco de cola, pero la falda era con un ligero vuelo que, al moverme, haría que se vieran los zapatos a juego. Por una discreta abertura en el lado izquierdo, podía verse parte de mi pierna, que había decidido dejar decorada. El vestido estaba sujeto al cuello con un bonito broche verde agua y plata a juego con el estampado del traje. La parte de arriba era drapeada, con un profundo escote delante y la espalda descubierta. Para evitar problemas con el escote y mi talla de pecho, el traje tenía un estupendo sistema de contención, muy bien colocado e invisible. Una vez elegido, todo se movería en torno a él. Los zapatos tenían un buen tacón y un color similar al broche del cuello y el bolso iba a juego y tenía una pequeña asa de muñeca que me permitiría tener ambas manos libres.

—Necesito ver la decoración de tu cuerpo para que me digas qué parte eliminamos y cuáles resaltamos —comentó Alex y, haciendo un gesto, acercaron un gran espejo que colocaron delante de mí.

Después de un amplio repaso, decidimos resaltar el de la espalda y una de las manos y los pies, que lucirían bien cuando mi pierna morena sobresaliera por la abertura de la falda. Esto se podía potenciar porque la falda tenía bolsillos ocultos a cada lado que ayudaba a mantener la movilidad y la cola en su sitio. Tras un buen peeling y hacer una revisión a las extensiones, quedaron para volver al día siguiente justo después de comer. Cuando quedé sola, pensé en darme un baño en la piscina. En ese momento recibí un mensaje.

—Hola. ¿Qué tal? ¿Has descansado? —Era de Ari.

—Pensando en darme un baño. ¿Estás muy lejos u ocupado? Te invito.

—Perfecto, dame una hora y me paso por allí —contestó.

Ari llamó. Tras abrir me encontré con él en el ascensor. Vi que llevaba varias bolsas y comprendí que me iba a sorprender con la cena.

—He pensado, por la hora que es, que después de un buen baño, podemos tomar algo con un buen vino. —Colocó todo en la encimera de la pequeña cocina de la piscina tras darme un beso que me supo a poco.

Estuvimos un buen rato de charla. Cuando cayó el sol preparó la cena. Me encargué de colocar un poco la mesa y las sillas para aprovechar el fresco atardecer. Acabada la cena, y con dos copas para el vino, hablamos de los detalles del evento del día siguiente.

—Se celebra desde hace unos años. Es la fiesta cool de la capital a nivel benéfico. Quien no aparece por la fiesta es que o no está en el país o no es conocido. Está promovida por grupos judíos, sobre todo sefardíes, que, bajo el paraguas de una embajada amiga, quieren paliar, en la medida de lo posible, los desajustes económicos que sufre el país —dijo, sin meterse en más detalles.

—¿Por qué tanto interés en que destaque y vayamos de pareja? —le pregunté.

—Que sea una fiesta benéfica no quita que luego sea como todos los eventos: un hervidero de comentarios. La nueva agregada de la embajada ha causado furor, sobre todo por las amistades que frecuenta. Este país y Tel Aviv son muy pequeños. La gente está expectante, puede que te aplaudan o te despellejen, pero eso sí, siempre con mucho estilo. Alguna examiga nuestra que esté allí puede que no pierda la oportunidad de querer llamar la atención a tu costa. James ha querido ponerte, como mínimo, en igualdad de condiciones para moverte en ese ambiente. Aun así no dudamos de que te lo vas a pasar bien —dijo, sonriendo—. En cuanto a lo de ir como mi pareja, pues imagina: lo uno lleva a lo otro. Crearía demasiada expectación si cada uno apareciera por un lado. Estaríamos todos solos ante el peligro y, de esta forma, haremos grupo, si te parece —

terminó de comentar mientras levantaba su copa para brindar.

—Me parece perfecto. Lo tomaré como un reto —contesté, devolviendo el brindis, pero me inquietaba un poco tanta expectación.

—Estupendo. Mañana te recojo sobre las ocho, y ahora me retiro. Conociendo a Alex y su trabajo, vas a necesitar estar muy descansada —dijo, levantándose.

—Te lo agradezco. Ya hoy me ha dejado un poco lista de papeles —le contesté sonriendo y dándole un cálido beso de despedida.

Me agarró con una mano por la cintura, aprovechando el momento para devolverme un profundo beso y luego desaparecer en el ascensor. Me fijé en que llevaba puesta la pulsera que le había regalado, ¿se la pondría mañana?

## Capítulo decimosegundo

### La fiesta en la embajada

Alex llegó a las tres de la tarde, justo acababa de terminar una ligera comida por consejo del estilista. Empezaron con la pedicura, manicura y decoración del cuerpo donde habíamos decidido mantener la decoración de henna. Después seguirían con la peluquería y maquillaje. Tuve la duda de si dejar la melena suelta y ondulada o hacer un medio recogido que me permitiera lucir el broche del traje, el escote de la espalda y la decoración de mi cuerpo. El final fue impresionante, dejándome muy satisfecha de la imagen que el espejo me devolvía. De joyas al final opté por la pulsera de plata y unos pendientes del mismo metal con piedras de colores a juego con el vestido. Me temía que iba a llamar la atención más de lo que quería. Mis formas eran rotundas, pero el traje y los tacones me estilizaban.

—Querida, eres una auténtica obra de arte. Da gusto trabajar contigo. Entiendo por qué a James y a Ari le pareces una mujer espectacular —dijo Alex entusiasmado con el resultado.

A las ocho, puntual, Ari llamó y tomé el ascensor para darle el encuentro. Cuando salí, me encantó verle con el esmoquin; estaba segura de que íbamos a causar sensación.

—Pensaba que después de haberte visto en Petra ya lo había visto todo, pero siempre me sorprendes —dijo él con los ojos brillantes de deseo.

—Tú tampoco te has quedado atrás —le dije, admirando lo bien que le sentaba el traje.

Me tendió la mano y vi que llevaba la pulsera, sonreí mentalmente. Me hizo girar sobre mí misma para verme al completo. Tras eso nos subimos al coche. Cuando estuve sentada me miró fijamente, sonriendo. Su mano se acercó a mi cuello y deslizó suavemente los dedos bajando por mi escote hasta el nacimiento de uno de mis pechos. Con delicadeza me lo acarició, introduciendo sus dedos bajo la tela y acercándose al pezón.

—¿Lo sigues teniendo decorado? —me preguntó.

—Sí —le contesté. No pudo evitar el gesto de respirar profundamente y soltar despacio el aire. Vi en su mirada que estaba recordando y el recuerdo le excitaba como a mí.

—Porque vamos a donde vamos, si no me encantaría volver a verlo —me dijo, apartando de allí su mano para ponerla sobre mi pierna.

Me acerqué y le besé sin prisas. Su mano se deslizó por debajo del vestido hasta llegar a mi ingle y seguir desde ahí profundizando un poco. Comenzó a acariciar muy despacio mi sexo a través del tejido de la ropa interior.

—Me quedaría ahí dentro —me dijo al separarse un poco—, pero los efectos pueden ser demoledores para los dos.

Mi mano estaba posada sobre su pierna y también lo acaricé hasta llegar al punto en el que pude comprobar que, en efecto, podría ser demoledor para los dos; su excitación era más que evidente debajo de ropa.

—Mejor que lo dejemos. Si no, no vamos a poder salir, sobre todo tú, sin que seas un escándalo —dije con una leve carcajada.

—Me encantaría ser un escándalo si es por ti, pero sí, mejor dejarlo o no voy a poder salir del coche —dijo, poniéndolo en marcha para enfilarse hacia una de las avenidas principales de la ciudad.

Dejé mi mano sobre su pierna. Me gustaba sentir su calor a través del tejido del pantalón y notar sus músculos cuando cambiaba de marcha. Pero no seguí con el juego, podía ser muy incómodo para él.

—En cuanto llegemos verás que hay muchos periodistas —dijo al girar en la esquina. Y, en efecto, pude comprobarlo. Parecía Hollywood y su alfombra roja.

Paró. Un aparcacoches abrió mi puerta y Ari me tendió la mano cuando estuvo a mi altura. Me guiñó un ojo a la vez que entregaba las llaves al empleado del hotel.

Salí con mucho cuidado, viendo la cantidad de periodistas en la puerta, pero también había venido a lucirme, si no me habría puesto otro tipo de vestido. No iba ahora a ser recatada. Me agarré del brazo de mi amigo, sujetándome con cuidado la falda para no pisarme la pequeña cola. Dejé ver lo justo de mi pierna decorada. Sonriendo, iniciamos la marcha. Ari acercó su boca a mi oído y apoyó su mano sobre la mía, que estaba en su brazo y, dándome unos golpecitos, me dijo: tranquila.

Cuando llegamos a la recepción del hotel, vimos que estaba llena de otros grupos de invitados. Eché un vistazo rápido y no vi a James. Mi acompañante saludó a algunas personas, aunque observé que no tenía intención de acercarse a nadie en particular y mantuvo un paso calmado.

—Te aviso de que ahora viene el plato fuerte. El coctel se desarrolla en los jardines que están en la parte de atrás del hotel. Hay una estupenda escalera que baja hasta allí, con lo que seremos muy visibles para todo el que esté ya abajo —dijo, sujetándome con más firmeza. Me encantaba el olor y el calor que emanaba su cuerpo. Aparté esos pensamientos y miré al inicio de la escalera. Mis sentidos debían de estar ahora alertas.

—¡Magnífico! Pensaba que podría pasar desapercibida —contesté con una pequeña carcajada.

—Siento decirte que nunca pasarás desapercibida —dijo bajando la voz en un tono que me aceleró el pulso.

—No bajes directamente. Dame unos segundos para que vea el escenario y me sienta más segura —añadí.

—Tienes todo el tiempo del mundo —me contestó mientras me mantenía próxima a su cuerpo.

Desde lo alto de las escaleras pude ver el jardín y descubrí a James al fondo, hablando con una chica alta y rubia que, automáticamente, levantó los ojos en cuanto aparecimos al borde de la escalera. El siguió su mirada y vi su cara cuando sus ojos se posaron en nosotros. Noté su sorpresa, su satisfacción y algo más que no identifiqué bajo su sonrisa. Sin embargo, al fijarme en su acompañante, observé su cara de desagrado.

Sin apartar mi mirada del frente y sin dejar de sonreír le pregunté a Ari:

—¿Quién es la despampanante rubia que nos ha apuñalado con la mirada tal como nos ha visto? —Pensaba echar toda la carne en el asador.

—Veo que hemos llamado la atención de Loretta. Su padre, un rico ejecutivo, no encuentra para ella un árbol para colocarla; es una pequeña caza fortunas. El control del imperio lo heredará su hermano. Su familia sabe que, como caiga en manos de ella, se lo va a fundir en poco tiempo.

—¿Y James? ¿Qué tiene que ver con ella? —pregunté sin poder contenerme.

—¿Celosa? —Sonrió, enseñando los dientes y con un tono divertido.

—Solo me sorprendió. No la veo de su estilo, por lo que me has contado —le contesté, tratando de quitar importancia a mi comentario.

—Le hace un favor al padre, y a otros muchos hombres. Creo que James es el único acompañante que es capaz de contenerla, aunque pienso que esta noche le va a costar trabajo.

Se acercaron los camareros con las copas y nos unimos a uno de los primeros grupos próximos a las escaleras, donde se iniciaron las presentaciones y las charlas. Durante los aperitivos fuimos



moviéndonos entre los grupos, charlando con diferentes personas, algunas de las cuales se acercaron a nosotros. Por el tono al presentarnos, notaba si eran buenos amigos de mi acompañante o solo conocidos. También estuvimos con Raquel, que alabó mi buen gusto al elegir el vestido para el coctel y me confirmó que había escuchado varios comentarios interesándose por mí. Pero no soltaba prenda, solo comentaba que era la nueva agregada cultural y de ayuda humanitaria de la embajada española en Israel.

Llevábamos una hora disfrutando del ambiente, cuando ocurrió lo que estaba esperando. Por el rabillo del ojo, vi como Loretta arrastraba a James, que sonreía divertido como calibrando la jugada. Había percibido que no era el primer intento, pero siempre fue retenida por otros grupos, que habían llamado la atención de uno u otro. Sin embargo, ahora estaba decidida a acercarse a nosotros.

—Bueno, Ari, ¿cuándo me vas a presentar a tu amiga la española? —espetó con un tono que no me hizo ninguna gracia.

Mantuve la sonrisa pese a la entonación del comentario cuando me di la vuelta y me quedé mirándola, esperando la presentación que inició James.

—Ella es Myriam Toledano, agregada cultural y de relaciones humanitarias de la embajada española en Israel. Loretta, una amiga —dijo sin añadir mucho más, aunque sospeché que no había mucho más que decir.

Me tendió la mano blanda sin personalidad ni fuerza, lo que manifestaba una gran falta de interés, solo hubiera sido peor si la hubiera tenido sudada.

—Bonito vestido, ¿desde cuándo una agregada a la embajada tiene tanto nivel? —dijo, mirando a su entorno para ver quién le reía la gracia.

—Pues, tal vez, como diría una amiga, desde que bajé de Notre Dame y me operé de la chepa —contesté sin dejar de sonreír, sabiendo que el comentario había sido bastante borde. Si en ese momento hubiera tenido un cuchillo me lo habría clavado. Su sonrisa se transformó en una mueca de asco.

—¿Qué tal te fue ayer en la piscina del apartamento? —James cambió de tema al ver que el ambiente se estaba caldeando por momentos, aunque parecía divertido.

—Te echamos de menos Ari y yo, como siempre —le contesté, pensando que de un momento a otro Loretta empezaría a soltar espuma por la boca.

—¿Vivís juntos? —acertó a decir en un tono más chillón de lo recomendable en este tipo de reuniones.

—Tengo mucha amistad con Myriam —dijo Raquel, sumándose a la conversación con un gesto de que lo estaba disfrutando, pero tratando de que el intercambio de palabras no fuera a mayores —, y le cedí gustosamente mi apartamento, ya que, últimamente, estoy viviendo más en el hospital debido a mi trabajo.

—Bueno, Loretta, creo que tu copa está vacía y la lengua se nos está secando —dijo James, agarrando a la mujer rubia por un brazo y despidiéndose de nosotros sin darle tiempo a réplica—. Sería bueno buscar a un camarero para rellenarlas.

—Creo que vino por lana y salió trasquilada, se dice así, ¿verdad? —preguntó Raquel.

—Espero no haber sido muy grosera —le dije mientras asentía, agradecida en mi mente de que James la hubiera apartado de nosotros.

—Tranquila. Se ha llevado lo que se merecía. Pocas personas se han atrevido a enfrentarse a ella y le viene bien. Es una impertinente y maleducada —dijo Raquel.

—Sí. Pero no quiero que os pueda traer problemas —le contesté.

—Nada que no se pueda solucionar. De todos modos, el hecho de que estés con Ari, con James

e, incluso, que seamos amigas, ya es bastante para ponerse en su punto de mira. Siempre ha intentado volver a nuestro círculo privado de amigos, ya sea por sí misma o enganchándose a alguien. El que tú estés y ella no, ya es suficiente para ser impertinente y, por lo menos, te has dado la satisfacción de ponerla en su lugar —comentó Raquel a la vez que colocaba su mano en mi brazo como para reforzar con su gesto el apoyo y la estima que me tenía.

—Eso sí. Aunque no creo que con mi comportamiento de hace un momento hubiera conseguido una buena puntuación en el examen de prudencia diplomática —dije riéndome.

—Somos ante todo personas y nadie nos tiene por qué avasallar —dijo Ari, ofreciéndome una copa. Seguimos charlando y moviéndonos entre los invitados que disfrutaban del coctel en el jardín al son de la música.

—¿Aceptas acompañarme en este baile? —oí la voz de James a mis espaldas. Miré a Ari, que asintió con la cabeza.

Me di la vuelta y sonreí a James. Estaba un poco inquieta por los acontecimientos con Ari y el encontronazo con Loretta.

—¿Dónde has dejado a tu acompañante? —le pregunté mientras su cálida mano se apoyó en mi espalda nada más entrar en la pista de baile.

—Con un ruso que ella piensa que es mejor partido que yo esta noche —contestó con una sonrisa, pero con un leve gesto de cinismo—. Estás espectacular esta noche. Realmente siempre tiendes a estarlo, pero esta vez has causado una gran impresión. —Finalizó acercándose a mi cuello con complicidad. Su aliento se posó en mi piel y me estremecí al sentirlo. Desde luego no me lo ponía fácil.

—Sí. Pero no han sido todas buenas impresiones —le contesté.

—Siempre habrá necios que no sepan valorar las buenas obras de arte y solo buscan firmas reconocidas. —Sus labios, tan cerca, hicieron que un hormigueo recorriera mi espalda.

—¿Qué tal tu trabajo con mi amigo y tu estancia en Petra? —me preguntó sin apartarse de mi cuello. Aunque cuando acabó la pregunta, se apartó de allí y me miró a los ojos, esperando la respuesta.

—Supongo que te habrá llegado algún informe —le contesté, medio en serio medio en broma.

—Sí. Aunque ha sido de forma involuntaria. Sabes que me preocupó por ti, pero prefiero que seas tú la que me lo cuentes de primera mano —me susurró al oído.

Notaba su cuerpo cálido. También me gustaba su olor, pero no podía estar nadando y guardando la ropa. Sabía que estaba entrando en un juego al que no debía jugar; pero un juego al que había decidido poner yo las reglas y tomar mis decisiones. Era lo que James había dicho: debía de marcar un límite entre los tres. En ese preciso instante, la pieza de baile finalizó.

—Prefiero dar un paseo —le dije mientras me separaba de él. Mantuve una sonrisa al coger una copa de la bandeja que me ofreció un camarero. También se me estaba poniendo la boca seca. Llegamos a una zona apartada del jardín, donde la música se oía lejana, y me apoyé en un árbol, ya que se me hundían los tacones en el cuidado césped.

—Ya habrás leído el informe. Y sobre la estancia en Petra, muy bien. Ha cubierto con creces todas nuestras expectativas culturales y sociales —le contesté, dando un sorbo a la copa. No me encontraba en ese momento con ganas de darle más detalles, pero él no cambió de conversación.

—He visto la henna que decora tu piel. ¿Fuiste a alguna boda? —me preguntó mientras sujetaba una de mis manos y con su pulgar acariciaba mi muñeca. Se paró cuando vio la pulsera. Frunció un poco el ceño en un gesto rápido, pero siguió con la caricia.

—Ari organizó con Mohamed una ceremonia de boda. Nosotros fuimos los novios —le contesté mirándole a sus ojos.

No dejó traslucir ningún sentimiento que pudiera leer claramente. Solo, durante un leve lapsus de tiempo, cambió el ritmo con el que me acariciaba la muñeca. Hubiera preferido un gesto de enfado o de sorpresa, pero no dijo nada. Tenía claro que la pelota seguía en mi tejado.

Di otro sorbo a la copa y la dejé en una mesa que tenía próxima. Menos mal que los cocteles estaban bastante ligeros de alcohol. En ese momento James tiró de mí, lo que hizo que me apoyara en su pecho con las dos manos para no perder el equilibrio. El calor que desprendía me atravesaba más allá de la piel. Con sus dedos en mi barbilla levantó mi cara y me miró a los ojos, en silencio, besó el nacimiento de mi pelo y fue descendiendo con sus labios hacia mi oreja, el cuello. Después se inclinó hacia mis propios labios, jugueteando con los suyos, para luego introducir su lengua en mi boca, buscando la mía. Un temblor recorrió mi cuerpo. James se separó, abrí los ojos y me encaré con los suyos.

—James, no hemos hablado en realidad y tenemos que hacerlo. No creo que ahora sea el momento de tener esa conversación, pero tampoco quiero dar pie a ningún malentendido si seguimos por este camino —le dije.

—No hay problema. Habrá tiempo para todo y tienes razón. Estamos en una fiesta y en un lugar demasiado público para mi gusto. Además, ahora llega el momento de la subasta —me dijo acariciando mi mejilla.

—¿Qué es lo de la subasta? —pregunté mientras volvíamos a una zona más concurrida del jardín. Llevaba la cabeza llena de preguntas sin respuestas, pero tenía una decisión clara.

—Ya lo verás. Va a causar una gran sensación. Os dejo un momento —dijo tras acercarse donde estaba Ari y su hermana Raquel.

—¿Qué tal estás? —me preguntó Ari, aunque comprendí lo que había detrás de su pregunta.

—Tengo que hablar con tu amigo y contigo en otro momento más tranquilo —le dije, intentando no dejar traslucir parte de la turbación que me llenaba, aunque no estaba muy segura de haberlo logrado.

—Lo entiendo. —Cambió de tema, pero en su voz noté un tono de preocupación—: ya empieza el espectáculo fuerte.

El director de la subasta, y presentador del acto, comenzó saludando y explicando en qué iba a consistir este año. Se trataba de invitaciones a lujosas cenas, donadas por destacados restaurantes, en las que habría un caballero acompañante por el que se podría pujar. La cuestión era conseguir dinero para los campamentos de refugiados, en concreto, para varios hospitales de campaña y material sanitario.

Se presentaron varios voluntarios de todas las edades. No me sorprendió mucho ver a James entre ellos. La puja fue divertida para los invitados, ya que alguna de las señoras pujó por el marido de sus amigas, según me iba contando Ari. De todas formas, ya me imaginaba algo así por la risa de los asistentes. El director de la subasta animaba a las invitadas, aprovechando el clima de complicidad que se había creado, aumentando la recaudación que se pensaba conseguir.

Cuando le tocó el turno a James, varias mujeres empezaron con la puja; pero, según fueron subiendo las apuestas, algunas se retiraron, sobre todo cuando Loretta entró en el juego. Pese a su sonrisa, noté la tensión en el rostro de mi amigo. Sin pensármelo dos veces, levante mi mano, apoyando la propuesta del director de la subasta. A Loretta se le cambió la cara y volvió a pujar, eso me calentó la sangre. No quería que se saliera con la suya, aunque en realidad mi plan era que pagase bien cara su cena con James. Volví a pujar un poco más alto y, tras pensárselo brevemente, Loretta hizo lo mismo. Se estaba creando una gran expectación entre los invitados. Por una vez, y sin sentar precedente, me dejé llevar por mi sangre caliente española.

Había vuelto a pujar, pero en ese momento vi a un hombre con los rasgos parecidos a Loretta

acercarse a ella para decirle unas palabras al oído. Con un gesto brusco le contestó lo que parecía una negativa. El hombre, que por su parecido deduje que debía de ser su hermano, y tras un momento de tensión, la sujetó del brazo y le ofreció una copa. Finalmente, la invitó con vehemencia a salir de allí.

Ahora tenía un problema. Había una buena cantidad de dinero que quedaba en liza y, aunque mi plan suponía darle en el morro a Loretta, me había puesto en evidencia. No quedaba bien que demostrase tanto interés por James, aunque por un breve lapso de tiempo eso me dio igual, hasta que vislumbré que estaba en un apuro. Pero en ese momento, Raquel pujó más alto por su hermano y logró que tuviera una salida honrosa.

—Gracias, Raquel. No sé cómo pagártelo —le dije cuando todo había acabado.

—Hacía tiempo que no me divertía tanto en un evento de este tipo y, además, eso no es nada en comparación con lo que solemos donar James y yo a lo largo del año. —Sonrió.

Llamé a uno de los encargados de la subasta y, tras pedir un papel y un bolígrafo, escribí una nota al presentador del acto. Después de retirar todo lo que se había usado hasta el momento, el director anunció la entrega del reconocimiento al organizador del evento, que a su vez haría entrega al presidente de la ONG de todo el dinero de la subasta, así como los donativos individuales de algunos de los invitados. El embajador, como organizador del evento, entregaría los reconocimientos y los fondos. Hasta ese momento no sabía quién era el presidente de la ONG; sin embargo, no me extrañé cuando nombraron a Ari. Todo quedaba en familia.

Tras finalizar los aplausos, se le entregó un cheque simbólico y el embajador añadió que, junto con esa provisión económica, había algunos donantes más, y los fueron nombrando. Cuando pensaba que todo había acabado, también me nombraron, explicando que donaba la mitad de mi puja pese a haber perdido en buena lid con Raquel. Los invitados se volvieron hacia mí aplaudiendo y mi jefe sonrió levemente, inclinando su cabeza en un gesto de aprobación. En ese momento hubiera deseado que la tierra me hubiera tragado y escupido en otro sitio.

Ari se acercó para besarme suavemente en los labios, añadiendo un gracias.

La fiesta continuó entre baile, charla y copas. Poco a poco la gente se fue retirando.

—¿Quieres que te deje en tu apartamento? —me preguntó Ari.

—Sí. Ha sido una noche de muchas emociones.

Esperamos en la puerta unos minutos a que nos trajeran el coche. Nos habíamos despedido de algunos invitados, pero no había visto a James. Suponía que andaría con Loretta.

Me mantuve en silencio durante el trayecto de vuelta. Volví a poner mi mano sobre su pierna como era mi costumbre.

—¿Por qué pujaste por James tan alto? —me preguntó Ari.

—No lo sé. Me empezó a hervir la sangre cuando vi a Loretta tan segura de sí misma pujar por James como si fuera de su propiedad —le contesté, aunque sospeché que esa explicación no se la iba a creer del todo.

—Te salió la sangre española y decidiste que esa propiedad era tuya —comentó pensativo.

—Pues sí. Me he dejado llevar por un impulso latino y no debí de hacerlo. Lo tenía organizado y pensaba retirarme para que a Loretta le saliera muy cara la cena con James. Lo que no esperaba es que su hermano consiguiera que se retirara antes de tiempo. Un imprevisto y un apuro del que me ha sacado Raquel. Ya le agradeceré el gesto, aunque de todos modos era por una buena causa y lo habría pagado con gusto —le contesté.

—Así que, ¿en realidad no querías cenar con él? —dijo con media sonrisa en la cara.

—Eso lo puedo hacer gratis en cualquier momento. Lo que deseaba decirle a Loretta con mucha clase era que no siempre se consigue lo que se quiere por mucho dinero que se tenga —le

respondí.

No estaba muy segura de que mi explicación no sonara a excusa, a fin de cuentas me había puesto en evidencia de la misma forma que lo hizo James cuando me besó en nuestra última despedida delante de Ari. Pero ahora había sido yo la que había marcado territorio ante Loretta.

Cuando llegamos a los apartamentos paró el vehículo al lado de la entrada. Marcó un código con el móvil y entró con el coche hasta la entrada principal.

—Debí de suponer que tendrías el código, como uno más de la familia. —Sonreí.

—Hace años que James me dio el código de su casa —dijo antes de continuar—. Hemos compartido muchas vivencias.

—Tal vez demasiadas —se me escapó el comentario.

—Sí, y por eso quiero hablar contigo. —Me miró y sacó una cajita de la guantera que dejó sobre mi regazo.

Me quedé mirándolo como si hubiera caído de la Luna. La cogí con mucho cuidado, abriéndola. Dentro había una alianza.

—¿Es una conversación sin palabras? —le pregunté sin saber muy bien cómo tomármelo. Me había dejado fuera de juego.

—He dado muchos tumbos por la vida y me he encontrado a muchas Loretas por el camino, hasta que he llegado a un punto en el que te he conocido. Creo que no te soy indiferente y podemos compartir mucho juntos. Antes de que alguien se me adelante, me gustaría pedirte que tengamos un proyecto en común. No implica que nos casemos ni que vivamos juntos, porque tal vez ahora sea un poco complicado por nuestros trabajos, pero sí querría que alcanzáramos un compromiso de exclusividad entre nosotros dos. Hay cosas que solo me apetece compartir contigo y no es el sexo únicamente. Eso casi me es indiferente —me dijo Ari.

Respiré profundamente, la noche había sido completa. Me quedé pensando que Ari lo debía de haber tenido preparado, pero ¿habría sido la subasta el detonante? Saqué el anillo de la caja y se lo pasé a él.

—¿En qué dedo se pone? —le pregunté.

—Si es de compromiso, en la mano izquierda, según algunas tradiciones occidentales.

Con el anillo entre sus dedos, lo colocó en el dedo anular de mi mano izquierda. Se acercó un poco y, agarrándome por la nuca, me dio un ardiente beso.

—Quiero hablar con James —le dije, apartándome un poco antes de que llegáramos a más.

—Me parece perfecto. Imagino lo que puede contestar, pero es bueno que hables tranquilamente. Y, si cambias de opinión, lo entenderé. Me he adelantado un poco, pero es un riesgo que asumo y quiero correr. Tampoco pienses que esto es una competición entre él y yo. Antes de saber la relación que tenías con James, ya tenía claro mis sentimientos. Voy a luchar por ellos, a no ser que me digas que es mejor que seamos amigos.

El corazón seguía latiéndome con rapidez desde el mismo momento que dejó la caja del anillo sobre mi falda. Ahora estaba sin palabras. Me acerqué y, acariciándole la barbilla, le besé. Él reaccionó rodeándome con sus brazos. Sabía que tenía que separarme de su cuerpo o acabaríamos los dos en la cama, y no me parecía adecuado que subiera al apartamento de Raquel. Tampoco éramos dos adolescentes para hacerlo en un coche, buscar un hotel a esa hora o pedirle que me llevara a su apartamento.

—Te dejo. Ya hablamos —le dije.

—Me cuesta despedirme esta noche de ti, pero es lo adecuado —me contestó, sonriéndome.

## Capítulo decimotercero

### El conflicto

No me extrañaba que hubiera supuesto lo que pasaba por mi cabeza. No quise alargar más la despedida. Cogí el ascensor mientras vi que subía al coche. Cuando llegué al apartamento me puse cómoda. Al momento, oí que el ascensor se abría en mi planta. Me di la vuelta extrañada. Apoyado en el marco estaba James, con las manos en los bolsillos y el lazo del corbatín del esmoquin deshecho. Estaba despeinado de haberse pasado los dedos, nerviosamente, por la cabeza. De hecho cuando me vio automáticamente hizo el gesto.

—No nos despedimos.

—Te buscamos. Al no encontrarte, pensé que estabas con Loretta.

—Algo así. Lo mismo hasta me caso con ella —lo dijo en un tono que sonaba a amargura y que nunca había oído en él.

—No jodas. Perdón, pero no creo que sea tu tipo —le solté si pensármelo, aunque al momento arrepintiéndome de la brusquedad. No estaba siendo muy diplomática esta noche, sin embargo también él me lo había escupido sin mucho miramiento.

—Qué más da. Algún día tendré que sentar la cabeza —dijo, sentándose con un gesto de cansancio y hastío.

—Por favor, James. Puedes tener una mujer mejor que Loretta —dije poniéndome delante de él.

—¿Te importa eso? —Se levantó de forma brusca.

Cogió mi cara con sus manos. Me besó con insistencia y rodeó con sus brazos mi cuerpo. Me estaba agobiando. No estaba bien, no estaba borracho, pero sí alterado. Se iba a arrepentir de lo que estaba haciendo en todos los sentidos. Tenía que cortarlo por su bien y por el mío. Tenía las ideas claras y debía de dejárselas claras a él.

—James, Ari me ha pedido que me comprometa con él —le dije, separándome un poco, poniendo mis manos en su pecho.

—Le habrás dicho que sí, supongo. Es un partidazo para ti. Pero nosotros seguiremos siendo amigos. —Terminó la frase mirándome, pero en su mirada no era la palabra amigos lo que estaba viendo. Volvió a buscar mi boca para besarme y tuve que controlar la rabia que me estaba invadiendo.

—Quería hablar contigo, pero ya veo que no estás en condiciones ahora mismo —le dije, dándole un empujón para separarme y que no volviera a besarme—. Así no.

—Hay poco de qué hablar. A fin de cuentas fui yo quien te animó —dijo como ausente.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Te lo digo yo? —le contesté, empezando a cabrearme a la vez que comprendí lo que estaba ocurriendo.

—Al fin y al cabo tú eres la analista —contestó, encogiéndose de hombros.

Estaba intentando ponerme en el disparadero y que lo dejara. Me lo estaba poniendo en bandeja, pero no le iba a dar el gusto de que fuera a su manera. No nos lo merecíamos ninguno de los tres.

—Ari y tú habéis estado muy mal acostumbrados. Cuando estuvisteis con Laila, todo perfecto. Era de común acuerdo, todo parecía maravilloso, y cuando ella os dejó por su marido, todos os

conformasteis. Genial. El tercero en discordia os salvó el culo. Hubo retirada general. Os lamisteis las heridas, pero que os quitaran lo bailado y a otra cosa mariposa. —Tomé aire, pero ya no podía parar—. Luego mucho club liberal para los polvos terapéuticos. A fin de cuentas todos tenemos que cubrir una necesidad fisiológica y allí se hace sin problema. La vida sigue y mejor no comprometerse, ¿verdad? Pero, claro, llego yo y la cosa cambia. —James me cortó el discurso.

—¿Cambia? —dijo endureciendo el tono. Trató de acercarse una vez más y yo, nuevamente, di un paso hacia atrás.

No podía permitir que me tocara, porque, al igual que Ari, tenía la capacidad de desarmarme solo con que sus dedos tocaran mi piel.

—Obvio, ya no tenemos 20 años. Y vale que fue un marronazo cuando nos conocimos; pero, siendo yo la víctima, pasé página. ¿Por qué no te lo perdonas? No me debes nada. No te he pedido nada. No necesito ser tu puñetera obra de caridad. Ha aparecido Ari y, ya sea porque ha madurado de otra forma, ya sea porque no tiene tu carga, él ha dado otros pasos. No digo que sean mejores que los tuyos, pero acepta que puede equivocarse y corre el riesgo. Asume que puedo decirle que no, pero no por eso abandona. Puedo ser, al final, la que tenga todas las cartas de la baraja, pero para jugar hay que tomar parte en el juego. No esperes que todo siga su curso porque siempre te pueden ganar por la mano —le dije, recordando lo que me gustaba apostar y jugar en un casino. Ahora la apuesta era muy alta. James volvió a pasarse los dedos por el pelo mientras caminaba como un león enjaulado por el salón—. Tú me empujaste. Asume el riesgo. No sé qué pasa por tu cabeza, pero hay algo más que desconozco, aunque tengo mi sospecha —le presioné—. Vale, queda muy bien eso de siempre estaré aquí pero ¿en calidad de qué?

—Es mi vida y no tengo por qué darte explicaciones —dijo acercándose a mí de forma agresiva.

Me la estaba jugando. Le iba a hacer saltar. Estaba preparada, más de lo que él pensaba.

—¡Y una mierda! Eso te vale cuando tu vida no influye en la de otras personas. Cuando afecta a mi vida, exijo un mínimo de explicación y tu actitud te la metes por el culo. Aunque me da la sensación de que vas por la vida con el palo metido y ni comes ni dejas comer —le dije, poniéndome delante, provocándolo, aunque estaba alerta.

James me agarró por los brazos, zarandeándome. Acercó su cara y trató de besarme. Lo aparté de un fuerte empujón y empecé a moverme alrededor de él como un boxeador en el ring. La primera regla, que no me agarrara porque su fuerza iba en mi contra, pero mi agilidad en la suya. No me debía dejar atrapar, porque, pese a todo, en cuanto me tocara, y tal como lo deseaba, me iba a costar mucho no rendirme.

—A ti este juego también te gusta —me dijo, tratando de sujetarme para acercarse más a mí como si fuera su presa. No sabía lo equivocado que estaba.

El cabrón me conocía bien y parecía haber leído mi pensamiento. Eso me enfureció más y afirmó mis intenciones.

—No te confundas y evoluciona. Reconócelo: tienes miedo a avanzar, pero no lo dices. Es más cómodo coger lo que te apetece y cuando te apetece. Pero si empujas a alguien fuera del nido para que vuele, no esperes que vuelva ni le crees la obligación de que tiene que volver. No seas infantil —le piqué un poco más, no iba a dar mi brazo a torcer.

Tenía la mirada oscurecida por el cabreo junto con un punto de deseo que conocía muy bien. A mí también me ponía la situación, para que mentir. Sin embargo, esta vez iba a ser yo la que se comportaría con sentido común.

—¿Qué coño te pasa? —volví a preguntarle.

Me aferró, encarándose a pocos centímetros de mi rostro. Empezó a besarme con furia y sus

manos recorrieron mi cuerpo. Estaba tan cabreada que me revolví y, cuando me volvió a besar, le mordí. Al separarse le di con todas mis ganas con la mano abierta. Sus ojos me miraron con sorpresa, pero mostraba rabia. Intentó atraparme. Avanzó para cogerme, pues con la sorpresa del mordisco me había separado bastante de su radio de alcance. Ahí eché los restos, cerrando el puño le di con toda la ira que tenía acumulada.

—¡No! —le grité a la vez que le daba con todas mis fuerzas. Se tambaleó un poco hacia atrás por el golpe y yo no pude reprimir las lágrimas, más por la impotencia de que no fuese capaz de reaccionar que por el dolor.

En ese momento salió Ari del ascensor; con la discusión no habíamos oído nada que nos avisara de su llegada. Nos miramos todos con sorpresa. Le hice un gesto a Ari para que no se metiera. Pensé que James ya había recibido el mensaje con claridad. Lo noté por el cambio de actitud y de la posición de su cuerpo. Parecía derrotado, ahora era él el que tenía el problema. Sin añadir nada más James se encaminó hacia el ascensor. Antes de que entrara y se cerraran las puertas se lo repetí.

—Si quieres hablar, ya sabes dónde estoy. —Lo perdí de vista, no sin antes ver como se limpiaba la sangre del mordisco que le había dado. No sé qué le dolería más, si mis palabras de rechazo o que le hubiera dejado en evidencia delante de su amigo.

—¿Estás bien? —me preguntó Ari, acercándose para abrazarme.

—Más o menos. Necesito un recipiente de agua con hielo; me duele la mano, nuestro amigo tiene la cara muy dura —le contesté, dándole un ligero toque de humor a la desagradable situación.

Los temblores de mi cuerpo delataban que estaba agotada, pero Ari esperó a que me calmara un poco para acercarse a la cocina y preparar la cubitera de hielo para que metiera la mano.

—No te voy a preguntar qué ha pasado, porque me lo imagino. James no está preparado para hablar —me dijo mientras me pasaba la cubitera y miraba mi mano.

—Tampoco te voy a preguntar por qué has subido aquí. Me imagino que se oiría la discusión desde abajo —le dije, sonriendo levemente mientras metía la mano en el agua, lo que me alivió bastante ese dolor.

—Imaginaba que algo así pasaría, lo vi llegar justo cuando me iba a ir, él no me vio y, cuando vi que no se encendían las luces de su apartamento, supuse que había ido al tuyo directamente. Me puse en alerta al ver su estado, nos conocemos desde hace años y sabía que no iba muy sereno. No le he ocultado en ningún momento ni mis movimientos ni mis intenciones hacia ti, no le iba a pedir permiso. Como también sabemos los dos, la decisión final es tuya, pero parece que ha necesitado algo más de explicación por tu parte.

—Sírreme algo de beber que sea más fuerte que los cócteles que me he tomado en la embajada. Hoy estoy muy exigente, lo siento, pero tengo que aclarar mis ideas esta noche.

—¿Quieres que vayamos al hospital? —me dijo, mirando la mano.

—No. No es que me preocupe que Raquel se entere, porque se acabará enterando, pero el dolor no es nada. Más bien es el cabreo que tengo y el miedo a que James se enroque —le dije sacando la mano del cubo para que viera que movía bien los dedos y la muñeca. No la tenía apenas hinchada, solo dolorida.

—Ya te habrá dicho Raquel que su hermano suele ser del tipo de persona que trata de tener todo bajo control. Pero me da que ahora mismo todo se le ha ido un poco de las manos. Desde que apareciste han cambiado mucho las cosas.

—Pues somos adultos y deberíamos de evolucionar —le contesté todavía enfadada.



—El problema es que James, en su vida privada, es muy poco comunicativo. Me ha ido sorprendiendo estas semanas cómo ha ido actuando con respecto a ti, porque, en un tiempo pasado, James siempre fue muy inaccesible incluso para sus hermanas —dijo él.

—No estoy para calentarme la cabeza. Le he dado, y le doy, la posibilidad de que hable conmigo, pero no puedo obligarlo —le contesté.

—Tal vez, nuestro compromiso deberíamos dejarlo aparcado ante esta situación. Lo entenderé, no quiero que te sientas presionada —me dijo mientras comprobaba cómo seguía mi mano.

—Creo que la crisis ha pasado, así que vamos a dejar las cosas como están —dije, secándome la mano.

—Entonces, te dejo para que descanses y ya hablaremos con tranquilidad en otro momento —contestó Ari, levantándose—. A no ser que quieras que me quede. —Me miró a los ojos y noté en su mirada un ligero toque de preocupación.

—No hace falta. Seguro que no se complica más el tema. Todos tenemos que descansar. —Le animé mientras le acompañaba al ascensor. Prefería quedarme sola. Ari se inclinó y me besó, primero en la frente, deseándome buenas noches y luego me miró un poco dudoso. Me adelanté y le di un cálido beso de despedida. Comprendí que se había quedado bloqueado ante lo sucedido con James, y percibí que se sentía bastante inseguro, al no saber qué decisión iba yo a tomar.

Cuando Ari se fue, dejé la puerta del ascensor bloqueada. Si alguien quería acceder a mi planta o llamaba o lo hacía por las escaleras y también tendría que llamar. No es que tuviera miedo. Pero no quería volver a enfrentarme a James de ninguna manera. Me sentía vulnerable en mis sentimientos y quería tener las cosas más claras. Al día siguiente pensaría como iba a retomar el tema, si iría directamente al grano. En ese momento, opté mejor por irme a dormir y tranquilizarme.

Me desperté temprano y me vestí después de darme una ducha. Preparé una taza de café y, sin andarme con rodeos, subí al piso de James. Sabía que estaba en su apartamento, lo había oído salir a la terraza. Usé las escaleras. No quería subir por el ascensor directamente y encontrarme lo de frente al abrirse las puertas. Cuando llamé a su puerta y ante su tardanza, durante un breve lapso de tiempo, aposté conmigo misma que no abriría. Perdí, finalmente la puerta se abrió. La cara de James era un poema: su labio y su mejilla estaban hinchados y tenía pinta de no haber dormido en toda la noche. Sonreí mentalmente, le había marcado bien el rostro.

—Pasa, ¿quieres un café?—. No debió de haber visto mi taza, me preguntó apartándose para franquearme el paso. En su actitud le noté una mezcla entre avergonzado y arrepentido.

—Traigo mi café incorporado, por si tenía que esperar en la puerta a que me abrieras. Pero seguramente tomaré otra taza, ¿cómo estás? —le pregunté acercándome a la mesa de la terraza y sentándome, esperando su respuesta. No me iba a ir de allí hasta que no habláramos y, dijera lo que dijera, no pensaba alterarme.

—Cansado—dijo sin añadir más.

No se lo iba a poner fácil ni difícil. Pero no le iba a preguntar, tenía que salir de él. Se había metido él solo en ese embolado, y tendría que por lo menos que intentar a salir sin ayuda. Le miré mientras le daba un sorbo a mi café.

—Me he comportado como un verdadero imbécil contigo y con Ari. Aceptad mis disculpas—dijo abriendo las palmas de las manos. Ese gesto ya lo había visto en otro momento.

—Disculpas aceptadas. Aunque además creo que me debes una explicación y sospecho que te vendrá hasta bien—le dije implacable, no se me iba a escapar esta vez.

Se sentó mirando hacia el frente sin posar sus ojos en mí. Notaba la tensión que todo su cuerpo emanaba, y captaba su intento de contención.

—Como supondrás, no fue fácil mi vida tras el asesinato de mis padres, aunque estuve muy bien acogido por la familia de Raquel y Ana. Nunca olvidaré el ataque al Kibutz. Desde ese día tomé algunas decisiones en mi vida, de las cuales no me arrepiento, aunque sus consecuencias han formado mi carácter y mi forma de ser, con más o menos fortuna —dijo aspirando aire y tomándose su tiempo para seguir—. Me mantuve en silencio, esperando que siguiera por iniciativa propia: este camino debía hacerlo solo—. Cuando tuve edad, entré en el ejército y, me juré en la ceremonia de Masada que evitaría que muriera gente igual que mis padres. Me hice médico para salvar y, curar a quien sufriera y luego —dejó otro momento de silencio—, decidí hacerme la vasectomía. No quería tener una familia que sufriera como sufrí yo. Que me la pudieran arrebatar como ocurrió con la mía. Nunca he analizado si era por egoísmo o por miedo. Al conocer a Laila en el ejército y a Ari, los asumí como parte de mi familia, pero ellos se podían cuidar solos y tomar sus propias decisiones. Lo que yo no quería era tener una familia, con la que me pudieran volver a golpear, por el sin sentido de unos y otros—siguió diciendo.

Volvió a beber otro sorbo de café. Vio que mi taza estaba vacía, me miró y asentí. Se levantó y, tras rellenar las tazas prosiguió, su historia.

—Un grupo de judíos con Ari a la cabeza, Raquel, Laila y yo, trabajamos para paliar los efectos de las relaciones, que no es precisamente conciliadoras, entre los árabes y los judíos. La familia de Ari trabaja, manejando contactos, solucionando conflictos y reparando los efectos dentro de lo posible; ayudando tanto a judíos, a árabes como a cristianos. Y eso siempre trae problema. Nos hemos ganado amigos y enemigos en todos los sectores. No todo el mundo lo entiende, pero esa es nuestra elección.

—Y, ¿dónde entro yo?—, ya sabía cómo encajaban las piezas en el puzle. Pero quería que él lo desarrollara completamente. Me lo debía.

—En un principio entrabas en la lista de resolución de conflictos. Rescatarte de manos de tus secuestradores, recuperando a un agente de una agencia amiga y listo. Pero la cosa se complicó al conocerte y más cuando tú me quisiste conocer. Sin darme cuenta me impliqué más de lo que habitualmente haría. Aunque no sé cómo explicarlo, pasaste de ser víctima a ser algo más, pero tampoco eras una víctima cualquiera. Desde el primer momento supe que entre nosotros había un lazo especial. Estuve jugando con fuego —reconoció—, porque me encantaba enseñarte, siguiendo los pasos de tu curiosidad, pero caí en la trampa de involucrarme y que dejaras de ser para mí solo una amiga más. A la vez, seguí jugando animándote a conocer mi mundo, mi entorno, que te aventuraras, como tú bien dices, a que volaras. Y así llegó Ari a tu vida con las ideas más claras o menos miedo. Me alegré. Pensaba que no me afectaría, pero está claro que sí—dijo James.

—Y, ¿en qué te afecta? —decidí seguir hurgando en la herida,

—Sólo me puedo comprometer hasta donde te he dicho —James se dio la vuelta y me miró con ¿angustia, rabia?—. Siempre estaré ahí cuando me necesites. Sea para lo que sea. No te puedo asegurar ningún compromiso cerrado, como imagino que sí te ha ofrecido él. No te puedo ofrecer una familia, porque no quiero una familia, como Ari sí te puede ofrecer si es lo que deseas. Te puedo ofrecer mi amor. Te quiero más que a una amiga, doy mi vida por ti sin pestañear e iría al fin del mundo si me llamasas, sin pensarlo, pero no creo que sea la pareja adecuada con la que pasar el resto de tu vida —me soltó sin respirar.

Suspiré. Más o menos era lo que me imaginaba desde que fui encajando piezas al contarme Raquel que su hermano era huérfano y había sido acogido por su familia. Su vasectomía, la existencia de Laila, su vida en los clubs liberales: todo encajaba. El problema surgió cuando llegué, su mundo se encontró con una pieza que no encajaba en el puzle, saltando todo por los

aires.

—Creo que deberías de hablar con Raquel —le dije sin apartar la mirada.

—Ya lo hice. En el momento que salí de tu apartamento y me curé un poco —me contestó.

—Siento lo del mordisco y el puñetazo. ¿Qué te dijo tu hermana? —le pregunté.

—Que hablara contigo a la más mínima oportunidad. Pensaba bajar a verte y preguntar por tu mano —me contestó a la vez que se levantaba.

Se acercó, agachándose delante de mí para quedar a la altura de mis ojos. Me cogió de la mano para besarme los dedos. Toque su herida y su cuerpo tembló un poco. Volvió a besar mis dedos, mirándome, esperando mi reacción. No me moví. Me cogió despacio de la otra mano para que me levantara delante de él. Me soltó y, levemente, me tocó la barbilla para que lo mirara, inclinándose para besarme. Lo hizo poco a poco, como con miedo a mi reacción. El mismo miedo que tenía yo. Mi cabeza iba a doscientos por hora, pero mi cuerpo iba por otro lado.

Sus manos empezaron a recorrer mi espalda y mi cuello. Sus labios y su lengua buscaron los míos. Separó su boca de los míos y me abrazó. Noté su respiración agitada, pero contenida, mucho más contenida que la mía. Me había hecho jadear. Su cuerpo no me engañaba, su erección era evidente. Yo también notaba la humedad de mi sexo, no iba a ser hipócrita y negarlo. Se separó de nuevo para hablarme.

—Los dos sabemos lo que pasaría, Myriam. No seríamos más que infieles a nuestro cerebro, y ya te dije que podíamos hacer lo que quisiéramos siempre que no dañáramos a terceras personas o a nosotros mismos. ¿Estás segura? —me preguntó.

—No. No estoy segura. El deseo y la tentación es muy fuerte, pero tengo clara la decisión que voy a tomar. Y, ¿tú? —le pregunté.

—Sí. Sé lo que quiero en este momento, lo sabes y lo notas. Te mentiría si lo negara, porque es muy obvio que te follaría aquí y ahora, pero sé que tú, pese a tu excitación, no estás segura. —Con un movimiento rápido sus dedos pasaron por fuera de mis bragas, la humedad las había calado. Se los llevó a su boca. Era un cabrón divino—. No quiero a nadie en mi cama que no esté segura, luego te puedes arrepentir toda la vida. Eso es lo que te he dicho: siempre estaré para ti, pero por ti misma, nunca con dudas o por despecho. Ahora, vete antes de que me arrepienta y el deseo que tengo de follarte pueda más que la fidelidad a mi palabra y a nuestra amistad. Te quiero con locura, pero ni así ni ahora. Vete.

Salí de su apartamento tambaleándome como una borracha. Dolorida en el cuerpo y el alma, pero sabiendo que tenía razón. Era yo la que había tomado la decisión y, si cambiaba, sería con la cabeza fría, no con el cuerpo caliente. Me quité las bragas húmedas cuando llegué a mi apartamento. No podía quedarme así.

Me tumbé en mi cama, mojé mis dedos aunque poca humedad necesitaba. Entraron con facilidad, no iba a recrearme, quería algo rápido para quitarme la tensión y la palpitación que me había dejado James. Puse a funcionar mi cerebro, no me centré en ninguno de los dos hombres, me dejé llevar por mis fantasías habituales y no me costó nada llegar. No puede evitar, en el último segundo de descontrol, que otras imágenes llenaran mi mente. Me trajo recuerdos que llenaron toda mi excitación final. Cuando acabé, decidí darme una buena ducha y ordenar mis pensamientos. Antes de abrir el agua, me chupé mis dedos, mis amigos tenían razón, estaba muy buena. Sonreí.

Durante dos días me dediqué a no pensar. Solo enviaba y recibía informes sobre la situación de los campos de refugiados. Pronto me llegó un mensaje de Ana avisándome de mi nuevo trabajo en los campos y la frontera. Antes me felicitaba por lo bien que había gestionado el evento de la embajada. Era perfecto que estuviera integrada en la vida de Israel, ya que eso iba a favorecer mi

nueva investigación. Lo que ninguna de las dos sospechábamos era que iba a ser tan peligroso.

Se había producido un aumento del movimiento de armas en la frontera con el Líbano y se temía un atentado. El problema se complicaba, porque los informes indicaban que se estaban usando los campamentos como tapadera y los servicios secretos españoles querían saber de dónde salía el dinero. No querían que las donaciones de la embajada, o alguno de sus benefactores más próximos, pudieran estar implicados en este asunto. Le pregunté si había lista de sospechosos y me la envió para que pudiera tirar el hilo. Algunas de las personas eran amigos de Ari o tenían contacto directo con la embajada, por lo que pensé que sería bueno contar con su ayuda; además, su especialidad eran las fronteras de Israel y los campos de refugiados.

Esa tarde recibí su llamada. Pasaba a recogerme para que tomáramos una copa y habláramos. Había un local que pensaba me podría gustar en Hilton Beach, una de las zonas de playa de Tel Aviv.

Sabía que la conversación sobre su amigo saldría, tampoco la iba a evitar. No podía dejar a Ari en el limbo del desconocimiento sin saber a qué atenerse conmigo. Como no sabía dónde me llevaría elegí un vestido cómodo, aunque esta vez opté por unos tacones; me encontraba atractiva con ellos. Dejé mi pelo suelto, al final me iba a acostumbrar a la melena; me encontraba atractiva con ella y, si tenía que trabajar, con recogerla me bastaba.

Para que no se sintiera violento, cuando se acercó le besé. Su respuesta fue inmediata devolviéndome el beso. Noté su alivio porque su cuerpo se relajó. Hasta ese instante, no debió de tenerlas todas consigo: sabía que había hablado con su amigo, pero no el resultado de la conversación. Me senté en el coche, sonriéndole. Su mirada era de plena felicidad, colocó su mano sobre mi pierna y me apretó en un gesto que interpreté de agradecimiento.

—¿Qué tal tu mano? —me preguntó.

—Ya puedo bailar sevillanas.

—¿Sevillanas?

—Sí. Desde tiempo atrás en España se han hecho ferias de ganado y la gente venía de lejos, montaban sus casetas, llevaban comida, bebida y pasaban varios días comprando, cantando y bailando. Con el tiempo se organizó de otra manera y se refinó el montaje. Nos ponemos trajes largos con volantes y de colores muy alegres, ya te enseñaré alguna foto, y se bailan las sevillanas; es un baile muy sensual si se conoce su significado. Tienen cuatro partes en la que la pareja que baila se va acercando cada vez más y aumenta la complicidad entre ellos —le conté.

—Con ese matiz, me iba a gustar —contestó con una leve carcajada sin apartar la mirada de la carretera.

Llegamos al local. Tenía una terraza con jardines que refrescaba el ambiente. El estilo era oriental, con apartados creados por plantas, arboles, pérgolas y celosías que daban la suficiente intimidad a quien estaba sentado en las mesas. Un camarero nos acompañó a nuestro reservado.

—Hablaste con James, supongo —me preguntó mientras nos sentábamos, esperando que nos trajeran las copas. Iba a ir al grano para zanjar el asunto.

—Sí. Aunque gracias a lo que había hablado con Raquel y lo que ya conocía, tenía casi todos los cabos atados. Pero era necesario que fuera él quien lo desarrollase voluntariamente —le contesté.

—Conozco a mi amigo. Nunca le había visto en semejante situación y, aunque no temía físicamente por ti, sé que él sufre por ti los mismos efectos que yo ante tú presencia. Además no iba precisamente sobrio.

En su respuesta y en su mirada noté la amplitud del significado de la palabra efectos.

—Era un riesgo que tenía que correr. Sabes que no soy frágil precisamente y, pese a su fuerza y

tamaño, todos los hombres tenéis vuestro punto débil. Aunque no quería llegar a esos extremos. Solo esperaba que reaccionara y se sintiera lo suficientemente presionado como para recapacitar —le contesté.

Le hice un breve resumen de la conversación.

—¿Ha dejado la pelota en tu tejado? —me preguntó sorprendido.

—En efecto, James es alguien especial para mí, aunque no te voy a decir que estoy enamorada. Tú también lo eres, sin embargo de una forma diferente y no quiero haceros daño a ninguno de los dos. Entiendo que lo que quiero ahora en mi vida es algo que él no está dispuesto a darme y en cambio tú sí. Eso me tranquiliza en cuanto a la situación de tu amigo. Él me lo dejó bien claro: sabe lo que gana y lo que pierde, pero antes de hablar con él del tema, ya tenía la decisión casi tomada, aunque quería saber hasta dónde podía contar con él.

—Confirmo tu fama y habilidad como analista. —Sonrió Ari.

—Me va la vida en ello y de mucha gente que está en mi entorno. Mis decisiones quitan o salvan vidas —le dije muy seria, recordando algunas de esas decisiones.

Debió de notar la tensión de mi rostro porque comenzó a acariciarme el brazo, subiendo hasta mi hombro y acariciando mi cuello. Sus dedos tocaron mis labios y una corriente eléctrica recorrió mi espalda. Tenía la habilidad de calmarme y electrizarme, a la vez, solo con poner sus dedos en mi piel. Se acercó comenzando a besarme. Aproveché el reservado y su posición. Posó su mano en mi pierna para, después, ir subiendo con sus dedos, poco a poco, por el interior de mi muslo. Dejé escapar un leve gemido y me aparté discretamente de él, disimulando al beber de mi copa.

—No sigas por ese camino o nos acabarán deteniendo por escándalo público, y nuestra reputación iba a quedar un poco maltrecha —le dije sonriendo y cerrando las piernas, con lo que su mano quedó entre ellas—. Además sabes que puedo salir de aquí discretamente, pero tú puedes tener más problemas. Eres más obvio. —Coloqué mi mano sobre su entrepierna que ya estaba sufriendo los efectos del deseo.

—Tampoco se iban a asustar. No es un club liberal, pero pongamos que aquí la gente puede calentar motores sin llegar al escándalo. No es raro si algún hombre sale del local algo más alterado de lo normal. Si te fijas, llevo una camisa holgada —me dijo guiñando un ojo.

Era cierto. Llevaba una camisa de lino remangada y suelta por fuera del pantalón. Demasiado informal.

—¿Quieres seguir? —me preguntó sin sacar su mano de debajo de mi falda y acariciándome el muslo mientras que con la otra cogía su copa.

—Sí —le contesté, haciendo un gesto de deseo con la boca tras beber otro sorbo.

—Cerca de aquí tengo el apartamento donde resido cuando estoy en Tel Aviv —dijo susurrándome al oído mientras subía un poco más la mano entre mis piernas, llegando a mis bragas—. Creo que estás lo suficientemente húmeda y yo excitado como para que hagamos una retirada técnica.

Abrí ligeramente mi boca, respirando muy despacio y mordiéndome después con suavidad el labio inferior. Se me estaba quedando la garganta seca pese al trago que había dado y no podía articular palabra. Ari sacó la mano y, tendiéndomela, se levantó para que le siguiera. En su mirada le noté que estaba tan excitado como yo. Me recompuse. Recogí mi cartera de mano y salimos del reservado. No sabía dónde me llevaba, y me daba igual. Allí no podíamos quedarnos.

Arrancó el coche y nos dirigimos a Tel Aviv de nuevo. No entramos en la ciudad, la rodeamos, llegando a una zona residencial tranquila. Aparcamos en un garaje y desde allí mismo cogimos el ascensor que nos dejó en un hall de lo que parecía un hotel. Pasó una tarjeta y se abrió el acceso.

Llegamos a un pasillo donde había varias puertas y se dirigió a una, volviendo a pasar la tarjeta para que se abriera.

Una vez en el apartamento, las luces se encendieron tenuemente. Se dio la vuelta para coger mi cartera y dejarla en la mesa que estaba en el centro. Me retiró el pelo de la cara e, inclinándose un poco, subió la falda de mi vestido hasta las caderas. Presionó su cuerpo contra el mío dejando mi espalda apoyada en la pared. Su excitación era evidente. Su proximidad me excitó más, si eso era posible. Siguió subiendo mi vestido hasta pasármelo por encima de la cabeza y dejarme en ropa interior. Mientras me besaba el cuello, sus manos desabrocharon mi sujetador, que cayó al suelo. Su boca comenzó a besarme los pechos. Eché la cabeza hacia atrás. Mis manos se apoyaron en sus hombros, necesitaba tener contacto con su piel. Lo separé un poco de mi cuerpo. Le quité la camisa mientras me miraba con el deseo. Me pegué a su pecho, tenía mis pezones duros y me dolían. Me agarró por el culo, levantándose en vilo. Enrosque mis piernas a su cintura y así me llevó hasta el dormitorio, echándome sobre la cama.

Sujetó la tira de mis bragas mientras me miraba, asentí con un gesto. Me las arrancó de un tirón, aprovechando para meter la cabeza entre mis piernas. Las abrí entregándome totalmente. Su boca absorbió todo mi sexo con ansia. Levanté mis caderas pidiendo más. Su lengua empezó a acompañar la succión de su boca. Mis manos apretaron con fuerza sus hombros. Agarré su pelo, quería llegar al orgasmo solo con su boca. Paró, dejándome al borde de la desesperación con la respiración entrecortada. Se separó, mirándome mientras se tomaba su tiempo para quitarse el resto de ropa. Y pude ver como su polla estaba toda preparada para mí.

Aunque en mi cara se debía de leer como en un luminoso fóllame, sonrió misteriosamente alejándose hasta un armario. Pude ver que dentro había varios apartados. Cuando volvió, tenía en la mano un antifaz y dos barras de acero con dos esposas, una en cada extremo.

—¿Quieres disfrutar con algo nuevo? ¿Confías en mí?

—Sí —no pude responder más. Si en ese momento hubiera dicho que aullara desnuda a la luz de la luna, lo habría hecho. Todavía no había logrado regularizar mi respiración, no me lo estaba poniendo fácil.

—Te pondré el antifaz para aumentar tus otros sentidos y esto que ves aquí es para mantener tus brazos y piernas separados e inmovilizados. Por si ves que estás incómoda o no te gusta, vamos a ponernos de acuerdo con una palabra de seguridad.

Inmovilizó primero mis piernas y luego mis manos. Lo último que tapó fueron mis ojos con el antifaz. Me sentía vulnerable delante de él, desnuda. Dejando mi sexo a su disposición, el rubor subió a mis mejillas, no sé si percibió mis pensamientos. De repente su voz me susurró de forma sensual.

—Eres la joya más hermosa que nunca he visto y quiero que lo disfrutes como un regalo a tu confianza —tras decir eso su boca buscó la mía y sus dedos jugaron en mi vientre. Pasado unos instantes, se separó de nuevo.

Lo oí volver a abrir y cerrar cajones en el armario. El deseo y la curiosidad me agitaron como un calambre. Estaba excitada desde antes de salir del bar y ahora había subido algún peldaño más en la escalera. El deseo rezumaba por cada poro de mi piel y el olor a sexo era más que evidente.

Cuando se acercó note como, al instante, algo suave empezó a rozarme la piel. Comenzó por mis muslos. No tenía muy claro si era algo de pelo o de pluma. La suavidad al principio me provocó cosquillas. Me centré en esa sensación y subí otro escalón en esa noche de placer.

Mientras mi cuerpo estaba excitado recibí un nuevo estímulo. Unas gotas frías cayeron en mi vientre y me encogí. Tras eso mis pezones también se encogieron al recibir su boca fría a la vez que me mordisqueaba; dos sensaciones antagónicas pero devastadoras.

Había tenido hielo en la boca y, con ese frío, su juego en mis pezones me dejaba sin aliento. Cuando hizo lo mismo en mi sexo, abriéndose paso hacia su interior con la lengua, mis caderas se estremecieron. Traté de cerrar las piernas para aprisionarlo, pero las barras no me dejaron. Le habría clavado las uñas y arañado la espalda si hubiera podido tocarlo. El estar inmovilizada y no verlo me estaba volviendo loca. Jugar con el frío hacía que todo mi sexo palpitara. Quería que parara y a la vez que siguiera. Cuando pensaba que no podía aguantar, se paró de golpe con el juego. Era un continuo subir y bajar que me obligaba a jadear y gemir, a suplicar que me penetrara.

—Te necesito ¡ya! —le dije entre gemidos y retorciéndome con las caderas, que era lo único que podía mover.

—Todavía queda algo más que te va a gustar. Es mi sorpresa final.

Cuando afiné el oído adiviné enseguida lo que se traía entre manos; era un vibrador. Primero me lo aplicó en el cuello para que percibiera lo que era. Muy despacio lo fue acercando a mi pecho para acariciarme con él los pezones. Era una sensación agradable y lo hacía más lujurioso, pues con el vibrador me estimulaba uno y con su boca fría el otro. Me estaba matando de gusto.

Entre tanta estimulación, Ari llevó el vibrador hasta mi sexo. Grité y gemí ante la sorpresa. Lo siguiente fue su lengua. No podía aguantar más, pero a la vez me faltaba un punto para correrme. Era una sensación de angustiioso placer, de llegar pero no alcanzar.

—Creo que estas lo bastante húmeda como para que alcances el orgasmo. Has aguantado más de lo que esperaba —me susurró al oído.

Mientras decía esto me indicó que me diera la vuelta. Soltó una de mis manos y uno de mis pies y me puso de rodillas en la cama. Volvió a inmovilizarme. Se colocó detrás de mí para acariciar con el vibrador la parte interior de mis muslos, subiéndolo, poco a poco, de nuevo hacia mi sexo. Le supliqué que me follara.

—Te vas a correr para mí con fuerza. Te voy a follar hasta que mueras de placer y, cuando te corras, lo voy a hacer también para ti. Ahora mismo, los dos somos un solo ser.

Me agarró de las caderas y, tras frotar con su glande la entrada de mi vagina, me penetró con fuerza. Lo necesitaba. No podía más. Tenía que correrme o acabaría hiperventilando por la respiración entrecortada. No sé si mi amigo tendría vecinos, pero me dio igual. Me retorcí y grité al notar que el orgasmo llegaba como una oleada imparable. No me derrumbé en la cama porque me tenía sujeta por las caderas. Mi orgasmo le sirvió para correrse casi a la vez. La exigencia de que me follara con fuerza y que me penetrara hasta lo más profundo de mi sexo la cumplió con creces.

Antes de caer los dos en la cama, me soltó de las dos barras, me quitó el antifaz, y me quedé boca abajo, junto a él, hasta regularizar mi respiración. Me di la vuelta, pero mantuve mis ojos cerrados. Él se colocó a mi lado con su mano sobre uno de mis pechos. Busqué su polla y la agarré. Todavía palpitaba. Cuando lo hice se encogió un poco, estaba muy sensible, pero ya contaba con eso.

—¿Quieres más? —me preguntó.

Poniéndose de medio lado y metiendo sus dedos de nuevo en mi vagina, me encogí también. En ese momento me hizo cosquillas. Sacó sus dedos y los acercó a mi boca, los lamí golosamente. Su mezcla y la mía me agradaba. Cuando acabé de chuparlos, los volvió a meter dentro y, sin dejar de mirarme, comenzó a acariciarme nuevamente muy despacio.

—Quiero ver tu cara cuando te corras de nuevo para mí —me susurró.

Con el pulgar presionó mi clítoris mientras que con sus otros dedos entraba y salía de mi vagina, hacía círculos, profundizaba más o menos. De vez en cuando dejaba de mirarme para

besar mi pecho o morderme el lóbulo de la oreja, susurrándome al oído lo que sabía que me ponía a cien. Estuvo así durante un buen rato, sin prisa, pero sin pausa. Me dijo lo que le apetecía hacerme en otro momento y lo que quería que le hiciera. Me fue calentando de nuevo de palabra y de obra. Volvió a usar el vibrador hasta que noté como una nueva oleada me subía por la espina dorsal y la sangre llegaba hinchando y sensibilizando de nuevo todo mi sexo. Los pezones volvían a estar hacia rato duros y erguidos. Su erección se mantenía. Lo agarré y empecé a aumentarle su excitación al mismo ritmo que él lo hacía conmigo. Arqueeé la espalda y abrí mis piernas todo lo que pude, pidiéndole que me penetrara. Me dijo que no, que quería ver mi cara de deseo, que no cerrara los ojos y le mirara. De nuevo el orgasmo llegó y me deshice en sus dedos. Lo miraba sin verlo y, justo antes de que acabara, me penetró, agarrando mi cara entre sus manos. Nos besamos con pasión y él volvió a correrse. Fue hasta más fuerte que la vez anterior. Vi en sus ojos deseo, entrega, pasión, lujuria, orgullo, ¿amor? Todo eso me desarmó. Dejé de tener defensas o barreras y me entregué sin ningún tipo de contención. Me deshice entre sus brazos como si el hielo se pone en contacto con el fuego. La primera vez, fue lujuria pura; la segunda, tuvo algo diferente. Lo pude ver en sus ojos; me dio una congoja extraña y se me saltaron las lágrimas. Empecé a llorar de placer tras apoyar mi cabeza sobre su hombro. Ari se asustó.

—¿Te he hecho daño? —me dijo tratando de separarse de mí.

No le dejé. Apreté mi cuerpo fuertemente con suyo y le dije, entre susurros, que estuviera tranquilo, que ya le contaría, que no me pasaba nada y que me dejara llorar.

Durante unos minutos me desahogué. Lo necesitaba. Tenía tensión acumulada, dudas, miedos. Cuando me entregué esta segunda vez y vi como él lo hacía, la barrera rebotó y todo fue arrastrado. Poco a poco, dejé de llorar, de temblar, palpitar y dejé que todo saliera de mí. Me acurruqué a su lado y solo pude articular unas pocas palabras como tensión acumulada, estoy bien, ya hablamos y lo último que oí antes de caer en un profundo sueño fue un gracias, te quiero.



## Capítulo decimocuarto

### La verdad

Me desperté con un agradable olor a café. Él no estaba en la cama. Miré a la desconocida habitación y recordé dónde me encontraba. Ari estaba sentado cerca, leyendo en el ordenador. Su expresión era seria, pero cuando me miró y vio que estaba despierta cambió el rostro. Se acercó a la cama, me besó y, luego, metiendo la cabeza debajo de las sábanas, besó mi sexo. Su incipiente barba me gustó, quise resistirme un poco, pero no me dejó. Inicié la mañana con un orgasmo rápido, pero igual de placentero e increíble.

—Eres incorregible —le dije.

—¿Por qué? Me gusta comerte a todas horas. No lo puedo remediar —dijo cuando volvió a sentarse mientras servía un par de cafés—. Ven aquí a desayunar, creo que tienes que reponer fuerzas. —Señaló la taza y todo lo que había sobre la mesa; era un desayuno continental en toda regla.

—¿Esto lo has hecho tú? —le pregunté, incorporándome en la cama y liándome en las sábanas. Ari se levantó y de su armario sacó un albornoz. Me quitó la sábana, admiró sin disimulo mi cuerpo y me puso el albornoz.

—Ponte esto, desayunarás más cómoda. Y no. Es la ventaja de tener alquilado en un apartahotel en el que hay servicio de habitaciones —me contestó.

Me serví un café, mi cuerpo me lo pedía con todas las ganas. Me fijé entonces que sobre la mesa había una caja y, antes de que dijera nada, la cogió y me la dio.

—Toma: esto es para ti —me dijo.

—¿Otro regalo? —Sonreí al cogerla.

—Creo que es lo justo. —Parecía un niño el día de Reyes mientras veía como yo abría el paquete.

En su interior había un conjunto muy sexi de ropa interior de color gris perla y un colgante en forma de bolígrafo.

—Pensé que no ibas a volver a tu apartamento sin bragas, aunque a mí no me importaría, y los vibradores siempre los he considerado de uso personal. Ese es el tuyo —dijo, soltando una carcajada.

—¿Cuándo lo has comprado? —pregunté sorprendida mientras miraba con curiosidad el vibrador. Era todo plateado y se podía cargar en un puerto USB. Algo muy discreto que, si se llevaba colgado, podía parecer un bolígrafo o, incluso, una memoria.

—Lo tenía aquí hace unos días. No te voy a mentir. Tengo planes para nosotros y venir aquí ya lo tenía pensado. Me daba igual dártelo hoy que en otro momento —contestó.

Me gustó la seguridad con la que hablaba de lo que quería.

—Ahora, cuando me duche, lo estreno —le dije.

—Cambiando de tema. Parece que vamos a volver a trabajar juntos, pero antes de que lleguen las órdenes definitivas, quiero llevarte a conocer otros lugares de Israel.

—¿Qué propones? —le pregunté.

—Pues tenemos playas, ruinas arqueológicas, buenas vistas y las tres cosas juntas —me dijo.

—Me gustaría ir a la playa, es una buena idea —le contesté.

—Pues dúchate. Preparo algunas cosas, hago una llamada y nos pasamos por tu apartamento

para recoger lo que puedas necesitar —añadió.

Tras ducharme me puse el conjunto. Ni dudé de que acertaría con la talla. Era precioso y me sentaba perfecto. Salí para buscar mi vestido y para que Ari me viera con todo puesto. Él seguía delante del ordenador, levantó la vista y, por su cara, vi que me daba el visto bueno.

—Estás follable. Es mejor que te vistas, porque, si no, te voy a dar un homenaje post desayuno —dijo levantándose, se acercó y me besó. Sus manos separaron la tela del sujetador para sacar mis pechos y besarlos. Él también se había duchado y afeitado y ya su barba no raspaba, pero me ponía igual. Volvió a colocar el sujetador en su sitio y se separó de mí.

—Venga, que ya tendremos tiempo, Vístete. Me voy a cambiar y a preparar lo que me quiero llevar y empezamos la aventura—dijo guiñándome un ojo.

Iba a tener que llevar un juego de bragas en el bolso cada vez que estuviéramos juntos o arriesgarme a volver más de una vez a casa sin ellas.

Cuando llegamos a mi apartamento, lo preparé todo. Ari me recomendó que hiciera la maleta para varios días, y que también llevara el ordenador por si nos llamaban para volver al trabajo. En cuanto enfilamos la salida de la ciudad, me anunció que la visita serían las playas de Eilat en el Mar Rojo.

Como nos habíamos levantado temprano llegamos para la hora de comer, casi después de cuatro horas de viaje. De nuevo me sorprendió, nos alojamos en el hotel Palacio de Herodes. Tenía un toque oriental, pero no tan marcado como los hoteles que había visto en Arabia Saudí. Era más bien el estilo que podría encontrar en la costa azul. Estaba claro que mi amigo lo tenía todo previsto.

—Señor, su habitación está lista y tiene la mesa reservada en la terraza de la piscina para la comida. Si lo desean les subimos el equipaje y un compañero les guiará hasta el restaurante —dijo el recepcionista—, esperamos que tengan una agradable estancia y no duden en pedir lo que necesiten —terminó cuando nos dio las tarjetas de la habitación.

Nos fuimos a comer. La vista era espectacular desde el restaurante sobre la piscina, que se levantaba junto a la playa. Era circular, parecía el pabellón de cristal del Parque del Retiro de Madrid, al que iba en mis primeros meses en La Casa. Nos habían preparado una mesa para dos detrás de un biombo, de taracea de estilo granadino, que nos separaba del resto del comedor. Era un hotel turístico y familiar, pero también preparado para escapadas románticas y sabían cómo crear zonas privadas para las parejas.

—Vamos a comer. He preparado una sorpresa. Haremos una excursión y, luego cuando volvamos, disfrutaremos de la piscina. Te recomiendo bikini, toalla, gafas de sol, una gorra, protector y un zapato acuático que te ajuste bien a tu pie—me dijo.

Cuando acabamos subimos a la habitación. Tenía la misma vista que había desde el restaurante pero a bastante más altura. No me entretuve en los detalles y me preparé como había dicho Ari.

Cuando salimos del hotel, me cogió de la mano como una pareja de recién casados en su luna de miel y, tranquilamente andando nos acercamos a un embarcadero. Allí una chica nos entregó unas llaves y unos chalecos salvavidas. Quedaba claro que íbamos a hacer la excursión en moto acuática. Nos ofrecieron una grande para los dos, lo bastante cómoda para nuestra travesía. Salimos del embarcadero y nos dirigimos al arrecife de coral. Una vez allí Ari sacó de debajo del asiento de la moto, las aletas pequeñas y las gafas, además de una cámara acuática. Disfrutamos haciendo fotos a los habitantes del coral, mientras buceábamos.

Cuando nos cansamos de nadar nos dejamos caer por la playa próxima. No estaba desierta, pero había poca gente ya que para llegar al arenal había que hacerlo como lo habíamos hecho nosotros o, en barca de alguno de los yates fondeados en la zona.

Nos sentamos y sacamos lo que habíamos traído para reponer fuerzas, después nos tumbamos un poco a tomar el sol. Apoyé mi cabeza en la barriga de Ari, cerré los ojos. Él jugueteaba con la cinta de mi bikini.

—Si no estuviéramos donde estamos ya estaría encima tuya disfrutando de cada poro de tu piel y del aroma que desprendes y que tanto me atrae—dijo

—Mira que eres. ¿Cómo no has encontrado la mujer de tu vida con la experiencia que tienes? —le pregunté.

Tardó unos largos segundos en responder.

—No es tan fácil, Myriam —su tono de voz había cambiado—. He tenido la suerte de nacer en una familia acomodada de negocios y con posibilidad de prosperar. Pero también tuve que tomar decisiones. No tan drásticas como James, pero el llegar a donde estoy me ha supuesto dejar cosas por el camino.

—Cuéntame si quieres, soy toda oídos —le dije con un tono desenfadado pero entendí que la conversación era muy importante para él.

—Seguí, más o menos, los mismos pasos que James. Menos en la carrera. Somos los típicos solteros de oro: ricos, de buenas familias, con negocios. Muchas familias han querido emparentar con nosotros. James lo solucionó a su manera. Como ya sabes, se esterilizó voluntariamente, y un judío que no engendre hijos ya no es tan buen partido. Mi decisión no fue tan drástica, prefería ganarme la fama de playboy y durante un tiempo me la gané a pulso, como James. Eso me llevo a no pocas discusiones con mis padres, hasta que por fin entendieron mi postura. Son tradicionales, pero no ultra ortodoxos. No tenemos por qué hacernos responsables del crecimiento de la cultura judía, si estamos en vía de extinción será porque nos lo hemos ganado. Odio la fatalidad judía, ese sentimiento que tiene una mezcla entre el pecado y la culpa. Soy responsable de mis acciones. No me pienso pasar toda la vida disculpándome por ser judío; ni culpando al resto del mundo de los males que sufrimos; ni tengo que estar de acuerdo, por ser judío, con todas las decisiones de mi gobierno; y también sé que todas las personas de mi cultura no son perfectas —se hizo el silencio.

—Además de tu trabajo en el ejército ¿qué haces como ingeniero?—le pregunté al verlo con ganas de hablar.

—Tengo una empresa con mi padre y un cuñado de mi hermana. Nuestros trabajos y proyectos están por todo el mundo, tanto en países occidentales, como en oriente y en países árabes. Hace años fundé, con otros socios, una ONG con la que nos dedicamos a mejorar las condiciones, no solo de los campos de refugiados, sino en otros asentamientos: pozos, electricidad, accesos, puentes... todo tipo de estructuras necesarias para el desarrollo de la zona. Eso nos ha granjeado amigos y enemigos. También —continuó— realizo mi servicio al ejército en las infraestructuras relacionadas con la frontera.

—Y ahora estás de guía turístico —añadí.

—Ahora estoy disfrutando de algo que no suelo hacer. Me cansé de tanta vida social con mujeres superficiales y si te relacionas con otro tipo de mujeres aquí, es para casarse. Todo cambio cuando apareciste como invitada en casa de mis padres. James me había hablado algo de tu rescate sin dar detalles, una entrada irregular por la frontera necesita de contactos y yo era su contacto. Me llamó la atención su fascinación por ti. Acostumbrado a las misiones de James, que siempre las comenta de pasada y sin más detalles. Estaba claro que le habías impresionado y mi curiosidad aumentó. Ahora sé que no era para menos. El día que te conocí ya no pude olvidarte y me empecé en conocerte mejor, y lo uno llevó a lo otro. A veces he llegado a pensar que James casi lo hizo con algún interés oculto.

—Veo que la vida en Israel tampoco es fácil—le contesté.

—La vida no es fácil nunca. En ningún sitio. Aun teniendo medios y siendo privilegiados, lo que puede ayudar a facilitar el camino, no siempre es sencillo. De todos modos, estos días te voy a enseñar lo mejor de lo mejor, porque creo que después vas a conocer la otra cara de la moneda—dijo Ari levantándose—. Y, ahora, volvamos al hotel, hay que prepararse para la cena, aunque llegaremos a tiempo para darnos un baño en la piscina—. Ari tiró de mí para levantarme.

Fue agradable volver montada en la moto con la brisa del mar en mi cara. Mis brazos rodeaban su cuerpo y notaba sus músculos según guiaba la moto, mis muslos apretaban los suyos. El mar estaba tranquilo, pero algunas veces aumentaba la velocidad y dábamos un salto sobre el agua. Fue una vuelta divertida. Dejamos la moto y entramos a la piscina del hotel por el acceso directo desde la playa. Nos dimos una ducha para quitarnos la sal, cogimos las toallas que nos ofrecieron y buscamos una tumbona cerca del borde de la piscina: había una doble libre. Nos bañamos y nos relajamos un rato al sol, hidratándonos con los zumos que el camarero nos trajo. Mientras descansamos de la visita a la barrera de coral, apenas hablamos, lo que me permitió analizar toda la conversación que habíamos tenido.

Al final saqué como conclusión que Ari había encontrado en mí, como también James a una persona normal, con la que podían hablar de todo y con la que no tenían la obligación de casarse para perpetuar el apellido familiar. Los dos habían vivido muchas experiencias juntos pero, su forma de encarar la vida era distinta. Y yo tenía claro que había llegado a sus vidas para romper muchos de sus esquemas, pero pensaba repetir la historia de Laila.

Pasado un rato, subimos a la habitación para prepararnos para la cena. Después si nos apetecía, saldríamos a tomar la copa en alguno de los locales de moda de la zona. Pero la noche no se alargó mucho ya que al día siguiente había organizado una nueva sorpresa. Iríamos a la marina de Eilat.

—¿Este barco también lo has alquilado?—le pregunté mientras me ayudaba a subir a bordo.

—No. Esta vez he tirado del hilo de las amistades. Me debían un favor y les ha encantado poder pagármelo así—me contestó.

Era un hermoso velero de un mástil y con una cabina para cuatro personas. Cuando me asomé a su interior vi que estaba bien avituallado para navegar todo el día. Pocas veces me había embarcado en un barco de vela. Era gaditana, pero la navegación no era lo mío. Mi círculo de amistades no era de tener barcos. Sólo había navegado un par de veces en el barco de una compañera del colegio. Así que, mi experiencia era breve a nivel veleros.

Ari era experto. Sacó el barco a mar abierto, izó la vela y con la caña enfilamos paralelos a la costa. Navegamos durante un rato, hasta que echamos el ancla para disfrutar del sol y nadar alrededor del barco.

Había encargado una comida fría, la colocó en cubierta. Cuando acabamos me coloqué sobre la cabina. Aproveché un la sombra del mástil y de la vela que estaba recogida. Me relajé oyendo el sonido de las olas golpeando en los costados de la embarcación.

Ari se acercó. Me incorporé un poco y él se sentó apoyando la espalda en el mástil y abrió las piernas, yo me acomodé entre ellas, apoyando mi espalda en su pecho. Desde donde estábamos se veía la costa, el perfil del hotel en la lejanía y la playa, aunque estábamos a una distancia respetable.

—Me gusta la vista—dijo él.

—A mí también—le contesté.

Acercó su boca a mi oído y sus manos se apoyaron en mi cintura.

—No estamos mirando lo mismo—dijo riéndose sensualmente.

Sus manos subieron hacia mis pechos y el cuello, desatando la cinta del bikini. Empezó a

pellizcar mis pezones con suavidad mientras mordisqueaba mi cuello, aunque después se pasó lóbulo de mi oreja.

—¿Estamos lo suficientemente lejos o acabaremos siendo un escándalo público?—dije sabiendo lo que vendría si no paraba pronto.

—Lo suficiente. Tranquila—me susurró al oído mientras me deshacía los lazos de la parte de abajo del bikini—. Tienes un cuerpo magnífico para lucirlo al sol.

Sus dedos recorrieron la piel que tenía a su alcance y empezaron a tener efectos sus caricias tanto en mi cuerpo como en el suyo. Lo dejé hacer durante un rato disfrutando del silencio y del relax, sin pensar en nada. Pasado un rato, me di la vuelta y le quité el bañador. Estaba bastante excitado, pero todavía podía animarlo más. Lo miré y comencé a acariciar su polla hasta que me la introduje en la boca. Me había acostumbrado a jugar de esa forma y me gustaba. Además me resultaba fácil tener el control cambiando el ritmo. Hacer que su excitación fuera como una montaña rusa. Si le acariciaba a la vez los testículos le haría disfrutar con el mismo resultado que él me producía cuando usaba su lengua y su boca en mi sexo. Me estimulaba verle la cara, como cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás, como gemía pidiendo que fuera más rápida, como tenía poder sobre él porque él me lo otorgaba. Y me gustaba ese poder porque sabía que tendría premio.

—Espera. No quiero correrme así—me dijo tras un gemido.

Paré y me colocó frente por frente a horcajadas, sabía lo que quería, muy despacio me monté sobre él. Puso sus manos en mis caderas y me hundió su polla profundamente. Me apoyé en sus hombros y empecé a subir y bajar a un buen ritmo. Sus dedos se movieron hacia mi culo acariciándolo. Siguió por mi espalda mientras nos besábamos. Eché mi cabeza hacia atrás poniendo mis pechos a su alcance. Se inclinó hacia ellos para jugar y mordisquearlos como sabía que me gustaba. Esta postura me excitaba mucho: me permitía ver su cara y teníamos las manos libres para tocarnos. Me encantaba poder tocar su cuerpo, ver su rostro que se volvía transparente. Cuando estaba conmigo íntimamente también dejaba, como yo, caer sus máscaras. No quería pasar mucho tiempo al sol por tener un sexo alucinante, por lo que aumente el ritmo. Una de sus manos me sujetó la nuca mientras su boca buscaba la mía con pasión. Cuando noté la tensión y el palpar de su sexo supe que estaba a punto de correrse, dejé de controlarme y me dejé ir hasta sentir como el calor de su semen llenaba mi cuerpo.

Cuando se relajó, mantuvo su mano detrás de mi nuca, pero tenía su cabeza apoyada en mi pecho mientras mi mejilla estaba en su cabeza. Mi pelo caía por su espalda, su voz sonó con suavidad; te quiero. No me quise mover, pero se separó de mí para mirar mis ojos. Algo debió de ver porque sonrió y me beso con calidez, sin decir nada más. Después un relajante baño desnudos en las calientes aguas del Mar Rojo, pusimos rumbo al puerto deportivo.

—¿Qué tal lo estás pasando?—me preguntó mientras cenábamos.

—Muy bien. Son como unas vacaciones en un sitio perfecto y con una persona con la que me resulta muy fácil pasar el tiempo—le contesté.

—Esta es la parte fácil pero he recibido un correo de mis superiores y tenemos que volver dentro de tres días. Supongo, que pronto, te avisaran a ti—dijo pasando por su cara un rápido gesto de tristeza.

—He recibido el correo como tú, pero no quería decir todavía nada, ¿Cuál es el plan?

—Como sabrás, hay sospecha de que están utilizando algunos de los campos de refugiados de la frontera con el Líbano para introducir armas en otros de la zona de Cisjordania y Gaza. No hace falta una tapadera complicada. Voy a ir como director de la ONG, a comprobar que nuestra ayuda llega adecuadamente, suelo hacerlo de forma habitual. Me acompañarás como la asesora de la

embajada que eres y como observadora internacional—dijo Ari.

—¿Qué grado de conflictividad nos podemos encontrar? —pregunté con gran interés por saber dónde me metía.

—Es una zona de entrada ilegal entre Israel y el Líbano, es una frontera de las más complicadas. Hay varios asentamientos de colonos ultra ortodoxos que dan siempre problemas. Voy a tocar mis contactos para tratar de averiguar quién está moviendo dinero o cargamentos por la frontera —me contestó en un tono de preocupación.

—¿Esa es la frontera por la que entré con James a Israel? —le comenté. Era una pregunta retórica porque sabía la respuesta a la vez que bajaba la mirada y un escalofrío recorría mi columna.

—Sí, ¿por qué?—dijo levantándose la barbilla para que le mirara a los ojos.

—Me ha dado un mal presentimiento —le contesté sin pensar.

—Algo raro en una analista —sonrió.

—Tengo mis peculiaridades, como cualquier persona. Analizo todo lo que ocurre en mi entorno, porque sé que todo lo que sucede tiene una causa que lo origina y unas consecuencias, para las que nos podemos preparar. Como el tsunami, llegan primero las ondas del terremoto y luego llega el agua. Mi trabajo es analizar esas ondas y prever las consecuencias. Siempre he pensado que esos presentimientos que algunas personas tenemos, son las ondas primarias que recibimos. Pero ni todo el mundo tiene capacidad para captarlas, ni mucha gente sabe interpretarlas. Es como los animales cuando sienten una catástrofe natural antes de que ocurra, en eso soy animal —le dije.

—Y, ¿qué has captado? —dijo tomándose más en serio mi apreciación, por el gesto que hizo de apoyar su mano sobre la mía, como animándome a hablar.

—Cuando se desvió mi avión al Líbano, yo venía a Israel. Desde un primer momento todo se interpretó, como una cadena de casualidades o ¿no fue tal la cadena de casualidades? He apartado el análisis de este asunto por las implicaciones personales que me suponen, pero he llegado a un punto en que hay cosas que no encajan y menos ahora —le miré clavándole los ojos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Cuando aterricé en Beirut, de primeras, al separarnos, había militares, pero, tras quedar sola, lo que había ya no eran del ejército regular del país, eran terroristas. Di por supuesto que nadie sabía quién era y a lo que iba. Pero a estas alturas de la vida, no me creo mucho ciertas casualidades, y menos en mi trabajo —le respondí.

—¿Se puede saber cuál era tu trabajo allí? —preguntó.

Respiré profundamente para darme unos segundos y aclarar mis ideas. Acababa de llegar a un punto crítico en el que tenía que confiar en él.

—Tendrás que esperar un momento. —Cogí mi teléfono y le mandé un mensaje cifrado a Ana, en el cual preguntaba hasta dónde podía confiar en los servicios secretos israelíes en general y en Ari en particular.

Sonaba duro, pero en mi trabajo una cosa era follar y otra pasar información a otra agencia, porque ponías tu vida en manos de otros. No todo el mundo entendería esa doble moral, pero para eso hemos sido entrenados todos los agentes. Al poco Ana me contestó: podía confiar plenamente en Ari, que no dejaba de ser el amigo de su hermano, pero trabajábamos en agencias distintas. Ana lo tendría hasta más difícil, se mezclaba trabajo, agencias, nacionalidades y familia.

—Tengo el permiso. En realidad venía a Israel para entrar de agregada en la embajada e investigar desde allí precisamente lo que está ocurriendo en la frontera. O descubrieron que iba antes de salir de Madrid, lo cual implica que hay alguien de la embajada que está metido; o bien

el vuelo fue desviado y, mira por dónde, había premio, y ese era yo, por lo que aprovecharon la oportunidad. Ana mandó a su hermano, pese a ser de otra agencia, porque tal vez era la única persona en la que en ese momento podía confiar. El resultado fue el que conocemos. Se ha mezclado un trabajo de alto riesgo diplomático con un asunto personal. Tengo claro que si mi agencia no hubiera visto que estaba capacitada para superar la situación, ya me habría mandado de vuelta a casa —terminé.

Ari se quedó en silencio, sopesando todo lo que le había contado, pero yo captaba perfectamente el hilo de sus pensamientos.

—¿Hasta dónde sabías cuando llegaste a Israel?

—Seré clara. Sabía que tenía que investigar las donaciones y los movimientos de dinero en los campos de refugiados de la zona de los altos del Golán. Sabía que tenía que mirar con lupa a algunos miembros y colaboradores de la embajada. Sabía que tenía que investigar tu ONG, lo que no esperaba es cómo se desarrollaron los acontecimientos y que —respiré— me enamoraría de ti.

—Habías dicho que no estabas enamorada de mí —contestó fríamente.

Lo estaba perdiendo por su inseguridad en sus relaciones con las mujeres. Estaba pensando que lo había utilizado y que seguía haciéndolo. Estaba claro que a esto íbamos a llegar y tenía que atajarlo antes de que la semilla de la duda enturbiara nuestra relación.

—Sé lo que piensas y no te he utilizado, y ayer me preguntabas el porqué había llorado. Llevo mucho tiempo en tensión, lidiando con este tema. No ha sido nada fácil. No hubiera sido enviada a este trabajo si no estuviera preparada, pero cada persona gestiona sus asuntos personales de una forma diferente. Cuando estuve en casa de tus padres sabía que trabajabas para la ONG, pero en realidad no supe que eras socio fundador hasta el día del evento. Los primeros datos apuntaban a quien luego supe que era tu padre como fundador y presidente de la organización. Estaba más centrada en investigar al personal de la embajada. Tengo total confianza en James y en ti. Nunca pensé que llegaría a tanto contigo. Tu entrega ayer me ayudó a liberar tensión, pero te garantizo que mis dudas no eran por ti, sino por mí, si sería capaz de tener la cabeza fría hasta el final, y ya sé que sí. ¿Sabes a qué nos arriesgamos? ¿Entiendes que mis decisiones y las tuyas pueden salvar vidas pero también que mueran personas? Podemos incluso morir los dos y lo único que hay que saber es si asumimos totalmente esos riesgos —le cuestioné.

—Tengo eso claro, Myriam, y entiendo que no haya sido fácil para ti. Siempre me sorprendió que, pese a lo que ocurrió con James, no decidieras irte del país. Eso atrajo mi atención. No te puedo reprochar nada porque a mí me ocurrió lo mismo que a ti. Entendí que estabas en un trabajo y eso estaba por encima de todo signo de debilidad; eres una profesional muy buena. He conocido muchas mujeres interesadas por mi dinero y mis apellidos, pero también tengo instinto. Sabía que tú no eras de ese tipo, pero aun así tenía que valorar, como has dicho, nuestra efectividad y nuestra implicación personal. —Cambió su mano de sitio y se acercó para besarme, mordisqueando mis labios—. ¿Quieres que bailemos para rebajar la tensión?

Acepté aliviada la propuesta. No quería que las horas que nos quedaban por pasar fueran rodeadas de tensión, y más si teníamos que trabajar juntos. Sabía que no necesitaba llevármelo a la cama para tener información.

Disfrutamos del baile hasta bien entrada la noche y decidimos subir a la habitación para tomarnos una copa.

—Pasado mañana volveremos a Tel Aviv y prepararemos todo lo que necesitamos. Te haré una lista, ya que al día siguiente, temprano, saldremos para los altos del Golán y entraremos en el valle de la Beqa'a. Allí nos pondremos en contacto con los agentes de ACNUR de la zona, aunque me fio más de los amigos que tenemos que de esta organización. No nos gusta trabajar con ellos,

pero lo haremos por deferencia —comentó Ari mientras disfrutábamos de la vista desde la terraza de la habitación.

—¿Cómo desarrollaremos nuestro trabajo? —pregunté.

—Tendremos que dedicarnos a observar y memorizarlo todo. No podemos llevar nada que nos implique más allá de lo que se supone que somos: observadores de una ONG. Dependemos de nuestros medios y de los amigos que tengo allí. Nadie oficialmente va a ir a rescatarnos si nos metemos en un lío diplomático —dijo Ari.

Durante las horas que seguimos en Eilat, tratamos de olvidar lo que nos esperaba y disfrutar de todo el placer que el lugar nos ofrecía. Y, sobre todo, del placer que nosotros nos podíamos dar mutuamente.

—Tengo otro regalo para ti, pero me lo reservo para la vuelta del trabajo —me dijo Ari.

—Vaya, solo recibo regalos tuyos, voy a tener que esmerarme. ¿Por qué no me lo das ahora? —le pregunté.

—Para mí, el regalo que puedas hacerme eres tú cada hora que paso contigo. Todavía no voy a dártelo, no quiero mal acostumbrarte —me contestó mientras me acariciaba despacio después de hacer el amor.

Las dos últimas veces que habíamos estado juntos había sido distinto. Sus caricias, sus besos, la forma en la que habíamos tenido sexo habían sido muy distinta de las otras anteriores. No quería que ningún pensamiento ensombreciera esas horas, pero no me quitaba el mal presentimiento, y ni quería que el tiempo pasara tan rápido. Lo malo es que no sabíamos cómo se iba a complicar todo y cómo el regalo tardaría en llegar a mis manos y lo haría de una forma muy extraña.

Me despedí de Eilat con un buen sabor de boca, pero con una extraña sensación de pérdida en mi interior. Intuía que algo pasaría e iba a ir mal. Nunca había conseguido nada en la vida sin que no me hubiera costado sangre, sudor y lágrimas, pero tendría que improvisar según se fueran desarrollando los acontecimientos.

Llegamos a Tel Aviv y me puse en modo agente. Contacté con Ana, contándole con más detalles la conversación con Ari. Ella conocía cuál era mi relación y ya habíamos hablado de los pros y los contras de ser El señor y la señora Smith y, encima, con el agravante de James como tercero en el vértice. Tuve una entrevista directa con el embajador en la que recibí instrucciones personales. Finalmente, preparé todo lo que Ari me había aconsejado en una lista enviada por él. Pero también me encargué de prepararme como me había entrenado mi amigo el legionario. Toda precaución era poca y todavía los grupos de paramilitares que me secuestraron campaban a sus anchas por el Líbano y sospechábamos que estaban implicados en el caso. Identificamos a su jefe, pero no las ramificaciones y contactos que tenían.



## Capítulo decimoquinto

### El infierno

No sabía nada de James desde la última vez que nos habíamos visto. La despedida fue dolorosa. Estuve dudosa de si me ponía o no en contacto con él.

—Hola —le envié un mensaje.

—Hola, ¿ya has vuelto?

—Sí. Llegué ayer, pero estaba preparando cosas, salgo mañana.

—¿Cómo estás?

—Asustada, tengo miedo. —Hubo unos segundos de silencio en el móvil y de pronto se abrió la puerta del ascensor.

—Si no tuvieras miedo, pensaría que eres una inconsciente y peligrosa, y eso nunca ha pasado por mi cabeza —dijo James saliendo del ascensor con una botella de vino en la mano.

—Gracias —fue lo único que pude decir antes de darme la vuelta. Con la excusa de buscar unas copas en la cocina, aproveché para limpiarme las lágrimas que se me habían saltado. Sabía ponérmelo difícil para no quererlo.

Cogí las copas y las dejé sobre la mesa del salón. Me senté frente a ellas en el sofá. Me puse de medio lado con las piernas encogidas debajo del cuerpo mientras observaba, sin decir nada, como él buscaba el sacacorchos en el mueble bar y abría la botella. Sirvió dos copas generosas y se sentó en un sillón frente a mí.

Saboreé el vino, cerrando los ojos. No sabía qué decir, tuve que agarrar la copa con las dos manos como si fuera una tabla de salvación.

—Me alegro de poder verte antes de irme —le dije al abrir los ojos. Su rostro estaba serio, se diría que preocupado, tengo que decir que me asusté, ¿una premonición de que la despedida podría ser para mucho tiempo?

—No podía dejarte como estabas. Te debo mucho y eres mi amiga, pero el primer paso tenías que darlo tú. Sé que me necesitas y no te voy a fallar —dijo borrando un poco el gesto de preocupación con la sonrisa que tan bien conocía.

—Tengo una extraña sensación de despedida y una angustia porque creo que estamos pasando algo por alto —dije como pensando en voz alta.

—Aprendí que no se puede tener todo controlado y eso me lo enseñaste tú —dijo riéndose entre dientes—. Estás sobradamente preparada para enfrentarte a eso y a mucho más, y no estás sola. Te enseñé a disfrutar de la vida y estoy muy satisfecho de que lo has hecho. No te agobies, sigue viviendo el presente, sea bueno o sea malo. Lo sabes gestionar muy bien. Sabes cuándo actuar con la cabeza y cuándo dejarte llevar por el corazón. Si estás dónde estás, es porque eres muy buena en lo tuyo. —Alzó la copa y brindamos.

Estuvimos hasta acabar la botella mano a mano como dos buenos colegas del ejército que éramos. Cuando terminamos se levantó para irse a su apartamento. Antes de entrar en el ascensor me cogió entre sus brazos y me dejó para sentirme durante unos segundos segura. Me besó en la cabeza.

—Dentro de unos días estaremos aquí brindando los tres —me dijo, separándose y entrando en el ascensor. Pero no me engañaba, estaba igual o más preocupado que yo.

Alejé esa mierda de pensamientos que me rondaban la cabeza y me fui a dormir. Si le hubiera

dicho que se quedara, lo habría hecho, aunque solo fuera para estar juntos sin más complicaciones, pero prefería que todo quedara así.

A la mañana siguiente, cuando Ari se presentó, hacía un rato que me había levantado y tomado ya dos cafés. Un poco antes vi salir a James en su coche del garaje, abandonando el edificio de los apartamentos. Y el dolor retorció mi estómago.

Enfilamos hacia la frontera norte. Más o menos tenía una idea de dónde íbamos a parar. Primero iríamos a un asentamiento ultraortodoxo pegado a la frontera con el Líbano. Su vida me sorprendió por lo austera y por ser la antítesis de lo que estaba acostumbrada a vivir, tanto en mi país como en Israel. Lo conocía, pero vivirlo era distinto.

Por ser invitada, militar y al estar en misión de observadora tuvieron manga ancha, pero tuve que cubrirme el pelo, aunque no tuvieron problema en que vistiera como un hombre. Aun así no dejaron que me relacionara con las mujeres, pero tampoco es algo que me preocupara, prefería ver, oír y analizar, tenía otros intereses en la cabeza.

En la reunión con los jefes responsables del asentamiento sacamos en claro que había movimientos no autorizados en la frontera. La noche que llegamos, hicimos una incursión nocturna y vimos un convoy avanzando por donde no debía de estar a través de una zona montañosa. Aunque no sabíamos qué llevaba, estaba claro que era algo ilegal. Ari le preguntó a nuestro informador del asentamiento. Su respuesta fue que unos meses atrás uno de los camiones volcó y, pese a la rapidez con que actuaron, dejaron olvidado un lanzagranadas de fabricación extranjera. Nos enseñaron fotos, no lo recogieron para no levantar sospechas, solo informaron a su enlace militar.

La reunión se mantuvo durante una hora y después pasamos a la cena. Me sentaron al lado de Ari y, aunque nadie me dirigió la palabra, si preguntaba algo, respondían con amabilidad; las mujeres nos sirvieron en silencio. La cena, pese a ser kosher, había sido muy agradable porque me recordó a la comida de casa: sencilla pero sabrosa. Esa noche dormí sola en una habitación para mí.

Por la mañana temprano llamaron tímidamente a la puerta. Me acerqué para abrir y allí una chica joven y sonriente me traía el desayuno. Me aparté para que pasara, sonriéndole también. No sabía si podía dirigirme a ella sin ponerla en un compromiso.

—Buenos días —dijo sin levantar la cabeza en yiddish.

—Buenos días —le contesté en su mismo idioma.

—Oh, sabes hablar yiddish —dijo, soltando la bandeja en la mesa.

Negué con la cabeza y ella continuó en hebreo moderno.

—En cuanto los hombres acaben en la sinagoga podrán reunirse —dijo ella.

—¿Tú no vas a la sinagoga? —le pregunté.

—No. Ahora tengo que atender a mi familia, iré más tarde —me dijo.

—¿Tienes hijos? —le pregunté.

—Sí, dos, y ¿tú? —me preguntó ella.

—No, no tengo ni novio ni marido. Ahora mismo mi novio es el ejército —dije pensando en el himno de la legión Soy el novio de la muerte en ese momento. Era una ironía, pero me guardé el pensamiento—. De momento estoy de servicio. —Sonreí, dando por finalizada la conversación. La chica salió de la habitación y me dispuse a desayunar.

Una vez que me uní a Ari partimos hacia la frontera. Aunque era una zona caliente al pertenecer a una organización humanitaria reconocida, salir y entrar en el Líbano no fue del todo complicado. Ari era muy conocido, pero no por eso dejamos de tomar precauciones. No llevábamos armas, lo que no me tranquilizaba mucho, pero era incompatible ser de una pacífica

ONG y entrar con armas en el Líbano.

En seguida, llegamos al primer poblado donde pensábamos alojarnos para visitar los campamentos próximos. Allí nos esperaba Ibrahím y su familia. Ellos no eran musulmanes, eran drusos y, como muchos de los amigos de James, fieles aliados de Israel.

Ibrahím nos informó y confirmó sobre los movimientos clandestinos de armas. Entraban por las mismas zonas que había utilizado James para sacar a la extranjera del Líbano y estarían entrando en Israel usando los contactos en los poblados árabes. El druso no se había percatado de que yo era la extranjera de la que hablaba. Las armas también debían de usar los mismos cauces para llegar a la franja de Gaza, pero Ibrahím sumó a esa información que alguien estaba haciendo la vista gorda para que esas armas pasaran y nos sorprendió con que también estaban pasando a mujeres por la frontera para venderlas en los países de alrededor. En ese momento supe que mi secuestro estaba vinculado a la trata de personas, pero para Ari e Ibrahím eran las armas. Sospechaban de un levantamiento en la franja que justificara un recrudecimiento de la política de mano dura que defendían algunos sectores del gobierno israelí. En resumen se había juntado el hambre con las ganas de comer. El hambre de armas de algunos sectores palestinos y las ganas de comer de ciertos grupos judíos que básicamente deseaban tener motivos para reprimir cualquier movimiento en los campos de refugiados, con lo que eso podía suponer de daños colaterales.

Ibrahím pensaba que aprovechando el dinero de las donaciones, entraba alguna partida más que se usaba para comprar armas en el Líbano y estas se introducían en Israel, ya fuera por medio de árabes nómadas, ya por un colaborador de un asentamiento ultraortodoxo, así tendrían un incidente para justificar su respuesta de defensa con armas. Había intereses en ambos lados para que la situación derivara en el uso de armas, sumando a eso las que saldrían para Gaza y Cisjordania.

Estuvimos viendo en el mapa las zonas de las que hablaba Ibrahím y procuré memorizarlas. Marcamos las posibles rutas y los probables campamentos de refugiados que podrían estar implicados. Los iríamos visitando a lo largo de los siguientes días. Pasó el tiempo con rapidez mientras planificamos las visitas. A una hora dimos de mano, había que cenar, aunque casi se nos había olvidado comer. Sobre la marcha habían traído dátiles, empanadas, y lo que llamaríamos comida rápida: pan de pita con pollo y especias. Todo iba acompañado de un buen té y algo de alcohol en consideración hacia nosotros, ya que Ibrahím tenía una forma de llevar sus creencias bastante laxa con los amigos.

Cuando nos relajamos y trajeron la cena, un niño de unos ocho años entró corriendo y Ari lo cogió en brazos. Entendí que el niño dijo algo así como tío Ari, mientras le abrazaba. Ari le sonrió y sacó de su mochila un paquete, el niño lo abrió allí mismo: eran cuadernos, lápices de colores, bolígrafos, material escolar. Su cara se iluminó y abrazó a mi amigo, luego se asomó por detrás de él. Me miró sonriente, miró a Ari y él lo bajó al suelo, con lo que aprovechó para acercarse a mí.

—Esta es mi amiga Myriam y él es Moshé, mi ahijado —dijo Ari.

—Hola, eres muy guapa. —Me tendió la mano.

—Gracias, y tú muy amable —le contesté en su lengua. Su cara se iluminó cuando me entendió.

Cenamos todos juntos en una sala, la familia de Ibrahím, su mujer, sus dos hijos, sus dos hijas, una de ellas casada, y Moshé. Disfrutamos de la cena, la charla y, como siempre, se interesaron por mi país, para ellos no dejaba de ser la exótica.

Ari estuvo un rato jugando con Moshé hasta que Ibrahím lo mandó a la cama. Al día siguiente tenía colegio.

—Veo que te gustan los niños —le dije a Ari cuando nos quedamos solos por la noche.

—Sí. Me suelo llevar bien con ellos. —Sonrió.

—Le has llamado ahijado —le comenté discretamente.

—Hace cinco años, en los habituales problemas fronterizos, hubo varios lanzamientos de misiles desde la franja de Gaza hacia Israel. Nosotros tenemos un escudo antimisiles llamado La Cúpula de Hierro y llevamos más de 20 años perfeccionándolo. Esos lanzamientos nos afectan poco por varios motivos. Todos los asentamientos tienen refugios subterráneos, hay alarmas previas, simulacros continuos, por eso hay tan pocas víctimas israelíes, pero tiene un defecto. No solo es un escudo defensivo sino también ofensivo. Nunca se espera que los misiles caigan sobre nuestro territorio, siempre se intentan destruir las instalaciones que los lanzan y, cuando el misil se lanza desde la zona de Gaza, por muy sofisticado que sea el sistema de respuesta, al ser una zona muy poblada, hay daños colaterales. —Hizo un silencio de unos breves segundos en el que noté como por su cara pasó un reflejo de un gran dolor—. En uno de esos ataques, fuera un misil nuestro o fuera uno de Hamas interceptado y desviado, cayó en un campamento. Moshé se quedó sin padres y sin familia, junto a él estaba Jared. En su momento, dedujimos que eran hermanos o parientes, pero no pudimos buscar a los familiares y tampoco me preocupaba mucho, eran bebés. Los traje para dejarlos al cuidado de Ibrahím y su familia. Yo era demasiado joven y con varias historias a las espaldas como para añadir dos huérfanos. Además, no quería educarlos en la cultura judía ni sacarlos totalmente de su origen musulmán, pero tampoco quería que se radicalizaran dejándolos en Gaza. Creí que lo más sensato en ese momento era traerlos al Líbano. Para eso moví mis hilos y aquí están, con la familia de Ibrahím, libres de radicalismos de ambos lados, de momento.

—Y Jared, ¿dónde está? —le pregunté.

—Hoy le tocaba excursión en el colegio. Mañana le conocerás —me dijo.

—¿Por eso nació la ONG? —le pregunté.

—Sí. Aunque es un poco absurdo que esté en parte a favor de la existencia y supervivencia de Israel, y por lo tanto dentro del sistema, y a la vez quiera poner parches. Tal como está la situación en la actualidad, es lo poco en lo que puedo hacer algo. Somos bastantes los activistas que nos movemos, aunque es muy doloroso decir la palabra judío y que la mitad del mundo desee verte muerto sin saber nada de ti. También me pongo del lado de familias judías normales que viven en Israel y que su tierra está rodeada de países que quieren que desaparezca. Que Jerusalén esté a sesenta kilómetros de un país enemigo y Tel Aviv a poco más de cien no ayuda a mitigar el miedo de la sociedad a ver destruido su país. Si nos invadieran, sería una masacre, no tenemos dónde retirarnos ni adónde huir para organizar una defensa. ¿Qué te puedo contar que ya no sepas? —terminó la frase—. ¿Te gustan los niños? —preguntó, cambiando de tema, se notaba que era un tema muy doloroso para él.

—Nunca me he comido ninguno —le contesté, y empecé a reírme viendo su cara de sorpresa—. Vale es una broma. La verdad es que no tengo instinto maternal. Es cierto que no he tenido nunca hermanos ni sobrinos cerca. Supongo que, como todo, hay niños que no me gustan por su falta de educación y hay quienes son unos niños estupendos. No he analizado en profundidad si quiero o no ser madre, pero no es algo que me angustie —le contesté.

Seguimos un rato más de charla, pero estábamos tan cansados y con la adrenalina tan a flor de piel que caímos rendidos. A la mañana siguiente madrugáramos para empezar la visita.

Cargamos el todoterreno con medicinas donadas por otros familiares libaneses y material escolar. Cuando llegamos al primer asentamiento nos estaban esperando, nos recibieron los responsables, saludamos a los voluntarios y nos pusimos manos a la obra. Ari me dejó encargada del material escolar y me vi rodeada de niños por todas partes, aunque todos respetaron su turno

aguantando pacientemente el reparto y, en mi honor, cantaron y bailaron. Si no fuera porque estábamos en un campamento de refugiados, podría parecer la escuela de cualquier otra parte del mundo, solo que aquí no había mesas ni sillas y el techo era de uralita.

Más tarde, ya con mi amigo, fuimos apuntando todas las peticiones para un próximo viaje, como un generador, la mejora de uno de los pozos y vacunas para los recién nacidos.

Visitamos el que ellos llamaban hospital y conocí a algunos de los voluntarios y enfermos. La verdad es que estaban haciendo un buen trabajo, pero faltaba mucho. Lo principal era que las personas volvieran a sus casas, a sus trabajos, a su vida de antes de las guerras, aunque ya muchos niños no habían conocido otra vida más que la de los campamentos y la del conflicto.

Entre visita y visita Ari, discretamente, fue haciendo preguntas sobre quién entraba y salía del campamento con provisiones o mercancías. Controló los libros de cuentas, porque muchos de los campamentos también se abastecían de mercaderes que llegaban de otras zonas. ACNUR, cada cierto tiempo, recortaba la ayuda alimenticia y había que improvisar. La ventaja de Ari y su empresa es que, al trabajar a nivel internacional y tener socios no judíos, podían donar todo lo que quisieran a través de terceros países. Supe que tenía pisos para familias con niños enfermos, así era más fácil que los atendieran en un hospital en Beirut mientras la familia tuviera alojamiento. Su red era amplia y creo que solo estaba viendo la punta del iceberg.

Llegamos esa noche cansados al pueblo de Ibrahím. Deseábamos sentarnos tranquilamente a cenar. Cuando llegamos nos recibió un alegre Moshé, detrás de Ibrahím estaba otro niño más pequeño de unos seis años, supuse que era Jared. Moshé hizo un gesto a su hermano para que se acercara. Me quedé quieta, no quería asustarlo, solo abrí las palmas de la mano, que es un gesto universal de acogida. Moshé le dijo que me saludara, que era una amiga de Ari. Se acercó despacio, sin sonreír, y, cuando llegó a mi altura, me agaché para sacar de mi bolsillo un estuche con seis lápices de colores. Entonces sus ojos se iluminaron, me dio un beso y salió corriendo hacia Ari, que lo cogió en brazos junto a su hermano.

—¿Puedo hacerlos una foto? —le pregunté a Ari y él asintió. Se le veía radiante de felicidad.

Llevó a los dos niños a dormir. Estuvo un rato con los niños, imagino que contándoles cuentos y hablando. Mientras, estuve conversando con Ibrahím de la visita al campo de refugiados. También les estuve preguntando a sus hijos sobre la situación de los jóvenes en la zona. Cuando Ari volvió, los hijos de Ibrahím se despidieron y nos quedamos los tres solos.

—Lo que he sacado en claro es que hay dos comerciantes que envían sus productos de campamento en campamento y coinciden seguramente en las mismas rutas. Tienen permiso para meterlos en Israel y comprar y vender mercancías aquí y allá. No han sido nunca sospechosos, pero, últimamente, se ha visto a sus delegados en Beirut y entrando en contacto con conocidos nuestros, que son intermediarios, y no siempre de productos muy legales. No les hemos cogido nunca con nada destacado y, además, siempre actúan en Siria, Líbano o Egipto. Lo más cerca que han estado ha sido en Jordania, pero nunca en Israel. Usan testaferreros como estos delegados en Beirut. Nos han informado de que además manejan más dinero de lo habitual. La única opción que tenemos, por ahora, es recabar más información, saber en qué campamentos se mueven y avisar, muy discretamente, a los servicios secretos egipcios, jordanos y libaneses. Oficialmente no somos aliados, pero la mayoría no quieren tener terroristas entre sus fronteras; ya tienen bastantes problemas en sus países con los campos de refugiados, como para arriesgarse a un conflicto internacional por ser acusados de colaboración con terroristas. —Ari resumió a modo de conclusión toda la información que había recopilado de sus informadores.

Llevábamos ya cinco días recorriendo la zona y teníamos bastante claras las ramificaciones del problema y los canales que se estaban usando para financiar el movimiento de armas con

destino a Gaza.

Como analista, recomendé atacar primero las fuentes de financiación, ya que, pese a que cada país se encargara de cortar la cabeza a los colaboradores, no llegaríamos nunca a la cabeza de la organización, pues los verdaderos jefes solían estar en países muy alejados en sus yates y sus fiestas. Para ellos, Oriente Próximo era una cuadrícula más en su juego de ajedrez mundial; pero, por lo menos, podríamos tratar de evitar la radicalización de las personas que vivían en los campos. Era una labor difícil, ya que en una zona de extremada pobreza, con dinero y falsas promesas era sencillo llegar a la radicalización.

No justificaré nunca el terrorismo; pero, cuando vives a un lado de una frontera y tienes que estar en estado de alerta permanente, corriendo a los refugios y siendo bombardeado, entiendo que te defiendas. Y, por otro lado, si vives en tu país y por una guerra de intereses, normalmente económicos, te obligan a abandonar tu casa, tus tierras, tu familia... cuando te ofrecen un buen discurso y te llenan la barriga es fácil hacerse terrorista. Son las dos caras de la misma moneda, a uno y otro lado de una fina alambrada.

Íbamos casi a cumplir una semana de visita y ya poco teníamos que hacer más que volver a casa y preparar el informe. Junto con eso, organizar el siguiente envío de los productos necesarios de medicinas, alimentos básicos y vacunas.

Estaba en la habitación de la casa de Ibrahím, viendo a Moshé y Jared jugar tranquilamente en la alfombra, esperando que Ari volviera de revisar uno de los generadores del pueblo con Ibrahím. No tardó mucho en llegar y, mientras mirábamos a los niños y me contaba las últimas novedades, la puerta del salón se abrió y a partir de ahí todo fue un caos.

Algo rodó por el suelo de la habitación. La distinguí en una fracción de segundo: una granada aturdidora. Cogí a uno de los niños y Ari al otro, y los lanzamos a la habitación de al lado, donde habitualmente dormían y había colchonetas. Luego toda la sala se iluminó y el ruido atronó en el espacio. Ahí, todo se volvió negro.

No sé cuánto tiempo estuve sin sentido ni dónde me hallaba. Me habían cubierto la cabeza y sentado en una silla con las manos a la espalda. Agudicé el oído por si estaba sola o en compañía de otros. Acompasé mi respiración para controlar esos segundos de pánico que recorrieron mi cuerpo cuando recobré la conciencia. Al rato, alguien entró en la habitación y me quitó la capucha; tenía la cara cubierta. Eché un vistazo rápido, estábamos solos los dos.

—¡Dime! ¿Qué habéis averiguado sobre nosotros en los campamentos? Zorrita, me lo vas a decir por las buenas o por las malas —me gritó, agarrándome del pelo y zarandeándose.

El muy imbécil se puso cerca y no me reprimí. Le di un buen cabezazo y cayó al suelo cual largo era. Tenía suerte de que no estaba atada a la silla, por lo que pude pasar las manos hacia adelante y liberarme. No tuve compasión con el secuestrador, no era el momento. Abrí la puerta y me encontré en un oscuro pasillo. Parecía una fábrica, ya que se oían ruidos de fondo que no pude identificar. Me asomé por una ventana y abajo pude ver a varios hombres armados, vehículos ligeros y un camión. Puede que estuviera en el centro de distribución de armas. Le había quitado al terrorista la suya, pero en aquellos espacios reducidos era mejor un buen cuchillo que liarse a tiros.

Observé que más adelante había dos terroristas apostados delante de una puerta; ¿estaría allí Ari o me habrían traído sola?

Estaba un poco dudosa de qué hacer cuando oí algo detrás. Quise darme la vuelta, pero fue demasiado tarde. Recibí un golpe en la cabeza y varias patadas cuando caí al suelo. Noté como me arrastraban pasillo adelante hasta introducirme en una sala que estaba protegida por dos guardias.

Me espabilaron echándome agua por encima para ponerme en pie a la fuerza. Todavía me dolían las patadas que me habían dado. Cuando miré con más atención a mi alrededor, vi a Ari allí atado como yo había estado en la silla. No llevaba camisa. Tenía varios cortes que sangraban bastante, magulladuras por el cuerpo y lo habían torturado, pero no parecía que tuviera nada grave.

—Mosul, la puta está despierta. Se ha cargado a uno de nuestros hombres —dijo el que me había traído.

No me había dado cuenta de quién manejaba el grupo, pero cuando oí su voz se me heló la sangre y se me secó la boca. El terrorista que me había secuestrado hacía meses estaba de nuevo allí. Se convirtió en realidad mi peor pesadilla.

—Ya tenía ganas de saludar personalmente a la zorra de la agregada de la embajada que ha estado metiendo sus narices en mis asuntos. Parece que tu compañero no está por la labor de hablar. Lo mismo si montamos un espectáculo contigo se anima. —Y cuando dijo esto me agarró un pecho haciéndome daño; su cara se puso pegada a la mía.

Mientras lo escuchaba, tras los primeros segundos de terror, analicé la situación y planifiqué rápidamente una manera de distraerle y ganar tiempo. Tenía que encontrar la forma de salir de allí y, si no podía ser así, por lo menos, llevarme por delante al mayor número de terroristas, incluido jefe.

Me agarró de la camisa, que casi me arranca, y me llevó hasta la mesa, donde me tumbó de bruces agarrando mi nuca.

—La otra vez te libraste de mí. Esta vez quiero probar de qué madera estás hecha. No tengo problemas con la opinión del Cadí de Damasco, y creo que a estas alturas has pasado por muchas manos y pollas. Una más no creo que te preocupe. Luego te mato y no ha pasado nada o, tal vez, te venda de esclava si todavía vales para algo —dijo en un tono aparentemente pensativo pero que traslucía su ansia de venganza.

—Vale, pero tengo un trato —le dije como pude debajo de su peso mientras él intentaba buscar como quitarme la ropa.

—¿Qué trato? —dijo, dándome la vuelta y poniéndome bruscamente en pie, delante de él. Me dolía el bajo vientre horrores y me mantenía derecha a duras penas. Tenía poco tiempo, algo no iba bien.

—En vez de disfrutar tú solo, podemos disfrutar los dos. La vida puede ser corta y no creo que te disguste un par de cositas que puedo ofrecerte. Tampoco tengo mucho compromiso con mi compañero. —Hice un gesto de desprecio hacia Ari—. Lo mismo hasta me convences por las buenas y te cuento lo que sé. Si no te gusta, me matas, que siempre tienes a este para torturarlo —le solté muy convencida.

—Eres una zorra hija de la gran puta —gritó Ari tratando de revoleverse en la silla.

Antes de que el jefe me pudiera detener me acerqué y le di un puñetazo y, poniéndome detrás de él, le dije con voz ronca.

—Vamos, déjate de hipocresías, jodido cabrón. Cuando te interesa vas con los galones de la ayuda humanitaria, pero no pestañeas si tienes que ordenar matar a cualquiera con tal de contener las fronteras —le grité.

Giró la cabeza y me miró con odio para decirme, entre dientes, puta. Me escupió a la cara y le respondí con un guantazo que le hizo tambalearse en la silla.

—Bueno, bueno. La gatita que se me ofrece ronroneando también sabe pegar. Lo mismo, si me gusta cómo me la chupas, te ofrezco que te pases a nuestro bando y te perdono la vida. Ven para acá —dijo, tras servirse una copa de vino tinto y saborearla como imaginando lo que iba a ocurrir

después.

Sonreí satisfecha, dándole la espalda a Ari.

—No tengo inconveniente en chupártela. Incluso veo perfecto que dejes a este mirando, eso me pone cachonda, pero que tus hombres miren y se la machaquen para correrse a mi costa, eso otro tema. Si quieres que me lo haga luego con alguno de ellos, será cosa tuya —dije, quitándome la camisa y tirándola a un lado. Me acerque despacio, era obvio que se estaba calentando y confiaba.

—Me gusta tu estilo, no me gustan las serviles musulmanas, siempre he dicho que una puta infiel la debía chupar mejor y gemir con más ganas —dijo, tocándose la entrepierna—. Pero aquí mando yo y tú no me vas a decir cómo te tengo que follar. Aunque sí me gusta la idea de que tu compañero mire. Puede que sea su última visión —añadió, haciendo un amago de desabrocharse los pantalones.

—Tranquilo, hay tiempo —le contesté de forma insinuante. A la vez que con el rabillo del ojo vi como los hombres de Mosul se alejaban un poco para colocarse a mirar cómodamente. Por sus gestos supuse que esperaban su premio—. Soy mujer de no tener prisas, ni para chuparla ni follando.

Saqué mi lengua pasándomela por los labios y me fui acercando poco a poco. La habitación no era muy grande. Los hombres del terrorista se apoyaron en la pared. Eran tres; uno de ellos, soltó su arma y empezó a liarse un cigarro; el otro se apoyó en la pared y dejó también su fusil descansando a su lado.

—¡Tú!, sal fuera y vigila que nadie entre hasta que yo lo diga —le dijo al tercero que, a regañadientes, salió de la habitación cerrando la puerta.

Cuando estuve a su alcance, aprovechó para lanzarse a tocarme las tetas. Una de sus manos me apretó con violencia; la otra la metió en el pantalón buscando mi sexo. Sus dedos se adentraron con ansia haciéndome daño.

—Creo que voy a pasar de que me la chupes y te voy a follar. No tengo tiempo hoy y quiero que mis hombres disfruten contigo; se lo han ganado y vas a ser un regalo.

Su cara estaba a pocos centímetros de la mía. Me revolvió el estómago, sus manos recorrían mi cuerpo. Me fue empujando hacia la mesa. Si me acorralaba allí no lo iba a poder controlar. Era mucho más corpulento que yo. No podría impedir que me violara delante de Ari.

Fingí que tropezaba para cambiar de posición. Sacó su mano de mi coño y aproveché para apartarlo.

—No te revuelvas. Te recuerdo que te va a dar igual y quedamos que si me gustaba respetaría tu vida, de momento. Es nuestro trato.

Me agarró por el pelo y siguió buscando mis pechos. Durante unos segundos perdió de vista mi cara y fue lo último que hizo. Le clavé un estilete en la cuenca del ojo. Gimió ligeramente, pero cualquiera que lo oyera lo habría interpretado de otra manera. Justo antes de que los terroristas se dieran cuenta de lo que estaba pasando, Ari se había soltado y se estaba enfrentando a ellos. No les dio tiempo a reaccionar. No se lo esperaban. Ari le clavó a uno el estilete en el cuello y, arrebatándole el cuchillo, liquidó al otro.

Bien entrenada por mi amigo el legionario y no pudiendo llevar armas visibles, llevaba escondido dos estiletos en las costuras del pantalón militar en los muslos. Uno de ellos acabó clavado en el ojo de Mosul; el otro había pasado antes a mano de Ari durante nuestra discusión, por si necesitaba ayuda con el jefe terrorista.

Cuando el hombre se cayó al suelo ya estaba muerto, me doblé de dolor; pero, aun así, me acerqué a Ari, que estaba comprobando que los otros terroristas estaban muertos.

—¿Estás bien? —preguntó Ari, agarrándome antes de que doblara las rodillas. No debía de



tener muy buena pinta, porque su cara era de alarma.

De repente oímos tiros, mi adrenalina me ayudó a superar el dolor. Nos colocamos al lado de la puerta. Entraron los soldados que estaban vigilando para dar la alarma a su jefe. Ari despachó a uno y yo a otro. Cogimos sus armas y, medio a gatas y medio a oscuras, vimos que en el patio central habían entrado hombres que identifiqué como tropas especiales. Había debido de llegar la caballería. Nos dispararon desde el otro lado y devolvimos los disparos. Uno de los secuestradores cayó al patio, algunos de los que identifiqué como de los nuestros nos hicieron señas para que nos reuniéramos con ellos. Bajamos las escaleras quitándonos todo lo que podíamos de en medio, logré llegar al patio la primera, Ari venía detrás.

—Alto —oí una voz y me di la vuelta apuntando con mi arma al frente.

Uno de los lugartenientes de Mosul tenía a Ari encañonándole la cabeza y protegiéndose con su cuerpo.

—Me voy a ir de aquí con él, supongo que apreciareis su vida —dijo mirando alrededor.

Era la que estaba más cerca, tenía poco campo de maniobra y tiempo, miré a Ari fríamente, calculé y disparé. La bala le atravesó el hombro pero le dio al secuestrador entre los ojos, al estar un poco agachado protegiéndose con el cuerpo de mi amigo. Los dos cayeron al suelo, esperaba no haberle dado a Ari en el hueso de la clavícula. Vi que él se daba la vuelta en el suelo para comprobar que el terrorista estaba abatido. Aunque noté por su rostro que le dolía, porque le había dado, cuando se giró para mirarme, me sonrió. En ese momento no aguanté el dolor, me doblé de rodillas soltando el arma, oí las voces de Ari y de James cuando me tumbaron en el suelo.

—¿Está herida? —preguntó James.

—No lo sé —contestó Ari —. Se ha quejado de dolor en el bajo vientre, pero no he visto sangre —contestó.

—Y, ¿tú cómo estás? —le preguntó a Ari.

—Bien. Tiene buena puntería la jodida cabrona, me ha atravesado limpiamente y creo que no ha tocado hueso. Me ha dado la opción de tener unas semanas de baja remunerada. Y ella, ¿cómo está? —preguntó, viendo como James me tomaba el pulso y me abría la ropa.

—Mal. Creo que tiene una hemorragia interna por los golpes. Voy a llamar a un helicóptero medicalizado para que nos evacúen a todos. Me iré con vosotros, mis hombres y los de Ibrahim harán la limpieza.

A partir de ahí, todo lo que recuerdo es con una niebla y unas veces más o menos consciente. Me subieron a un helicóptero; James, aparte de dar órdenes a diestro y siniestro, me decía venga, lucha, no nos dejes. Durante un rato todo volvió a ser oscuro; luego, una ambulancia, un hospital, el pasillo, un quirófano, la voz de Ari diciéndome te quiero, sus labios y, finalmente, la imagen de James poniéndome la mascarilla para los tubos de la anestesia y su voz: siempre estaré contigo, vuelve.

No supe cuánto tiempo estuve inconsciente ni nada de lo que ocurrió después de eso. Cuando desperté estaba dolorida y no sabía dónde me encontraba. Al moverme noté que alguien estaba cerca de mí, enfoqué la vista y oí una voz conocida.

—¿Niña? —preguntó.

—¿Manolo? —contesté asombrada.

—Sí, mi niña, estoy aquí contigo. Descansa ahora. Ya hablaremos —me dijo.

Volví a cerrar los ojos, estaba muy cansada. No sé cuánto tiempo volvió a pasar hasta que me desperté de nuevo. Seguía dolorida, pero me encontraba más consciente.

—¿Manolo? —volví a llamar, pensando que lo que había visto era un sueño.

—Aquí estoy, niña. ¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí? Quiero incorporarme un poco. ¿Cuánto tiempo llevo en el hospital? ¿Y mis amigos? —Se me acumularon todas las preguntas a la vez.

—Tranquila. Están todos bien —dijo, remarcando mucho la palabra todos—. Tranquilízate. Ari, James, Ibrahim, Moshé Jared, todos —recalcó—. Ahora te cuento. Ten paciencia.

Cogió una silla, sentándose a mi lado.

—Llevas casi tres semanas, no en coma, pero sí fuertemente sedada. Estás en España por tu seguridad personal. Tienes unos amigos muy poderosos y que te aprecian. Me hicieron volar hasta Israel para hablar conmigo y traerte aquí. Ellos me lo contaron todo. Me han hecho responsables de tu salud y no discutiría ni con James ni con Ari. Además, cuando me llamaron, me dijeron la frase mágica a mí la legión, y sabes que, ante eso, no hay réplica que valga —dijo mi amigo.

—Pero ¿tu trabajo? Y, ¿dónde estoy exactamente?

—Me han contratado para tu protección personal y estás en una clínica privada bajo otro nombre. Ya te digo que tus amigos gozan de buenos contactos —dijo con una media sonrisa.

—¿Qué heridas tengo? —pregunté.

—Tras cepillarte al terrorista, lograsteis salir al patio, pero a ti te habían pateado y tenías desprendida la matriz. Le salvaste la vida a Ari, aunque a costa de herirle en el hombro. Está bien y recuperado, pero de baja. Va a quedar entre los anales de las academias militares de Israel tu puntería entre los ojos, y también como te quitaste de en medio al jefe de los terroristas. Te llaman la Legionaria y la Novia de la muerte. Te has ganado su respeto, pero eso en petit comité. Oficialmente has vuelto a España por asuntos familiares. —Hizo una pausa para respirar. Todo me lo estaba contando de corrido, supongo que, conociéndome como me conocía, trataba de evitar que le interrumpiera con preguntas antes de contarle todo—. Al verte, James comprendió que tenías una hemorragia interna, pero no sabía dónde. Entró contigo en el quirófano como ayudante del cirujano, pero no te operó, ya que no estaba en condiciones. Él y otros muchos voluntarios del ejército donaron sangre para ti, así que estás hermanada con medio regimiento. Los dos tuvieron que asumir que te extirparan la matriz, las patadas te habían reventado y era eso o te morías. De todos modos puedes pedir el informe médico más detallado. —Inspiró y soltó lentamente el aire.

—Vale. Tranquilo. Mal menor, lo asimilaré. Ahora estoy viva, que es lo que cuenta, y todo mundo está bien. Continúa, ¿por qué estoy en España? —pregunté, cambiando de tema.

—James, Ari, el embajador y Ana pensaron que sería más seguro para tu vida sacarte del país. Cuando te estabilizaron te sacaron en un avión preparado para tu traslado. Aunque oficialmente eras una observadora, no sabían las ramificaciones del caso en la embajada y no querían ponerte en peligro de nuevo. No me he movido de tu lado desde que llegué a Israel, igual que James y Ari, pero ellos se han quedado allí para acabar con todo —dijo Manolo.

—Gracias. Eres un cielo. Pero ahora estoy cansada y necesito dormir un poco —le dije. Era cierto que necesitaba pensar con los ojos cerrados y procesar toda la información.

—Vale. Estoy aquí al lado. Cualquier cosa, me llamas

Durante una semana más estuve en el hospital recuperando fuerzas. Hasta que me dieron el alta, me tenían prohibido cualquier contacto con el exterior, aunque sabía que velaban por mí. Cada tres días, llegaba un ramo de flores por Interflora; no llevaba tarjeta, pero sabía quién me lo mandaba. El día del alta recibí una caja de regalo; esta vez sí llevaba tarjeta. Aunque no estaba firmada también sabía quién me la enviaba: Te prometí que cuando todo acabara te daría tu regalo, me pone ser tu jodido cabrón. Cuando abrí la caja había un erótico conjunto de «no-ropa» interior, por la poca tela que tenía; se me saltaron las lágrimas.

Recogí lo que tenía en el hospital y firme el alta. Manolo se había convertido en mi sombra.

Gracias a mi buena forma física, me había recuperado rápido de la operación, pero las heridas del alma no lo tenía tan claro. Cogimos un tren para volver a casa. No tenía prisa; no era la misma que había salido de Cádiz hacía me parecía un siglo. Le pedí a Manolo que buscara un chalet en Conil, no quería volver a mi casa, pero sí quería ver el mar. Llegamos a la estación y Manolo recogió el coche que habíamos alquilado. Cerré los ojos hasta que volvió a parar.

—Ya hemos llegado, niña —dijo, bajándose del vehículo.

Abrí los ojos y me quedé sorprendida: era un hermoso chalet en lo alto de un acantilado con un acceso propio a la playa.

—¿Nos podemos permitir esto? —le pregunté.

—Pues no has visto el resto, como yo, en las fotos. Sabes que lo de cocinar no es lo mío, tenemos una chica del pueblo que se encargará de todo hasta que estés totalmente recuperada. Mi trabajo es lograr volver a ponerte en forma. La orden es que no te moleste nadie, ni tu jefa si no quieres. El chalet pertenece a una empresa de importaciones y exportaciones, y está a tu disposición mientras quieras —dijo mi amigo.

—Me gustaría hablar con James, con Ari e, incluso, con Ana —le dije.

—Arriba está tu dormitorio y el mío. En el tuyo, está el equipaje, tu teléfono, el ordenador y un montón de cosas que tenías en Israel; los dispositivos úsalos con moderación, que todavía estás convaleciente —dijo mientras cargaba mis cosas y entramos en el chalet—. Por cierto, niña, entiendo que se te mojen las bragas con esos dos, a mí me dieron sofocos cuando los conocí —dijo riéndose.

Me arrancó una sonrisa, me encantaba que me llamara niña y que, siendo un aguerrido legionario que te arrancaría la cabeza sin pensarlo, luego se corriera de gusto viendo a mis amigos. Tenía gracia que me contara que se ponía cachondo con los mismos hombres con los que yo me ponía, pero lo que más me gustaba era su lealtad. Otro que mataría por mí. Debería considerarme una mujer afortunada, tenía una gran familia.

Cuando llegué a mi dormitorio, abrí los armarios y vi que todo lo que tenía en Israel estaba allí. Rebusqué mi bolso y miré dentro, en efecto allí estaba la cajita con el colgante de libélula. Con él en la mano me acerqué a la mesa donde estaba mi ordenador y lo encendí. Lo primero que comprobé fueron los correos y vi que allí estaba las últimas fotos subidas a la nube. Las abrí y la primera que apareció fue la foto que le había hecho a Ari con Moshé y Jared. Y me eché a llorar.

## Epílogo

James me sonrió mientras daba sorbos a su taza de café. Ya había tomado varias tazas mientras recordaba y contaba a mis jefes cómo nos conocimos los dos. Escucharon el relato en silencio, sin interrumpirme. Supongo que estarían asombrados. Cualquiera en su caso, tal como se desarrollaron los acontecimientos, estaría exactamente igual.

—Pero ¿volviste a Israel? Porque nosotros te conocemos hace tiempo y se supone que estás casada y tienes dos hijos, a no ser, claro, que eso tampoco sea cierto —pregunto Shaira.

—Para eso tendremos que tomar un poco más de café —dije mirando a James.

—Todavía nos quedan unas horas aquí hasta que se calme el ambiente, pero sería mejor que descansáramos y ya mañana podemos seguir contando la historia de nuestras vidas donde lo has dejado. —Le noté en un tono ligeramente divertido.

Alfred y Shaira aceptaron. Aunque sospecho que no de muy buena gana, se retiraron a dormir.

—¿Le vas a contar todo? —preguntó James sonriendo, por lo que imaginé que estaba reviviendo algunos de sus recuerdos.

—A estas alturas de la vida, y con todo lo que hemos pasado, creo que lo tengo más que superado. Todos deberíamos de tenerlo superado, ¿cierto? —le pregunté mientras acariciaba su cara.

—Creo que sí. Nos costó encontrar un equilibrio dentro de nuestras vidas, pero aquí estamos —dijo James cogiendo mi mano que estaba acariciando sus labios y comenzó a besarme los dedos como sabía que me gustaba.

—Venga, vamos, que mañana será otro día largo, tenemos que descansar —dijo y, aprovechando que me tenía sujeta de la mano, me obligó a levantarme.

—Sí, será lo mejor. Estaré menos cansada para contarles mi vuelta a Israel —le contesté, levantándome también de mala gana.

James sonrió, me pasó un brazo por la cintura y, con la otra mano, me elevó la barbilla para darme un cálido beso mientras entrábamos en el dormitorio.

Título de la edición original:  
*Siempre Juntos*

Diseño de portada: Monica Gallart  
Corrección: Inmaculada Acosta Gálvez

Kaizen Editores  
[www.kaizeneditores.com](http://www.kaizeneditores.com)

@ Gaby Taylor  
@ Kaizen Editores, 2019

## Table of Contents

- [Capítulo II - Que trata del color de los cabellos](#)
- [Capítulo III - Una feliz tarde con un pariente lejano](#)
- [Capítulo IV - El rey mantiene su cita](#)
- [Capítulo V - Aventuras de un suplente](#)
- [Capítulo VI - El secreto de un sotano](#)
- [Capítulo VII - Su majestad duerme en Strelsau](#)
- [Capítulo VIII - Un primo justo y un hermano oscuro](#)
- [Capítulo IX - Un nuevo uso para la mesa del té](#)
- [Capítulo 10 - Una gran oportunidad para un villano](#)
- [Capítulo XI - Cazando un jabalí muy grande](#)
- [Capítulo XII - Recibo un visitante y cebo un anzuelo](#)
- [Capítulo XIII - Una mejora en la escalera de Jacob](#)
- [Capítulo XIV - Una noche fuera del castillo](#)
- [Capítulo XV - Tentación](#)
- [Capítulo XVI - Un plan desesperado](#)
- [Capítulo XII - Diversiones de medianoche del joven Rupert](#)
- [Capítulo XVIII - Forzando la trampa](#)
- [Capítulo XIX - Cara a cara en el bosque](#)
- [Capítulo XX - El prisionero y el rey](#)
- [Capítulo XXI - ¡Si el amor lo fuera todo!](#)
- [Capítulo XXII - Presente, pasado y ¿futuro?](#)